

Rennie Airth

MAREA
DE
SANGRE

Lectulandia

Corre el año 1932 y John Madden, antiguo inspector de Scotland Yard, vive retirado en la campiña de Surrey con su mujer, Helen, y sus dos hijos. Sin embargo, la tranquilidad de la que disfruta se termina cuando descubre en el bosque el cuerpo de una joven desaparecida, atrocemente desfigurado. Conmocionado por lo que ha visto, se convence de que no es la primera vez que actúa el asesino... Los presentimientos de Madden se confirman al aparecer un segundo cadáver: hay un asesino múltiple suelto. A pesar de las reticencias de su esposa, se alía con sus antiguos compañeros y se sumerge en una nueva investigación criminal. El asesino, un psicópata autodidacta en un mundo de agentes secretos, es un genio del mal, y su capacidad de transformación ha hecho posible que tape sus huellas durante muchos años. Si Madden quiere ser más listo que él, tendrá que ir un paso por delante en la brutal danza que el asesino está realizando. No tardan en surgir nuevas conexiones en Alemania, donde los nazis están a punto de obtener el poder...

Lectulandia

Rennie Airth

Marea de sangre

Inspector Madden - 2

ePub r1.1

Titivillus 09.01.15

Título original: *The blood-dimmed tide*

Rennie Airth, 2003

Traducción: Manuel de los Reyes

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com



... nuestra primera mirada, nuestra primera caricia, nuestro primer abrazo,
nuestro primer día de colegio, nuestro primer profesor,
nuestro primer amigo, nuestro primer amor, nuestro primer beso,
nuestro primer día de trabajo, nuestra primera vez,
nuestro primer hijo, nuestro primer libro...

gracias a todos por haber creado este sitio especial

gracias a todos por hacernos más libres

gracias a todos por este primer año de EPL

EDICIÓN CONMEMORATIVA

WWW.EPUBLIBRE.ORG

A los Moorehead —Caroline, John y Boo— con gratitud

Una marea de sangre se desborda, y se extingue
en todas partes el ritual de la inocencia

W. B. YEATS, «La segunda venida»

PRIMERA PARTE

1

Fue el azar lo que llevó a los Madden a Brookham aquel día.

Primero, se habían acercado a Reigate en coche para asistir a un almuerzo, y si las cosas hubieran seguido su curso habitual habrían regresado directamente a Guildford siguiendo la carretera principal. Pero lo espléndido del tiempo era demasiado tentador como para resistirse a interrumpir su viaje y tomar el estrecho camino de herradura que conducía por las empinadas cuestas de Colley Hill hasta lo alto de las North Downs.

Era una caminata que ya habían dado muchas veces —la fama que tenía la vista desde la cima estaba justificada— y durante más de una hora habían paseado cogidos del brazo bajo el sol de finales de verano, deteniéndose de vez en cuando para contemplar una amplia franja del sur de Inglaterra, un mosaico de sembrados, setos y bosques que se extendía hasta el lejano horizonte.

Un territorio donde reinaba la paz aquel año de 1932.

Para cuando regresaron a su vehículo, sin embargo, la tarde estaba avanzada y se encontraron la carretera principal atestada de parsimoniosos domingueros que habían salido a dar una vuelta. Fue entonces cuando decidieron dar un rodeo y volver a casa por caminos secundarios menos transitados.

Madden conducía con un ojo puesto en la carretera y otro en el cielo, cada vez más oscuro. Un banco de nubes llevaba ya tiempo amasándose en el oeste, y aunque la cosecha había acabado y se había terminado de preparar el heno, una granizada que cayera ahora provocaría costosos daños a los cultivos de verduras que estaban madurando aún en los campos.

Con la mirada puesta como la tenía en la parte superior del parabrisas, podría haber pasado por delante de la hilera de casitas rurales sin ver nada extraño si Helen no le hubiera dado un toque en el brazo.

—¡John! Fíjate...

Estaban cruzando una pequeña aldea llamada Brookham, todavía a unos pocos kilómetros de casa. Había un grupo de hombres reunido delante de una de las mencionadas casitas. Algunos estaban en el jardín, otros fuera de la valla. Había un clima de expectación en el ambiente.

Madden detuvo el coche.

—¿Qué será, tú qué crees? —Helen era médica y lo primero que había pensado era que quizá se requirieran sus servicios.

Madden no respondió. Aquella escena le recordaba algo. Poseía una familiaridad lúgubre, aunque hacía años que no veía nada parecido.

En aquel momento se abrió la puerta de la casa y surgió de su interior la figura uniformada de un agente de policía. Con la altura que le prestaba su casco, señoreaba

sobre los hombres congregados ante él.

—¡Dios santo! —exclamó Helen sin aliento, asombrada—. ¡Pero si es Will! Will Stackpole era el poli rural de Highfield, donde vivían.

—¿Qué demonios estará haciendo aquí?

Poco dispuesto a aventurar una respuesta, Madden se limitó a sacudir la cabeza. Sentía ya, no obstante, un escalofrío premonitorio.

La niña se llamaba Alice, según les contó Will Stackpole. Alice Bridger. Una amiga y ella habían salido poco antes de mediodía a dar un paseo hasta el pueblo vecino de Craydon, a algo menos de dos kilómetros de distancia, por un camino paralelo a la carretera que unía ambas poblaciones.

—Iban a almorzar allí con una amiga, y luego las tres planeaban asistir juntas a una fiesta de cumpleaños más tarde.

Al ver a Madden y Helen cuando se apearon del coche, el agente se había separado del grupo de hombres y había cruzado la carretera de inmediato para hablar con ellos, con la frente surcada de arrugas de preocupación. No había intentado disimular el alivio que le producía su aparición.

Al parecer Alice, que recientemente había cumplido los doce, y su amiga, una niña que respondía al nombre de Sally Drake, sólo habían cubierto la mitad de la distancia que las separaba de su destino cuando Sally se dio cuenta de que se le había olvidado traer el regalo de cumpleaños que le había envuelto su madre esa mañana — se trataba de una caja de dulces caseros— y se apresuró a volver a Brookham para cogerlo, dejando a Alice en un punto del camino donde éste discurría paralelo a una franja de terreno densamente arbolado conocida como Capel Wood.

Acordaron que Alice la esperaría allí, según había declarado después Sally, pero al regresar —después de no más de diez minutos— de su amiga no había ni rastro. Pensando que habría decidido continuar sin ella, Sally siguió andando camino de Craydon en solitario, tan sólo para descubrir que Alice no había llegado al hogar de su amiga y que no la había visto nadie.

—La familia telefoneó a los Bridger y Fred se acercó a pie hasta Craydon personalmente, buscando a su hija —les dijo Stackpole a los Madden—. Trabaja de encargado de la vaquería en una granja de gran tamaño por aquí cerca. En cualquier caso, se disponían a llamar al poli de la localidad cuando recordaron que éste tenía el día libre, de modo que se pusieron en contacto conmigo, al ser el siguiente más próximo. De eso hace tres horas.

Mientras el agente de policía hablaba, a lo lejos retumbaban los truenos. Entretanto, los hombres congregados al otro lado de la carretera se habían dado la vuelta para observarlos y Helen vio que sus miradas apuntaban a su marido. Antes de casarse Madden había sido policía —inspector de Scotland Yard— y tanto su nombre

como su reputación eran de sobra conocidos en la zona.

—No nos faltan voluntarios deseosos de ayudar —dijo Stackpole, enjugándose la frente. El aire se había estancado con la proximidad de la tormenta—. Hemos recorrido la carretera arriba y abajo, rastreando los campos a uno y otro lado, y también el bosque, pero no hay ningún indicio de la muchacha. Sólo hemos encontrado su regalo.

—¿Su regalo? —preguntó Helen.

—El regalo que pensaba darle a la niña del cumpleaños. Un par de manoplas envueltas en papel de colores. Estaba tirado en la cuneta junto al camino, cerca de donde la dejó la otra chica.

Helen miró de reojo a su marido. Madden todavía no había mostrado ninguna reacción. Se había limitado a escuchar.

—¿Dónde están los Bridger? —preguntó.

—Fred ayudó en la búsqueda, pero ahora ha ido a reunirse con su esposa. Algunas de las mujeres han estado haciéndole compañía. Esa es su casa. —El agente señaló a su espalda. Volvió a enjugarse la frente. Comenzaba a acusar la tensión acumulada durante las tres últimas horas.

—¿Han avisado a su médico, Will? Brookham está dentro de la jurisdicción de David Rowley, me parece.

—Llegó hace media hora y le administró un sedante. Luego anunció que estaría en el campo de golf, por si alguien lo necesitaba. —A Stackpole le tembló el labio.

—No seguiré allí mucho tiempo —comentó Helen mientras un relámpago veteaba el frente de nubes, seguido de otro trueno reverberante—. Iré a verla en persona. —Pero, cada vez más nerviosa como estaba, se quedó en el sitio, cogida del brazo de su marido, poco dispuesta a apartarse de él ahora.

—¿Puedo hacer algo, Will? —Madden habló por primera vez. También él era consciente de las miradas puestas en su persona. Ya había saludado con la cabeza a un par de hombres a los que conocía de vista.

—Gracias, señor, pero he telefonado a Guildford y van a mandar refuerzos. Por lo visto habrá que agrandar el radio de búsqueda.

—¿Y detectives? —El ceño fruncido de Madden era inconsciente. Indicaba su preocupación.

—Los he solicitado, y me han dicho que vienen de camino un par de hombres de paisano. —Stackpole hizo una mueca a su vez al reparar en la expresión de su interlocutor—. Ah, no hay nada peor en este trabajo, ¿verdad, señor? Nada peor que la desaparición de un menor. Lo único que podemos hacer es avisar a las demás comisarías y seguir buscando.

A pesar de la preocupación que sentía, a Helen le alivió escuchar que no iban a necesitar los servicios de su marido. Le apretó el brazo. Voy a ver cómo está la señora

Bridger —dijo, pero justo en ese momento le llamó la atención algo que vio al otro lado de la carretera, y se detuvo. La puerta principal de una de las casitas próximas al final de la hilera se había abierto y había salido a la calle un hombre de pelo rubio. Miraba a su alrededor con expresión agitada.

—¿No es ése Dick Henshaw? —preguntó—. Molly y él vivían en Highfield. Ella era paciente mía.

Stackpole miró en rededor, y al hacerlo el hombre reparó en él y se apresuró a acercarse a él.

—Es Dick, en efecto. —El agente frunció el ceño—. ¿Le pasará algo?

Se apartó y los dos se encontraron en medio de la carretera. Una cabeza más alto que su interlocutor, Stackpole tuvo que agacharse para oír lo que tenía que decirle el otro hombre. Se quedaron así quizá dos minutos mientras Madden y su esposa los observaban junto a su vehículo.

De repente, el agente de policía giró sobre los talones y regresó con ellos a paso vivo.

—Por lo visto sí que me va a hacer falta su ayuda al final, señor. —Se dirigió a Madden con voz baja y controlada, pero su lenguaje corporal delataba su nerviosismo.

—¿De qué se trata, Will? ¿Qué ha sucedido? —Los dedos de Helen se crisparon sobre el brazo de su marido.

—Se lo contaré en un momento, doña Helen. Pero ahora, ¿les importaría acompañarme, los dos? Sólo les pido que caminen con discreción. No quiero que el grupo ése del otro lado de la carretera se entere.

Acompañados de Henshaw, subieron por la avenida hasta el final de la hilera de casitas de campo y a continuación, siguiendo los pasos del agente, tomaron un camino que rodeaba los edificios por detrás. En cuanto hubieron perdido de vista a los hombres, Stackpole se detuvo.

—Corre a decirle a Molly que ya vamos, Dick. Y procura no armar mucho ruido.

Esperó a que Henshaw se alejara lo suficiente. Pero Helen no podía contener su ansiedad.

—¿Qué ocurre, Will? —susurró—. ¿A qué viene todo esto?

El agente de policía sacudió la cabeza de frustración.

—No estoy seguro. Lo único que sé es que un antiguo amigo suyo está sentado en la cocina de Molly, comportándose de forma extraña. —Les lanzó una mirada que hablaba por sí sola—. Se trata de Topper —dijo.

Helen enarcó las cejas al oír aquel nombre. Miró a su marido de soslayo.

—No sabía que hubiera vuelto ya. Llevamos semanas esperándolo. Estaba empezando a preocuparme.

—¿Ha visto a la niña? —preguntó con apremio Madden.

—Precisamente, señor. No sé... —La expresión de Stackpole era circunspecta—. Se trata de algo relacionado con un zapato. Molly sabrá decirnos más. El caso es que él ha enmudecido y ella no consigue arrancarle ni una palabra. Ya conoce usted al viejo Topper. Le basta con ver un uniforme de policía a lo lejos para cerrarse en banda. Por eso me preguntaba señor, si no podría usted intentar algo. A ver si logra usted que se suelte.

Mientras aguardaba una respuesta, resonó otro trueno, más fuerte que antes, y la luz del atardecer se atenuó todavía más.

—Lo intentaré si quieres, Will —dijo Madden, tras una pausa. Sonaba dubitativo—. Pero te equivocas de persona. —Sonriendo, miró a su mujer de reojo—. Deberías pedírselo a Helen. Si Topper va a hablar con alguien, será con ella.

—Gracias a Dios que has venido, Will. —La preocupación teñía de rubor los rollizos y maternales rasgos de Molly Henshaw. Antes de que Stackpole hubiera abierto siquiera el pestillo de la cancela de la valla la mujer apareció en la puerta de servicio de la casa, seguida de su marido, y cruzó rápidamente el patio enladrillado para recibirlos—. Soy incapaz de conseguir que el viejo Topper permanezca sentado ni un momento más. Está empeñado en irse corriendo. ¡Doctora Madden...! —Se le iluminó el rostro al ver a Helen y asintió con la cabeza a modo de saludo.

—¡Molly, querida! ¿Cómo estás? Qué asunto tan espantoso. —Helen le estrechó la mano—. ¿Conoces a mi marido?

El restallar de un trueno ahogó la respuesta de Molly Henshaw. Stackpole lanzó una mirada de nerviosismo a los cielos.

—Deprisa, cariño, antes de entrar... hablemos de este zapato. ¿Te lo ha dado Topper?

—¿Dármelo? —La mujer no parecía entender la pregunta.

—¿Por voluntad propia? —Madden habló por primera vez, y la señora Henshaw se lo quedó mirando como si todavía no hubiera reparado en su alta e imponente presencia.

—Ah, ya veo a qué se refiere... sí, señor, en efecto. —Asintió vigorosamente—. Llamó a la puerta... hará como media hora... y le pedí que pasara. Conocemos a Topper, Dick y yo. —Indicó con la cabeza a su marido, de pie junto a ella—. Lleva años dejándose caer por estos pagos, generalmente en verano. Si hay algo que hacer en el jardín nos echa una mano, y si no le preparo algo de comer y una taza de té. Nunca habla mucho. A veces no se le escapa ni un murmullo. Pero le gusta sentarse aquí con nosotros. Me imagino que sabe que es bienvenido.

—El zapato, Molly —la apremió Stackpole.

La señora Henshaw se mordió el labio. Nerviosa, se restregó las manos en el delantal.

—Me di cuenta de que algo lo preocupaba nada más abrir la puerta, pero no me extrañó, con tanto revuelo. Lo conduje adentro y de inmediato fue y se sentó en el rincón. Fue entonces cuando vi que llevaba algo en las manos, en las dos, y cuando me las tendió vi que era...

—¿Un zapato de niña?

Helen asintió de forma casi imperceptible.

—¿Sabes si es de Alice?

—Oh, no, de seguro no. —La mujer tragó saliva—. Pero Jenny Bridger le trajo un par nuevo el otro día. Alice vino a enseñármelos. Eran negros y lustrosos, con botoncitos de perlas en las correas, igual que el que ha traído Topper.

—¿Y no ha dicho de dónde lo ha sacado?

—No, ni eso ni nada. —Molly Henshaw se enjugó un ojo cuajado de lágrimas—. Así que le di una taza de té para mantenerlo ocupado y salí corriendo a buscar a Dick.

—Acabábamos de volver de los sembrados y vi a Molly haciéndome señas. —Su marido retomó la historia—. Me contó lo que había ocurrido y entré para ver a Topper personalmente, intenté hacerle hablar. Pero no sirvió de nada. Se negaba a soltar prenda. De modo que fui en tu busca. —Henshaw reparó en las lágrimas que caían ahora por las mejillas de su mujer y le rodeó los hombros con el brazo—. Ea, ea, viejita —dijo con voz ronca—. No empieces ahora.

Stackpole llamó la atención de Helen, con un brillo de apremio en la mirada.

—Molly, querida, ¿podríamos pasar adentro ahora? —La doctora estrechó la mano que sostenía en sus dedos—. Necesito ver a Topper personalmente.

La habitación estaba en sombra, la única iluminación provenía de un rayo de apagada luz gris que penetraba por la ventana del fondo. Caía en la mesa de la cocina, donde un zapato de niña, negro y lustroso, contrastaba sobre la restregada superficie de madera.

Mientras observaba la escena desde el umbral, Helen oyó el murmullo de la voz de Stackpole. Procedía del pasillo de la parte delantera de la casa. Estaba hablando al teléfono con la central de policía de Surrey, en Guildford. Madden estaba de pie detrás de ella en el estrecho pasaje, oculto a los ojos de la desaliñada figura sentada en la silla de respaldo recto que había en la esquina más alejada de la estancia. Sintió su mano tranquilizadora en el hombro y estiró el brazo para apretarla con la suya. A continuación cruzó el cuarto en dirección a Topper.

Este no reaccionó al acercarse ella. Entrado en la mediana edad, o quizá habiéndola dejado ya atrás —sus mejillas, cubiertas de una ligera barba entrecana, estaban surcadas de arrugas—, se sentaba encorvado en la silla con la barbilla apoyada en el pecho y las manos enlazadas sin fuerza en las rodillas, aparentemente ajeno a su entorno. Al igual que otros que se habían encontrado con el viejo vagabundo en el pasado, Helen lo conocía tan sólo por el nombre de Topper, apelativo que derivaba de su sombrero, un vapuleado artículo de tocado de noche, con el ala resquebrajada y media corona desaparecida, aunque investido de un garboso aire de individualidad merced a la adición de una pluma de faisán encajada en su banda de terciopelo rojo. El modo en que lucía el sombrero —recto, y calado hasta las cejas— le confería la apariencia de un rasgo permanente, y rara vez se dejaba ver sin él. Iba vestido con una chaqueta de paño negro sobre pantalones a rayas y llevaba los pies embutidos en unas botas pesadas, desgastadas en los tacones y anudadas con una combinación de cuerdas y cordones rotos.

—Hola, Topper —dijo en voz baja.

El sonido de sus palabras le hizo levantar la cabeza. Helen arrastró una silla a su lado.

—¿Cómo te van las cosas?

Por toda respuesta, el hombre se encogió ligeramente de hombros.

—¿Estás bien?

Topper asintió con la cabeza. Una sonrisa afloró a sus labios, y le dirigió una mirada de tímido afecto.

—Te echamos de menos durante la época de cosecha. ¿Por qué no has venido a vernos?

—Iba a hacerlo... —Las palabras musitadas arrancaron un tenue jadeo del umbral a espaldas de Helen, donde Molly Henshaw había aparecido y estaba observándolos—. Antes tenía que ver a Beezy...

—¿Beezy?

El vagabundo asintió de nuevo.

—¿Quién es Beezy? ¿Dónde ibas a verlo?

Topper fijó la mirada en el vacío. Apartó el rostro.

Helen se quedó mirándolo unos instantes sin decir nada. A continuación tomó su mano izquierda en las de ella.

—Deja que te mire ese brazo. —Le levantó la manga de la chaqueta y después la de la raída camisa de franela que llevaba debajo, exponiendo así una cicatriz reciente de quince centímetros de longitud que se extendía desde lo alto de la muñeca sobre su antebrazo tostado por el sol hasta el codo. Pasó los dedos por ella con delicadeza.

—Fíjate, Molly —dijo por encima del hombro—. Aquí es donde se cortó Topper el brazo el año pasado. Nos estaba ayudando a recolectar el heno y se le escapó la guadaña. Tuve que coserlo.

—Lo arreglaste... —El veterano vagabundo se rió por lo bajo. Volvió a fijar los ojos en los de ella—. Remendaste al viejo Topper.

—Era un corte muy feo, pero se curó bien.

Sin soltarle la mano, y sin dejar de acariciarle el brazo, habló de nuevo.

—Has hecho bien trayendo ese zapato, Topper. Pero es muy importante que nos digas dónde lo has encontrado. ¿Puedes ayudarnos?

Los dedos que estaba sosteniendo se crisparon, y vio el miedo en sus ojos. La mirada de Topper se fijó más allá del hombro de Helen, que se giró a su vez. Madden había entrado en la sala sin hacer ruido, acompañado de Molly Henshaw. La figura uniformada de Stackpole se erguía en el umbral a su espalda, y cuando Topper se fijó en ella agachó la cabeza. Se quedó derrengado en la silla.

—A ver, de eso nada —rezongó el agente—. Ya me conoces, Topper. No hace falta que te pongas mustio.

Helen se giró de nuevo. —El zapato —dijo en voz baja—. ¿Dónde lo

encontraste? Tienes que decírmelo, Topper. Por favor... —No le había soltado la mano, y un momento después sintió una presión renovada en los dedos. Cuando se agachó hacia él, el vagabundo le susurró algo al oído.

—¿Cómo? —Se esforzó por descifrar su ronco murmullo—. ¿Capel Wood, dices? Detrás de ella, Stackpole se puso alerta en el umbral.

—Ya hemos buscado allí —musitó para Madden—. ¿Está seguro? —le preguntó a Helen.

—¿Capel Wood? —La doctora repitió el nombre con voz clara y miró al vagabundo a los ojos esperando confirmación. Topper asintió con la cabeza—. ¿Nos llevarías allí? ¿Nos enseñarías dónde lo encontraste?

Un escalofrío sacudió el cuerpo del pordiosero, que afianzó su presa sobre los dedos de Helen. Negó violentamente con la cabeza.

Helen estudió su rostro por unos instantes. Luego volvió a agacharse hacia él.

—¿Dónde en el bosque, Topper?

El aludido, callado al principio, se limitó a quedarse mirándola. Pero a continuación, como atraído por la mirada firme de la mujer, se inclinó hacia delante y volvió a susurrarle algo.

Helen miró de reojo a su espalda.

—Dice que junto al arroyo... —Se puso de pie y se acercó a él—. Will, esto me va a llevar bastante tiempo, y ni siquiera estoy segura de poder sonsacarle mucho más.

Stackpole frunció el ceño.

—¿Señor? —Se dirigió a Madden—. ¿Podríamos hablar en privado? —Los dos hombres salieron al pasillo. El agente de policía gesticuló—. ¿Usted qué opina, señor? ¿Debería intentar presionarlo un poco más?

Madden negó con la cabeza.

—Helen lo conoce mejor que nadie. Perderías el tiempo.

—Junto al arroyo... —Stackpole hizo una mueca—. No nos adelanta gran cosa. Y ya hemos estado allí. Hay un sendero que discurre paralelo a él. Atraviesa el bosque. Fui con algunos hombres y lo recorrimos a lo largo, llamando a la niña. Cuando se aparta uno del camino no se ve ni a un metro por delante. —Sacudió la cabeza, desesperado. Mientras consultaba de soslayo su reloj de pulsera, el centelleo de un relámpago iluminó por un instante el pasillo en penumbra, y la consiguiente respuesta del trueno hizo estremecer los cristales de la ventana de la cocina—. En fin, esos detectives de Guildford llegarán enseguida. Supongo que lo mejor será esperarlos...

Su expresión parecía sugerir otra medida a tomar, sin embargo, y Madden respondió a ella. Pese al trato de formalidad que insistía en dispensarle el agente, los unía una amistad de años.

—No, no podemos hacer eso, Will. Debemos salir de aquí inmediatamente. Creo

que Topper encontró algo más que un zapato.

3

Los primeros goterones de lluvia se estrellaron contra el parabrisas del coche de Madden mientras éste se apartaba de la carretera asfaltada para tomar un abrupto camino que discurría entre setos y árboles frondosos alrededor del umbroso flanco de Capel Wood. La mortecina luz gris del atardecer había dado paso a una penumbra plomiza. Desde el oeste se aproximaban veloces unos negros nubarrones hinchados.

—Ya falta poco —predijo Stackpole, escudriñando a través del cristal con los ojos entornados. Miró de reojo a su espalda al rollo de lienzo tendido en el asiento trasero como si quisiera cerciorarse de su presencia. Era Madden el que había insistido en traerlo.

—No sé con qué nos vamos a encontrar, Will, pero quizá haga falta que cubras la zona.

El trozo de lona se lo había proporcionado Dick Henshaw, quien lo utilizara para cubrir un boquete practicado el año anterior en el tejado de su casa de campo al salir volando varias tejas por culpa de un vendaval otoñal. Mientras iba a buscarlo al cobertizo del jardín, Helen salió de la cocina para hablar con Madden.

—Tengo que ir a ver cómo está Jenny Bridger. No le diré nada acerca de Capel Wood. —Lanzó a su marido una mirada de infelicidad, preocupada por verlo implicado. La vida de policía de Madden pertenecía a un pasado que no le apetecía recordar. Dirigiéndose al agente, añadió—: Harías bien en no perder de vista a Topper, Will. Pondrá pies en polvorosa a la menor ocasión.

Stackpole les había encomendado esta tarea a los Henshaw, no sin advertirles que no hablaran con los vecinos hasta que llegaran los refuerzos de Guildford.

—No quiero que se corra la voz. No hasta que hayamos ido allí y visto lo que haya que ver.

—Quiera Dios que la encontréis —había murmurado Molly Henshaw cuando se fueron.

La esperanza —la plegaria, más bien— de que la pequeña estuviera simplemente lastimada y esperando ayuda les había prestado alas a los preparativos, pero al observar de soslayo la expresión de Madden mientras éste conducía el vehículo por el angosto camino sembrado de baches, Will Stackpole tuvo la impresión de que ambos compartían la misma premonición sombría acerca de la suerte de la pequeña.

—Tomaremos la misma ruta que Topper, ¿verdad? —La voz baja de Madden resultaba apenas audible por encima del sonido del motor mientras avanzaban despacio en primera.

—Sí, señor. Si se dirigía a Brookham tendría que haber entrado en el bosque desde el otro lado y lo cruzaría siguiendo el sendero, el que discurre paralelo al arroyo. Desemboca directamente en el pueblo.

Habían debatido sobre si deberían seguir también ellos ese camino, trazando la ruta de Topper a la inversa para adentrarse en el bosque desde la aldea. Pero la posibilidad de que la inminente tormenta los pillara en descampado los persuadió para utilizar el coche y habían conducido durante aproximadamente un kilómetro por la carretera de Craydon antes de abandonarla cerca del punto donde habían visto a Alice Bridger por última vez.

Mientras el sendero por el que avanzaban ahora continuaba circunvalando el bosque, los setos a ambos lados desaparecieron y vieron a su derecha un amplio pasto donde se arracimaba un rebaño de frisonas, apenas visibles a la luz moribunda sus robustos cuerpos blanquinegros. Aunque la lluvia seguía cayendo en gotas aisladas la tormenta avanzaba deprisa y varias vacas se habían recostado ya anticipando el diluvio que estaba a punto de abatirse sobre ellas.

Su camino pasaba ahora cerca del bosque, los abanicos de ramas de los robles y los castaños rozaban el lateral del vehículo, y la carretera describía un lento giro a la izquierda que siguieron hasta llegar a un parche circular de barro seco donde el sendero se extinguía y dos montones de heno con forma de colmena se elevaban muy cerca el uno del otro junto a un campo delimitado por un cercado de madera.

Cuando Madden detuvo el coche miró de reojo al salpicadero y vio que habían cubierto poco más de tres kilómetros desde que salieran de Brookham. Se apeó e inspeccionó someramente el terreno a su alrededor. La franja de tierra desnuda tan sólo mostraba profundos surcos impresos por las ruedas de las carretas que habían transitado por allí.

—¿Crees que alguien podría haberla traído hasta aquí? —preguntó Stackpole—. ¿Por la misma ruta que hemos seguido nosotros? —También él había salido del vehículo y estaba volviendo a calarse el casco.

Resguardado parcialmente por los almiarés, el lugar donde habían recalado miraba a una sucesión de campos desiertos con una vista de promontorios cubiertos de árboles a lo lejos.

—Sería un sitio tranquilo —comentó el agente de policía—. Los domingos no trabaja nadie en los cultivos. Nadie tendría ningún motivo para venir aquí.

—Es posible. —Madden se encogió de hombros—. Pero son meras suposiciones. Pongámonos en marcha, Will. No hay tiempo que perder.

El agente se puso la capa, recogió el rollo de lona del asiento trasero del coche y se lo guardó bajo el brazo. Señaló adelante, a una Inicia de sauces y arbustos bajos que serpenteaba a campo través hacia la línea de árboles.

—Ahí está nuestro arroyo, señor. Cruza el bosque de punta a punta y reaparece al otro lado no muy lejos de Brookham.

Los dos hombres emprendieron la marcha, con el agente en cabeza, practicando un caminito entre la hierba que les llegaba a las rodillas, bordeando la linde del

bosque hasta encontrar el arroyo. Había un sendero visible paralelo a la corriente en la otra orilla, hasta el que llegaron cruzando por encima de un tronco caído. Los truenos restallaban a su alrededor y se apresuraron a buscar el refugio del bosque. Cuando llegaron a él, Stackpole se apartó del camino.

Vaya usted delante, señor. Su vista es más aguda que la mía. Madden encabezó la comitiva y no tardó en encontrarse en una zona de luz crepuscular propiciada por el denso dosel de hojas, que se acrecentó al adentrarse en la arboleda. La lluvia tamborileaba en el follaje sobre sus cabezas, pero sin llegar al suelo, que permanecía seco. Una capa de humus reblandecido amortiguaba el sonido de sus pasos.

El sendero continuaba discurriendo paralelo al arroyo, que resultaba visible la mayor parte del tiempo, desapareciendo brevemente tan sólo detrás de algún tronco o un racimo de ramas colgantes. Madden mantenía la mirada puesta en él, a sabiendas de que Topper debía de haber seguido aquel mismo camino puesto que se dirigía a Brookham y lo que quiera que hubiese encontrado no estaría muy lejos del agua.

—¿Cómo de extenso es el bosque, Will? —Habló por encima del hombro—. ¿Cuánto tardaremos en atravesarlo?

—Veinte minutos, al menos. Es relativamente grande.

Había transcurrido la mitad de ese tiempo, y por el momento no habían visto nada de interés, aparte de un conjunto de piedras para pisar en el arroyo junto al que habían pasado y por el que se había interesado Madden. Stackpole le dijo que comunicaban con un segundo sendero que bajaba hasta la carretera que unía Brookham con Craydon.

—¿Entonces Alice Bridger podría haber llegado al bosque caminando?

Stackpole asintió con la cabeza.

—O la podrían haber traído. Yo mismo seguí esa ruta con los hombres antes cuando rastreamos la zona.

No muy lejos de ese punto el sendero cambiaba de dirección y atravesaba el arroyo por un segundo puente de piedras para desviarse aparentemente del arroyo y adentrarse en el bosque. Madden se detuvo.

—Topper dijo en la orilla...

El agente de policía se situó a su lado. Vio lo que quería decir Madden.

—Sólo se separan un trecho, señor. El camino y el arroyo. Vuelven a converger un poco más adelante.

Madden sacudió la cabeza, poco convencido.

—No, quiero quedarme cerca del agua. —Escudriñó río abajo, pero la tupida maleza y los árboles frondosos le obstaculizaban la vista. La lluvia arreciaba constantemente y los truenos restallaban cada vez con más fuerza sobre sus cabezas. Madden se quedó parado un momento, con las manos en las caderas, mirando a su alrededor. Algo le llamó la atención y se fijó en el arbusto que bordeaba el sendero,

estudiando los helechos y los retorcidos matojos bajos que rellenaban los huecos entre los troncos de los árboles.

—¡Mira...! —Se puso en cuclillas. El agente de policía escudriñó por encima de su hombro—. Alguien salió del camino por aquí, o lo retomó. —Madden indicó un helecho que se había partido en la base y, cerca de él, un fino brote de roble inclinado—. Si Topper estaba siguiendo el arroyo en vez del sendero podría haber venido por aquí.

—¿Pero por qué haría algo así? —Stackpole estaba desconcertado—. Abrirse camino de esa manera supone mucho trabajo. —Señaló la densa maleza.

—Ni idea. —Madden se agachó aún más para observar el terreno, con la esperanza de hallar algún rastro de pisadas, pero la hojarasca húmeda estaba demasiado suelta como para conservar ninguna impresión. Se puso de pie—. Will, voy a seguir corriente abajo por este lado. Tú quédate en el sendero. Si lo que dices es cierto, deberíamos reencontrarnos más adelante.

De haber sido distintas las circunstancias, sus palabras podrían haber hecho aflorar una sonrisa al rostro de Will Stackpole. Sin percatarse, Madden había revertido a su antiguo papel, asumiendo el mando. Estaba comportándose como el inspector de policía que fuera una vez.

—Así lo haré, señor. Deme una voz si ve algo.

El agente esperó hasta que su compañero se hubo adentrado en la espesura antes de reanudar la marcha, cruzando el arroyo por el caminito de piedras y siguiendo el curso del sendero, que al principio se alejaba del agua, pero luego describía una curva hasta volver a discurrir paralelo a ella, sólo que más lejos de la orilla que antes. Descubrió que, aunque todavía podía oír el murmullo de la corriente, la maraña de árboles y una pantalla de arbustos entrelazadas le impedían ver el arroyo.

—¿Will?

—Estoy aquí, señor. —Stackpole se detuvo. La voz de Madden había llegado hasta él nítidamente desde el otro lado del arroyo. No andaba lejos.

—Alguien ha pasado por aquí, en efecto... hay una especie de rastro...

Stackpole se cambió de brazo el peso del rollo de lona. Aguardó un momento antes de seguir caminando, pero después de tan sólo unos pasos volvió a escuchar la voz de Madden.

—¿Cómo iba vestida, Will? ¿De qué color era su ropa?

El agente de policía meditó su respuesta.

—Llevaba puesta una falda azul, señor. Falda azul, blusa blanca, zapatos negros. —Con la boca seca, esperó presa de la ansiedad.

—Veo un hilo enganchado en las zarzas. Podría ser azul... cuesta ver con esta luz... —Madden dejó la frase inacabada, pero continuó de repente—: ¡No, espera! ¡Hay algo más!

Stackpole se quedó clavado en el sitio, esperando las siguientes palabras de Madden. Con el oído aguzado, contempló fijamente el denso muro de vegetación que le impedía ver el arroyo y se sumió en una suerte de trance del que salió de golpe cuando un relámpago hendió el techo bajo de nubes, seguido casi inmediatamente del formidable estampido del trueno.

El aire que lo rodeaba pareció estremecerse, y percibió una vaharada de ozono. Curiosamente, el tamborileo de las gotas de agua sobre las hojas de arriba había disminuido en los últimos segundos, pero el cielo continuaba oscureciéndose. Era como si los elementos estuvieran preparándose para lanzar un asalto, y el agente de policía sentía una coalición de fuerzas comparable en su interior, una creciente oleada de tensión agónica que pedía liberarse a gritos.

—¿Will?

—¡Señor!

—¡Será mejor que vengas!

La nota afilada en la voz de Madden hizo que al agente se le erizara el vello de la nuca y se le cortara la respiración.

—No conseguirás atravesar esas matas de acebo, Will. Lo mejor será que vuelvas adonde nos separamos y sigas el mismo camino que yo.

—¿De qué se trata, señor? —Temeroso de la respuesta, Stackpole habló con voz estrangulada—. ¿La ha encontrado, entonces...?

Los contados segundos que Madden tardó en contestar parecieron alargarse hasta el infinito. Al cabo, habló:

—Sí, la he encontrado, Will.

No añadió nada más. Pero su voz lo decía todo.

Madden había divisado el cuerpo por casualidad.

Al principio, mientras se abría paso entre los arbustos y la barrera de espinas, se había concentrado en los abundantes indicios del paso de una o más personas por aquella misma ruta: las ramitas partidas y los helechos doblados y aplastados señalaban el tosco camino practicado a la fuerza entre la espesura.

Los destrozos parecían recientes —algunos de los tallos rotos eran verdes, húmeda aún su savia— y se habían producido probablemente en el transcurso de las últimas horas. Un examen más detenido podría haberle desvelado más, pero no había tiempo que perder y había seguido corriente abajo hasta que le llamó la atención un trozo de hilo, enganchado en un zarzal a la altura de la cintura. Esto sí se había parado a examinarlo, pero la penumbra propiciada por la inminente tormenta era tal que no había logrado determinar su color con certeza y había decidido dejarlo donde estaba.

Durante todo este tiempo había mantenido el arroyo a la vista, si bien lo atisbaba

de forma intermitente, impedido por la tupida fronda que se adhería a las orillas. Unos pocos pasos más adelante, al llegar a un claro que se abría de repente entre los arbustos, pudo ver mejor el curso de agua. Descubrió que se encontraba al filo de un pequeño rectángulo de humus cubierto de hojas que bordeaba el arroyo, cuya orilla opuesta quedaba oculta tras la cortina de ramas de un sauce tras el que una muralla de acebo sin fisuras, a escasa distancia margen arriba, formaba una barrera impenetrable.

Cobijado de la lluvia y el sol por la rama extendida de un roble, a Madden le pareció un sitio tranquilo, y estaba observando un irregular anillo de piedras, tapadas casi en su totalidad por la hierba que había a un lado del rectángulo, preguntándose si las habría colocado allí la mano del hombre, cuando le llamó la atención otro objeto que había en el suelo, más cerca del lugar donde se encontraba.

—¡No, espera! —le dijo al agente—. ¡Hay algo más!

Lo que estaba contemplando no era más que una hoja de roble, y había tardado varios instantes en comprender por qué le había llamado tanto la atención de repente.

El color, marrón oscuro a la luz espectral, estaba comenzando a diluirse.

Se había acuclillado inmediatamente y la había cogido por el tallo con delicadeza. La lluvia había embadurnado la pátina que cubría la hoja; la costra seca estaba recuperando su forma líquida. En la cabeza de Madden no cabía la menor duda sobre lo que era.

Miró alrededor y vio más manchas de sangre; más hojas que exhibían las marcas delatoras. También la hierba verde estaba salpicada de diminutas motas del color de la herrumbre.

Madden retrocedió un poco en dirección a la maleza, se puso a cuatro patas y agachó aún más la cara para poder examinar el suelo minuciosamente, y fue en esa postura, como un sabueso venteando el rastro de su presa, cuando vio, sobresaliendo de debajo de las colgantes ramas de sauce al otro lado del arroyo, a la altura de los ojos, un pie enfundado en su calcetín.

En ese mismo instante un relámpago desgarró el cielo sobre su cabeza, con el trueno pisándole los talones. Antes de que los últimos ecos se hubieran apagado, Madden se había incorporado ya, se había quitado los zapatos y los calcetines y había vadeado la fría corriente que le llegaba a los tobillos para llegar a la otra orilla. Al apartar el frondoso velo del sauce descubrió el cuerpo de una joven tendida de costado en una estrecha cornisa. Sin esperanza, se agachó y buscó el pulso en la delgada muñeca blanca que descansaba encima de su cadera. No lo encontró. Estaba muerta. Fue entonces cuando llamó a Stackpole.

Durante el intercambio de gritos, los ojos de Madden permanecieron atareados. La postura del cuerpo, encajonado bajo un saliente de la orilla y abrigado por las ramas colgantes, indicaba que el asesino lo había ocultado premeditadamente. Y así podría haber seguido, pensó, si un trozo de la cornisa sobre la que yacía no se hubiera

desmoronado y caído al arroyo, propiciando que el pie de la niña resbalara y quedara expuesto a la vista.

¿Sería así como la había encontrado Topper? ¿La habría descalzado él? No parecía probable.

El examen médico determinaría más tarde cuál era la causa de la muerte, pero a juzgar por su cabello empapado de sangre, que le cubría la cara, se diría que la habían golpeado en la cabeza, y las pruebas apuntaban a que el asalto había tenido lugar en la hierba salpicada de sangre que tenía ahora a su espalda...

Madden continuó tomando notas mentales fríamente, consciente de estar dejándose llevar por la fuerza de la costumbre, haciendo algo que hacía años que no practicaba, pero para lo que había sido adiestrado, aislando sus emociones del proceso de observación. Sin embargo, su despego lo abandonó un momento después, al apartar las guedejas apelmazadas para contemplar el rostro de la pequeña.

—¡Santo cielo! —Un jadeo horrorizado escapó de sus labios.

La muerte violenta no le era desconocida, había visto más de una víctima de asesinato cruelmente vapuleada, y durante los dos años que pasó en las trincheras había sido testigo de heridas indescriptibles: había visto cuerpos mutilados, desollados y descuartizados. Pero ni toda su experiencia lo había preparado para el espectáculo de la cara de Alice Bridger, machacado hasta quedar convertido en una pulpa roja donde no quedaba el menor rastro de rasgos humanos. Mientras lo observaba fijamente, con incredulidad, oyó la voz de Stackpole llamándolo no muy lejos.

—¿Estoy cerca ya, señor?

—Sigue el arroyo, Will. —Madden recuperó el habla, sin saber muy bien cómo —. Te llevará hasta mí. Y date prisa. Empezará a jarrear en cualquier momento.

Mientras hablaba, el trueno resonó de nuevo como un tambor gigante y la lluvia arreció. Madden lanzó una inquieta mirada de reojo al arroyo en el que se encontraba. El agua había excavado en la orilla la cornisa donde yacía el cuerpo de la niña y era imposible saber cuán deprisa podría desbordarse de nuevo con la tromba que se avecinaba. Se apresuró a agacharse de nuevo para estudiar el cadáver, memorizando su postura, atento a los detalles.

La falda azul claro enrollada alrededor de las caderas de la niña estaba embadurnada de sangre, al igual que sus muslos pálidos. En sus pequeñas nalgas desnudas se apreciaban unas marcas lívidas que empezaban ya a transformarse en moratones. El agua que lo rodeaba estaba sembrada de piedras sueltas y rocas, y Madden supuso que cualquiera de ellas podría haber servido de arma. De ser así, ya estaría completamente limpia.

Al estudiar la postura del cuerpo vio que le era posible observar el efecto pleno de los daños sufridos por el rostro de la joven porque ésta tenía la cabeza torcida en lo

que ahora notó que era un ángulo antinatural. Entraba dentro de lo posible que tuviera el cuello partido.

¿Sería así como había muerto? Eso esperaba. Pensar que podría haber estado viva y consciente cuando la piedra se elevó sobre su cabeza era casi insoportable.

—¡Ay, Dios... no!

Madden miro detrás de él. La alta figura de Will Stackpole había aparecido entre los arbustos de la otra orilla. La pesada capa azul del agente estaba chorreando agua. Su mirada no se apartaba de la lastimera figura ovillada que se atisbaba tras las ramas del sauce.

—¿Qué le han hecho a la niña? —Señaló con el dedo—. ¿Eso es su cara?

—Sí, se la han aplastado. Sabrá Dios por qué. —Madden dejó caer las ramas, disimulando el cadáver. Stackpole, pálido bajo su casco, se había quedado paralizado. Parecía incapaz de asimilar lo que acababa de ver—. Será mejor que no te acerques. Seguramente fue aquí donde la mataron. Y la violaron, por lo que parece. —Las palabras que eligió, tanto como el tono seco en que las pronunció, consiguieron devolver al agente de policía a un estado de alerta. Prestó atención a lo que estaba diciendo Madden.

—Podemos proteger el terreno, o intentar cubrir el cadáver. Pero no las dos cosas.

Stackpole asintió con la cabeza para indicar que lo entendía y levantó la mirada hacia el cielo. Aunque la lluvia se intensificaba constantemente, la tormenta aún no había descargado toda su furia sobre ellos. Se sacó la lona de debajo del brazo. Incapaz de decidirse, miró al cuerpo que yacía a sus pies, de éste a la hierba, y de ésta nuevamente al cadáver. Una repentina ráfaga de viento le duchó la cara de gotas de agua.

—¿Usted qué opina, señor? —Su mirada era implorante.

Madden frunció el ceño a modo de respuesta.

—Bueno, el arroyo es probable que crezca, así que quizá haya que trasladar el cuerpo. —Hizo una pausa, dándole vueltas al problema en su cabeza—. Cubramos ese trozo de césped —decidió.

Mientras Stackpole se atareaba desenrollando la lona, Madden volvió a cruzar el arroyo, deteniéndose para recoger una brazada de piedras del lecho del río que los dos hombres colocaron a continuación en las esquinas de la lona extendida sobre la cual la lluvia tamborileaba ahora con insistencia.

—La policía de Guildford no sabrá llegar hasta aquí. Tendré que ir a buscarlos. —Madden hubo de gritar para hacerse oír por encima de las sucesivas andanadas de trueno, mientras pugnaba por volver a ponerse los calcetines y los zapatos, haciendo equilibrios primero con un pie, luego con el otro. Después de pasar tanto tiempo inmerso en el agua helada había perdido toda la sensibilidad en los dedos—. Échale un ojo al arroyo, Will. Las aguas subirán sin que te des cuenta.

Aguardó un momento más para mirar a su alrededor, debatiéndose entre la necesidad de correr a reunir a los detectives y la tarea no menos urgente que se había impuesto de buscar cualquier posible pista dejada por el asesino, pruebas que se podrían destruir o perder con la tormenta, que ahora bramaba desatada sobre sus cabezas. Mientras Madden permanecía allí plantado, tiritando dentro de su chaqueta de tweed completamente empapada, cayó un telón de lluvia y en cuestión de un segundo se vio inmerso en una rociada de gotas cuando el agua atravesó la endeble techumbre de hojas que lo guarecía.

Atrapado en el aguacero, su mirada recayó una vez más en el anillo de piedras que había visto antes. En los últimos minutos se le había ocurrido una respuesta a la pregunta que llevaba haciéndose desde que entrara en el bosque, y ahora miró en rededor en busca de más indicios que pudieran confirmarla. Su inspección del escenario velado por la lluvia apenas si acababa de comenzar, no obstante, cuando la interrumpió un grito procedente de Stackpole. Madden miró a tiempo de ver cómo el agente se zambullía en el arroyo sin descalzarse. Tal y como previera antes, el nivel del agua había crecido a una velocidad alarmante y Stackpole estaba ya hundido hasta las rodillas en el torrente espumoso, esforzándose por no perder el equilibrio mientras se quitaba la capa.

—¡Pásamela, Will!

Madden llegó a la orilla en un momento, y se plantó presto mientras el agente de policía apartaba la pantalla de ramas de sauce y levantaba el cadáver de Alice Bridger del agua encrespada, envolviendo su forma liviana en su capa y en precario equilibrio para entregarle el bulto a Madden.

Aun amortajado en el pesado material impermeable, el cuerpo de la pequeña era una carga insignificante. Madden retrocedió con cuidado para evitar pisar la tela y la dejó en el suelo junto al trozo de lona. La capa se abrió en ese momento, y los rasgos desfigurados de la muchacha volvieron a dejarlo conmocionado. Se apresuró a cubrirla de nuevo.

Stackpole, mientras tanto, había vadeado el arroyo y estaba sacudiéndose como un perro mientras el agua caía de su casco formando una catarata. Rodeó con cuidado la hojarasca, procurando no dejar huellas en la hierba empapada, y se reunió con Madden en la linde de los arbustos. Los dos hombres contemplaron el caudal embravecido, que ya había inundado la cornisa donde yaciera el cadáver y se encontraba peligrosamente cerca de desbordar la orilla donde se hallaban junto a la lona extendida.

—Creo que vamos a perder el terreno, señor. —Stackpole se escurrió los bajos del pantalón, adheridos a sus botas caladas de agua.

—No, me parece que no, Will. Se está pasando. ¡Mira! —Madden señaló al cielo, que estaba despejándose con rapidez. También la lluvia había amainado

considerablemente, y cesó sin previo aviso. El sol se asomó entre las nubes que se deshilachaban, bañando el bosque y el arroyo crecido con una suave luz vespertina. El sonido del agua goteante llenaba el silencio que los rodeaba. El agente de policía se sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó la cara.

—¿Va a ir en busca de esos detectives, señor?

—Sí. Enseguida. —Mientras estaban allí parados, los pensamientos de Madden habían regresado al problema con el que estaba peleándose antes. Al mirar alrededor, su mirada había reparado en un abedul que se levantaba fuera del círculo de arbustos, con el tronco pálido parcialmente camuflado por la maleza. Lo señaló—. Quiero echarle un vistazo a eso.

Desconcertado, el agente siguió su ejemplo y rodearon el anillo de hierba hasta llegar al abedul, donde Madden se acuclilló, separando las ramas de un laurel que crecía silvestre junto a la orilla.

—¡Sí! Ahí... ¡Fíjate, Will!

Stackpole miró por encima de su hombro y vio que el tronco estaba surcado de líneas grabadas en la corteza, extraños diseños rúnicos practicados con un cuchillo u otro instrumento afilado.

—Son obra de vagabundos. Este es uno de sus campamentos. Por eso se apartó Topper del sendero. Se dirigía hacia aquí... —Madden cambió el peso del cuerpo sobre las ancas. Indicó a su espalda con el pulgar—. Ese círculo de piedras que hay allí en el suelo... ahí es donde encienden sus fogatas. Ahora no se ve porque está cubierto de hierba. Pero mira estas marcas... ésa es de Topper.

El agente de policía guiñó los ojos y distinguió la forma de una cruz tallada en el tronco, inscrita en un círculo de tosca factura.

—Es una tarjeta de visita. Una señal de que estuvo aquí. Igual que esas otras.

Stackpole pasó los dedos por los surcos, finos y tenues.

—Pero son antiguas, señor, yo diría que ninguna de ellas se hizo este verano...

—¡Excepto ésta...! —Madden señaló un dibujo labrado en el tronco un poco más abajo que el resto. Mostraba un triángulo atravesado por una raya.

—Esa es reciente, de acuerdo —reconoció Stackpole. La observó más de cerca—. La corteza se ha quitado hace poco. La madera todavía está blanca. Caray, pero si podrían haberla hecho hoy...

—Seguramente así sea. —Madden se incorporó—. Topper le dijo a Helen que iba a reunirse con alguien por esta zona, un tal Beezy, otro vagabundo, por lo visto. Esa marca podría ser suya.

—¿Quiere usted decir que podría haber pasado por aquí antes, este Beezy? —Stackpole miró del tronco escarificado al lugar donde yacía el cadáver de la niña, envuelta en su capa. Su expresión cambió al comprender la importancia de lo que estaba diciendo.

Madden asintió con la cabeza.

—Estuvo aquí, en efecto, a juzgar por lo que sabemos. La cuestión es, ¿dónde está ahora?

Despertada antes del amanecer a la mañana siguiente por la comadrona de un caso de maternidad, Helen no volvió a casa hasta las nueve. Veinte minutos antes Will Stackpole había llamado con noticias obtenidas por teléfono de la policía de Guildford, noticias que Madden refirió a su esposa mientras disfrutaban de un desayuno tardío en la sala de estar inundada por el sol.

—Todavía no tienen el informe del forense, pero al parecer no hay duda de que la violaron y estrangularon. El cirujano de la policía confirmó mis sospechas: le partieron el cuello. Así fue como murió.

Los indicios de una noche en vela que Helen veía en el rostro de su marido la transportaron más de una década en el pasado. Era otro caso de asesinato, la brutal masacre de una familia entera en la misma Highfield, el verano de 1921, lo que los había reunido, y el ceño de preocupación de Madden era un lúgubre recordatorio de aquellos días tan espantosos.

—No sé qué opinará el forense de los daños de su cara. A mí me parecieron deliberados.

—¿Deliberados?

—Sistemáticos. Sólo le eché un vistazo, pero me pareció que el responsable se había propuesto desfigurarla. Borrar sus rasgos. —Madden dejó su taza encima de la mesa—. Esta mañana le han enseñado el cuerpo a su padre. Se vino abajo, pobre hombre.

Habían vuelto tarde de Brookham la noche anterior. Había oscurecido antes de que Madden regresara de Capel Wood y Helen había insistido en llevárselo a casa y librarlo de su ropa empapada. Había pasado las horas previas en la cocina de los Henshaw, haciéndole compañía a Topper, pero en dos ocasiones había visitado la casa de los Bridger, donde la madre de la joven desaparecida se había sumido en un sueño inquieto gracias al sedante que le administrara previamente. El señor Bridger había rechazado la oferta de Helen cuando ésta le sugirió un alivio parecido. Se lo había encontrado sentado en el salón en penumbra con algunos vecinos, un hombre bajito y corpulento de pelo ralo, con el semblante pálido demudado por temores secretos. Así había sabido que Alice no era más que una niña.

—Tengo entendido que han venido unos policías de Guildford y ahora se han ido a no sé dónde —la había acosado nerviosamente Bridger en cuanto apareció—. ¿Sabe usted algo al respecto, doctora Madden? —Sus ojos le habían implorado una respuesta sincera, pero Helen sólo podía andarse con rodeos.

—Lo cierto es que no, señor Bridger, pero espero que mi marido vuelva pronto. Está con el agente Stackpole. Quizá ellos le traigan noticias.

Así las cosas, Madden había regresado solo en su coche, tras dejar a Stackpole

con los dos detectives, con quienes se había reunido en las afueras del bosque y a los que había conducido hasta el lugar del asesinato. A apremiante petición suya, había llamado por teléfono a la comisaría central de Surrey para solicitar que enviaran un equipo forense a Brookham sin demora, con una ambulancia y más oficiales uniformados equipados con lámparas y linternas a fin de comenzar inmediatamente el registro del bosque.

—¿Qué hay de los Bridger? —le había preguntado entonces a Helen. Estaban de pie muy juntos en el pequeño pasillo de la casa de campo de los Henshaw, donde se encontraba el teléfono—. ¿Qué les han contado?

—Nada, que yo sepa. —Consternada por las nuevas que había traído su marido de Capel Wood, Helen sólo había pensado en llevárselo a casa. Al intuir entonces sus intenciones, le había puesto una mano tranquilizadora en el brazo—. Déjasele a la policía, cariño. Ya no es asunto tuyo.

Pero Madden se había negado a cambiar de parecer.

—Hay que decírselo —había insistido—. No pueden estar a ciegas. No es justo. ¿Quién sabe cuándo volverá la policía?

De modo que Helen lo había llevado a la casa de los Bridger y lo había dejado esperando en la cocina mientras ella iba a buscar al padre de la pequeña asesinada, deseando que hubiera algún modo de aliviar la carga que el hombre se había echado a las espaldas. Minutos más tarde, de pie a solas en el patio trasero, Helen había observado a través de la ventana iluminada mientras su esposo pronunciaba unas palabras que ella no podía oír y había visto cómo el señor Bridger se tapaba las orejas con las manos, torturado, y reposaba la cabeza como si fuera una ofrenda encima de la mesa que tenía ante él.

Sonrió ahora al cruzar la mirada con Madden, esperando disipar el ambiente aciago que flotaba en el aire.

—¿Qué pasa con Topper? —preguntó—. ¿Sigue reteniéndolo la policía?

—Ha pasado la noche en los calabozos de Guildford. Por invitación solamente, desde luego... no tienen derecho a encerrarlo... pero al parecer se le ha soltado la lengua. Les contó todo cuanto sabía y lo han dejado salir esta mañana. Le han ordenado que asista a la pesquisa judicial del viernes.

—¿Lo hará? —Helen parecía escéptica.

—Lo dudo. Citando las palabras de Will, lo más probable es que para entonces esté ya en otro condado. A menos que se deje caer para verte, naturalmente.

—Me sentiré ofendida si no lo hace.

Sus palabras hicieron aflorar una sonrisa a los labios de Madden, tal y como esperaba Helen, y se echaron a reír juntos.

El viejo vagabundo había entrado por primera vez en sus vidas hacía varios años, llamando a la puerta de servicio una tarde de verano, uno más de la legión de sin

techo: mendigos, nómadas, hombres sin domicilio fijo y ajenos a la jerga de los tribunales cuyo número se había incrementado drásticamente con los años de la Depresión. La cocinera de los Madden, la señora Beck, tenía órdenes de ofrecer agua y comida a estos errantes siempre que se presentaran. Admitirlos en la cocina o no dependía de ella, pero Helen había regresado de su ronda aquella tarde para descubrir a Topper sentado a la mesa, con el sombrero a su lado y su hato en el suelo a sus pies, esgrimindo atareadamente cuchillo y tenedor bajo la aprobadora mirada de la cocinera. Al entrar Helen se había puesto de pie y le había dedicado una cortés reverencia.

—Este es un caballero como Dios manda, señora —había ronroneado con satisfacción la señora Beck.

Tras pedir que le sirvieran el té en la cocina, Helen se había sentado con el anciano, sonsacándole poco más que su nombre y algunos relatos de sus viajes recientes, pero descubriéndose fascinada por la polvorienta y sucia figura de atuendo absurdo. Aunque el hombre no le había desvelado nada de él —ni entonces, ni después— a Helen la había conmovido el sonido de su suave voz y sus ademanes educados. Sus ojos grises, que buscaban los de ella desde el otro lado de la mesa con fugaces miradas huidizas de hito en hito, hablaban de dolor y pérdida; de un pasado al que no podría regresar nunca.

Saciado su apetito, Helen le había indicado cómo llegar a su granja, con una nota para su marido. Topper se había quedado una semana, ayudando con la cosecha y durmiendo por las noches en un rincón del granero. La mañana de su partida la señora Beck había encontrado un viejo tarro de mermelada en los escalones de la puerta de servicio, lleno de collejas rosas y las flores amarillas de la hierba de San Juan, recogidas de los setos. Debajo del bote había un trocito de papel con un mensaje burdamente garabateado a lápiz: *Para la señora*.

Se las había enseñado a Helen durante el desayuno con una sonrisa.

—Se diría que ha hecho usted una conquista, señora.

—¿Qué les ha contado Topper? —le preguntó ahora Helen a Madden.

—Dijo que había llegado al bosque por el mismo lado que nosotros... desde los campos... y que se apartó del sendero para llegar al campamento del que te he hablado. La mayoría de estos viejos vagabundos disponen de escondrijos remotos, lugares donde pueden refugiarse una temporada. Les gusta mantenerlos en secreto, sobre todo si se hallan en terrenos particulares. Capel Wood es propiedad del granjero para el que trabaja Bridger. Topper le contó a la policía que hace años que utiliza ese sitio. Al llegar allí ayer divisó el zapato tirado en la orilla al otro lado del arroyo. Luego vio el pie de la niña.

—Es un milagro que no saliera corriendo de inmediato.

—Podría haberlo hecho —convino Madden—. Tenía que estar aterrado. Pero en

vez de eso lo recogió y lo trajo a Brookham. Fue un gesto valiente. —Volvió a sonreír a su esposa.

—¿Cómo ha reaccionado la policía? ¿Lo creen?

—Oh, creo que sí. Aunque querían saber algo más sobre este tal Beezy. Según Topper se conocieron en una pensión de mala muerte en Londres el invierno pasado. La base habitual de Beezy en verano es Kent, donde encuentra trabajo durante la recolección del lúpulo. Pero este año, por algún motivo, decidió reunirse con Topper y bajar a Surrey. Se dirigían a nuestra casa: Topper le ha dicho a la policía que lo estabas esperando. «No puedo defraudar a la señora Madden», fueron sus palabras.

—Y no le falta razón —asintió Helen con aprobación.

—En cualquier caso, Beezy enfermó mientras realizaban algunas chapuzas en una granja cerca de Dorking. Contrajo una bronquitis y se pasó una semana entera convaleciente en el granero. La mujer del granjero cuidaba de él. Topper prosiguió su camino... se había enterado de que necesitaban mano de obra en Coldharbour... pero convinieron verse nuevamente este fin de semana. Topper le indicó cómo llegar a Capel Wood y le explicó cómo encontrar el campamento.

—Pero no llegó nunca, ¿verdad? Me refiero a Beezy.

—Ah, la cuestión es que sí. —Con el ceño fruncido, Madden dejó su taza de café encima de la mesa—. Vi su símbolo en el campamento.

—¿Su «símbolo»?

—Muchos de estos vagabundos tienen sus marcas individuales. Las tallan en los árboles en sus puntos de reunión.

—Oh, me suena. —Helen asintió con la cabeza—. La de Topper es una cruz dentro de un círculo. Continúa.

—Vi varias inscritas en el tronco de un abedul junto al campamento, pero sólo una de ellas era reciente: un triángulo atravesado por una línea. Según Topper, ésa es la marca de Beezy.

Helen asimiló esta información en silencio mientras rellenaba sus tazas.

—Entonces, si Beezy llegó allí antes de que Topper encontrara el zapato de la niña, eso quiere decir que es sospechoso.

—O lo será, me temo. —Madden, con la mirada fija en el mantel de la mesa, arrugó el entrecejo. Se llevó una mano a la frente, donde una tenue cicatriz aserrada, recuerdo de una explosión de obús durante la guerra, resaltaba blanca sobre su piel tostada por el sol. Sin saber que estaba indicándole su preocupación a su esposa, se la acarició con los dedos—. Te alegrará saber que Topper está fuera de toda sospecha —continuó—. Viajó haciendo autostop en un camión desde Coldharbour a Shamley Green ayer por la tarde... la policía ha hablado ya con el conductor... y no podría haber llegado a Capel Wood antes de las tres como muy pronto, horas después de que desapareciera Alice Bridger.

—¡Ni se me había pasado por la cabeza! —Su despreciativo tonillo de rechazo devolvió la sonrisa a los labios de Madden. Sin embargo, Helen vio que alguna preocupación desconocida seguía rondándole el pensamiento, y le habría hecho más preguntas si la mirada de su esposo no se hubiera clavado en ese mismo momento en la ventana abierta que había detrás de ella.

—Mira... ahí está Rob. —Madden señaló con su taza de café—. ¿Habrá ido al bosque?

—Salió de casa a la vez que yo. —Helen se giró en su asiento y siguió la mirada de su marido al otro lado de la terraza iluminada por el sol, por el césped alargado hasta el huerto al pie del jardín, donde su hijo de diez años, vestido con unos pantaloncitos cortos, acababa de salir de la arboleda, con una linterna de policía oscilando en su mano—. Me dijo que Ted Stackpole iba a enseñarle una madriguera de tejón que había descubierto. Los niños pensaban que podrían ver las crías si llegaban antes de que saliera el sol.

Madden gruñó. Contempló a la pequeña figura que cruzaba el césped con paso lento.

—Tendrán que dejar de hacer eso por el momento. —Habló con pesar en la voz—. No podemos permitir que se adentren solos en el bosque. Por ahora no. —Cruzó la mirada con Helen—. Le contaré lo del asesinato a Rob cuando entre. Y también a Lucy. Es normal que se hable en el pueblo. Será mejor que se enteren por mí.

Aunque Brookham sólo estaba a ocho kilómetros de distancia, el trayecto en coche por las estrechas carreteras comarcales plagadas de vehículos agrícolas era lento, y Madden tardó casi veinticinco minutos en llegar a su destino. Un coche de policía sin distintivos aparcado en la franja de hierba que lindaba con la hilera de casas de campo señalaba la presencia de detectives en la aldea. Probablemente se quedarían allí algún tiempo. A menos que los procedimientos establecidos hubieran cambiado mucho desde sus tiempos, Madden sabía que con un crimen de esta naturaleza habría que interrogar a todos los habitantes. La policía querría conocer sus movimientos y averiguar si se había visto algún desconocido en la vecindad.

Su regreso a Brookham no había sido premeditado; era una sorpresa, de hecho, incluso para él. Aunque sólo había conversado brevemente con los hombres del Departamento de Investigación Criminal llegados de Guildford el día anterior, les había prometido una declaración, y esa misma mañana, antes de desayunar, había redactado un informe completo de todo cuanto había visto y hecho desde el momento en que Will Stackpole y él pusieron el pie en Capel Wood. Una vez completada esa tarea, no tenía ningún motivo para volver. La declaración se podría haber reenviado a la comisaría de policía de Surrey.

Pero John Madden todavía conservaba en su interior una parte del antiguo policía que había sido, una parte que no se daba por satisfecha fácilmente. Un acuciante sentido del deber, la sensación de un trabajo a medias, llevaba hostigándolo desde que saliera de Brookham y había dedicado horas insomnes a repasar los hechos que rodeaban la desaparición de la niña y a recordar hasta el último detalle de la escena del crimen.

La mañana no trajo consigo ningún alivio, y Madden se había levantado abrumado por una sensación de culpabilidad que atribuyó inicialmente a su incapacidad para encontrar sentido a las pruebas que se le habían presentado de primera mano. El instinto, más agudo en el pasado, sin duda, pero afilado todavía, le decía que el lugar del asesinato tenía más cosas que revelar de las que había logrado deducir hasta la fecha. Pero por preocupante que fuera esta intuición, no bastaba para explicar por sí sola la intranquilidad que sentía, la cual parecía emanar de raíces más hondas, relacionada con la espantosa imagen que guardaba del rostro desfigurado de Alice Bridger.

Sin embargo, no tenía intención de involucrarse en lo que ya era asunto de la policía, ni de alterar su rutina, y se había propuesto pasar la mañana en la granja, como de costumbre. Sólo después de que Helen abandonara la casa para atender su consultorio, cuando él mismo se disponía a salir a su vez, lo asaltó un impulso repentino que lo impulsó a cambiar de dirección y tomar la carretera que cruzaba la

larga cordillera boscosa de Upton Hanger, bajo la cual anidaba Highfield, para seguir las sinuosas avenidas bordeadas de setos que habrían de conducirlo a Brookham una vez más.

Ante la atenta mirada de Madden, Galloway cogió una piedra de considerable tamaño del lecho del arroyo y la examinó de cerca, escudriñando por encima de la montura de sus gafas de carey. Corpulento, y sonrojado ahora a causa del ejercicio físico, se encontraba hundido hasta las pantorrillas en la rápida corriente, calzado con bolas de pescador.

—Pensé que podría haber empleado una piedra —comentó Madden desde lo alto en la orilla—. Pero luego me pregunté...

—¿Qué te preguntaste, John? —Peter Galloway le lanzó una mirada de curiosidad. Era el jefe de patología asignado al hospital de Guildford. Madden lo conocía socialmente gracias a Helen.

—Hizo un trabajo tan meticuloso con su cara que se me ocurrió que podría haber utilizado algún tipo de herramienta. Un martillo, tal vez. —Era la primera vez que Madden expresaba con palabras lo que había estado atormentándolo toda la noche anterior: la idea casi inconcebible de que el asesino hubiera llevado encima los medios necesarios para destrozarse un rostro humano.

—Así las cosas, me parece que podrías estar en lo cierto. —Resoplando pesadamente, Galloway tiró a un lado la piedra que tenía en la mano y se agachó para buscar otra en el arroyo. Por el aspecto de su arrugado traje de tweed se diría que había dormido con él puesto—. Me he pasado media noche en vela intentando decidir esa misma cuestión, basándome en las pruebas disponibles, es decir, en la carne machacada. No fui capaz de llegar a ninguna conclusión. De modo que, después de fotografiarla, dejé a un ayudante con instrucciones de retirar dicha carne mientras yo estoy aquí. A mi regreso pretendo examinar la estructura ósea, o lo que quede de ella, para ver si logro dar con un veredicto más exacto. Así son las alegrías de la vida del forense. ¿Te importa? —Cansado de buscar, extendió una mano y, con ayuda de Madden, aupó su pesado corpachón a la orilla, donde se quedó tambaleándose torpemente con sus botas altas hasta la cintura, resollando con fuerza—. Añadiría, además, que es el peor caso de este tipo con el que me he cruzado —continuó, tras recuperar el aliento—. No queda nada de sus rasgos. Gracias a Dios que esas heridas fueron post mórtem.

—Me han dicho que la estrangularon. Es así, ¿verdad? —Madden necesitaba estar seguro, y su interlocutor asintió con la cabeza.

—La causa de la muerte fue la asfixia. Ojo, que también le partieron el cuello. Al mismo tiempo, quizá. Es difícil estar seguros. El rigor mortis ya estaba avanzado cuando me trajeron el cuerpo. Yo diría que murió entre las doce y las dos, no más

tarde. —Galloway reprimió un bostezo—. Puesto que venía para acá de todos modos, se me ocurrió que podría inspeccionar unas pocas rocas en el escenario. Algunos de los golpes parecen compartir una forma determinada. Pero el instinto me dice que ése es un callejón sin salida. Lo más probable es que fuera un martillo.

Madden miró a su alrededor. Había vuelto a Capel Wood para encontrarse con el recóndito campamento de Topper convertido en un hormiguero de actividad, con no menos de cuatro agentes de paisano peinando el pequeño rectángulo de hierba empapada que Stackpole y él habían intentando cubrir la noche previa y examinando la orilla opuesta, donde habían escondido el cadáver. Supervisaba su trabajo, dirigido por Galloway, un quinto detective, el veterano del DIC a cargo del caso, que había celebrado su llegada.

—¡Señor Madden, señor! Esperaba que acudiera usted. Me llamo Wright. Inspector.

Se estrecharon la mano. Era la primera vez que se veían, pero el nombre y el rostro de Madden eran de sobra conocidos para los miembros de la fuerza de Surrey; también los demás hombres habían hecho un alto en sus labores para saludarlo, sacándose los sombreros en señal de respetuoso reconocimiento. Entre ellos se contaban los dos jóvenes detectives que había conocido y conducido a la escena del asesinato la noche anterior.

—Hay algunos detalles que necesito repasar con usted, señor. —Wright poseía un aire confiado y enérgico. A sus cuarenta y pocos años, era un hombre flaco y nervudo de pronunciadas entradas en el cabello—. Cómo estaba tendido el cuerpo cuando lo encontraron, por ejemplo. Antes de que el agente y usted tuvieran que trasladarlo. Son cosas que me hacen falta para el informe y la pesquisa judicial. Me imagino que ya sabe a lo que me refiero.

A modo de respuesta, Madden le había entregado su declaración por escrito, la cual llevaba encima.

—Ahí está todo, inspector. He escrito todo lo que vi antes de que nos pescara la tormenta. Se ahorrará tiempo si lo lee primero. Luego, si tiene alguna pregunta más, estaré a su disposición.

—Gracias, señor. Lo haré ahora, con su permiso.

Madden lo dejó leyendo la declaración y se concentró en la escena que lo rodeaba. Había aparcado junto a los almiarés, donde se habían estacionado en fila dos vehículos de policía, y se adentró en el bosque para apartarse del sendero en el mismo punto del día anterior y seguir el ahora pisoteado caminito que atravesaba la maleza hasta el escenario del asesinato. Aún tenía la impresión de que aquel lugar podía revelar más cosas, aunque su apariencia hubiera cambiado drásticamente en cuestión de tan sólo unas pocas horas. El torrente espumoso y el negro cielo azotado por la lluvia habían desaparecido. Ahora el borboteo del arroyo apenas si llegaba a sus

oídos, amortiguado por el alegre clamor de trinos que resonaba a su alrededor por todo el bosque. También los arbustos estaban quietos, ajenos a la suave brisa que mecía las copas de los árboles.

Su mirada fue a posarse en un maletín de cuero que yacía abierto en el suelo cerca de sus pies. Estaba medio lleno de frascos de cristal etiquetados, supuso que el fruto de los esfuerzos realizados por los detectives esa mañana. Galloway reparó en la dirección de su mirada e hizo un gesto.

—Obró usted bien al emplear esa lona, John. Usted y el policía. Gracias a ambos, podemos afirmar con seguridad que el asalto se produjo aquí, en este mismo punto. Hemos recogido multitud de muestras de sangre de la hierba. Habrá que analizarlas, naturalmente, pero no me cabe duda que pertenecen al cuerpo de la niña. También esquirras de hueso. Y les he pedido que recojan puñados de tierra. —Indicó varios agujeros excavados en el terreno rectangular—. Los enviaremos al laboratorio químico estatal para su estudio. Debió de perder mucha sangre, y el suelo probablemente absorbió la mayor parte.

Los pensamientos de Madden habían estado siguiendo una dirección parecida.

—Le interesaría un sitio así, ¿verdad? Apartado, me refiero. —Por un momento lo distrajo la súbita aparición de un martín pescador que pasó disparado como una exhalación azul, a ras del agua, dejando tras de sí los ecos de su característico pío pío.

Galloway, mientras tanto, parecía encontrar de mal gusto la imagen conjurada por las palabras de su interlocutor. Hizo una mueca.

—Dado lo que tenía en mente, debería estar de acuerdo —dijo—. Violación. Asesinato. Más lo que le hizo luego a su cara. No, no le interesaría que hubiera espectadores.

—Lo mismo pensaba yo, señor. —Wright levantó la cabeza de la declaración que estaba leyendo—. Ya sabía de la existencia de este lugar, ¿no es así?

Madden le lanzó una mirada de curiosidad.

—Ese vagabundo, señor. Beezy. Podemos situarlo aquí previamente, antes de que el otro descubriera el cadáver... ¿cómo se llama... Topper? Esa marca en el árbol... —Hizo un gesto hacia el abedul que crecía en la orilla—. Debemos darle las gracias, señor Madden. No sé si alguno de nosotros se habría fijado. O sabido lo que significaba, de haberlo visto.

Sin inmutarse por el cumplido, Madden frunció el ceño.

—Entonces, consideran sospechoso a Beezy, ¿verdad?

—Bueno, sí, señor... a menos que se demuestre lo contrario. Es el más evidente. Todavía no hemos hablado con los demás forasteros divisados en la zona, simples motoristas de paso por el pueblo, el tráfico habitual de los domingos. Y aunque no podemos descartar que fuera algún vecino, me siento inclinado a poner en duda esa posibilidad. Al ser domingo, creo que descubriremos que la mayoría estaban en sus

hogares, y podrán demostrarlo.

—De modo que si había algún forastero en los alrededores, tampoco es probable que nadie lo viera —precisó Galloway.

Wright se encogió de hombros. Parecía interesarle más la opinión de Madden, quien no había ofrecido ninguna por el momento.

Galloway no se dio por vencido.

—¿No le parece curioso que intentara ocultar el cadáver en un sitio donde ya había dejado su firma?

—Sí, en efecto, señor. —Wright se volvió hacia él—. Y, aún diría más, en un sitio donde esperaba reunirse con otro vagabundo más tarde. Pero eso es verlo desde un punto de vista racional, y esta clase de crímenes no encajan en esa categoría. —Sus ojos volvieron a posarse en el rostro de Madden. Era como si estuviera esperando algún tipo de respuesta por su parte—. Les puedo decir cómo podría haber ocurrido —continuó—. El tal Beezy se presenta ayer buscando a Topper, ve que le sobra el tiempo, talla esa marca para indicar que estuvo aquí y sale a explorar. Recuerden que era la primera vez que venía por estos lares. Ahora bien, desde aquí se puede acceder fácilmente a la carretera de Craydon. Hay un camino apartado del sendero principal que atraviesa el bosque hasta la carretera y sale no muy lejos de donde vieron a Alice Bridger por última vez. —Se encogió de hombros—. No digo que eso demuestre nada, pero es una oportunidad factible. Podría haberse topado con ella allí, perder la cabeza y agredirla, dejarla sin sentido de un golpe o asfixiarla, y después traerla hasta aquí. Hay pruebas que demuestran que la trasladaron...

—¿Pruebas? —Madden había estado mirando al suelo mientras escuchaba. Levantó la cabeza ahora.

—Sí, señor, esa hebra de hilo que vio usted enganchada en una zarza. —Wright parecía sentirse aliviado de oírlo hablar por fin—. Era de su falda. Lo contrastamos. Ahora bien, si se acuerda, estaba más o menos a la altura de la cintura en la mata, lo que me sugiere que estaban cargando con ella en esos momentos, puesto que proviene de la parte inferior de su atuendo, de la falda.

Madden asintió, conforme con su interpretación, pero no hizo ningún comentario añadido.

—Ahora bien, como iba diciendo, podría haberla traído desde la carretera, este tal Beezy... adonde sabía que no los vería nadie. Y si es eso lo que ocurrió, no creo que estuviera pensando en la marca que había dejado antes en el árbol. Eso sería lo último que tendría en la cabeza. Como decía, no se puede esperar ninguna conducta racional en un crimen de este tipo. ¡Miren lo que hizo con su cara, por el amor de Dios! ¿Verdad, señor? Usted se habrá encontrado casos así en el pasado. —La confianza había empezado a abandonar al inspector conforme seguía hablando, y había una nota de desesperación en sus palabras dirigidas a Madden, que había retomado su actitud

anterior y estaba cruzado de brazos, con la mirada clavada en el suelo, sin dejar entrever lo que pensaba.

A Peter Galloway le resultaba gracioso el nerviosismo del policía de Surrey. Hacía años que conocía a John Madden y lo tenía por un bicho raro. A su aire de autoridad natural, impresionante de por sí, se añadía otra característica aún más desconcertante: un talento para guardar silencio que rayaba en lo inhumano. Cuando se sumía en la meditación o la reflexión ofrecía todo el aspecto de haberse vuelto sordo a cualquier razonamiento o argumento. Enfrentado a estos fenómenos gemelos, Wright estaba sucumbiendo a la locuacidad.

—Y luego hay algo más que no podemos pasar por alto, señor, el hecho de que se dio a la fuga precipitadamente...

—¿Sí? —Madden nuevamente levantó la cabeza de golpe—. ¿Cómo lo sabe, inspector?

—Bueno, a juzgar por esa navaja vieja que encontramos...

—¿Una navaja?

—Sí, ¿no lo sabía, señor? La recogimos anoche junto al arroyo, no muy lejos de aquí. —La expresión de Wright cambió al comprender que Madden no estaba al corriente de todo—. Estaba tirada en el suelo, envuelta en un viejo pañuelo para la cabeza. Se le debió de caer del hato, o de un bolsillo. Ahora bien, sólo me explico que sucediera porque tenía prisa y no estaba prestando atención. Se los enseñamos a Topper esta mañana, la navaja y el pañuelo, y nos confirmó que eran de Beezy.

—¿En el suelo, dice usted? —Madden parecía asombrado por el hallazgo—. ¿Cómo es posible que no los viera?

—Oh, no estaban en el camino por el que vinieron el agente y usted. —Wright estaba ansioso por explicárselo—. Sino en la otra dirección. —Señaló arroyo abajo—. Debió de irse siguiendo la orilla por ese camino.

—¿Hacia Brookham? Qué extraño. La dirección opuesta lleva a los campos.

—Bueno, si me lo pregunta, me imagino que en ese momento estaría asustado y bien podría haberse equivocado de rumbo. —Wright se encogió de hombros—. Pero lo único que hay que hacer es volver al sendero y se puede ir en cualquier dirección, corriente arriba o abajo. Al llegar a él podría haber dado la vuelta y salir del bosque igual que entró, por los campos. —Wright apuntó a la maraña de acebos enredados de la ribera opuesta y trazó una línea imaginaria sobre ellos con el dedo.

Madden había estado escuchando atentamente lo que decía e indicó su conformidad.

—Sí, eso es —admitió—. Ya veo lo que quiere decir, inspector. Debió de hacer eso mismo.

Al ver que por fin había abierto una brecha, Wright siguió adelante.

—Pero lo más sospechoso, señor, es que se haya esfumado. Llevamos registrando

el vecindario desde anoche y nadie le ha visto el pelo. Es indudable que quiere pasar desapercibido, y cabe preguntarse por qué.

Madden reflexionó en silencio sobre lo que estaba implicando el inspector, y asintió con la cabeza.

—Sí, ¿por qué? Esa es la cuestión.

Su repentino cambio de actitud cogió por sorpresa a sus dos interlocutores, y la expresión de alivio de Wright dejaba claro que creía haberse apuntado un tanto, que su razonamiento se había impuesto al final. Las siguientes palabras de Madden no hicieron sino reforzar dicha impresión:

—Tiene usted razón acerca del vagabundo, por cierto. Hay que encontrarlo. Y cuanto antes mejor.

Camino de vuelta a la granja esa mañana, Madden tenía muchas cosas en que pensar, pero poco tiempo para abundar en ellas. A su regreso de Brookham había entrado en la casa por un momento que demostró ser lo bastante largo como para coger un pasajero, en forma de su hija de seis años, antes de partir de nuevo. Lucy llevaba al cuidado de la señora Beck desde la hora del desayuno y la cocinera de los Madden necesitaba urgentemente un respiro.

—¿Puedo jugar con Belle hoy?

Muy rubia al nacer, el cabello de Lucy Madden ahora lucía el mismo tono meloso que el de su madre. Era una niña infatigable, con la piel clara dorada por el sol estival tras pasar tantas horas jugando al aire libre.

—No lo sé. —Madden habló por encima del hombro para la nerviosa presencia del asiento de atrás—. Habrá que esperar a ver. El sábado seguía tosiendo. Quizá no la dejen salir todavía.

—Entonces le preguntaré a May si podemos jugar dentro.

—¿No querrás decir la señora Burrows?

La última niñera de Lucy los había dejado hacía seis semanas, tras menos de un año a su servicio, alegando urgentes motivos familiares para regresar a su hogar, en Bradford. Helen había diagnosticado un caso de crisis nerviosa. Aún no le había encontrado sustituta y los Madden se preguntaban si lograrían lidiar con su hija por su cuenta a partir de ahora, con ayuda de la servidumbre de la casa. Lucy pronto empezaría a asistir a la escuela del pueblo, y cuando eso ocurriera se verían liberados de parte de la tensión, según había señalado Madden. «Nos la quitamos de encima y la pobre señorita Tinsley carga con ella», había sido la pesimista predicción de Helen.

—¿No podemos ir a ver a los gitanos con gusarapos?

—Con harapos. Y no los llares así. Para ti son el señor y la señora Goram. —Los ojos de la pequeña, azules como zafiros, se cruzaron con los suyos en el retrovisor—. Sí, podemos —añadió Madden, al cabo—. Se marcharán pronto, y quiero hablar con

el señor Goram antes de que se vayan.

—¿De qué?

—De nada de tu incumbencia.

La carretera de tierra que conducía a la granja rutilaba de charcos fangosos. El terreno por el que discurría, sobre el que señoreaba Upton Hanger, distaba algo más de dos kilómetros de la casa de los Madden y menos de cinco del mismo Highfield. Se lo habían comprado a lord Stratton, un terrateniente de la localidad, poco después de casarse, al renunciar Madden a su trabajo en Scotland Yard para regresar a la vida que había conocido de pequeño.

Aunque la lluvia del día anterior había caído en abundancia también allí, lo alivió no ver ni rastro de desperfectos en las filas de tomates tardíos que flanqueaban el camino. Cuando Helen y él habían adquirido la propiedad su principal cultivo era el trigo. Desde entonces el cereal a bajo precio de Canadá y Australia había hecho caer los precios, y como tantos otros agricultores de la zona Madden dedicaba cada vez más espacio a cultivar frutas y hortalizas, cuyo mercado estaba en alza.

Cuando pasó por delante de la granja de paredes de ladrillo y tejado de tablillas, May Burrows los saludó con la mano desde la puerta de la cocina. Se llamaba May Birney cuando llegaron a Highfield; su padre era el propietario de la tienda del pueblo. Luego se había casado con George Burrows, trabajador en la hacienda de los Stratton, y se habían mudado a la casa que venía con la granja, una estructura rudimentaria cuando la compraron los Madden, pero que ahora, con el añadido de dos habitaciones nuevas y la instalación de tuberías en el interior, era una casa cómoda para una joven pareja.

Madden había nombrado a George encargado de administrar la granja, aunque no sin reservas. Helen y él no habían pensado nunca en mudarse de la casa donde vivían: un bonito edificio mitad de madera que había pertenecido a su familia durante tres generaciones. Pero vivir lejos de sus terrenos, dejarlos todas las noches en manos de otra persona, a veces le hacía sentir como un señorito, y tenía por costumbre paliar estos periódicos ataques de culpa acometiendo las tareas manuales más arduas que podía encontrar —cavar, podar, segar y empacar— para regresar a casa con las manos llenas de ampollas y los músculos doloridos, extenuado pero feliz, pese a las cejas enarcadas con que lo miraba su esposa.

—¡Señor Madden, señor! Esperaba verlo a usted hoy.

Joe Goram lo llamó desde los escalones de una de sus caravanas cuando Madden entró en el campamento. Era un hombre corpulento de pelo moreno y mejillas hirsutas, con un ceño que parecía permanentemente fruncido hasta que vio a Lucy, que llevaba puesto un vestidito azul con una cinta en el pelo, sentada en la silla enfrente de su padre. El campamento de los gitanos se levantaba en el fondo de la

granja junto al arroyo que discurría paralelo al pie de Upton Hanger. Madden había aparcado el coche en el patio del establo y bajado hasta allí a caballo.

—Buenos días, señorita. —Goram la saludó con la mano y bajó los peldaños. Su amplia sonrisa desvelaba los varios dientes que le faltaban.

—Hola, señor Goram. —Lucy le dedicó una sonrisa radiante—. ¿Puedo ver los cachorros, por favor?

—Desde luego que sí, bonita. Están amarrados por ahí, detrás de la caravana.

La niña se descolgó hasta el suelo y salió corriendo.

—No le ofrezcas ninguno, Joe, te lo ruego —se apresuró a decir Madden—. Ya tenemos dos perros en casa, y la hembra acaba de parir.

Desmontó, le dio la mano al gitano y le entregó las riendas de la vieja yegua que empleaba para recorrer la granja, animal que Goram inspeccionó con su acostumbrado ojo crítico. Varias veces le había ofrecido reemplazarla por un caballo de los suyos, pero Madden, que no era ningún jinete, le había sugerido buscar en vez de eso una montura apropiada para Lucy en un futuro indeterminado.

—Y tampoco menciones el pony. Por favor. Ya hablaremos de eso la próxima vez que vengáis por aquí.

Goram no disimuló su desilusión.

—No tiene nada de malo mimarlos cuando son pequeños —rezongó.

Puesto que éste era un argumento que el propio Madden esgrimía a veces, un argumento contra el que Helen se rebelaba especialmente, juzgó oportuno no responder.

En vez de eso paseó la mirada a su alrededor, fijándose en los indicios de bullicio y actividad en el campamento. Los diversos miembros de la familia de Joe Goram —su esposa y dos vástagos varones, su hija y su yerno— estaban atareados recogiendo y guardando cosas en el trío de caravanas aparcadas en la linde del claro, a la sombra de un haya. Un nieto pequeño, con la mirada puesta en el suelo, peinaba la zona, coleccionando papeles y otros desperdicios que luego depositaba en un saco.

—¿Dices que esperabas verme?

—Sí, señor Madden, señor. Levaremos anclas mañana a primera hora y quería darle las gracias de nuevo por dejarnos estar aquí.

Los gitanos habían aparecido por primera vez hacía cuatro veranos. Joe Goram se había presentado ante Madden, gorra mugrienta en mano, y le había pedido permiso para aparcar sus caravanas en un trozo de tierra guarecida por los árboles a orillas del arroyo y para apacentar sus caballos en el potrero inferior, que debía de haber visto que estaba vacío. Pese a las enconadas objeciones de George Burrows —los gitanos gozaban de una merecida reputación de rateros, había alegado, alojarlos en sus tierras era buscarse problemas— Madden había accedido a permitir su estancia. A despecho de su condicionamiento policial, se aferraba a la creencia con que se había criado:

que la gente, en general, se comportaba según la tratara uno.

En el transcurso de los días siguientes habían desaparecido de los establos dos bridas y un juego de estribos, y George había echado en falta una de sus guadañas. Al final de la semana habían reaparecido milagrosamente en el lugar donde se habían visto por última vez, y Joe Goram había arrastrado a su primogénito, Sam, del pescuezo hasta el patio y le había obligado a disculparse ante Madden delante de Burrows y los otros dos obreros agrícolas de la hacienda. Sam, que lucía un ojo morado y un diente suelto, había jurado que no se volvería a repetir.

La familia había regresado todos los años desde entonces, aceptando la hospitalidad brindada y arreglando a su vez ollas y sartenes, afilando cuchillos y realizando todo tipo de tareas en la granja. Madden se había acostumbrado a ver el humo de sus fogatas elevándose entre la pantalla de robles y hayas, y a aspirar la fragancia de las extrañas especias y aromas que emanaban de sus ennegrecidos peroles.

—Tienes que saber una cosa, Joe. Ayer asesinaron a una niña en Brookham.

—Me había enterado, señor. El señor Burrows nos informó esta mañana. Pobrecita... —El gitano estaba pendiente de la expresión de Madden.

—La policía interrogará a la gente de la zona. En particular vagabundos, pero también viajeros. Quizá os den el alto en el camino.

Joe asintió. Su gesto era impasible.

—Tengo entendido que ayer estuvisteis todo el día en la granja.

—Así es, señor Madden. Fui con mis chicos a despedirme de la señora Burrows. Nos ofreció una taza de té.

—Bien. Me alegro. En tal caso, no tendréis ningún problema con las autoridades. Pero si los tuvierais, remitidlas a nosotros. A la señora Burrows o a mí.

—Gracias, señor. Lo haré si se tercia. —Joe Goram retorció su gorra entre los dedos. No se le ocurría ninguna manera de recompensar a este hombre que tanta amabilidad les había demostrado. Que incluso le estrechaba la mano siempre que se veían.

—Un cosa más, Joe... —Con el ceño fruncido, Madden vio cómo uno de los hijos de Goram dismantelaba un tendal y guardaba las varas en un compartimento debajo de una de las caravanas—. ¿Te has cruzado alguna vez con un tipo llamado Beezy? Es un vagabundo, amigo de Topper.

Goram negó con la cabeza.

—Nunca había oído ese nombre, señor. ¿«Beezy», dice usted?

—Supongo que se trata de un mote. Andaba ayer por la zona de Brookham, cerca de donde encontraron el cadáver de la pequeña.

—¿Lo busca la policía? —La expresión de Goram era inescrutable.

—Sí, así es. Creen que podría haber sido él. —Madden hizo una pausa, pensando

en la mejor manera de formular su siguiente observación—. Es posible que oigáis algo sobre su paradero —sugirió.

Los morenos rasgos del gitano se ensombrecieron aún más. Clavó la mirada en sus pies. Madden lo estudió en silencio. Se hacía una idea bastante aproximada de lo que estaba pensando su interlocutor.

—No hace falta que acudáis a la policía —observó, al cabo—. Bastará con que me informéis a mí.

La expresión de Goram se despejó. Levantó la cabeza.

—Oh, así lo haré, si usted quiere, señor. —Inmensamente aliviado, se atrevió incluso a ser él quien le ofreciera la mano a Madden, que la aceptó de inmediato—. Si me entero de algo, lo sabrá. Tiene usted mi palabra.

6

La investigación forense de la muerte de Alice Bridger, llevada a cabo en Guildford el viernes siguiente, concluyó enseguida. Como oficial a cargo del caso, el inspector Wright describió sin tapujos el escenario del asesinato y esbozó las medidas emprendidas ya por la policía de Surrey al comienzo de la investigación. Aparte de los interrogatorios de rutina, dichas medidas comprendían la localización de cualquier forastero avistado en las proximidades de Brookham aquel día.

Se había informado de la presencia de varios vagabundos en la zona, y algunos de ellos ya habían sido identificados e interrogados, sin éxito por el momento. Se estaba ampliando la búsqueda del resto.

—Me han autorizado para informar al tribunal de que estamos buscando a un hombre en particular —declaró Wright—. Esperamos dar con su rastro e interrogarlo en un futuro muy próximo.

El doctor Galloway se mostró igualmente escueto. Adosando a la violación de Alice Bridger el único adjetivo de «brutal», el forense detalló sucintamente las heridas, tanto internas como externas, sufridas por la niña durante el asalto, leyendo de una declaración preparada, sin levantar la cabeza, consciente tal vez de la presencia de los padres de Alice en el juzgado. La niña había sido estrangulada con posterioridad, y a juzgar por la cantidad de agua hallada en sus pulmones era probable que el asesino también la hubiera sumergido en la corriente. Su rostro había sido «gravemente maltratado», dijo Galloway, pero sin entrar en detalles.

—Pienso darle la menor cantidad de carnaza posible a la prensa londinense —les había explicado a Madden y Helen, con quienes se había encontrado a las puertas de la sala de justicia antes de que comenzara la vista—. Vigilan de cerca las pesquisas judiciales.

Madden, uno de los primeros testigos, había declarado largo y tendido sobre el hallazgo del cadáver a orillas del arroyo. El juez de instrucción, recientemente asignado, no ocultó la sorpresa que le causara su implicación en el caso.

—¿Exactamente por qué está usted aquí, señor Madden? —preguntó.

—Acompañé al agente Stackpole con mi coche desde Brookham. Opinaba que se debería rastrear el bosque sin demora, en vez de esperar a que llegaran los detectives de Guildford.

—Sí, ¿pero por qué se involucró usted en el rastreo? No es habitual que un civil se involucre hasta ese punto en una investigación policial.

—Nada habitual —había convenido Madden, dejando a su interrogador rascándose la cabeza, contrariado, pero igual que estaba.

—Por un momento pensé que te iba a cargar de cadenas, John. —Canoso y sesentón, el superintendente en jefe Boyce, director del DIC de Guildford, enganchó

a Madden en la calle al término del proceso. Eran viejos conocidos—. ¡Mira que tropezamos con un caso como éste a seis meses de mi jubilación! Menos mal que por lo menos es fácil.

Esperó una respuesta, sin recibirla.

—¿No está usted de acuerdo? —Boyce enarcó una ceja y se giró para quitarse el sombrero y hacer una reverencia—. ¡Doctora Madden!

—Señor Boyce... ¿cómo está usted? —Helen le estrechó la mano. Venía de hablar con la señora Bridger, la madre de la niña asesinada, que se encontraba junto a los escalones del juzgado en medio de un corro de vecinos de Brookham, agarrada al brazo de su marido como si necesitara su apoyo para sostenerse de pie. El propio Bridger, pálido y con expresión aturdida, apenas si parecía ser más capaz de mantener el equilibrio que ella. Molly Henshaw los rondaba con afán protector.

—Se van a desplomar, los dos —dijo Helen, refugiándose en su desapasionada voz clínica—. No le hará gracia, pero pienso escribirle una nota al doctor Rowley. Tiene que cuidar de ellos como es debido.

Durante el proceso, Madden había visto a Fred Bridger sentado en la segunda fila de la sala, en los asientos públicos. Sus miradas se habían cruzado por un instante, y había sentido la fuerza de la angustia del otro hombre mientras escuchaba las lacónicas declaraciones ofrecidas por diversos testigos de las circunstancias que rodeaban los agónicos últimos momentos de su hija sobre la faz de la tierra.

—Este hombre al que buscan —le dijo Helen a Boyce—. ¿Se trata de ese misterioso Beezy?

—En efecto, y no entiendo cómo es posible que no le hayamos echado el guante todavía. —El jefe de policía de Surrey parecía sombrío—. Estos vagabundos saben pasar desapercibidos, está claro... tienen escondrijos donde jamás se nos ocurriría mirar. Pero así y todo, pronto deberá salir a la luz. Como poco, tendrá que buscar comida.

Madden había visto la descripción puesta en circulación por la policía de Surrey. Se había enviado no sólo a los agentes del distrito sino también a los granjeros y guardabosques, y Will Stackpole le había traído una copia del póster.

Beezy aparecía retratado como un hombre de mediana edad, con barba y vestido de cualquier manera... palabras aplicables a casi todos los vagabundos, como había señalado el policía. Sin embargo, poseía un rasgo característico en el que se había fijado el agricultor de Dorking para el que había trabajado recientemente: le faltaba el lóbulo de la oreja derecha.

—Y tampoco hemos vuelto a tener noticias de Topper desde que lo soltamos —se lamentó Boyce—. Wright ha tenido que tachar su nombre de la lista de testigos esta mañana. Me pregunto adonde habrá ido.

La mirada de suspicacia que le lanzó a Helen al pronunciar estas palabras no

suscitó ninguna reacción, aparte de una sonrisita divertida que afloró a los labios de la mujer.

—No sé qué es lo que piensa, pero se equivoca usted —declaró la médica—. No he vuelto a verlo desde aquella noche en Brookham, y no tengo la menor idea de su paradero actual.

Ambas declaraciones eran ciertas, reflexionó Madden, aunque, como antiguo policía, podría haberse sentido tentado de acusar a su mujer de no ser completamente sincera. El día anterior su jardinero, Tom Cooper, había encontrado un ramo de rosas silvestres y cabellos de ángel en una rama de sauce tendida en la hierba frente a la verja al pie del huerto. Lo había desconcertado un poco descubrir, además, un burdo dibujo grabado en la pintura verde de la puerta del jardín —una cruz inscrita en un círculo— y se disponía a coger la brocha y el cubo de pintura para reparar el desperfecto cuando Helen lo detuvo. «Que se quede ahí», había decretado.

El gesto del trampero había extrañado a Madden, hasta que su esposa se lo explicó.

—Está escondido —dijo—. Sabe que la policía volverá a salir en su busca. Deberían haberlo retenido cuando tenían la oportunidad.

—Sí, pero ya que estaba aquí, ¿por qué no vino a verte?

—Porque entonces tendríamos que haber decidido qué hacer... si informar a la policía o no... y no quería ponernos en ese compromiso. La señora Beck acertó al decir que mi Topper es todo un caballero. Pero me preocupa. Está demasiado mayor para deambular por ahí.

Boyce, mientras tanto, había vuelto a concentrarse en Madden.

—Volviendo a lo que estaba diciendo, John... heridas de la niña aparte, ¿crees que su asesinato tiene algo de extraordinario?

Helen sintió una punzada de intranquilidad al escuchar al policía de Surrey. Consciente del respeto que su marido había inspirado siempre en sus colegas —y no sólo en los del Yard— sabía que estarían ansiosos por conocer su opinión, sobre todo en un caso tan serio como éste. Pero al verlo ahora con sus propios ojos, la asaltaron los presentimientos.

—Oh, es truculento, lo admito —continuó Boyce, que no había obtenido una respuesta inmediata—. No he visto nunca nada parecido a la cara de esa pobre niña. Pero apuesto diez contra uno a que este tal Beezy resultará ser el hombre que buscamos. O alguien muy parecido a él.

—¿Se refiere a un vagabundo? —Madden parecía sorprendido.

—Bueno, sí, supongo. Alguien por el estilo. —El superintendente frunció los labios—. Mire, no es inconcebible, con la vida que llevan... los vagabundos... los nómadas... les faltan tantas cosas... no tienen oportunidad... —Dirigió una azorada mirada de soslayo a Helen, que había adivinado ya el origen de su turbación.

—Quiere decir usted que sufren privaciones sexuales.

—Bueno, sí. Ya que lo expone de esa manera. —El jefe de Guildford buscó refugio en su pañuelo. Se sonó la nariz ruidosamente—. Y esa clase de sensaciones pueden acumularse, ¿verdad? La presión aumenta, cada vez más, y cuando se rompe el dique, en fin, la tromba puede ser inesperada y feroz. Eso es lo que ha ocurrido aquí, creo. Quienquiera que matase a esa chica perdió los estribos.

—¿Está usted seguro de eso? —La serena interjección de Madden pilló por sorpresa a sus interlocutores. Boyce se lo quedó mirando.

—¿Qué quieres decir, John? —preguntó—. ¿Qué estás sugiriendo?

—No estoy seguro, exactamente. —Con el ceño fruncido, de pronto Madden parecía ser presa también de las dudas—. No quiero entorpecerte con ideas a medias.

—Eso no importa. —Boyce arrugó la frente a su vez—. Dime lo que estás pensando. —Cuando Madden guardó silencio, añadió—: ¿Intentas decirme que debería llamar al Yard?

Helen vio que su marido estaba esperando esa pregunta. Pero su respuesta no fue la que se imaginaba.

—No veo cómo podrías hacerlo —dijo Madden—. Todavía no. Podrías tener razón acerca del vagabundo. En cualquier caso, hay que encontrarlo. Pero yo me aseguraría de que se informara al Yard sobre esto. —Hablaba ahora con más confianza; había tomado una decisión—. Y tampoco perdería tiempo, Jim, si estuviera en tu lugar. Me pondría en contacto con ellos inmediatamente.

El viaje de regreso a Highfield fue silencioso. La costumbre que tenía Madden de retraerse en sí mismo cuando algo lo preocupaba estaba muy arraigada, y Helen había aprendido por experiencia a tener paciencia con él.

Cuando se conocieron, había tardado varias semanas en conocer los detalles de su pasado. En arrancarle la historia de la joven esposa y el bebé que había visto morir en una epidemia de gripe antes de la guerra: en escuchar de sus propios labios la historia de su consiguiente descenso al infierno de las trincheras, una experiencia de la que había salido con el espíritu tan lastimado que, hasta que el destino lo arrojó en sus brazos, había dejado de albergar la menor fe o esperanza en su futuro.

Estas sombras, erradicadas hacía tiempo, ya no empañaban sus vidas. Lo que inquietaba a Helen ahora era el temor irracional que había sentido al ver a su marido atraído una vez más a una investigación policial tras su prolongada ausencia de la profesión. Su decisión de abandonar el trabajo y empezar una nueva vida con ella no se había tomado a la ligera. Tampoco era una decisión de la que se arrepintiera. Si se estaba dejando implicar ahora sólo podía ser en respuesta a una profunda ansiedad, y esta idea era lo que hacía que el pulso de la preocupación palpitara dentro de ella.

Los años de felicidad que habían pasado juntos eran fruto de la tragedia, algo que

no podría olvidar nunca. Antes bien, ese pensamiento ocupaba su mente mientras cruzaban el pueblo, pasando por delante del verde patio de la iglesia, con su muro recubierto de musgo, siguiendo la dispersa línea de casas de campo que conducía a la alta pared de ladrillo que rodeaba Melling Lodge. El edificio, alquilado por sucesivos inquilinos en los últimos años, se hallaba desocupado en la actualidad, y las puertas cerradas con llave y el oscuro paseo flanqueado de olmos le prestaban un aire lúgubre.

El tiempo había mitigado el dolor de aquella mañana de verano, hacía más de una década, cuando una llamada urgente de William Stackpole hiciera que Helen, la médica de la aldea, traspusiera a la carrera aquellas mismas puertas para enfrentarse a la inimaginable realidad de una familia brutalmente asesinada; entre las víctimas, su amiga más querida. Al conducir ahora por delante de ella era su marido en quien pensaba.

Y sin embargo los dos estaban indisolublemente relacionados. Fue la consiguiente investigación policial lo que los unió, y aunque el amor que floreció entre ellos había trazado una línea bajo el torturado pasado de Madden, habían pagado muy caro su futuro juntos. El caso, uno de los más cruentos de los anales del Yard, había estado a punto de costarle la vida.

Sintiéndose fuera de lugar con su atuendo de paisano —había elegido un traje gris de raya diplomática y un sombrero de fieltro— el inspector jefe Angus Sinclair se detuvo al filo del césped para contemplar la escena que se desplegaba ante él. Muy cerca de donde se encontraba una pancarta de tela erigida entre dos postes lucía la leyenda MUESTRA DE FLORES Y VERDURAS DE HIGHFIELD en letras mayúsculas, y detrás, la amplia franja de hierba bordeada de casas se veía repleta de puestos, donde se exhibían los frutos del largo verano.

Había verduras apiladas en cestos —alubias, guisantes, patatas, zanahorias— hombro con hombro con gordos calabacines, junto a los que había mesas llenas a rebosar de ramos de rosas y crisantemos tardíos. Calabazas, manzanas, peras, moras, frutos secos, huevos moteados... la variedad de artículos dispuestos para su inspección parecía no tener fin, y las calles que discurrían entre los tenderetes albergaban una multitud de aldeanos vestidos con sus galas de los domingos.

Mientras observaba el gentío, la mirada del inspector jefe aterrizó en una figura alta y elegante ataviada con un vestido de lino y un sombrero de paja de ala ancha, de pie junto a una mesa abarrotada de conservas. Soltó un gruñido de admiración. Angus Sinclair, viudo ya desde hacía varios años, consideraba a Helen Madden la mujer más atractiva de su entorno, y siempre le proporcionaba un placer especial verla.

Las largas trenzas que lucía cuando se conocieron, según la moda de la época, y legado de su juventud, quizá, hacía tiempo que habían desaparecido, pero el inspector jefe se consolaba con el esbelto cuello blanco que desvelaba su ausencia. Su ánimo, empañado temprano esa mañana por el informe del forense y las fotografías adjuntas que se había visto obligado a examinar en la comisaría de Guildford, se elevó al divisarla.

Pero su alivio duró poco. Consciente de su acercamiento, Helen dejó el tarro de miel que tenía en las manos.

—Me preguntaba cuánto tardarías en aparecer, Angus.

Cogido por sorpresa —esperaba cuando menos un saludo cordial—, Sinclair se quedó cohibido.

—Se trata del asesinato de esa pobre niña, ¿verdad? Por eso has venido.

Sin habla, el inspector jefe se refugió en la acción. Se agachó bajo el ala del sombrero de paja de Helen y le plantó un firme beso en la mejilla. La fragancia de jazmín que siempre había sido su predilecta era un recordatorio de ocasiones más felices.

—Admitiré que me he pasado la mañana entera en Guildford, hablando de ello con Jim Boyce.

—Y ahora quieres ver a John. Angus, no vas a arrastrarlo a esto. No lo permitiré.

—Sus oscuros ojos azules no ofrecían la menor concesión.

—¡«Arrastrarlo»! Pero si fue John el que encontró el cadáver, por el amor de Dios. —Sinclair se interrumpió. El asunto era peliagudo. Continuó en un tono distinto—. Querida, debo hablar con él. Eso seguro que lo entiendes.

La sonrisa que le dedicó era conciliadora. Pero lo cierto es que no era más que un simple gesto. Aunque jamás había puesto en duda la fortaleza de los sentimientos de Helen por su marido, igualmente tampoco le había perdonado el papel que había representado a la hora de convencer al hombre que amaba para que renunciara a su trabajo con la policía y empezara una vida nueva con ella. El inspector jefe lamentaba aún que un oficial con tanto talento como su antiguo colega hubiera abandonado el cuerpo, y por bien que le cayera la esposa de Madden, nunca lograba absolverla de toda responsabilidad por esta pérdida para el bien común.

—Oh, muy bien. Ya veo que no me queda otra elección.

Helen claudicó y le devolvió el beso. Pese a sus diferencias, eran buenos amigos.

—Andará por aquí cerca. Seguramente en aquel puesto. —Señaló un toldo de color canela con banderas cerca del fondo del césped—.

John ha tenido que actuar como presidente del comité de reparto de premios este año. Debería ser tarea de lord Stratton, pero éste ha conseguido que le dé un ataque de gota, de lo más oportuno. —Hizo una pausa—. Quédate a comer, Angus. Casi nunca te vemos.

—Ojalá pudiera, querida. —El inspector jefe reconoció la rama de olivo que se le ofrecía y la declinó a su pesar—. Por desgracia, tengo una cita en Londres. Debo volver.

—Entonces tendrás que venir a pasar un fin de semana con nosotros. Te escribiré para decirte cuándo.

Su sonrisa le proporcionó un solaz momentáneo a Sinclair. Pero luego la expresión de Helen cambió y volvió a ponerse seria.

—A lo mejor piensas que estoy haciendo una montaña de un grano de arena, pero conozco a John. Ahora no va a volverle la espalda a esto. Se siente implicado, y eso me preocupa. No sé explicar por qué, pero me siento amenazada. Sé que tienes que hablar con él, pero no dejes que vaya más allá, te lo ruego.

Lo miró directamente, y no por primera vez el inspector jefe sintió el efecto de su personalidad, esa particular combinación de belleza física y firmeza de voluntad contra la que se sentía impotente. Pero justo cuando se disponía a replicar —quería tranquilizarla— los interrumpieron.

—Disculpe, señor... ¿Señor Sinclair?

Las cejas entrecanas de Angus Sinclair se enarcaron como accionadas por un resorte fingiendo sorpresa. Contempló la curiosa y joven carita que se había materializado entre ellos.

—¿Robert Madden? ¿Eres tú? —Pese a sus cuarenta años en el cuerpo, el inspector jefe conservaba el acento preciso de su infancia en Aberdeen—. No me puedo creer lo que ven mis ojos. La última vez que nos cruzamos medías una cabeza menos. ¿Cómo estás, mocito?

Se dieron la mano solemnemente.

—¿Ha venido usted por lo del asesinato, señor? —A pesar de tener la nariz pelada y una rodilla magullada, el hijo de Madden logró imprimir seriedad a su pregunta. Su ceño fruncido, la viva imagen del de su padre, hizo aflorar una sonrisa pensativa a los labios de Sinclair. Su esposa y él no tenían hijos, a su pesar—. Fue papá el que encontró el cadáver, ¿sabe?

—Estoy al corriente. —El inspector jefe puso cara seria.

—La policía busca a un vagabundo.

—Veo que estás bien informado.

—¿Le va a ayudar papá a atraparlo? —La expresión ilusionada del pequeño se evaporó al ver que Sinclair negaba con la cabeza.

—Scotland Yard no se ha implicado, Robert. La policía de Surrey está al mando. Tan sólo pasaba por aquí... —Cruzó la mirada con Helen—. Pero ya que he venido, me gustaría charlar un momento con tu padre. ¿No sabrás tú dónde está?

—Has tenido que ser una piedra en el zapato para Jim Boyce. Me llamó por teléfono el viernes, hecho un manojo de nervios, justo después de la pesquisa judicial. No he conseguido bajar a Guildford hasta hoy, pero vino a la oficina para enseñarme el dossier. ¡En domingo!

—Me pareció que habían encasillado al vagabundo demasiado pronto. Quería que se lo pensara mejor. —Madden arrugó el entrecejo.

Conducido por su guía, Sinclair había encontrado su objetivo frente al toldo erigido junto a una mesa repleta de copas de plata y otros trofeos. El inspector jefe se había tomado un momento para encajar el espectáculo de su antiguo compañero, vestido de práctico tweed, con un sombrero flexible y zapatos de suela gruesa, enfrascado en su conversación con un grupo de civiles de ambos sexos similarmente ataviados. Al cruzar la mirada con Madden, le había guiñado un ojo.

—Acabo de divisar una calabaza de primera —le comentó mientras se daban la mano—. ¿Quieres que te la enseñe?

—¿Qué haces aquí, Angus? —Sonriendo, Madden había declinado el cebo—. ¿Es por el asesinato de Brookham? No me digas que ya han metido a Scotland Yard.

—No, no estamos implicados. Todavía no. Los de Surrey lo tienen todo controlado. Pero hay un par de cosas que me gustaría comentar contigo. He pedido permiso a las autoridades pertinentes.

—¿El Yard ha tenido que darte permiso? —Madden se sorprendió ligeramente.

—Me refería a tu media naranja. —Sinclair se rió por lo bajo de su propio chiste—. Perdona. No he podido resistirme. Me crucé con Helen hace un momento, y me dijo lo que pensaba, como siempre. Robert estaba con ella. Menudo chico más majó.

La alegría que resplandeció en el rostro de Madden al oír estas palabras fue recompensa suficiente para el inspector jefe, que aún recordaba una época en que los ojos de su viejo amigo lucían una sempiterna expresión angustiada; cuando parecía que el legado de la guerra y los padecimientos que había soportado en las trincheras lo acompañarían hasta la tumba.

—¿En qué puedo ayudarte, Angus? ¿Dices que has visto el informe?

Madden se lo había llevado aparte, lejos del alcance del oído de la multitud agolpada delante de la tienda, y al adoptar su postura, cruzado de brazos y con la cabeza agachada, con el rostro enmascarado por la sombra que proyectaba el ala de su sombrero, Sinclair se vio asaltado por una dolorosa sensación de familiaridad, consciente de golpe de cuánto había extrañado la presencia de este hombre a su lado en los últimos años.

—He estudiado los distintos informes y leído las entrevistas concedidas. Por lo que sabemos hasta la fecha, yo diría que el vagabundo es el sospechoso más probable.

—Sí que lo es —convino Madden—. Y tienen que encontrarlo, en cualquier caso. Quizá resulte ser su testigo clave al final.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Bueno, las pruebas, naturalmente. —Madden frunció el ceño bajo el ala de su sombrero—. Todo depende de cómo se interpreten, Angus. La policía de Surrey tiene su versión. Wright cree que el vagabundo recogió a la niña en la carretera de Craydon...

—¿Wright...?

—El oficial al mando. Es buen detective. Perspicaz. Para nada ingenuo. Opina que el vagabundo se la llevó al bosque y que después de matarla y ocultar su cuerpo huyó arroyo abajo, con la intención de alejarse lo antes posible, olvidándose de su navaja y su pañuelo para la cabeza en la confusión.

—¿Y? —Sinclair estaba escuchando atentamente.

—Como teoría es a prueba de bombas, hasta cierto punto. Pero hay otra forma de interpretar los hechos. Verás, Beezy, el vagabundo, salió corriendo en la dirección equivocada...

—La dirección «equivocada»... ¿Por qué lo dices?

—Porque debía de haber llegado al bosque originalmente desde los campos. Tenía una cita en un campamento junto al arroyo con otro vagabundo llamado Topper.

—Amigo tuyo, supongo. —Sinclair asintió con la cabeza.

—Cuando Beezy se dio a la fuga, no fue por el camino por el que había venido, sino en dirección contraria, hacia Brookham, y eso no tiene sentido, a menos que Wright acierte al pensar que estaba confuso, aterrado, y que no sabía hacia dónde dirigía sus pasos.

—¿Podría haber otra explicación?

—Sí, es posible que oyera a alguien acercándose a él entre la maleza. Y procedente de la misma dirección que había seguido él, desde los campos. Puesto que esperaba la llegada de Topper, eso no debería haberlo alarmado. De modo que si salió huyendo entonces... y en la otra dirección... bien pudiera deberse a que vio algo que lo asustó.

—¿Un hombre cargado con una niña? ¿El asesino?

Madden asintió en silencio.

Sinclair dejó escapar un suspiro. La mañana estaba volviéndose calurosa. Se quitó el sombrero flexible y se abanicó la cara.

—Lo que dices es interesante, John. Pero no deja de ser una suposición.

—Ni más ni menos que la versión de Wright. Todas las pruebas son circunstanciales.

—Sí, pero no se puede pasar por alto el hecho de su desaparición. Este tal Beezy ha decidido ocultarse. Esa no es la conducta de una persona inocente.

—Es la conducta de un vagabundo, Angus. Un paria. Conozco a estos hombres. No creen en los tribunales ni en nuestro sistema judicial. Es más que posible que tenga miedo de acudir a la policía por si lo acusan del crimen. Y no estaría tan desencaminado.

Sinclair gruñó al encajar la pulla.

—De acuerdo. Pero sigo sin verlo claro. Tal y como yo lo entiendo, la policía de Surrey debe encontrar a este hombre de todas formas. Esa no es tarea del Yard. ¿Por qué le has sugerido a Boyce que se pusiera en contacto con nosotros?

Madden tardó en responder. Se quedó mirando el suelo ante él. Cuando el silencio se alargó entre ellos, Sinclair sintió cómo crecía una premonición en su interior. Sabía que todavía no había descubierto la verdadera razón que se ocultaba tras la preocupación de su interlocutor. Pero pensó que se acercaba el momento.

—¿Has visto las fotografías del rostro de la pequeña? —Madden levantó la cabeza.

—Lo que quedaba de él. El grado de daño infligido es único en mi experiencia. Sólo puedo imaginarme que el asesino estuviera frenético.

—Tal vez. ¿Pero te has fijado en el trabajo tan meticuloso que hizo?

—¿«Meticuloso»? —Sinclair imbuyó la palabra de repugnancia.

—Se había propuesto borrar sus rasgos. Esa es la impresión que me dio. No fue el simple abuso del cadáver de una víctima. Fue algo más. ¿Se ha determinado ya qué

usó como arma? Hablé con el forense hace unos días y parecía creer que había sido un martillo.

—Ya se ha confirmado. —Sinclair asintió con la cabeza—. Lo leí en el informe. Consiguió tomar algunas medidas de los agujeros practicados en el cráneo. Cree que se trató de una herramienta corriente. —Miró a Madden de reojo—. El vagabundo podría haber llevado uno en su hato perfectamente.

—De acuerdo. Entretanto, si el asesino fue otra persona, alguien que la recogió en la carretera en su coche, la implicación adquiere otro cariz.

El inspector jefe se tomó un momento para asegurarse de haber interpretado correctamente a su antiguo compañero. No le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Te preguntas... si fue otra persona... por qué debería haber llevado encima un martillo. Suponiendo que sea ése el caso, ¿qué significa para ti?

—Que el asalto a su rostro fue premeditado. —Madden habló en voz baja, pero su tono se había vuelto tirante, y el inspector jefe, sintiendo un escalofrío de pronto, lo miró fijamente—. Que era lo que pensaba hacer desde el principio.

Sinclair cogió el pañuelo del bolsillo de su solapa y se enjugó la frente perlada de sudor. El gentío reunido en el césped comenzaba a desbandarse en dirección a la mesa de los jueces, e instintivamente se acercó un poco más a Madden, bajando la voz.

—Quiero que quede clara una cosa. ¿Intentas decirme que estaba siguiendo una pauta? ¿Que ya ha hecho esto antes?

Madden asintió en silencio.

—Pero entonces, si fuera ése el caso, habríamos tenido noticias. ¿Un crimen de esas características? —Ahora le tocó al inspector jefe fruncir el ceño. Su compañero se encogió de hombros.

—No puedo explicarlo. Pero no olvides que intentó esconder el cadáver de Alice Bridger. De no ser porque escogió accidentalmente un campamento de vagabundos para cometer el asesinato todavía podríamos estar buscándola.

—Así que crees que podría haber matado en alguna otra parte sin nosotros saberlo... —Sinclair sopesó la idea—. A veces desaparecen niños, eso es verdad.

Madden vio que su argumento estaba ganando terreno. Insistió.

—No se puede esperar que la policía de Surrey investigue una teoría de este tipo. El vagabundo es el sospechoso más evidente; tienen que seguir buscándolo. Pero con el Yard es distinto. Pueden permitirse el lujo de ampliar sus horizontes.

—¿Por eso urgiste a Boyce para que nos llamara? Sí, ahora lo veo.

Como un islote de quietud en medio del mar de gentes agolpadas a su alrededor, los dos hombres guardaron silencio mientras Sinclair cavilaba. Por encima del murmullo de voces del campo, sonó de repente la llamada del llanto de un bebé. El

inspector jefe volvió en sí con un gruñido.

—Has expuesto bien tu caso, John. No diré que me has convencido. Todavía no. ¿Pero a medias...? Sí... posiblemente. —Miró a su interlocutor a los ojos—. Investigaré el asunto. Puedes estar tranquilo.

La sonrisa de alivio en el rostro de Madden daba fe de una carga levantada de sus hombros, y el inspector jefe se alegró al verla. Recordó las palabras de Helen y reconoció la verdad que entrañaban. Entre las múltiples razones que tenía para lamentar la pérdida de su viejo colega se contaba el grado de entrega que imprimía Madden a su trabajo, un impulso nacido del sentido de la obligación que parecía sentir por los demás; por aquellos cuyas vidas se cruzaban con la suya.

Era una virtud poco extendida entre la policía: una virtud poco extendida entre cualquiera.

A las diez en punto del viernes siguiente, con cita previa, Sinclair se presentó en el despacho de sir Wilfred Bennett, comisario adjunto, investigador, entre cuyas responsabilidades dentro de Scotland Yard se incluía la supervisión general del Departamento de Investigación Criminal. Cargado como estaba de responsabilidades políticas y administrativas, normalmente Bennett no hubiera abordado el tema que deseaba tocar el inspector jefe. Pero la ausencia de su subdirector, quien recientemente se había sometido a una extirpación de la vesícula biliar y disfrutaba ahora de un periodo de convalecencia prolongado tras sus escarceos con la peritonitis, le había ofrecido al comisario adjunto una oportunidad irresistible.

—Es casi como en los viejos tiempos, inspector jefe.

Sir Wilfred mantenía el mismo despacho en el Yard desde hacía más de una década. Su oficina daba a la ribera arbolada y al Támesis. En el pasado Sinclair y él se habían reunido allí a menudo, y Bennett conservaba la nostalgia por aquellos días en que, como subdirector del por aquel entonces comisario adjunto, había estado más implicado en el día a día de la dirección del DIC. El ascenso le había reportado el rango de caballero y el acceso a los más altos escalafones de la Policía Metropolitana, pero a veces se preguntaba si no habría perdido más que ganado.

—Le he pedido al superintendente Holly que se reúna con nosotros. Creo que sería un detalle. Hace poco me dijo que desde que lo «llevaron arriba», por usar sus mismas palabras, se siente algo alejado de las cosas, sensación que comprendo. —Sir Wilfred cruzó la mirada con Sinclair, y ambos compartieron una tenue sonrisa.

—¿No sigue Arthur de vacaciones, señor?

—Volvió ayer. Pero todavía no habrá tenido ocasión de echarle un vistazo al dossier, por lo que te sugiero que empieces poniéndonos al corriente.

El comisario adjunto condujo a Sinclair hasta la mesa de roble pulido junto a las ventanas donde tenía por costumbre realizar sus conferencias de negocios: reuniones que de un tiempo a esta parte parecían conllevar exclusivamente tortuosos trámites burocráticos. Cuando se sentaron frente a frente, sir Wilfred se fijó, no sin envidia, en los claros ojos grises y el aire de alerta de su visitante. Pese a haber cumplido los sesenta, Angus Sinclair conservaba el aspecto de quien se entrega a su trabajo con avidez.

Llamaron a la puerta y apareció el inspector jefe. Era un hombre fornido entrado en la cincuentena, de rasgos angulosos y bronceado por el sol.

—Buenos días, Holly. Bienvenido de vuelta. —Bennett se levantó y le estrechó la mano—. Espero que hayas tenido unas buenas vacaciones.

—Gracias, señor. El tiempo ha sido excelente. Siempre digo que no hay lugar comparable a las islas Sorlinga en esta época del año. —El suave ronroneo del

superintendente delataba su origen rural. La Metropolitana llevaba ya años reclutando en el condado occidental, pues los oriundos londinenses se consideraban demasiado espabilados y pillos, listos en exceso para formarse como policías. Los robustos hombres del campo, de mente abierta y maleable, por contra, se tenían por materia prima ideal, y el superintendente Holly daba fe de ello.

—Que me aspen, Arthur, si no has engordado. —Sinclair miró de soslayo a su colega—. Habrá que hablar con Ethel. Vamos a tener que ponerte a dieta.

Holly se sonrojó. Ahora era el superintendente más veterano de la fuerza y, oficialmente, el superior de Sinclair. Pero jamás podría olvidar que en su día había trabajado a las órdenes del inspector jefe; más de una vez había sentido el látigo de su lengua afilada y se había esforzado por conseguir su aprobación. Hacía ya varios años que Angus Sinclair renunció a obtener más ascensos, dejando claro que se daba por satisfecho con el rango de inspector jefe. Había cinco oficiales como él en las fuerzas del Yard y se los consideraba especialistas, reservados para lidiar con las investigaciones más difíciles y exigentes. A Holly le alivió ver que Sinclair decidía dirigirse a él por el nombre de pila; por amarga experiencia sabía que cuando el inspector jefe quisiera corregirlo lo trataría de usted.

—Así que bajaste a Guildford el domingo pasado, ¿verdad? —Bennett había esperado a que todos se hubieran sentado antes de hablar. De semblante pálido y ralo pelo moreno, sus ademanes bruscos y decididos reflejaban la mente que había tras ellos—. Espero que se anduviera usted con cuidado, inspector jefe.

—Como si estuviera pisando huevos, señor. —Sinclair abrió su carpeta—. Jim Boyce es un viejo amigo. Acordamos considerar mi visita no oficial.

—En tal caso puedo dormir tranquilo, ¿no? No quiero abrir el periódico mañana y enterarme de que algún detective de Scotland Yard ha estado merodeando por los condados limítrofes sin que nadie lo invitara. —Bennett habló con una sonrisa. Con los años le había cogido cariño al pulcro inspector jefe. No sólo habían cooperado en algunos casos en el pasado, sino que eran aliados en un sentido más amplio, tras haber trabajado, cada uno en su ámbito, para modernizar la institución para la que trabajaban, tarea que sir Wilfred no se había privado de comparar con intentar arrear una mula empeñada en no dar un solo paso.

Sinclair no hizo ningún comentario y se limitó a enarcar una ceja a modo de respuesta. Se daba la circunstancia de que la carpeta que tenía en las manos, con su fajo de hojas escrupulosamente mecanografiadas, era el fruto de una iniciativa que el comisario adjunto y él habían presentado conjuntamente hacía unos años. Scotland Yard se preciaba ahora de poseer un registro donde el personal civil recopilaba expedientes sobre los casos a partir del material proporcionado por los detectives, ahorrándose así éstos el excesivo tiempo que consumiría dicha tarea.

—¿Guildford? —Arthur Holly frunció el ceño—. Me suena. ¿No es en ese

distrito donde asesinaron a una joven recientemente? Me parece recordar haber leído algo al respecto en el periódico.

—Sí, una niña. Violada y estrangulada. Ocurrió mientras estabas lucra. —Bennett se retrepó en su silla—. El inspector jefe me ha llamado la atención sobre el caso. En su opinión, algunas de las circunstancias que rodean el asesinato no deberían pasarse por alto. —Señaló a Sinclair, invitándolo a continuar.

—Se trata de la naturaleza del crimen, Arthur, además de las circunstancias. —Sinclair dirigió sus comentarios a su colega—. Las heridas infligidas al cadáver de la pequeña tras su muerte fueron inusitadamente graves. Le destrozaron la cara, la desfiguraron, prácticamente. Tras la debida consideración, el forense determinó que el asesino se había valido de un martillo para tal fin, una herramienta de albañil, a juzgar por las mediciones realizadas sobre las marcas.

—¡Dios santo! —La consternación se reflejó en el rostro de Holly—. Nunca había oído algo igual.

—Entre las distintas conclusiones que podrían extraerse de semejante acción, la que más preocupante me parece es que el asalto parece haber sido planeado con antelación. Si llevaba el martillo encima, debía de proponerse usarlo. Ese es uno de los motivos por los que opino que este crimen merece nuestra atención. Detrás de él podría haber más de lo que parece a primera vista.

El silencio siguió a sus palabras. Tras un momento de pausa, el inspector jefe continuó:

—Por ahora, lo único que puedo decir es que la policía de Surrey está buscando insistentemente a un vagabundo relacionado con el asalto, un hombre cuyo nombre de guerra es Beezy. Se sabe que estuvo en el bosque donde hallaron el cadáver de la niña alrededor del momento en que la mataron. Han hecho circular su descripción por Surrey y los condados de los alrededores, y también se la han enviado a la Policía Metropolitana.

—¿Qué sabemos de él? —preguntó Holly.

—Bastante. —Sinclair sacó una hoja de la carpeta—. Ayer recibí esta información de Guildford. Su nombre real es Harold Beal. Hace doce años su esposa falleció de repente. Empezó a beber en serio, perdió el trabajo y por fin se echó a la carretera. Ha sido un vagabundo desde entonces y, como tantos de ellos, un animal de costumbres. Hasta este año solía pasar los veranos en Kent, trabajando en las granjas de allí y regresando a Londres en invierno. Lo han encontrado borracho y alborotando en diversas ocasiones y cuenta con una pena en su haber. El año pasado lo condenaron por exhibicionismo en un juzgado de primera instancia de Canterbury.

—No me digas. —Holly se sentó recto—. ¿Qué opinas de eso? —Y cuando Sinclair no respondió de inmediato—: Es un indicio, ¿verdad?

—Podría serlo. Pero no estoy seguro. —El inspector jefe relajó un músculo en su

espalda—. A fin de cuentas, delincuentes sexuales de tres al cuarto los hay a patadas. Entre bajarse la bragueta en público y hacerle lo que le hicieron a esa pobre niña media un abismo. Un abismo enorme.

—Cierto. Pero por algo se empieza. —El superintendente jefe abundó en su argumento—. Fíjate en el expediente de cualquier delincuente sexual serio, Angus, y verás que en su día fue un simple mirón, o algo por el estilo.

—Lo reconozco. —Sinclair asintió con la cabeza—. Pero deja que te cuente algo más sobre el caso de Beal. Una maestra de escuela de Canterbury declaró que se exhibió en una vía pública mientras ella pasaba por allí con una excursión de colegialas. Beal dijo en el tribunal que sólo estaba orinando y no se dio cuenta de que se acercaban. Afirmó ser duro de oído, lo que parece atestiguar el informe del juicio. No paró de solicitar que se le repitieran las preguntas. A tenor de esto, yo diría que fue una acusación que jamás debería haber cuajado, pero el juez lo declaró culpable y lo condenó a dos años de prisión. Está en el expediente. —El inspector jefe tamborileó en la carpeta con el dedo índice—. No lo descarto, Arthur. —Cruzó la mirada con el superintendente.

—Tal vez por eso Beezy eligiera Surrey este año en vez de ir a Kent —comentó secamente Bennett—. Dondequiera que esté ahora seguro que se arrepiente. ¿Qué opina Boyce? ¿Cree que este vagabundo es su hombre?

—No con la misma firmeza que al principio. No después escuchar la opinión de John Madden al respecto.

—¿Madden? —Holly enarcó las cejas—. ¿Cómo se ha implicado?

—Resulta que fue él quien encontró el cadáver. Estaba ayudando al policía de la localidad a rastrear el bosque. Hablé con él en Highfield el domingo.

—Buen tipo, John Madden. —El superintendente expresó su aprobación con voz ronca—. No debiste permitir que se fuera, Angus.

—No sé qué te hace pensar que yo podría haber tenido voz en ese asunto. —Zaherido por el comentario, el inspector jefe respondió con aspereza—. Fue su esposa la que lo convenció para que abandonara el cuerpo. Me parece que no la conoces, Arthur.

—Al contrario —acotó Bennett—. En una cena, en Londres, hace unos años. Recuerdo bien la ocasión. Fue poco después de que el parlamento accediera a permitir por fin la entrada de las mujeres en la administración pública, y le pregunté si le parecía bien la resolución. «Me siento tan agradecida que no tengo palabras», fue su respuesta, pero creo que no hablaba en serio. —Se rió—. Es una mujer bien guapa, además... ¿De modo que Madden ha visto el escenario del crimen? ¿Qué le pareció? Supongo que no respaldará la teoría del vagabundo.

Sinclair sacudió la cabeza. Se tiró del lóbulo de la oreja, pensativo.

—Madden siempre se las apaña para ver las cosas claras, para ver a través, o

mejor dicho, más allá de ellas. Antes pensaba que era una especie de sexto sentido cuando trabajábamos juntos, pero ahora me pregunto si no será sencillamente que sabe entender lo que ve mejor que la mayoría. Lo que significa... —Se encogió de hombros—. No, Madden no cree que fuera Beezy quien asesinó a esa niña. Cuando vio el rostro de la víctima, lo que quedaba de él, venteó el rastro de otra clase de asesino. Uno mucho más difícil de rastrear.

—¿Y eso?

—Opina que el daño infligido a los rasgos de la pequeña fue premeditado, obra de alguien que podría haber hecho algo parecido antes, más que la aberración de un viejo vagabundo que se tropezó con una niña desacompañada y perdió de pronto el control de sus actos. Es más, los hallazgos del forense respaldan su teoría.

Holly frunció el ceño.

—No me suena ningún crimen reciente que encaje con estas pautas, Angus. ¿Has encontrado algo en los archivos?

—No, nada. —El inspector jefe sacudió la cabeza—. Ni siquiera un atisbo de conexión, me temo. Pero ése no es el final de la historia. Me ha llamado la atención otra cosa, un disparo al aire, se podría decir, pero pensé que debería compartirlo con vosotros.

Holly y Bennett cruzaron las miradas.

—Por favor —dijo secamente el subdirector adjunto.

Sinclair estudió a sus interlocutores.

—Hace tres años... en julio de 1929, para ser exactos... una niña de doce años llamada Susan Barlow desapareció en Henley del Támesis. Su cadáver no apareció hasta este año: hasta hace seis semanas, de hecho. Se pensó que podría haberse ahogado en el río... la última vez que la vieron fue en la orilla... y sacaron su cuerpo del agua. Había quedado atrapado en una ensenada debajo de un tronco que a su vez se había atascado en la ribera. Ni que decir tiene, el cadáver de la niña se hallaba en avanzado estado de descomposición.

—No nos irás a decir que la violaron. —Holly frunció el ceño—. Seguro que no han podido dictaminarlo.

—Desde luego que no. Tampoco si la estrangularon, para compararlo con el crimen de Brookham. Sumergida en agua dulce, la carne debió de sucumbir a la adipocera en cuestión de seis meses. Pero su cara era harina de otro costal.

—¿Estaba dañada? —Los rasgos del superintendente se ensombrecieron.

—Sin lugar a dudas. Pero no tanto como en Brookham, lo cual podría ser relevante. Tenía fracturada la nariz y uno de los pómulos, y el cráneo resquebrajado.

Hubo silencio por unos instantes.

—Sí, pero un cuerpo sumergido tanto tiempo... unas heridas de ese tipo podrían deberse a multitud de factores —rezongó Holly.

—Es un misterio, sin duda —reconoció Sinclair—. Un misterio que trae a la policía de Oxfordshire de cabeza mientras hablamos. También debería decirles que no se nos ha informado oficialmente de esta cuestión. No se ha iniciado ninguna investigación por asesinato. Me he enterado por casualidad.

Hizo una pausa, escudriñando una hoja de la carpeta que reposaba encima de la mesa ante él, antes de volverse hacia Bennett.

—¿Sabe quién es George Ransom, señor? Trabaja de forense en Saint Mary, en Paddington.

—Me suena su nombre.

—Me topé con él por casualidad esta semana y me contó lo del cadáver que habían sacado del río en Henley. Me lo dijo más como curiosidad que otra cosa, pero con el caso de Brookham reciente en la cabeza, agucé el oído. Ransom se había enterado en una cena a la que asistió, una convención anual de médicos. Cualquiera pensaría que es un tema peculiar con el que amenizar la mesa, incluso para unos forenses, pero resulta que estaba sentado al lado del doctor que había realizado la autopsia... un médico de Oxford llamado Stanley... de modo que conocía toda la historia. Stanley dijo estar convencido de que las heridas eran fruto de golpes en la cara... señaló media decena al menos gracias a las marcas óseas... lo que indica una agresión. Le contó a Ransom que la policía de Oxfordshire estaba a la expectativa por el momento, aguardando otra explicación. —Sinclair se acarició la barbilla—. No los culpo. Nadie busca el asesinato, ¿verdad? —Miró de reojo a sus interlocutores—. Primero buscamos una explicación natural. Pero en este caso cuesta encontrar una, o eso opina Stanley.

—¿Tráfico fluvial? —Bennett cambió de postura en la silla—. Esa franja del Támesis es muy activa. La mitad del año está atestada de embarcaciones de recreo.

—¿Está usted pensando en las aspas de un barco, señor? Tendrían que haber sido varios golpes. —Sinclair asintió con la cabeza—. Pero Stanley arguyó que las marcas de los huesos no eran representativas de unas aspas. No quiso decir más.

—¿Y las palas de un vapor? —sugirió el superintendente.

—Estamos hablando del Támesis, señor, no del Misisipí.

Desazonado, Holly refunfuñó:

—Aun así, debe de haber más cosas que podrían haberlo causado. No estamos seguros de que fuera un asesinato.

—No, no lo estamos. Eso es verdad.

—¿No se trata de dos cuestiones distintas? —El tono que empleó el superintendente era hosco. Todavía no había recuperado su aplomo—. Para empezar, ¿fue un asesinato? Y segundo, ¿guarda alguna relación con el crimen de Brookham?

—Efectivamente, Arthur. —Sinclair se propuso apaciguar a su superior—. En ningún momento pretendo insistir en que lo sea. Pero no podemos pasar por alto los

denominadores comunes de ambos casos: me refiero a la edad de las niñas implicadas y el daño infligido a sus rostros. —Hizo una pausa—. Cierto, también hay un problema con el lapso de tiempo. Un espacio de tres años entre crímenes de este tipo es sumamente inusual. Tendré que pedir que revisen los archivos penitenciarios por si da la casualidad que estuvo encerrado durante este periodo... eso suponiendo que se trate de la misma persona... pero no soy demasiado optimista. Estoy seguro de que si lo hubieran detenido por algún delito sexual grave nos habríamos enterado ya.

Cruzó la mirada con el subdirector adjunto.

—Eso es todo por el momento, señor.

—Bien. —Bennett consultó su reloj—. Tengo otra reunión dentro de cinco minutos. Pero veamos si somos capaces de llegar a alguna conclusión provisional antes de irnos.

Se levantó, se dirigió a la ventana y se plantó allí, con las manos en las caderas, contemplando el exterior. Los otros dos lo observaron en silencio.

—El vagabundo sigue siendo la clave, ¿verdad? Beezy. Creo que habrá que esperar hasta que lo encuentren. Hasta que lo entrevisten, hasta que sepamos si fue el responsable del asesinato de Brookham. La policía de Surrey es más que capaz de realizar una pesquisa judicial formal, si eso es lo que resulta ser esto. No quiero que el Yard irrumpa en escena y parezca que queremos robarles protagonismo. De todas formas, quiero que se me mantenga al corriente del progreso de la investigación. Supongo que no tendrán nada que objetar si mostramos interés, ¿no? —Miró de soslayo por encima del hombro.

—Al contrario —le garantizó Sinclair. Cerró su carpeta—. Después de escuchar a Madden, Jim Boyce está como un flan. Me llamará al menor indicio de que el caso pudiera cruzar los límites de su dominio.

—Sin embargo, no parece usted satisfecho, inspector jefe.

—Oh, no, señor. No es eso. —Sinclair desfrunció el ceño en que se había fijado su superior—. Que busquen a Beezy todo lo que quieran. Es más, si se consigue demostrar que fue él el asesino, estoy dispuesto a olvidarme de todo este asunto, al menos por lo que al Yard respecta.

—¿No crees que pudo estar implicado en el caso de Henley?

—Lo dudo. Beal sobrepasa los cincuenta. Es sabido que ha pasado los diez últimos veranos en Kent. No me lo imagino trasladándose de pronto a Oxfordshire. —Sinclair zangoloteó la cabeza—. No, si Beezy es su hombre, estaría dispuesto a dejar que esta investigación se enfríe.

—¿Entonces, qué? ¿Qué te preocupa?

El inspector jefe suspiró.

—Lo que me preocupa es lo que cree Madden. Opina que sólo hemos arañado la superficie de este caso: que lo peor está por llegar. Y si la experiencia sirve de algo,

debo decir que en asuntos así su instinto suele tener razón.

La casa de los Madden se levantaba al final de un paseo jaspeado por la sombra de los tilos. Alertada por el sonido del coche que se acercaba, Helen estaba esperando en el pórtico para recibir a Sinclair cuando éste aparcó delante.

—Angus... cómo me alegro de verte.

Llevaba puesto un delantal, con las mangas de su blusa blanca enrolladas en los codos, y durante el intercambio de besos, el inspector jefe reflexionó que en años pretéritos, cuando el padre de Helen vivía aún y compartía la casa con su hija y su yerno, las visitas siempre habían sido recibidas en la puerta por una doncella de uniforme: los tiempos estaban cambiando, sin duda.

—Mary está atareada en la cocina ayudando a la señora Beck —explicó Helen, como si le hubiera leído el pensamiento—. Llevamos toda la mañana envasando. Entra. Tengo una sorpresa para ti. Ha venido Franz Weiss. Va a pasar unos días con nosotros.

—¿En serio? —El rostro de Sinclair se iluminó al escuchar el nombre. Weiss, psicoanalista de renombre, había sido amigo del difunto padre de Helen. Nacido en Viena, residente ahora en Berlín, era una persona por la que el inspector jefe sentía no sólo afecto, sino también un respeto poco común—. No tenía ni idea. ¿Qué tal está el buen doctor?

—Bastante bien, aunque preocupado. La situación en Alemania es tan inestable. No tendrían que haberse ido nunca de Viena.

Lo llevó adentro y cruzaron el pasillo hasta la sala de estar.

—Sal. Está esperando verte.

Cuando salieron a la terraza embaldosada, una figura surgió de las sombras de la pérgola emparrada que se levantaba a un extremo.

Canoso, y algo encorvado ahora —había cumplido ya los setenta— Franz Weiss se detuvo en seco para hacer una reverencia impregnada con la cortesía del viejo mundo.

—¡Inspector jefe! Qué placer tan inesperado.

—Así es, señor. —Sonriendo, Sinclair fue a su encuentro para darle la mano—. Pero insisto, el placer es mío.

Aunque hacía dos años desde su último encuentro —en una cena celebrada por los Madden cuando Weiss asistía en Londres a una conferencia sobre psicoanálisis—, le alegró ver que el doctor no había perdido ni un ápice de perspicacia; que sus ojos, oscuros y apergaminados en las comisuras, brillaban con la misma mezcla de inteligencia e ironía que tan gratamente recordaba el inspector jefe de anteriores ocasiones.

Su relación se remontaba más de una década en el pasado, a la investigación

policial de los asesinatos de Melling Lodge cuando Weiss, por casualidad, estaba visitando Inglaterra, y Madden, por medio de su nexo con Helen, había obtenido de él consejos que resultaron ser cruciales para capturar al asesino que Sinclair y él estaban buscando. Aquel episodio había causado una honda impresión en el inspector jefe, que de resultas se había convencido de que la luz arrojada sobre la conducta criminal por la nueva disciplina de la psiquiatría bien podía resultarle útil a la policía en su trabajo. Era una cuestión que había seguido discutiendo con el analista las contadas ocasiones que coincidían.

—¿Se va a quedar mucho tiempo en Inglaterra, señor? —preguntó—. Estaba pensando que podríamos almorzar en Londres la semana que viene.

—Sintiéndolo mucho, mañana debo regresar a Berlín. —Weiss extendió las manos expresando su pesar. Su inglés, aunque fluido, estaba marcado por un fuerte acento—. Pero tenemos todo el día por delante. Sin duda encontraremos alguna oportunidad de hablar.

Se volvió hacia Helen.

El trabajo del inspector jefe es para mí una fuente de fascinación inagotable. Mi ocupación, me temo, debe de parecer árida en comparación con la suya. Pero es tan amable que pretende lo contrario.

Sonrió a su anfitriona.

—Y ahora, querida, si me disculpa. Sólo estaba esperando para saludar a nuestro amigo. Debo regresar a mis labores. Nos veremos otra vez a la hora de la comida... ¿sí?

Con una reverencia dedicada a los dos, abandonó la terraza. Helen siguió con la mirada a la figura que partía.

—Franz ha acudido dos veces a Londres para hablar con unos antiguos colegas suyos —le informó a Sinclair—. Hombres que abandonaron sus consultas en Alemania para asentarse aquí. Él quiere hacer lo mismo, pero hay escollos. Para empezar, Mina no se encuentra bien. No sabe si será capaz de aguantar el viaje.

—¿Tan mal están las cosas por Berlín, entonces?

—Bastante mal. Y es probable que empeoren, si resulta que uno es judío, o eso dice Franz. Cree que los nazis llegarán pronto al poder. ¿Quién sabe qué ocurrirá entonces? Temo por todos ellos.

Su preocupación no pilló por sorpresa al inspector jefe, que sabía que de joven Helen había pasado seis meses con el doctor y su esposa en Viena, aprendiendo alemán, y que la habían tratado como a una hija.

Todavía estaba buscando palabras de consuelo cuando la mujer se giró para contemplar el jardín, y él siguió la dirección de su mirada, abarcando la vista del largo césped, bordeado de arbustos y arriates, con la verde fronda de Upton Hanger como telón de fondo. Con los años había llegado a encariñarse de aquella escena, que

asociaba con las muchas horas felices vividas en esa casa.

—John está abajo, en el huerto. Te está esperando.

El inspector jefe no dijo nada. Con cierta aprensión, había sentido un ligero cambio en su comportamiento. El recuerdo de su reciente conversación en la feria rural estaba aún fresca en su pensamiento, y se preguntó si no estaría a punto de revivirla.

—Encontrarás a Lucy con él. Pero no dejes que te engañen las apariencias. Está castigada.

—Ay, cielos... —Aliviado, Sinclair dejó que una sonrisa aflorara a sus labios.

—Ríete si quieres, pero no es ninguna broma. —La propia expresión de Helen sugería lo contrario—. La semana pasada, su primer día de clase, derramó tinta encima de otro niño y la mandaron al rincón. Un frasco entero, nada menos. La gente tiene el detalle de decirme que yo era igual a su edad, pero me resisto a creerlo. Pídele a John que la mande a casa, ¿quieres? Ya casi es la hora del almuerzo.

Hizo una pausa, y Sinclair sintió su mirada sobre él.

—Los dos podéis tener vuestra charla. Pero no os entretengáis, por favor. Y acuérdate de lo que te dije.

—Tomé una taza de té con Jim Boyce en Guildford camino de aquí. No sólo no le han echado el guante a Beezy todavía, sino que no han recibido ni siquiera una pista de su paradero. A tu amigo Topper sí que lo han visto, no obstante, la semana pasada en los campos cerca de Basingtoke. El policía de la localidad tardó un poco en reaccionar. Envío un mensaje al cuartel general solicitando instrucciones, pero para cuando llegó la respuesta diciéndole que lo prendiera, Topper ya había vuelto a esfumarse.

Sinclair había encontrado a su anfitrión sin chaqueta y con las mangas enrolladas, enfrascado en serrar un ciruelo viejo. Hacía tiempo que se había limpiado el huerto, pero una dulce fragancia a fruta podrida en el suelo persistía en la sombra moteada, y el sonido de la sierra tenía como contrapunto el zumbido, más atiplado y delicado, de las avispas, escasas ahora y aparentemente amodorradas conforme el veranillo de San Martín tocaba a su fin.

—Tom Cooper ha caído con reuma —le había explicado Madden al interrumpir el trabajo para saludar a su huésped—. Lo estoy sustituyendo.

La mención del nombre familiar puso una sonrisa en los labios del inspector jefe. Cooper había sido jardinero en Melling Lodge, actor secundario en la tragedia que los había traído a Highfield años atrás, y recordatorio de la pequeñez del mundo al que se había retirado su antiguo colega; y en el que tan profundo consuelo había encontrado.

Tras entregar el mensaje que le había sido encargado, se había sentado en el muro de piedra bajo que demarcaba el jardín, había sacado su pipa y su tabaco, y se había

quedado esperando mientras Madden iba a buscar a su hija, que estaba jugando a orillas del arroyo cercano, y cuyos grititos de diversión mientras chapoteaba sumergida hasta los tobillos en las aguas poco profundas revelaban escasas muestras de contrición. Regresaron al poco, de la mano, y seguidos por los acompañantes de Lucy de aquella mañana, dos cachorros de andares desgarbados, ambos empapados de jugar con su ama, y generosos con la cantidad de agua que distribuyeron a su alrededor cuando se sacudieron para secarse.

Obligada por su padre, la niña se había parado a saludar a su invitado. El inspector jefe había recibido una mejilla húmeda para besar junto con una sonrisa tan deslumbrante que le había robado el aliento por un instante.

—Y acuérdate de lavarte los pies bajo el caño antes de entrar en casa.

La adusta ternura de la expresión de Madden cuando hablaba con su hija le recordó a Sinclair con una punzada la pérdida que había sufrido su viejo amigo hacía años. La pequeña y la madre a las que había visto morir. Era este doble mazazo, creía el inspector jefe, lo que había empujado a su antiguo socio a buscar el olvido en las trincheras.

Madden había esperado a que estuvieran solos antes de hablar.

—Bueno, Angus... ¿Qué puedes decirme sobre el caso de Brookham?

Escuchó ahora mientras el inspector jefe, calando su pipa, le refería los escasos resultados que habían arrojado sus indagaciones.

—No hay nada en los archivos, como decía; sólo este asunto de Henley, que aún está por determinar que fuera un caso de asesinato. El asalto facial sugiere alguna conexión con Brookham, lo reconozco, y también está el hecho de que parezca haberse intentado eliminar el cadáver con posterioridad. Pero sigue habiendo dificultades a la hora de relacionar los dos casos, especialmente el intervalo de tres años que los separa. Si se trata del mismo hombre, ¿qué ha estado haciendo todo este tiempo?

Madden soltó un gruñido.

—Supongo que habrás comprobado los expedientes penitenciarios. —Tenía la mirada clavada en el suelo ante él.

—Minuciosamente. Estamos seguros de que no estuvo ingresado.

—Entonces, ¿podría haber viajado al extranjero?

Sinclair se encogió de hombros.

—Sin duda cabe esa posibilidad. Pero no estoy dispuesto a abundar en ella por ahora: no hasta tener oficialmente el caso en mis manos, y aun entonces no sin más pruebas.

Con una mueca, sacudió la pipa contra el muro a su lado y vio cómo Madden se quedaba pensativo, pasando las yemas de los dedos por los dientes de su sierra. Era evidente que esperaba oír mejores noticias, y el inspector jefe suspiró.

—Lo siento, John. Pero si no cambia nada, no sé cómo vamos a profundizar en este asunto. Lo único que podemos hacer ahora es aguardar mientras continúa la búsqueda de este vagabundo desaparecido.

La sensación, por irracional que fuera, de que había decepcionado a su antiguo colega continuó mortificando al inspector jefe durante todo el día, y aún seguía alojada en su mente como una espinita cuando, al dar las cinco el reloj de la repisa y oscurecerse las sombras del salón, levantó la cabeza y vio a Franz Weiss de pie en el umbral.

—¡Ah, ahí está usted, señor Sinclair! Esperaba encontrarlo solo. Todavía no hemos tenido ocasión de hablar.

Sonriendo, el analista cruzó la estancia hasta donde su compañero invitado estaba sentado junto a la chimenea con un libro sobre flores silvestres abierto en el regazo.

—¿Es cierto que nuestro anfitrión nos ha abandonado?

—Eso me temo, señor. —Sinclair se puso de pie para saludar a su interlocutor, mayor que él—. Aunque no por mucho tiempo. John se ha acercado a Guildford para recoger a Robert. Se ha llevado a Lucy con él. —El hijo de los Madden, ausente de la casa, había estado jugando un partido de críquet del colegio aquel día—. Luego, poco después de salir ellos, llamaron a Helen para que fuera a ver a un paciente. Me pilla usted defendiendo el fuerte.

Era la primera vez que los dos hombres estaban a solas. Aparte de alguna aparición fugaz a la hora del té, cuando se había reunido con los demás en la terraza, el doctor había pasado toda la tarde encerrado en su habitación, trabajando. Tras disculparse por su ausencia, había explicado que debía preparar un artículo con vistas a presentarlo durante un simposio cuando regresara a Berlín.

—El tema a tratar serán ciertos aspectos de la psicopatología, concretamente el tratamiento de aquellos pacientes que exhiban una conducta anormalmente agresiva e irresponsable, cuestión peliaguda sobre la que airear uno su opinión hoy en día, cuando la gran mayoría de la ciudadanía parece desconocer otro comportamiento.

Había acompañado el comentario con una característica sonrisa sarcástica, pero sus palabras habían calado hondo en el inspector jefe, pues reavivaban una discusión que se había producido antes, durante el almuerzo, cuando Weiss había hablado largo y tendido de la situación en Alemania y de sus temores por el futuro. Sinclair, pese a estar al corriente por los periódicos del clima enrarecido que se respiraba en aquel país, tan recientemente enemigo del suyo, había escuchado con consternación mientras el visitante extranjero de los Madden pintaba un cuadro más negro de lo que podría haberse imaginado, de una sociedad azotada por el descontento civil que se tambaleaba al borde de la crisis política.

Lo más preocupante de todo había sido el relato referido por el doctor de un asalto realizado por tropas vestidas con camisas marrones sobre un grupo de

simpatizantes comunistas, asalto del que había sido testigo por casualidad cerca de su consulta en Berlín. Visiblemente afectado por el recuerdo, había descrito con imágenes vívidas la osadía de los atacantes y su indiferencia ante los cuerpos de los heridos que habían dejado tirados en la calle, con su sangre secándose en los adoquines.

—Cuando una persona civilizada recurre tan dispuestamente al salvajismo, uno sólo se puede temer lo peor. —Weiss había fijado los ojos oscuros en Sinclair al pronunciar estas palabras, considerándolo tal vez uno de los guardianes de la ley—. ¿Qué ataduras le quedan?, cabe preguntarse. ¿De qué crímenes no será capaz?

El analista no había disimulado su ansiedad por su familia y el deseo, cada vez más acuciante, de abandonar Alemania.

—Todo indica que mi pueblo ya no es bien recibido allí. Al menos, no por aquellos cuyas voces suenan más alto y cuyas manos se extienden ya hacia el poder.

Percibiendo que Weiss no estaba refiriéndose a su nacionalidad austríaca, Sinclair había sentido una punzada de desconcierto, y su recuerdo le sirvió ahora para sofrenar su impulso inicial, que había sido retomar el tema de la conversación del almuerzo. Quería hacerle más preguntas al analista. Pero tras servirle un trago y ver que se sentara cómodamente junto al fuego antes de regresar a su vez a su sillón, vaciló, y fue Weiss, iluminado por las llamas su pálido semblante, quien rompió el silencio.

—Dígame, inspector jefe, este caso que lo ocupa, el de la niña asesinada, ¿está provocándole mucha ansiedad?

Sinclair, pese a sobresaltarse momentáneamente por la pregunta, comprendió enseguida que Madden debía de haber comentado la agresión con el médico, algo que Weiss le confirmó a continuación.

—Se lo pregunto porque John parecía muy preocupado cuando me habló de ello la otra noche. Es evidente que lo ha afectado en gran medida. No profundizamos en el tema. Helen estaba delante, y presentí que el tema la incomodaba.

—Opina que su marido está demasiado involucrado en el caso —rezongó Sinclair. Ya se había repuesto de su sorpresa—. No ha olvidado nunca cuán cerca estuvo él de la muerte hace todos estos años. No quiere volver a verlo inmerso en nada parecido. Pero John se resiste.

Weiss asintió con la cabeza.

—Considera que es su deber, algo que le debe a los demás, algo que le fue impuesto, que él no buscaba, pero que acepta. Nuestro amigo es como el buen samaritano: no puede hacer la vista gorda con quien necesita ayuda. Ese es uno de los motivos por los que Helen lo quiere, naturalmente, por los que tanto lo aprecia. Esto hace que sea complicado para ambos.

Las sombras en la habitación se habían oscurecido mientras conversaban, y

Sinclair se levantó para encender un par de lámparas de mesa. Echó otro tronco al fuego y vio cómo una lluvia de chispas salía disparada chimenea arriba. A su espalda, también el médico contemplaba las llamas, pensativo. Sinclair retomó su asiento.

—¿A usted qué le parece, señor? Me refiero al crimen. Como seguramente sepa ya, John cree que este hombre ha matado antes.

—Ya me lo ha dicho. Y entiendo por qué. Hay que ser prudente a la hora de extraer conclusiones de unas pruebas que son puramente circunstanciales, pero hay sólidos indicios que apuntan a un depredador poco ordinario —dijo Weiss.

—Supongo que se refiere usted al asalto post mórtem. —Sinclair se inclinó hacia delante en su silla, curioso. Weiss asintió con la cabeza.

—El vapuleo del rostro de la niña fue sumamente inusitado. Aunque el abuso del cadáver de la víctima es una característica común en casos de este tipo... a menudo refleja el desprecio que siente el asesino por el cuerpo que ha cumplido ya su función... una agresión tan deliberada tiene todo el aspecto de ser ritual. Tampoco debería pasarse por alto el cuidado que puso este asesino en sus preparativos. ¿Acierto al pensar que transportó el cadáver de la pequeña cierta distancia hasta el lugar que había elegido para el asalto?

—Sí. A través de la espesura.

—Hasta donde había un arroyo. Un detalle importante. Quizá tuviera ya en mente una imagen de lo que debía ocurrir. Quizá supiera que debería lavarse la sangre del cuerpo al final. Si consideramos todo esto parte de una pauta, cuesta creer que esta persona no haya cometido crímenes similares en el pasado.

El doctor se interrumpió. Había apartado la mirada del fuego y estaba observando a Sinclair, que se mostraba caviloso.

—Hay algo que usted no sabe, señor. —El inspector jefe frunció el ceño—. No le había hablado de ello a John hasta esta mañana. Nos hemos topado con un caso que podría tener relación con el asesinato de Brookham. Está implicada una joven desaparecida hace tres años en Henley del Támesis, a la que se había dado por ahogada. Recientemente su cuerpo fue rescatado del río, y se descubrió que su rostro había sido mutilado. En opinión de los forenses que examinaron los restos, las heridas son producto de golpes. Es demasiado tarde para saber si la violaron, desde luego, o cómo murió incluso, pero las heridas faciales apuntan a un asalto violento de alguna clase.

—¿Y cree usted que estos dos casos podrían estar relacionados? —La expresión de Weiss mostraba interés.

—Cabe la posibilidad, ciertamente, y es la única pista que tenemos. Pero puesto que nada más indica que haya habido un asesino de este tipo activo en el pasado, no hay ni rastro de él en nuestros archivos, las probabilidades de que exista una conexión son escasas. No se lo he dicho, pero la investigación de Brookham todavía no es mía,

no de manera oficial, aún está en manos de la policía de Surrey. Sin embargo, espero que aterrice en mi mesa no dentro de mucho, y cuando lo haga tendré que decidir cómo continuar con las pesquisas.

Sinclair hizo una pausa. Miró al analista a los ojos.

—¿Qué sucede, inspector jefe? —Weiss dejó su vaso—. ¿Quiere preguntarme algo?

—Se trata más bien de un favor, señor. —Sinclair hizo una mueca—. Quizá le parezca extraño, pero estoy buscando consejo de un tipo especial, que sólo alguien de su profesión podría ofrecerme.

—Me pregunto de qué se trata. —Weiss sonrió—. Siento curiosidad por saberlo.

El inspector jefe vaciló. Miró con intención a su interlocutor.

—Supongamos que John tiene razón... que se trata de alguien que ha asesinado antes, que podría llevar activo incluso algún tiempo sin que nosotros lo supiéramos. Vayamos incluso más lejos y digamos que la niña de Henley fue una de sus víctimas. Ahora bien, por regla general, los agresores sexuales tienden a llamar la atención sobre sí mismos. Se vuelven solitarios. Parias. Hombres que sobresalen como pústulas en la comunidad. Aunque no podamos acusarlos de nada, generalmente sabemos quiénes son. De modo que lo que quiero preguntarle es lo siguiente... ¿qué probabilidad hay de que alguien de esas características haya eludido la red? ¿De que haya conseguido disimular su verdadera naturaleza y, de alguna manera, pasar desapercibido? ¿Sería posible siquiera?

Sinclair aguardó la respuesta de Weiss. El analista había estado contemplando el fuego mientras escuchaba y tardó un momento en contestar.

—En la mayoría de los casos, la respuesta a su pregunta sería un «no» rotundo. —Habló al cabo—. Pero debo matizar mi réplica. Si este individuo existe tal y como usted lo imagina, nos enfrentamos a un caso excepcional, no a un simple violador y asesino compulsivo, sino a alguien con el autocontrol necesario para evitar ser capturado durante un periodo de tiempo relativamente largo. Calificarlo de psicópata no es más que arañar la superficie del problema que representan estas personas para mi profesión, y con toda franqueza le diré que, a pesar de todos nuestros esfuerzos, aún no hemos sido capaces de comprenderlas del todo. A grandes rasgos, la psiquiatría se ocupa del tratamiento de neurosis, de pacientes que son conscientes de su enfermedad y desean curarse. Pero cuando la oscuridad del alma es completa, cuando se carece del menor sentido del bien y el mal, hasta los enfoques clínicos más sofisticados han resultado ser ineficaces. En pocas palabras, se diría que los criminales de esta clase nacen para ser lo que son, que su condición es orgánica e inmune al poder de cualquier analista para tratarla o descifrarla.

El ceño fruncido del doctor se había acrecentado.

—Estoy dándole mi opinión, entiéndalo, más que una opinión médica constatada.

Esta cuestión es motivo de grandes polémicas y todavía estamos lejos de alcanzar un consenso. Por mi parte, no obstante, he llegado a creer que hay quienes nacen con una predisposición a cometer acciones aberrantes para los demás, con una naturaleza en la que no hay traza alguna de remordimiento. Aunque no se puede excluir nunca como factor desencadenante algún trauma de la infancia, en ningún caso es una constante en casos así, y aun cuando está presente siguen sin poder explicarse satisfactoriamente los extremos de conducta con los que nos encontramos. Al final nos enfrentamos a un misterio para el que aún no existe solución. A decir verdad, si uno buscara pruebas de la existencia del mal... y no es ésta una búsqueda que yo haya afrontado nunca, ni algo en lo que desee creer... no tendría que mirar más allá de estos monstruos que, si hubiera justicia en el mundo, no deberían existir fuera del reino de nuestras pesadillas.

Weiss se quedó callado un momento, volviendo a fijarse en el fuego. El inspector jefe, impresionado por lo que acababa de escuchar, esperó a que continuara.

—Pero nos estamos desviando de la pregunta que me planteaba usted. Volvamos a ella. —Con un suspiro, el doctor se acomodó nuevamente en la silla—. Asumimos que este hombre existe y que lleva actuando varios años. De ser verdad esto, está claro que posee unas cualidades que generalmente no se asocian con el tipo. Autodisciplina, por ejemplo. Aunque el salvajismo del asesinato de Brookham parece sugerir lo contrario, es posible que consiga suprimir sus impulsos durante periodos de tiempo relativamente prolongados; que la misma ferocidad de la agresión post mórtem indique hasta qué punto había logrado reprimirlos. Antes hice referencia a un ritual, y pudiera ser que este vapuleo del rostro de la víctima sea su forma de expresar la emoción predominante en su vida, un impulso que debe esforzarse para mantener bajo control.

—¿Una emoción, dice usted? —Alertado por la palabra, Sinclair entornó los ojos—. ¿A qué se refiere exactamente?

Weiss se mordió el labio. Parecía no saber muy bien cómo seguir, y sus siguientes palabras lo confirmaron.

—No se trata de ninguna certeza. Tan sólo sugiero una idea. Pero yo diría que este hombre está poseído, sobre todo, por una sensación de odio. Que no hay otra manera de interpretar el crimen de Brookham. Destruir la cara de su víctima de esta forma desafía cualquier explicación racional. Es decir, a menos que asumamos que la agresión sexual precedente no fue más que el preludio de lo que, para él, habría de ser el verdadero clímax del acto: este último asalto frenético. De ser esto cierto, para él debe de ser el único modo de hallar satisfacción.

—Pero el odio... no lo entiendo. ¿Odio contra la niña? Lo más probable es que no le hubiera puesto la vista encima hasta ese día.

El médico sacudió la cabeza.

—La emoción a la que yo me refiero no es personal. Considérela más bien una enfermedad del alma. —Vio el desconcierto escrito en la expresión de su interlocutor—. No intente aplicar unos juicios de valor estándares a semejante individuo, inspector. Es una anomalía en su género, y si ha sobrevivido tanto tiempo como creemos, será con la certeza de que la opinión del resto de sus congéneres está contra él. Dadas las circunstancias, no me sorprendería que su hostilidad hacia los demás fuera intensa, ni que encontrara su forma de expresión en un contexto sexual, donde le está negada la satisfacción. Por qué ha elegido cebarse con las niñas, mujercitas a lo sumo, lo desconozco; sólo puedo decir que son débiles y fáciles de doblegar, y que los pervertidos de su calaña rara vez son capaces de resolver esta faceta de la vida si no es por medio de la violencia. Pero el ritual en sí... el vapuleo de las caras de sus víctimas... casi sin duda radica en algún hecho de su pasado, tal vez incluso de su niñez, y puesto que su objetivo es repetirlo, cabe asumir que fue algo que le proporcionó placer. Un placer al que regresa una y otra vez. Por terrible que sea esta idea.

En el silencio que siguió a sus palabras restalló atronador el chasquido de un leño, y el repentino fognazo resultante en la chimenea prestó color al pálido semblante del analista.

—Pero esto son meras especulaciones. —Hizo un gesto como si quisiera restarles importancia—. Todavía nos falta encontrar una respuesta a su pregunta... ¿cómo podría alguien así evitar que lo descubrieran durante tanto tiempo?

—Ha mencionado usted la autodisciplina. —Sinclair se tomó unos instantes para ordenar sus ideas. Había escuchado con desolación todo cuanto había dicho Weiss—. Quizá sea capaz de poner en práctica esa cualidad en otras facetas de su vida. Presentar algún tipo de fachada al resto del mundo.

—Oh, indudablemente —se apresuró a convenir el médico—. Ni por un momento se me ocurriría pensar que, de existir alguien así, no sería excepcional a su manera. Por encima de todo, tendría la capacidad de organizar su vida, de planear con antelación, lo cual bajo ninguna circunstancia es el caso con la mayoría de las personas como él. Es más que probable que haya decidido camuflarse y adoptar, si no una forma de vida, sí al menos unas costumbres que tiendan a enmascarar su verdadera naturaleza. Pero aun así, cuesta imaginar como podría haber eludido que lo detectaran durante tanto tiempo. Dada su diferencia del resto... esta bestia que anida enroscada en su interior... su mera presencia dentro de cualquier grupo resultaría perturbadora, y tales individuos generalmente terminan por llamar la atención de las autoridades. Puesto que no es éste el caso, debemos buscar una explicación, y el largo intervalo entre estos dos crímenes podría proporcionarnos alguna pista. ¿Ha considerado usted la posibilidad de que podría haber pasado tiempo en el extranjero? ¿De que sea un viajero?

El inspector jefe asintió con la cabeza.

—De eso mismo estábamos hablando John y yo esta mañana. El problema es que no se trata de un rastro que pueda investigar en profundidad. No hasta que el caso esté oficialmente en mis manos.

—Lástima. —Weiss se mordisqueó el labio—. Pero hay otras áreas que merece la pena investigar. La cuestión de sus antecedentes, por ejemplo.

—¿Sus antecedentes...?

—Su clase, si lo prefiere. —Se encogió de hombros—. Corríjame si me equivoco, pero en este país más que en cualquier otro una persona se define por su posición social. A menudo se pasan por alto ciertas peculiaridades de la conducta o el comportamiento, especialmente entre las clases altas, donde la distinción de rango consigue elevar a veces a la gente por encima de cualquier sospecha. Aunque quizá esté exagerando... —Había reparado en el ceño fruncido del inspector.

Cuando se disponía a retomar el hilo, se interrumpió al llegar a sus oídos el sonido de la puerta principal al cerrarse. Unos pasos despertaron ecos en las baldosas del pasillo. Oyeron la voz de Helen: estaba hablando con Mary, la doncella de Madden. Los dos hombres cruzaron las miradas.

—Debemos concluir, ¿sí? —murmuró Weiss—. Sólo tengo una sugerencia más... es poco más que una idea... pero se me ocurre que un asesino de este tipo podría haber encontrado protección, o anonimato más bien, en un estilo de vida poco ortodoxo, al margen de la ley.

—¿Quiere usted decir que podría tratarse de un criminal... profesional? —La posibilidad dejó pensativo a Sinclair por un momento. Pero luego sacudió la cabeza—. No... no, no lo creo. Contamos con numerosos informadores en ese mundo. Si un asesino así anduviera suelto, ya habríamos oído algo. Más aún: ya lo habrían delatado.

—Sin duda tiene usted razón. —Pero el médico no parecía convencido—. En cualquier caso, ha conseguido sobrevivir de alguna manera, y lo mismo podría considerar la posibilidad de que ha encontrado alguna forma de empleo acorde con su naturaleza, un trabajo que le sirve de disfraz y ha evitado llamarles la atención.

—¡Acorde con su naturaleza! Espero que no. —Temeroso de que Helen pudiera aparecer de un momento a otro, Sinclair habló en voz baja, pero imperiosa—. Piense usted lo que está diciendo, doctor. ¡Se trata de un infanticida!

—Sí, naturalmente. Pero me malinterpreta usted. —Preocupado por el rumbo que habían tomado sus palabras, Weiss se arrimó a él—. Le sugiero que amplíe sus miras. El salvajismo de sus crímenes nos dice algo sobre esta persona; algo importante. Se trata de una criatura desprovista de toda atadura moral: una criatura seguramente capaz de otros actos igualmente despiadados. Otros crímenes.

—Entiendo lo que sugiere, señor. —Sinclair oyó el sonido de pasos que se

acercaban y se inclinó hacia delante a su vez—. ¿Pero adónde nos lleva eso? ¿Qué lugar podría haber encontrado en la sociedad?

—Eso no sé decírselo. —Con un suspiro, el médico sacudió la cabeza—. Lo único que puedo hacer es sugerirle que no descarte esa idea. —Bajando aún más la voz, clavó la mirada en el inspector jefe en medio de la oscuridad, cada vez más profunda—. Quizá nos gustaría que las cosas fueran de otro modo, pero lo cierto es que en el mundo hay cabida para personas así. Siempre la ha habido.

SEGUNDA PARTE

—Esto tendrá que ser breve, inspector jefe. Dentro de media hora debo asistir a una reunión en Whitehall.

El comisario adjunto Bennett condujo a Sinclair hasta una silla enfrente de su escritorio. Se fijó en su aire decidido.

—Supongo que habrá hablado usted con sus colegas de Surrey y Sussex. ¿Están conformes con nuestra intervención?

—Secretamente entusiasmados estaría más cerca de la verdad, señor. —Sinclair se sentó sin perder tiempo. Había acudido a la carrera desde su despacho—. Resolver este caso va a ser hartamente complicado. Nadie parece saber muy bien qué paso dar a continuación.

Antes de que pudiera añadir nada más se abrió la puerta y aparecieron el corpachón tranquilizador y los rubicundos rasgos de Arthur Holly.

—Adelante, superintendente. —Bennett señaló una segunda silla—. Me imagino que habrá escuchado usted las noticias.

—Angus me llamó hace un momento, señor. —Holly saludó con la cabeza al inspector jefe—. Así que han encontrado a otra. Cerca de Bognor Regis, tengo entendido.

—En efecto. La policía de Sussex descubrió el cadáver hace dos días. El comisario se puso en contacto con nosotros de la noche a la mañana. Este caso ya es oficialmente del Yard. El señor Sinclair estará al mando por nuestra parte y nos mantendrá informados con regularidad. ¿En qué situación estamos ahora, inspector jefe? Sea breve, si no le importa. No cabe duda, ¿verdad?, de que hay relación con el asunto de Brookham.

—Ni sombra de duda, señor. —Sinclair tenía ya su carpeta abierta en el regazo—. Ambas chicas fueron violadas y estranguladas, las dos resultaron desfiguradas de forma parecida en asaltos post mórtem. Sin embargo, sí que hay una diferencia. —Levantó la vista—. El cuerpo hallado cerca de Bognor Regis mostraba restos de cloroformo en los pulmones. Es de suponer que lo utilizó para inmovilizarla.

—El informe de Brookham no mencionaba nada de eso. —Bennett frunció el ceño.

—No, pero he hablado con el doctor Galloway... el patólogo encargado del cadáver... y según él el asesino ahogó a la niña en ese caso, además de estrangularla. Es sumamente probable que el agua hubiera borrado cualquier posible traza de cloroformo en sus pulmones o lo que quedaba de sus vías respiratorias.

Bennett soltó un gruñido.

—Continúe, inspector.

—Ahora bien, en cuanto al arma empleada en las agresiones faciales, Galloway

vota por un martillo, y me da que el médico de Sussex compartirá la misma impresión. La verdad, su cadáver está en mucho peor estado.

—¿Cómo es eso? —intervino Holly.

—Claro... tú no lo sabes, Arthur. —Sinclair se volvió hacia su colega—. El asesinato de Sussex predata la muerte de Brookham, por un mes al menos. Eso según la opinión médica, algo que confirma la fecha de la desaparición, fijada a finales de julio. Encontraron su cadáver en la costa cerca de Bognor Regis... la chica se llamaba Marigold Hammond, por cierto. Es una franja de litoral llana y casi desierta en medio de una zona de juncos y maleza, cubierta de tierra suelta y piedras... allí las playas son de guijarros... a no más de cincuenta metros del mar. De nuevo se esforzó por ocultar el cuerpo. Tuvimos suerte en Brookham. El cadáver apareció en cuestión de horas, gracias a Madden. —El semblante del inspector jefe se ensombreció—. Ojalá hubiéramos aprovechado mejor el tiempo. La policía de Surrey se ha pasado el último mes buscando a ese condenado vagabundo. Es más, aún están por dar con él.

—¿Quiere decir, porque podría ser un testigo? —preguntó Holly.

—Exacto. De hecho, cuanto más pienso en la interpretación del escenario del crimen que hizo John, más convencido estoy de que tenía razón. Es probable que este tal Beezy llegara a ver al asesino. Por eso puso pies en polvorosa, dejándose algunas pertenencias por el camino. Sólo Dios sabe dónde está ahora. En nuestras manos no, eso seguro. —El inspector jefe puso cara de enfado. Cruzó la mirada con Bennett.

—Sí, señor, lo siento. En resumidas cuentas, entonces, lo único que sabemos con seguridad sobre nuestro asesino en estos momentos es que no se trata de Beezy... quien estuvo en Surrey todo julio, deambulando por una zona relativamente pequeña, y quien es de esperar que no llevara encima ningún bote de cloroformo... y que con toda probabilidad dispone de vehículo propio. En retrospectiva, es posible que ambas jóvenes fueran recogidas en la carretera... una entre Brookham y Craydon, la otra cerca de Bognor Regis. Sólo podemos especular cómo las convenció para que montaran en su coche, pero una vez allí podría haber usado el cloroformo para dejarlas sin conocimiento.

Cuando Sinclair hizo una pausa para aclararse la garganta, Holly lo interrumpió.

—Dices que desapareció en julio, la niña de Bognor Regis. ¿Llevaba buscándola desde entonces la policía?

—La respuesta a esa pregunta es negativa, Arthur. Aunque es lógico que la plantees. La desaparición de la pequeña ni siquiera se denunció hasta hace una semana. Es una historia asombrosa. Créetelo si puedes. —El inspector jefe sacudió la cabeza—. Sus padres son gente del circo. No actúan, su madre dirige una atracción secundaria, pero recorren toda la costa sur durante los meses de verano y casualmente estaban en Bognor Regis cuando desapareció la niña. Sólo que no pensaron en ello al principio. Había discutido con su madre y el hombre con el que vivían... el padre de

la joven se había largado tiempo atrás, no tiene nada que ver con esto... y les había anunciado que pensaba irse a pasar una temporada con una tía suya que trabajaba en otro circo instalado en Eastbourne por aquel entonces. Era algo que ya había hecho antes, al parecer, y más o menos por la misma razón.

—¿«Antes»? —El superintendente estaba incrédulo—. ¿Y cuántos años tenía esta niña? ¿Doce o así?

—No... y ése es un punto interesante. —Sinclair se tiró de un lóbulo—. Marigold Hammond tenía catorce años de edad, aunque parecía más pequeña. Este asesino parece sentirse atraído por las jovencitas prepúberes. —Reparó en la expresión de Holly—. Sí, ya lo sé, Arthur, catorce años también parecen pocos, pero lo único que puedo decirte es que su madre no pareció preocuparse cuando hizo una maleta y anunció que se iba a coger el autobús a Eastbourne.

—¿Pero cuando no tuvo noticias de ella...?

—Nuevamente... —Sinclair sacudió la cabeza, desesperado—. Debemos comprender... estas personas no viven la vida como tú o como yo. No tienen teléfono con el que llamar, y dudo que se comuniquen por carta. La señora Hammond sencillamente asumió que su hija se había reunido con su tía en Eastbourne y sólo seis semanas más tarde descubrió que nunca había aparecido por allí, momento en el cual denunció su desaparición. El circo con el que viajaba se había trasladado a Devon para entonces, pero ella regresó a Bognor Regis para ayudar a la policía, que comenzó la búsqueda de inmediato. Tardaron una semana más en hallar el cadáver de la joven.

—¡Que me aspen! —Holly estaba atónito.

Bennett carraspeó.

—¿Ahora qué, inspector jefe? ¿Cuál será nuestro siguiente paso? No planeará interferir con la investigación de Sussex.

—Oh, no, señor. Con la de Surrey no. Como decía, todavía tienen que encontrar al vagabundo. Aún podríamos disponer de un testigo del asesinato de Brookham. Por el momento nuestro mejor papel sería de coordinación. Mañana pienso bajar a Sussex para hablar con los oficiales encargados de esa investigación. Sabe Dios que no los envidio. El rastro debe de estar frío como el hielo a estas alturas.

—¿Qué hay del enfoque de Henley? ¿La niña cuyo cuerpo encontraron en el Támesis? ¿Piensa hacer algo al respecto?

—Sí, así es, señor. Lo cierto es que sigue siendo un asunto delicado. He hablado con la policía de Oxfordshire. Ya no se sienten inclinados a considerarlo un caso de muerte accidental. Pero están indecisos sobre cómo abordar la investigación, sobre todo con el cuerpo en el estado en que se halla. Sin embargo, me han informado confidencialmente de que planean abrir pronto una pesquisa por asesinato. Cuando sea oficial, estarán encantados de aceptar nuestra ayuda. Mientras tanto, les he dicho

que nos gustaría husmear por ahí discretamente, y ya han informado a la policía de Henley. Mañana enviaré un hombre allí abajo.

Bennett consultó su reloj de reojo.

—Puedo concederle tres minutos más, inspector jefe. ¿Cuál es nuestra posición con la prensa?

—Al igual que nosotros, señor, se dedican a husmear por ahí. —Sinclair cerró su carpeta—. No se fijaron mucho en el asesinato de Brookham, por suerte. Pero con el descubrimiento de este nuevo cadáver y el Yard implicado, es seguro que mostrarán más interés.

Empero, el tema no es fácil de tratar para los periódicos. Los delitos sexuales relacionados con menores es algo que todos repudiamos instintivamente, y sus lectores no son ninguna excepción. Hasta la fecha se han mantenido al mínimo los detalles relativos a las heridas faciales que se han publicado, y así seguirá si se cumplen mis deseos. No hace falta decir que todavía desconocen que la investigación podría remontarse varios años en el pasado. Eso es algo que me gustaría ocultarles especialmente. Habrá que ver cómo lo hacemos.

Bennett asintió con la cabeza.

—Muy bien. Eso bastará por ahora. —Se puso de pie—. Caballeros...

Mientras regresaban a sus despachos, la amplia frente de Holly se arrugó en un ceño de preocupación.

—¿Crees de veras que vale la pena investigar este asunto de Henley, Angus? A mí la conexión me parece muy endeble.

—Tal vez. Pero así y todo quiero llegar al fondo de ese asunto. Es más que probable que este hombre lleve activo más tiempo del que pensamos, y si se confirmara esa teoría, las cosas adquirirían un cariz muy diferente. —El recuerdo de su conversación con Franz Weiss, mantenida hacía no tanto, seguía estando reciente en el recuerdo del inspector jefe.

—En fin, te deseo suerte. —Habían llegado a la oficina del superintendente, que se detuvo en la puerta—. ¿A quién vas a mandar, por cierto?

—A un oficial al que hace ya algún tiempo que le tengo echado el ojo, un sargento detective. —Sinclair le abrió la puerta a su superior—. Ahora que lo pienso, hizo su primer trabajo serio a las órdenes de Madden. John lo tenía en muy alta estima.

—Me doy por debidamente impresionado. —La profunda risa del superintendente reverberó en el pasillo—. Ahora sólo me falta su nombre.

—Bueno, se trata de Styles, por supuesto. —Sinclair sonrió ampliamente—. Billy Styles. Pensaba que lo recordarías, Arthur.

El tráfico esa mañana era ligero, de lo que Billy se alegraba. El viejo Morris que le habían asignado en el depósito de vehículos del Yard tenía la palanca de cambios cansada y era propenso a calarse. Tampoco es que se quejara, nada de eso. Aún estaban recientes en su memoria los días en que el coche puesto a disposición de los detectives era más raro que un unicornio.

El mismo concepto de policía motorizada no había arraigado en la fuerza metropolitana hasta comienzos de los años veinte. Las primeras patrullas se habían restringido a bandas de policía uniformada que viajaban por toda la ciudad —parando en puntos predeterminados para llamar por teléfono al cuartel general— en un par de furgones de segunda mano adquiridos a la RAF. Algún bromista les había puesto el mote de «Escuadrón Volador», y el nombre se les había pegado. Ahora una flota de vehículos equipados con emisoras de radio patrullaba las calles de Londres día y noche, y el tejado de Scotland Yard era un bosque de antenas.

Así y todo, el trabajo que le habían asignado a Billy normalmente no habría requerido ningún coche. Con la misma facilidad podría haber cogido el tren a Henley. Pero el inspector jefe Sinclair quería que dispusiera de libertad de movimientos cuando llegara allí.

—No haga mucho caso de lo que le diga la policía local —le había aconsejado al sargento—. Tienen varias explicaciones que dar. Investigue por su cuenta si puede. Tenga presente que, si se trata del mismo hombre, seguramente conduciría un vehículo.

La orden de presentarse en el despacho del inspector jefe había llegado de improviso, y Billy había respondido a ella con prontitud. Tras una decena de años en la metropolitana podía volver la vista atrás sobre una carrera variada durante el transcurso de la cual había estado implicado en una amplia gama de investigaciones.

Ninguna, no obstante, se acercaba al drama del caso de Melling Lodge, y Billy no olvidaría jamás las semanas de nervios que había pasado en compañía del por aquel entonces inspector Madden mientras seguían la pista de un sanguinario asesino.

Las pesquisas se habían llevado a cabo a las órdenes de Sinclair y, desde entonces, Billy albergaba la esperanza de que el inspector jefe le tuviera una estima especial. Siempre que coincidían, como ocurría en ocasiones, en cualquiera de los pasillos del Yard, el veterano se detenía para cruzar unas palabras con él, y Billy conservaba la sensación, que databa de su primer encuentro, de ser perpetuamente juzgado por la firme mirada gris como el pedernal de Angus Sinclair.

Su saludo cuando llegó a la oficina de Sinclair el día anterior había sido afectuoso.

—¡Sargento! Cuánto tiempo. ¿Cómo está usted? —Sinclair se había levantado

detrás de su escritorio para estrechar la mano de Billy—. He pasado el fin de semana con los Madden. John me preguntó por usted. Espero que mantenga el contacto.

—Oh, sí, señor. —Billy aceptó la silla que se le ofrecía—. Bajo a verlos bastante a menudo.

A veces fines de semana enteros, como había hecho el inspector jefe, podría haber añadido, aunque la primera vez Billy estaba tan nervioso ante la expectativa de la cena que sus anfitriones pensaban celebrar aquella noche que a duras penas había reunido el valor necesario para presentarse en la sala de estar con antelación, y había hecho falta todo el talento en el arte de la sutil tentación de Helen Madden para devolverle su característica jovialidad.

—No se ha casado usted todavía, ¿verdad? —le había preguntado Sinclair—. ¿O me equivoco?

—No del todo, señor. Lo cierto es que estoy prometido. —Billy sonrió.

—¡Vaya, vaya! Enhorabuena. —El inspector jefe se inclinó hacia delante y se dieron la mano ceremoniosamente—. ¿Y cómo se llama la damisela?

—Elsie Osgood, señor. Nos conocimos la temporada que pasé destinado en Clapham el año pasado. Tiene una tiendita de ropa allí abajo. La ceremonia se celebrará la primavera que viene.

—Les deseo lo mejor a ambos. —Sinclair observó con afecto al joven. Su expresión cambió al añadir—: Supongo que habrá oído hablar usted de cómo Madden descubrió el cadáver de esa chiquilla.

—¿El asesinato de Brookham? Sí, señor. La noticia circuló por todo el Yard. —Billy se enderezó en su silla. Intuyó que estaba a punto de averiguar por qué lo habían llamado—. Y ahora ha aparecido otro, por lo visto. En los alrededores de Bognor Regis.

—En efecto. Por eso está usted aquí. Es evidente que los dos casos están relacionados, y se ha solicitado la intervención del Yard. Pero aún hay más. Es posible que el asesino haya matado antes. En Henley, hace tres años. Ahí es donde comenzará usted mañana.

Billy sintió un cosquilleo de emoción. La mención del nombre de Madden le había recordado aquel día, lejano, pero aún reciente en su recuerdo, en que los dos habían sido enviados volando a la estación de Waterloo para montar en un tren con rumbo a Highfield. Vio cómo el inspector jefe cogió una carpeta de color ante de su mesa y hacía una pausa antes de seguir hablando, como si quisiera subrayar la importancia de lo que estaba a punto de decir.

—No sólo se trata de un asunto serio, sargento, sino también particularmente urgente. Como estoy seguro de que usted ya sabe, los criminales sexuales tienden a reincidir, algo especialmente cierto cuando se trata de ataques relacionados con menores. El hombre al que debemos dar caza es extremadamente peligroso. Y

violento. Pero lo que más me preocupa es que piense que puede actuar a sus anchas, que nadie le sigue el rastro todavía. Sin duda comprenderá usted lo que eso supone.

Billy asintió con la cabeza.

—Significa, casi con toda probabilidad, que ya habrá empezado a buscar su siguiente víctima.

—Precisamente. —El inspector jefe sopesó la carpeta un momento, antes de deslizarla por encima de la mesa hacia Billy—. Casi todo lo que sabemos está ahí. Llévesela y léala. Vuelva dentro de una hora y le diré lo que quiero que haga.

La comisaría de Henley estaba situada en un edificio de ladrillo de dos plantas en el centro de la ciudad, a cinco minutos andando del río. El sargento encargado de la recepción esperaba a Billy —había llamado por teléfono para avisar de su visita— y lo condujo a un despacho en el piso de arriba, donde encontró a un hombre con ropas de civil y cara de pocos amigos llamado Deacon aguardando su llegada.

—Querrá ver esto, supongo. —Deacon le lanzó una carpeta por encima de la mesa, cuyos papeles salieron disparados cuando Billy la atrapó. Canoso y cincuentón, pareció sorprenderse al descubrir que compartían rango, sargentos detectives como eran los dos. El desagrado le atirantaba las comisuras de los labios, solidificados en una mueca burlona—. Así que ahora lo llaman asesinato... —Su encogimiento de hombros fue desafiante.

—¿No está usted de acuerdo? —Billy le ofreció su cajetilla de tabaco a Deacon, que negó con la cabeza. Al ver que no había ningún cenicero entre ellos encima del escritorio, el joven se guardó los cigarrillos. Quería que el encuentro transcurriera de forma cordial.

—No opino ni una cosa ni la otra. —Los ojos castaños claros de Deacon eran inexpresivos—. Pueden llamarlo como les parezca. Pero me gustaría que alguien demostrara que fue asesinato.

—Pero, ¿y las heridas del rostro? ¿Hay algún modo de que fueran accidentales? —Al hojear el informe, Billy vio que estaba familiarizado con gran parte de su contenido. Sinclair había obtenido un resumen de Oxford. Recordó ahora el nombre de Deacon como el del mismo oficial del DIC que estaba al mando cuando rescataron el cadáver de Susan Barlow del agua, hacía dos meses.

—Sí, ya que lo pregunta. —Deacon se sentó hacia delante, con los codos encima de la mesa—. Desapareció originalmente durante el mes de julio. Probablemente no sepa usted cómo se pone el río en verano. Permítame que se lo diga, hijo. Es un hervidero de embarcaciones. Después de ahogarse, el cuerpo permanecería varias horas sumergido, probablemente de noche. Podrían haberla vapuleado, golpeado una y otra vez, sin que nadie se diera ni cuenta.

¿Y todas las veces en el rostro? ¡Anda ya!, pensó Billy, pero continuó escuchando

con el mismo aire amigable, ligeramente desconcertado, mientras Deacon intentaba justificarse, explicar cómo era posible que hubiera cometido el error elemental de calificar la muerte de Susan Barlow de accidental sin pensárselo dos veces.

Era la clase de error en el que Billy ya no volvería a incurrir, y si su veterano colega hubiera prestado más atención podría haber reparado en la serenidad interior de este bisoño detective londinense que asentía con la cabeza, aparentemente conforme con todas y cada una de las palabras de Deacon, sin ofenderse por la conducta aburrida y desdeñosa del detective de Henley.

Billy fechaba su madurez profesional en la breve temporada que había pasado trabajando a las órdenes de Madden. Los cimientos de su carrera como investigador se habían sentado entonces, pero en su opinión, la lección más valiosa que había aprendido de su superior era que el trabajo que hacían nunca podía ser sólo un trabajo. Que era preciso mostrar interés.

—Veo que hallaron su cuerpo un kilómetro río arriba desde la ciudad. ¿No les pareció extraño?

Las cejas de Deacon, aun enarcadas, no indicaban extrañeza por su parte. Implicaban más bien incredulidad ante lo que escuchaban sus oídos.

—A mí no, hijo. Hay que partir de la premisa de que se cayó al agua, pero hágame caso si le digo que eso no tiene nada de extraño. No por estos lares. Pasa todo el tiempo, sobre todo con los niños. La orilla puede ser inestable... traicionera. Si uno se arrima demasiado, o si empieza a buscar algo en el agua, antes de darse cuenta puede haber perdido el equilibrio y estar dando tumbos presa de la corriente.

—Sí, pero tan lejos río arriba... —Billy quería hacer hincapié en ese punto—. La casa de los Barlow estaba, ¿qué, a menos de medio kilómetro del centro de Henley? Aun suponiendo que regresara caminando por la orilla y se cayese de alguna manera, ¿su cuerpo no debería haberse arrastrado más cerca de la ciudad, o más allá de ella incluso?

Tras repasar el informe en Londres en un par de veces, Billy había concluido que los movimientos de Susan Barlow aquel día de agosto tenían poco de misteriosos. Lo único que seguía siendo una incógnita, en realidad, era la ruta que había tomado para volver a casa tras hacer unos recados para su madre, que le había encargado ir a Henley a comprar naranjas; algo que a ella se le había olvidado hacer antes. El edificio donde vivían ambas —la señora Barlow era una viuda cuyo marido había fallecido en la guerra— se hallaba en una avenida paralela a la corriente del Támesis, que discurría cerca de él durante unos kilómetros antes de cruzarse con la carretera principal de Reading. Estaba en las afueras de la ciudad y el paseo hasta los comercios debía de haberle llevado unos quince minutos a la niña.

Su llegada sana y salva allí había sido confirmada por el tendero que le vendió las naranjas. Había salido del local bastante antes de las once y media con su compra

envuelta en una bolsa de papel de estraza, sin que nada indicara que pensaba hacer algo que no fuera regresar inmediatamente a casa. Cuando el mediodía vino y se fue sin tener noticias de su hija, la señora Barlow se acercó personalmente a Henley y habló con el tendero, quien confirmó que la pequeña había estado allí recientemente. A continuación deambuló por la ciudad un momento, preguntando a varias amistades y conocidos si habían visto a Susan, antes de volver a casa con la esperanza de que su hija hubiera reaparecido ya. Al descubrir que no, la atribulada madre por fin había llamado a la policía, y los engranajes de una búsqueda organizada se habían puesto lentamente en marcha.

Era llegado este punto cuando la cuestión de cómo había ido Susan a casa, qué ruta podría haber seguido, se tornaba crucial. El camino de regreso más rápido habría sido el mismo que el de ida, siguiendo la avenida, pero también podría haber subido corriente arriba siguiendo la ribera durante aproximadamente un kilómetro y tomado allí cualquiera de los distintos senderos que comunicaban con la vía principal, retornando así a casa dando un rodeo.

En opinión de Deacon era evidente que había optado por esta ruta alternativa. (También era la respuesta a la que había llegado a regañadientes la policía tres años atrás). De uno u otro modo, Susan Barlow debía de haberse caído al río mientras caminaba en dirección a su casa, y su cuerpo había sido arrastrado por la fuerte corriente, evitando salir a la superficie por alguna razón.

—Como decía, tranquilamente podría haber caminado un kilómetro río arriba para luego cruzar los campos y volver a bajar rumbo de la casa de su madre. Al menos, ésa sería su intención, sólo que en algún momento por el camino se cayó al río. Después de eso, no hay forma de saber qué podría haber ocurrido con la corriente. A veces los cuerpos bajan hasta aquí, otras se atascan en la orilla, como éste.

—La divisaron en ese sendero de la ribera, ¿verdad? —Billy seguía sin tener claro este punto, pese a haber leído el informe del inspector jefe Sinclair con atención, y la respuesta de Deacon no hizo nada por despejar sus dudas.

—Sí y no. Hay testigos que creyeron haberla visto, a ella o alguien parecido. —Se encogió de hombros—. Fue antes de que llegara yo aquí, pero sé que teníamos una descripción de lo que llevaba puesto gracias a su madre. Era un vestido rosa. ¿Tiene usted idea de cuántas jovencitas corretean arriba y abajo por ese camino en verano? ¿Y cuántas de ellas van vestidas de rosa?

Billy consideró lo que acababa de escuchar. Suponía una diferencia.

—Me quedaré esto algún tiempo, si no le importa. —Dio unos golpecitos en la carpeta que reposaba encima de su rodilla—. Ahora quisiera ir a echar un vistazo a la zona. ¿Le apetece acompañarme?

—Imposible, hijo. Dentro de diez minutos tengo que estar en el juzgado de

primera instancia. Y me temo que mis dos detectives han salido.

—Da igual —dijo Billy, procurando disimular el alivio que le producía la noticia —, ya me las apañaré por mi cuenta.

—Oh, nada de eso. Tengo un policía esperando a mostrarle los alrededores. Se llama Crawley. —Deacon esbozó una fina sonrisa. La primera de la mañana.

Billy se quitó el sombrero y se enjugó el rostro empapado de sudor con un pañuelo. Aunque el sol de octubre había perdido gran parte de su fuerza estival, sentía la piel irritada. La tez pálida que había heredado de su madre, junto con su cabello rojizo, lo volvía propenso a quemarse.

—No quiero hacerle compañía a una langosta —le había murmurado Elsie no hacía mucho mientras le untaba la espalda y los hombros con aceite. Habían ido a pasar el día a Brighton y estaban tendidos en traje de baño en la playa de guijarros. Al recordar la suavidad de sus dedos sobre su piel, Billy sintió que afloraba a sus mejillas un calor de otro tipo. Vio cómo una pareja de cisnes pasaba flotando en la corriente.

—¿Eso es todo, sargento? ¿Hemos acabado ya?

El agente Crawley estaba de pie junto a Billy con los brazos cruzados y la mirada ocupada bajo su casco mientras un trío de jovencitas vestidas de liviano rayón, brazos y piernas al descubierto, cruzaba paseando junto a ellos. Lampiño como era, apenas si parecía lo bastante mayor como para lucir el uniforme de policía.

—Todavía no, agente. —A Billy no le hacía falta recordar la sonrisa de Deacon para darse cuenta de que le habían endilgado un mentecato. Aun para los estándares de la policía de Henley este gendarme bisoño era un caso perdido.

Dejó vagar la mirada por la orilla del río. Cerca, a su izquierda, vio la terraza de baldosas de un pub, con vistas a las aguas bronceadas del Támesis. Detrás del establecimiento un puente cruzaba el río, y al otro lado, corriente abajo, se hallaba el tramo recto donde se celebraba todos los veranos la famosa regata. Billy había acudido a verla una vez con unos amigos hacía años. Se habían pasado el día tomando cerveza en una de las tiendas erigidas para la ocasión, jaleando con el resto de la multitud mientras las estrechas barcas, impulsadas por remos relampagueantes, cortaban el agua como flechas.

La mayor parte de la actividad vacacional se concentraba allí, observó. La regata había terminado hacía tiempo, pero aún quedaban unos pocos excursionistas acampados en los campos río abajo, fácilmente distinguibles sus tiendas contra el verde césped, mientras el caudal, si bien ya había dejado de ser un «hervidero de embarcaciones», seguía estando ajetreado con botes de recreo y demás tráfico fluvial.

Río arriba, en dirección contraria, la vista era diferente. Se encontraban cerca de las afueras de la ciudad, de pie encima de una sección de pavimento que no tardaba

en fundirse con un camino de piedra, el cual continuaba discurriendo paralelo a la ribera arbolada. Durante varios kilómetros, según el agente Crawley. Billy le había pedido ya al policía que le enseñara el lugar donde había sacado del agua el cadáver de Susan Barlow. Eso había sido capaz de hacerlo, aunque no mucho más.

—Me destinaron aquí hace tan sólo seis meses, sargento —se había disculpado Crawley cuando Billy intentó averiguar cómo se había llevado a cabo la búsqueda original. Había tenido que recurrir a la carpeta para saber algo más, y así había descubierto que los rastreadores habían concentrado sus esfuerzos en la franja de río que pasaba por debajo del puente, lo que tenía sentido. Esa era la dirección que seguiría un objeto flotante, después de todo. Era el azar lo que había llevado el cadáver de Susan Barlow a descansar en la orilla río arriba.

Billy había pasado un momento estudiando el sitio, una pequeña ensenada en un recodo exterior del río. El tronco bajo el que se habían hallado los restos del cuerpo de Susan estaba allí aún, arrastrado ahora a la ribera, un pedazo de madera podrida, despojada de su corteza. Era posible imaginar cómo la corriente, que se arremolinaba en ese punto, podía haber transportado el cadáver, medio sumergido, hasta este bajío. Atrapado debajo del leño, medio enterrado en el fango, habría permanecido ajeno a la consiguiente crecida y bajada del río. Una franja de maleza que separaba la ensenada del camino lo ocultaba a la vista en la cara que daba a tierra firme, por lo que su presencia allí había pasado desapercibida hasta hacía unas semanas, cuando una pareja que paseaba en un bote de remos había atracado en la margen para tropezarse con el macabro espectáculo del brazo de la pequeña, o lo que quedaba de él, sobresaliendo del barro.

Suponiendo que fuera un caso de asesinato, ¿cómo había llegado hasta allí?

No de forma obvia. No caminando río arriba por su propio pie y topándose con un desconocido dispuesto a violarla y matarla. Tras examinar detenidamente la ruta, Billy estaba seguro de eso ahora. Aun oculto desde el agua por los arbustos y las ramas colgantes, el camino resultaba visible en su mayoría para los campos abiertos que bordeaba por su cara interior, y todos éstos mostraban indicios de haberse empleado como campamentos durante el verano. Más aún, era claramente un sendero bien transitado. Incluso ese mismo día, con la estación vacacional ya terminada, se había encontrado con dos familias con niños pequeños y habían pasado junto a un grupo de excursionistas acampados en uno de los prados ribereños. Billy sencillamente no lograba imaginarse al hombre, este asesino tan concienzudo, secuestrando a la niña a plena luz del día, reduciéndola y arrastrándola a un lugar apartado, corriendo el peligro en todo momento de que alguien lo descubriera.

No, no podía haber ocurrido así.

—Sigamos, Crawley.

Billy le volvió la espalda al río y condujo al agente por un tramo de escalones de

piedra bajos y a través de un jardincito de grava, bordeado de arriates de flores, hasta la avenida donde había dejado su coche. Esta era la misma carretera que había tomado Susan Barlow al entrar en Henley para comprar su bolsa de naranjas; y también la que había usado para regresar a casa. O eso creía ahora. Sólo que la pequeña no había llegado nunca.

Se detuvo en el pavimento y miró arriba y abajo de la angosta avenida. Estaba formándose una imagen en su cabeza, una imagen poco agradable. Vio a la niña con su vestido rosa, su paquete de papel marrón en la mano, caminando por la sombra a lo largo de la linde de hierba. Vio el coche que se acercaba sigilosamente a su espalda...

¿Qué palabras tendría preparadas, el seductor desconocido? ¿Qué invitación habría resultado ser tan irresistible como para convencer a Susan Barlow de que montara en el vehículo y se le uniera en el asiento delantero? La idea hizo fruncir el ceño a Billy.

—¿Vamos a volver a la central? —preguntó esperanzado Crawley—. Ya casi es la hora del almuerzo.

Una hora más tarde el estómago del policía gruñía de hambre, y también Billy estaba insatisfecho. Empezaba a pensar que Deacon podía tener razón. No había forma de demostrar que la muerte de Susan Barlow se debiera a un asesinato.

Sinclair le había advertido de la posibilidad de que su viaje fuera en balde.

—Estos casos tan antiguos se han enfriado, me temo. Tendremos suerte si descubrimos alguna novedad. Pero mantenga los ojos abiertos por si surge alguna similitud con el asesinato de Brookham.

Billy había partido de la suposición de que Susan Barlow había sido víctima de la casualidad. Evidentemente, no había manera de que el asesino supiera que iría a la ciudad aquella mañana. Pero debía de haber estado al acecho, de todos modos, presentía Billy, en busca de presas, y eso significaba que tenía en mente un lugar al que llevar a la niña que cayera en sus manos. Dado dónde se había hallado el cadáver finalmente, significaba que ya había reconocido la orilla del río y encontrado un sitio corriente arriba donde poder aparcar su coche discretamente.

De regreso a su vehículo, Billy había dedicado los sesenta minutos siguientes en compañía de un Crawley cada vez más desdichado a explorar la sinuosa carretera jalonada de árboles que conducía a lo que, según le aseguraba el policía, había sido la casa de campo de la señora Barlow. Ya sabía que la desolada madre se había mudado, incapaz de soportar las connotaciones que tenía aquel lugar para ella. Tras hacer una breve pausa, había continuado conduciendo por la avenida, fijándose en varios lugares donde un coche podría haberse apartado de la carretera y aparcado al abrigo de árboles y arbustos, pero ninguno que pareciera ofrecer la clase de intimidad que

sin duda habría deseado el asesino.

Billy daba por sentado que la niña debía de haber perdido el conocimiento, sedada con cloroformo tal vez poco después de subir al coche del asesino (si era eso lo que había ocurrido). Su secuestrador no podría haber pasado por delante de la casa de su pasajera sin que ésta reaccionara de algún modo. ¿Pero adónde se habría llevado a su cautiva?

Mientras reflexionaba sobre esta cuestión, los ojos de Billy no dejaban de consultar de hito en hito el cuentakilómetros. Ya habían cubierto cuatro kilómetros desde que salieran del centro de la ciudad.

De nuevo a Henley no, sin duda. De modo que debía de haber sido más allá de la casa de los Barlow. Pero si bien esto encajaba con los hechos, tal y como se conocían —el cuerpo de la niña podría haber flotado con facilidad un buen trecho río abajo antes de ir a parar a la orilla— Billy sencillamente no lograba imaginarse al asesino llevándosela tan lejos.

Al margen del apremio de su deseo, debía de haber sido consciente del peligro que suponía la pequeña para él. Daba igual que estuviera consciente o no, cada momento que pasaba en su coche lo ponía en grave peligro, y habría querido hacer lo que tuviera que hacer lo antes posible, para librarse de su inculpatoria presencia.

Billy volvió a consultar el cuentakilómetros de reojo. Cinco kilómetros ya. Según el mapa que había estudiado antes de ponerse en marcha, enseguida llegarían a la carretera principal de Reading. Ya habían ido bastante lejos. Buscó un lugar para dar la vuelta y reparó en un letrero que se levantaba en la carretera delante de ellos. Lucía un nombre —Mansión Waltham— en letras doradas sobre fondo verde, y debajo, en caracteres más pequeños, las palabras «sólo socios».

—¿Qué es esto? —preguntó, frenando para adentrarse en un camino de tierra. Frente a él vio dos puertas abiertas en una alta pared de piedra.

El agente Crawley, que no había abierto la boca en la última media hora, aunque su estómago sí se había hecho oír, emitió ahora un sonido que, en otras circunstancias, Billy podría haber tomado por una risita.

—¿Agente?

—Es una especie de club, sargento. Se hacen llamar gim... gimnos... gim algo... —Estaba estremeciéndose a causa de la risa contenida.

—¿A qué se refiere? —insistió Billy. ¡Dios! ¿De dónde los sacaban?—. ¿Qué clase de club? ¿A qué se dedican?

Crawley soltó una carcajada estentórea.

—A quitarse la ropa... —graznó.

—¿Se refiere a que es un club nudista?

El policía asintió con la cabeza, sin habla ya. Sus mejillas lampiñas se habían puesto rojas como la grana.

Billy detuvo el coche y se lo quedó mirando fijamente. Movi6 la cabeza de un lado a otro y empez6 a dar marcha atr6s, con intenci6n de volver a la carretera pavimentada, pero de repente sinti6 un brusco tir6n en el volante.

—¡Por todos los demonios!

Se apearon. Tal y como sospechaba Billy, la rueda delantera del conductor se haba pinchado con una piedrita afilada. Momentos despu6s, tras abrir el maletero, hicieron otro descubrimiento.

—No hay gato —anunci6 Crawley.

—Brillante deducci6n, Holmes. —Billy le dio una patada de frustraci6n al neum6tico desinflado. Estaba pensando en el largo camino de regreso a Londres—. Vamos...

Tras las puertas de la Mansi6n Waltham, donde un cartel les adverta que 6sa era propiedad privada y que se denunciar6 a los intrusos, un paseo bordeado de olmos desembocaba en una imponente mansi6n de piedra con un bonito p6rtico. Otro letrero, se6alado como «recepci6n», los dirigi6 a un aparcamiento de grava sito a un lado de la casa, desde donde era visible una larga valla blanca de estacas.

—¿Es ah6 donde se quitan la ropa? —pregunt6 Billy. S6lo haba una decena aproximada de coches en el aparcamiento. El negocio no deba de ser muy boyante, pens6.

El polic6a asinti6 con la cabeza.

—Hay un terreno bastante grande vallado detr6s de la casa. No se puede ver dentro desde ninguna parte. Cuando empezaron usaban el jard6n entero, tengo entendido. Pero los chavales de la zona empezaron a encaramarse al muro para espiar, y tuvieron que levantar esa empalizada. —Emiti6 su peculiar risa estent6rea—. Ahora todo se lleva a cabo ah6 dentro y han abandonado el resto. —Indic6 con la cabeza el parque que se extenda m6s a lo lejos, donde los arbustos haban comenzado a crecer en enredadas mara6as y la hierba, sin segar, llegaba a la altura de las rodillas.

Un sendero de ladrillo al final del aparcamiento conduc6a hasta una puerta en el costado de la casa. Billy la abri6 y se sobresalt6 al ver a un joven, que aparentemente no llevaba nada encima, sentado a una larga mesa en mitad de la sala, leyendo una revista. Mir6 de reojo cuando entraron, y su expresi6n aburrida dio paso a otra de consternaci6n al reparar en el uniforme de Crawley.

—Me llamo Styles. Sargento detective Styles. —Billy le mostr6 su acreditaci6n—. Hemos sufrido un pinchazo delante de sus puertas y no tenemos gato. Me preguntaba si no podr6a ayudarnos alguien de aqu6.

—Se lo tendr6 que preguntar a Dorrie —dijo el joven, poni6ndose de pie; al fin y al cabo, llevaba puesto un ba6ador—. S6lo un mo...

Desapareci6 por una puerta al fondo de la estancia, dej6ndolos solos.

—¡Caray! ¿Qué le parece eso, sargento? —Crawley sonreía de oreja a oreja.

Billy no le hizo caso. En vez de eso dirigió su atención a un papel enmarcado y tratado para parecer un pergamino que colgaba en la pared detrás de la mesa. Bajo el encabezamiento *El credo del gimnosofista*, se sucedían varios párrafos.

Se abrió la puerta y entró una joven, vestida con una bata blanca hasta las rodillas, con un cinturón anudado a la cintura. Tenía el pelo corto y castaño, arreglado en bucles en la nuca, y la mirada rápida, como de ave.

—Hola, chicos. ¿Cuál es el problema? —Sonrió, como si pidiera disculpas por el trato de familiaridad.

Billy repitió su aprieto.

—Sargento, ¿verdad? —Sonriendo, la muchacha lo observó con interés.

—Sí... Styles. Y éste es el agente Crawley.

—Yo soy Doris... Doris Jenner. —Le tendió una mano a Billy, propiciando que se le abriera la bata y uno de sus senos, bien desnudo, se revelara por un instante. Impertérrita, se apresuró a cubrirlo de nuevo—. Lo siento... trabajando aquí se vuelve una descuidada. —No había dejado de sonreír—. Así que necesitan un gato, ¿verdad? El señor Rainey tendrá uno... es el encargado... pero en estos momentos no está. Hagamos una cosa, iré a ver si alguno de los socios les puede ayudar. Esperen aquí. —Su mirada se posó por un momento en el gendarme, junto a Billy, y contuvo la risa. Acto seguido dio media vuelta y se fue.

Billy miró al joven policía, que tenía los ojos clavados en la muchacha, la boca abierta y la cara del color de los tomates maduros.

—¡Por el amor de dios, agente! —A Billy se le acabó la paciencia—. Guarde la compostura. ¿No ha visto nunca una mujer desnuda?

—No, sargento, la verdad es que no.

—¡Por todos los demonios!

Un minuto después Doris Jenner regresó con un juego de llaves y salieron al aparcamiento, donde cogió un gato del maletero de uno de los coches allí estacionados. Billy se lo dio al gendarme.

—Adelante. Cambie la rueda y traiga aquí el coche. —Sentía la necesidad imperiosa de librarse de su compañía, siquiera por quince minutos.

—¿Qué, yo, sargento?

—Sí, usted, Crawley. —Una sospecha asaltó a Billy de repente—. Sabrá usted conducir, ¿no?

—Sí, por supuesto. —El joven se mostró ofendido.

—Pues entonces, manos a la obra.

Con las manos en las caderas, Billy lo vio partir a paso vivo, con la grava crujiendo bajo sus botas. Se giró para descubrir a Doris Jenner observándolo con una sonrisa traviesa.

—¿Cómo es que le han endilgado a ése?

Incapaz de dar con una respuesta apropiada, el detective cambió de tema.

—No tendrá usted nada parecido a una taza de té, ¿verdad?

—Desde luego, sargento. Pase adentro.

Lo guió a través de la antesala, donde el joven del bañador había vuelto a ocupar su puesto en la mesa, hasta un despacho adyacente amueblado con un escritorio y unos sillones agrupados alrededor de una mesita. Las paredes estaban adornadas con cuadros de gente retratada tal y como Dios la trajo al mundo, bailando al aire libre o tendida en la hierba en poses decorativas.

—Ninfas y pastores —dijo secamente la señorita Jenner, guiñando un ojo a las pinturas—. Póngase cómodo. Enseguida vuelvo.

Billy aprovechó el rato que estuvo fuera para repasar mentalmente los resultados de las pesquisas de la jornada. Eran escasos. Tenía la impresión de que podía informar a Sinclair con bastante seguridad de que las circunstancias que rodeaban la muerte de Susan Barlow eran lo bastante sospechosas como para merecer que siguieran investigándose. Pero aparte de eso sólo podía ofrecer especulaciones sin pruebas que las respaldaran.

—¿Esta es su primera vez en un club nudista? —Doris Jenner había regresado con una bandeja de té y un plato de galletas. Declinó el cigarro que le ofreció Billy, pero colocó un cenicero en su lado de la mesa con superficie de cristal.

—Sí, aunque había leído sobre ellos. —Billy cogió su taza—. Pensé que estaban pasando de moda.

—Así es. —La joven se había sentado enfrente de él, arrebuñándose recatadamente en su bata, pero poniendo los pies descalzos encima de la silla para que Billy pudiera descubrirse contemplando un par de rodillas rosadas. Había un brillo juguetón en su mirada, y se alegró de no tener que informar de este encuentro a Elsie Osgood, cuya vena celosa no se tomaba a la ligera—. Hace un par de años el aparcamiento estaría a rebosar. Teníamos que echar a la gente para atrás. Les doy otro año, a lo sumo.

—¿Lleva usted aquí desde que abrieron? —Billy encendió un cigarro.

La muchacha asintió con la cabeza.

—Trabajaba en una oficina de Henley cuando me enteré de que buscaban gente. El trabajo no está mal, si no te importa quitarte la ropa. —Su sonrisa ladeada dejó entrever la punta de sus pequeños dientes afilados—. Bueno, casi toda. Sólo los socios se desnudan por completo.

—No lo sabía. —Billy probó una mantecada y le devolvió la sonrisa. El recuerdo de los retortijones de hambre del agente Crawley no despertó el menor remordimiento en su conciencia.

—¿Y qué trae a la ley por aquí? —La joven dejó su taza encima de la mesa.

—Pesquisas de rutina. —Su cómica imitación de la voz de un policía hizo aflorar una risa cantarina a los labios de la muchacha—. Es verdad —continuó, ya más serio—. Hace algún tiempo desapareció una niña en Henley, y hace poco rescataron su cuerpo del río. Estamos intentando establecer sus movimientos, basándonos en el lugar donde la hallaron. No es tarea fácil. Desapareció hace tres años.

Doris Jenner estaba mirando por la ventana. Sus ojos se habían nublado.

—Pobrecita... Recuerdo cuándo ocurrió... Susan... ¿No se llamaba así?

—Tiene usted buena memoria. —Billy estaba impresionado.

—En realidad no... fue otra cosa, algo que me ocurrió a mí aquel día... o que no me ocurrió, mejor dicho... —Sonrió con coquetería—. Pero no me haga usted hablar, sargento. —Alargó el brazo por encima de la mesa para alcanzar su taza y llenársela.

Billy esperó a que prosiguiera. Estaba disfrutando de su conversación. Había un dejo de flirteo en sus ademanes que halagaba su vanidad masculina.

—Continúe —la animó.

—No querrá oírlo.

—A lo mejor sí. —Estaba medio coqueteando a su vez, pero sus palabras contenían un germen de verdad. Uno de los motivos por los que era tan buen detective —al margen de las habilidades adquiridas— era la curiosidad intrínseca a su naturaleza. Le interesaban las personas, por qué eran quienes eran. No le hacía falta esforzarse en ese sentido. Era algo automático. Y escuchaba como hacía siempre, ya por costumbre, tal y como había visto escuchar a Madden.

Doris Jenner se encogió en su silla. Sus ojos castaños rutilaron.

—Está bien, de acuerdo. Pero recuerde... usted lo ha pedido. —Su mirada era provocadora—. Todo tiene que ver con un novio que tenía por entonces... se llamaba Jimmy. Era socio del club. Así nos conocimos. Jimmy vivía en Birmingham, pero solía bajar todos los sábados en su elegante cochazo. Era inconfundible, y yo me sentaba en la mesa de fuera y lo esperaba mirando por la ventana.

Sonrió, empañados por el recuerdo sus ojos.

—Nunca se lo dijimos a nadie, naturalmente. El personal no está autorizado a fraternizar con los socios. Pero yo siempre tenía los domingos libres, y cuando acababa de trabajar los sábados me iba en bici como siempre y seguía la carretera hasta Henley; minutos más tarde aparecía Jimmy detrás de mí en su enorme auto, montábamos la bicicleta en la parte de atrás y nos íbamos por ahí. —Se rió—. Pensaba que se casaría conmigo, de veras... más o menos lo había dejado entrever...

Estiró los brazos y suspiró.

—En fin, da igual, el caso es que aquel sábado en concreto me pasé toda la mañana en recepción, esperándolo, y no apareció. No dejaba de mirar por la ventana, aguardando su llegada. Una vez me pareció divisar su coche, pero no era ése, sino otro, y faltó poco para que me echara a llorar. No podía creerme que me hubiera dado

plantón. Hacía dos días había sido mi cumpleaños, y Jimmy había prometido llevarme a Londres aquella tarde. Íbamos a ir a bailar, estaba segura de que se iba a declarar... —Enarcó una ceja y se encogió de hombros—. Ahora me río, pero no me había sentido tan desgraciada en mi vida, y cuando volví a Henley aquella noche estaba lista para tirarme al río yo misma. Fue entonces cuando me enteré de lo de la niña... Susan...

Se miró fijamente las manos. Billy guardó silencio.

—Vivía de alquiler por aquel entonces y la casera me contó que la policía había estado llamando a todas las puertas a lo largo de la calle, preguntando si la había visto alguien. Conocía a la madre de la niña, mi casera. Me dijo que aunque todavía estaban rastreando la ciudad, todo el mundo sabía que la pobre criatura debía de haberse caído al río. Subí a mi habitación y me tendí boca abajo en la cama, y debía de llevar así como media hora cuando se me ocurrió de repente. Allí estaba yo, lamentándome y compadeciéndome de mí misma, pero qué no estaría pasando la madre de aquella niña. ¡Y en aquellos mismos momentos! De modo que eso es lo que recuerdo de aquel día, porque aprendí algo. —Su expresión era desafiante.

Billy apagó su cigarro. Pensó en lo que le acababa de contar.

—¿Qué fue de Jimmy? —preguntó.

Doris Jenner puso los ojos en blanco.

—Me escribió una carta llena de excusas y dijo que no sabía cuándo podría volver a bajar. Hice algunas indagaciones y descubrí que estaba casado. No sé cómo había conseguido dársela con queso a su mujer durante tanto tiempo, yendo al club todos los fines de semana, pero no volví a verlo.

Se abrió la puerta y el joven de recepción asomó la cabeza.

—Su gendarme está aquí —dijo.

—Dígale que enseguida voy. —Billy mantuvo la mirada fija en Doris Jenner. Esperó a que se cerrara la puerta, antes de volver a dirigirse a ella—. Ha mencionado usted un coche, no el de Jimmy, sino otro. ¿Sabría decirme algo más?

—¿Cómo? —La muchacha pestañeó—. ¿A qué se refiere?

—Dice usted que le pareció ver un vehículo, mientras esperaba. Pero era otro...

—¿Sí? —Se lo quedó mirando fijamente. Sus ojos se endurecieron—. ¿Está siendo policía ahora? —preguntó.

—Sí, estoy siendo policía. —Le sostuvo la mirada.

—¿Se trata de Jimmy? ¿Está en problemas?

Billy sacudió la cabeza.

—No, se trata del coche. Eso es lo único que me interesa. —Hizo una pausa—. Verá usted, antes me ha dicho que Jimmy tenía un coche de lujo. «Inconfundible», según sus propias palabras. Pero lo confundió. ¿Significa eso que no había visto otro parecido hasta aquel día?

La joven se sonrojó y miró por la ventana. Sus labios se habían comprimido en una fina línea.

—Si venía usted a hacer preguntas, debería haber avisado.

—No era ésa mi intención. Estaba escuchando su historia.

—Pensé que estábamos teniendo una charla amistosa. —Se negaba a mirarlo.

Billy buscó la manera de cerrar el abismo que se había abierto entre ambos.

—Permítame que le cuente a qué viene esto, Doris. —Se inclinó hacia delante—. Está relacionado con esa niña, Susan Barlow.

La señorita Jenner se giró hacia él, profundamente acalorada todavía, pero con un brillo menos hostil en la mirada.

—No veo cómo —dijo.

—Necesito saber si algún forastero vino y aparcó su coche aquí aquel día. Por favor, intente hacer memoria. Dígame exactamente qué es lo que vio.

Doris Jenner tragó saliva. Parecía estar debatiéndose entre contestar o no a su pregunta. Pero al final se encogió de hombros.

—Estaba sentada en la recepción, como decía, y vi lo que me pareció que era el coche de Jimmy entrando en el aparcamiento, de modo que aguardé, esperando verle cruzar la puerta, pero no llegaba. No entendía por qué... es la única entrada del club... de modo que salí a la calle buscando su coche y creí verlo aparcado a lo lejos debajo de un árbol. Seguía pensando que era el de Jimmy. Tiene usted razón... no había visto nunca otro igual... ni en el club, ni en ninguna parte.

—¿Qué clase de coche era?

—No lo sé. No puedo ayudarle con eso. Era extranjero, es lo único que recuerdo.

—¿Extranjero? ¿Está usted segura?

La muchacha asintió con la cabeza.

—Jimmy estaba orgullósísimo. Decía que no había muchos como él en las carreteras. Tenía una tapicería de cuero preciosa. —Se rió con cinismo—. ¿Sabe usted a qué me parecía que olía? A dinero.

—Volviendo al principio, ¿vio usted este coche aparcado al fondo de la explanada...?

—Sí, pero no había ni rastro de Jimmy. Me pregunté si no habría ido a los jardines, aunque no se me ocurría por qué. Por aquel entonces ni siquiera estaban arreglados. En cualquier caso, al final me acerqué para echar un vistazo y cerciorarme de que fuera el suyo.

Billy cambió ligeramente de postura en su asiento.

—Bueno, pues no lo era. —La joven se encogió de hombros.

—¿Cómo lo supo? ¿Era de otro color?

—No, el color era el mismo. —Agitó una mano con impaciencia—. Por eso me confundí al principio. Era igual que el de Jimmy. Azul marino. Pero al acercarme vi

que había una diferencia. La tapicería. La de Jimmy era de color marrón claro. Esta era azul. Azul marino, como la carrocería.

—¿No se hizo ninguna pregunta acerca del conductor?

Doris pareció no entender la pregunta.

—¿Por qué no se presentó en recepción?

—Ah, ya veo a qué se refiere. —Negó con la cabeza—. No, no me extrañé. Sólo tenía una cosa en la cabeza... ¡Jimmy! —Volvió a poner los ojos en blanco.

—De modo que se asomó usted al vehículo.

—¿Sí? —Había recuperado el buen humor, junto con su sonrisa torcida.

—Vio la tapicería. Debió de fijarse si había algo en los asientos.

—Deme un respiro, oficial. —Su acento americano estaba sacado del cine—. Fue hace tres años.

Billy encendió otro cigarro. También parecía sentirse más relajado.

—Vamos, Doris. No me engaña. ¿Qué fue lo que vio?

La joven se rió.

—No mucho. Había un sombrero de hombre tendido en el asiento del copiloto. Eso sí que lo recuerdo. Pero no sabría decirle de qué color era, ni nada.

—¿Qué hay del asiento trasero?

La señorita Jennerladeó la cabeza, inspeccionándolo entre las pestañas.

—¿Cómo de importante es esto, sargento Styles?

—No lo sé. Antes tendría que oírlo, ¿no? —Le devolvió la sonrisa.

—¿Y si le dijera que había un cuerpo allí tumbado?

—Le diría que tiene usted tanta imaginación como buena memoria.

Doris echó la cabeza hacia atrás, riéndose de nuevo.

—Bueno, no había ningún cuerpo. Tan sólo una bolsa de fruta.

—¿Fruta? —Billy se quedó paralizado. La joven no se percató.

—Sí, una bolsa de papel de estraza, pero el paquete se había caído y había fruta por todo el asiento. Todavía puedo verlo perfectamente. —Sonreía, complacida consigo misma.

—¿Qué clase de fruta? —preguntó con fingida indiferencia Billy—. ¿También puede ver eso?

—Desde luego que sí. Tengo buena memoria, ¿no? —Sus ojos resplandecieron—. Eran naranjas. Unas preciosas naranjas doradas...

—¿Pero elegiría un lugar tan público para dejar su coche? ¿En un club nudista? —El superintendente Holly aún tenía sus dudas—. ¿No tendría que haberlo visto alguien?

—No, ésa es la cuestión, Arthur. —De un humor excelente, Angus Sinclair estaba dispuesto a mostrarse magnánimo con su obstinado superior, que estaba mostrándose especialmente intransigente ese día—. La zona que utiliza el club está vallada. No se puede ver ni hacia dentro ni hacia fuera. El asesino podría haber entrado tranquilamente en el aparcamiento con la niña, dejar su coche con los demás vehículos y llevársela a la parte baja de los jardines, cerca del río, sin ser visto. Están, y ya lo estaban entonces, cubiertos de maleza y desatendidos, dice Styles. La policía de Oxfordshire está rastreando los terrenos ahora. Han pasado tres años, lo sé, pero quizá encuentren algo. —El inspector jefe miró a Bennett, que estaba sentado detrás de su escritorio—. Fue un bonito y perspicaz ejercicio de deducción, señor. Lo único que tenía Styles era un atisbo que esta joven había dejado caer durante el transcurso de su conversación. Mucha gente lo habría pasado por alto. Pienso proponer su nombre para una mención especial cuando esto termine.

—¡Sí, sí! Y yo estaré encantado de aceptarla. —Bennett habló con inusitada crispación—. Pero todo a su hora, inspector jefe. Todavía nos queda mucho camino por recorrer.

El comisario adjunto estaba irascible. Había pasado fuera dos días, presidiendo un congreso de policías en Manchester, y acababa de regresar a la capital esa misma mañana para encontrarse con que Sinclair solicitaba urgentemente entrevistarse con él en su despacho. Culpablemente consciente de la montaña de papeleo que requería su atención, sir Wilfred había llamado al inspector jefe y enviado asimismo un mensaje a Arthur Holly. Por mucho que deseara estar al corriente de la investigación, empezaba a darse cuenta de que esta falta de moderación por su parte implicaba robarle tiempo a otras tareas; tareas, por añadidura, más acordes a su elevado cargo.

—¿Cómo nos vemos ahora? —Bennett tamborileó con las yemas de los dedos encima de la mesa. Había escuchado con mal disimulada impaciencia el detallado informe del inspector jefe—. Este coche es una pista crucial, evidentemente. ¿Un Mercedes-Benz, dice usted?

—Sí, y puesto que es de factura extranjera, no habrá muchos de ellos en las carreteras de este país. ¡Más aún, conocemos el modelo!

—¿Cómo es posible? —preguntó Holly, con más que una sombra de incredulidad en la voz. El superintendente había sido puesto a dieta recientemente por su esposa (así se lo había confesado a Sinclair) y el régimen parecía surtir un efecto pernicioso sobre su ánimo—. Me cuesta creer que esta chica le contara eso a Styles.

—No, pero sí le dio el nombre de su antiguo novio —repuso con jovialidad

Sinclair.

En contraposición a los otros dos, se hallaba de un humor excelente. Este inesperado progreso en lo que prometía ser la más intratable de las investigaciones había sido un regalo caído del cielo.

—Un tal James Stoddart, de Birmingham, que ya está siendo interrogado por la policía local, a petición mía. El coche ya no es suyo. Tuvo que venderlo cuando su esposa lo echó de casa hace un año... al parecer era ella la que tenía dinero. Pero, por todos los santos, cómo atesora su recuerdo.

La risita del inspector jefe fue poco entusiasta.

—Ahora bien, resulta que este modelo en particular, el que poseía Stoddart, se puso a la venta por primera vez en este país en 1929. Me han proporcionado esta información los delegados de Mercedes aquí... tienen su sede en Mayfair... junto con los detalles del coche. —Sacó una hoja de papel de su carpeta y la escudriñó—. Seis cilindros, doscientos veinte caballos, válvulas en cabeza... alcanza los ciento sesenta kilómetros por hora, ¿se imagina? También disponemos de una fotografía. —Deslizó una lámina brillante por encima de la mesa hacia Bennett—. He pedido que la reproduzcan y la distribuyan por la zona de Brookham, por si acaso alguien recuerda haberlo visto. Alguien al que le interesen los automóviles. Siempre hay unos pocos por ahí, y es lo bastante excepcional como para llamar la atención.

Sir Wilfred estaba estudiando la imagen del estilizado turismo de capó alargado.

—Sin duda parece una máquina lujosa —reconoció—. Lejos del alcance del conductor medio, ¿no le parece?

—¡A ese precio! —Sinclair esbozó una sonrisa lobuna—. Se vende por poco más de dos mil libras.

La apatía de Holly se disipó momentáneamente y soltó un silbido.

—Tiene usted razón, Angus. No puede haber muchos de ellos por ahí.

—No, y la ventaja para nosotros, naturalmente, es que sólo debemos comprobar las ventas realizadas entre la primavera de 1929, cuando el coche llegó a nuestro mercado, y ese verano, cuando asesinaron a la niña de los Barlow. La gente de Mercedes va a mandarme una lista esta tarde. No será larga... —Hizo una pausa para reflexionar—. Claro que, es más que posible que el hombre que buscamos ya no posea el mismo coche que tenía entonces. Ahora podría conducir otro modelo. Pero eso da igual. Si su nombre está en esa lista, daremos con él.

—Sí, ya veo. En verdad es extraordinario. —Bennett estaba recuperando el entusiasmo—. Si fuera preciso, se podría interrogar a todas las personas de esa lista.

—Se podría hacer eso —convino Sinclair—. Pero no creo que haga falta. Seguramente podamos eliminar un buen número, por un motivo u otro, nada más empezar.

—¿Cómo piensa abordar a los otros? —El comisario adjunto estaba ansioso por

saber más—. Después de todo, tampoco tiene tanto en lo que basarse. ¿Un coche con una bolsa de naranjas en el asiento de atrás...?

—Para empezar, les pediremos simplemente que nos relaten sus movimientos.

—¿De hace tres años? —Arthur Holly volvió a la vida con un gruñido de incredulidad.

—No, no, señor... —Sinclair se esforzó por refrenar su impaciencia. Se preguntó si realmente sería el hambre lo que embotaba la cabeza del superintendente esa mañana—. En un principio lo único que quiero saber es dónde estaban y qué hacían en esas fechas de julio y septiembre, cuando asesinaron a las niñas en Bognor Regis y Brookham. Si alguien dice que no se acuerda, en fin, habrá que tener unas palabras aparte con él.

Holly rezongó, poco conforme.

—¿Qué sucede, Arthur?

—No se puede sacar a unos ciudadanos inocentes de la calle e interrogarlos, Angus. —El superintendente apretó las mandíbulas—. No en este país.

—¿Crees que no lo sé? —Zaherido por el comentario, Sinclair se ruborizó—. Pero ya que has planteado la pregunta, examinémosla. Para empezar, no se mencionará interrogatorio alguno hasta que yo esté completamente seguro de que hemos encontrado al hombre que buscamos. Y aunque es justo decir que la información que necesitamos para identificarlo podría estar pronto en nuestro poder, saber de quién se trata es una cosa, y demostrarlo otra. A menos que nos crucemos con alguna prueba irrefutable, nos enfrentaremos al problema de que sin paja no hay ladrillos. Cómo establecer un caso contra él. En esa tesitura, nos veríamos obligados a tomar el único camino que nos quedaría, interrogarlo.

Sinclair desvió la mirada hacia Bennett.

—Estos tipos se vienen abajo —dijo con firmeza—. Lo hemos visto antes. Sólo hay que aporrear esa fachada tras la que se escudan, y tarde o temprano se resquebrajará...

—Sí, claro. Pero ésa es una decisión que tomaremos llegado el momento. —El nerviosismo de Bennett había ido en aumento mientras hablaba el inspector jefe. Consciente de otros asuntos apremiantes que requerían su tiempo, no dejaba de consultar el reloj—. Debemos concentrarnos en lo que tenemos a mano. Encontramos primero al propietario de ese vehículo. Luego podremos decidir qué hacer a continuación. —Cogió un lápiz y atrajo una pila de documentos hacia él—. ¿Eso es todo, inspector jefe? —Agachó la cabeza.

—Más bien no, señor.

Irritado por verse interrumpido tan bruscamente, Sinclair no se dio ninguna prisa en cerrar su carpeta.

—Hay otro paso que me gustaría dar. Pero necesitaré su autorización.

Alertado no sólo por las palabras, sino también por el tono en que habían sido formuladas, el comisario adjunto levantó la cabeza de golpe.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Quisiera enviar un telegrama a la Organización Internacional de Policía Criminal en Viena. Me gustaría consultar sus archivos.

—¡Alto ahí, un momento! —Sir Wilfred soltó su lapicero—. ¡La Interpol! ¿Qué demonios tienen que ver ellos con esto?

—Tal vez nada, señor. —El inspector jefe cruzó parsimoniosamente una bien planchada pernera del pantalón sobre la otra—. Pero todavía nos queda por resolver el problema de qué estaba haciendo este hombre, este asesino, que no es ningún vagabundo y casi con toda seguridad posee un vehículo, entre el verano de 1929 y finales de julio pasado, cuando violó y asesinó a Marigold Hammond. Es casi inusitado que un agresor sexual de este tipo permanezca inactivo tanto tiempo. Hemos cotejado los expedientes carcelarios de criminales conocidos y seguimos teniendo las manos vacías. Otra posibilidad es que este hombre estuviera en el extranjero durante esa temporada. En tal caso, bien pudiera haber matado a una o más niñas en cualquier otro país. De ser así, debemos obtener esa información.

—Vamos, inspector jefe... —Bennett había vuelto a tamborilear con los dedos encima de la mesa—. Usted sabe tan bien como yo cuál es nuestra actitud hacia la organización. Y se trata de una actitud gubernamental, no lo olvide. Procuramos tener lo menos posible que ver con ellos.

—A pesar de todo, seguimos siendo miembros de la organización, ¿no es cierto? —Sinclair afectó un aire de perplejidad—. Sería una lástima desaprovechar esa conexión. Después de todo, su departamento internacional posee una lista actualizada con todos los criminales sexuales conocidos de Europa, más su modus operandi, y sigue la pista de sus movimientos.

—Estoy al corriente —espetó Bennett. Consultó su reloj de pulsera e hizo una mueca—. El quid de la cuestión es que la organización depende del gobierno austríaco. Su personal se compone exclusivamente de oficiales de policía austríacos. Hay motivos para creer que funciona como división de espionaje del Estado austríaco.

—¿En serio? —El inspector jefe pareció sorprenderse—. Qué raro que ningún otro país miembro... ya debe de haber treinta de ellos... parezca compartir ese punto de vista. Claro que ellos no disfrutan de nuestras ventajas especiales, ¿verdad, señor?

—¿Y cuáles son dichas ventajas, si se puede saber? —La voz del comisario adjunto había adquirido una nota peligrosa; sus mejillas pálidas estaban empezando a sonrojarse.

—Bueno, como policías británicos gozamos del privilegio de pertenecer a la fuerza más selecta del mundo y no tenemos nada que ganar ni aprender asociándonos

con una panda de extranjeros.

—¡Ya está bien! —Bennett descargó el puño con fuerza sobre la mesa.

—¡Angus! —Arthur Holly agitó un dedo desaprobador en dirección a su colega—. Calma, los dos —añadió, por si acaso.

Colorado, Bennett se encaró con él.

—¡No me diga usted que me calme, superintendente!

Holly le dedicó una mirada impertérrita, y transcurrido un momento el comisario jefe recuperó la compostura. Parpadeando, volvió a sentarse en su silla.

—Hace rato que no oigo ninguna sugerencia de tu rincón —observó con inquina—. ¿No tienes ninguna opinión?

—Sí, señor, lo cierto es que sí la tengo. —Holly carraspeó—. En condiciones normales, si fuera cuestión de pedir ayuda a un puñado de extranjeros, yo sería el primero en oponerme. —Sonrió—. Pero en este caso, creo que Angus podría tener razón. Es el coche, ¿verdad?

—¿El coche, superintendente? —Bennett lo observó con suspicacia.

—Movilidad, señor. —Holly emitió su característica risita reverberante—. A eso me refiero. Es la cruz de la policía moderna. Hubo un tiempo en que, si se reventaba una caja fuerte o se atracaba una casa, podía meterse media decena de nombres en una chistera y estar seguro de que alguno de ellos sería el responsable, porque eran los que vivían en tu mansión. Pero ya no. Ahora hasta el último rufián de medio pelo tiene coche, no hay forma de saber dónde actuará a continuación. —Los miró a ambos—. ¿Y no es ése el problema al que nos enfrentamos aquí? Que nosotros sepamos este hombre ha matado a tres niñas: una en Oxfordshire y dos en el sur, aunque en condados distintos. De modo que una cosa está clara, y es que no se está quieto. Es más, posee un vehículo... eso también lo sabemos... un turismo condenadamente enorme, encima, al parecer. ¿Por qué no iba a pasar una temporada en el extranjero? No podemos ignorar esa posibilidad. —Se giró hacia el comisario adjunto—. Señor, hasta que no podamos identificarlo sin lugar a dudas, creo que deberíamos lanzar nuestras redes lo más lejos posible.

—¡Bien dicho, Arthur! —Sinclair estaba exultante—. Yo mismo no podría haberlo expresado mejor.

Sonrojado, Bennett paseó la mirada de uno a otro. Tras echarle un vistazo nuevamente a su reloj, profirió un gemido.

—¡Santo cielo! ¡La hora que es! —Se levantó y apuntó a Sinclair con un dedo—. Muy bien. Puede enviar ese telegrama a Viena. Pero no lo mande sin que yo lo vea. ¿Entendido?

—Perfectamente, señor. —La sonrisa de Sinclair era de benevolencia.

Sin más palabra Bennett se dirigió a la puerta a largas zancadas. Holly esperó hasta que hubo oído cómo se cerraba de golpe tras ellos. Entonces se despezó,

mirando de soslayo mientras lo hacía.

—Jugando con fuego, ¿no, Angus?

El inspector jefe gruñó.

—Bennett es buen comisario. Tenemos suerte de contar con él. Pero debe aprender a establecer cuáles son sus prioridades. ¡Al cuerno con la actitud gubernamental! Lo importante es encontrar a ese hombre antes de que mate de nuevo.

—Sonrió a su superior—. Por cierto, gracias, Arthur. No esperaba que salieras en mi defensa.

Holly resopló.

—Siempre has estado demasiado seguro de ti mismo.

Con una risita, Angus Sinclair encajó el reproche de buen grado.

—Pensaba preguntártelo antes. —El superintendente se puso de pie—. ¿Qué vas a hacer ahora con Styles? ¿Vas a dejarlo en el caso?

—Sí, así es. —Sinclair se incorporó a su vez, y se dirigieron a la puerta—. De hecho, lo he enviado a Guildford con órdenes de husmear por ahí. Ciertamente, esta pista del coche podría resolvernó el caso, pero no podemos estar seguros, y no quiero quedarme papando moscas mientras tanto. El asesinato de Brookham es el más reciente, el más fresco, si lo prefieres, y quiero que haya alguien allí al pie del cañón. También tengo otro motivo, pero esto es entre tú y yo, Arthur.

—¿Qué quieres decir? —Holly lo miró con suspicacia.

—Le he dicho a Styles que no debería sentir reparos a la hora de aprovechar la mente de John Madden si se presenta la oportunidad.

John tiene un instinto excepcional para esta clase de casos y me gustaría saber qué opina.

—No veo nada de malo en ello. —El superintendente aún estaba desconcertado.

—Puede que no. Pero voy a hacerlo de forma más bien soterrada. No puedo implicar a John directamente. Helen me despellejaría si se enterara. Pero la posición de Styles es distinta. Su relación con Madden se remonta a la época en que trabajaba a sus órdenes, y es amigo de la familia; más aún, Helen siente debilidad por él. Espero que tenga algo de manga ancha con él cuando aparezca por allí. —Sinclair frunció el ceño—. Aunque tengo la desagradable sensación de estar caminando por terreno minado.

Tras conducir con cautela por los baches y socavones, Billy aparcó frente a la granja. Se apeó del coche, evitando por poco pisar uno de los charcos de color cobrizo que habían aparecido en la carretera de tierra tras la noche de lluvia pasada. Apenas si acababa de plantar el pie en el camino que llevaba a la casa, no obstante, cuando se detuvo en seco.

—Ni se le ocurra meter esos zapatos llenos de barro en mi cocina, sargento Styles. —May Burrows había aparecido cruzada de brazos en el umbral que tenía delante.

—Hola, May. —Sonriendo, Billy se quedó donde estaba.

—Verá un par de felpudos junto a la reja detrás de ti. Primero se limpia los pies, luego puede pasar.

—Busco a Madden.

—Me lo figuraba. Está en el establo con los demás. Hoy toca cargar los gorrinos. —El tono seco de May quedaba desmentido por su sonrisa. Una vez, hacía muchos años, Billy había tenido que tomarle declaración. Detective bisoño por aquel entonces, inseguro de su autoridad, había intentando amedrentarla, y May no había dejado nunca que lo olvidara—. También verá allí a Belle y Lucy. Puede decirles que su té estará listo dentro de cinco minutos. Venga y tómese usted también una taza, si le apetece.

—Gracias, May. Así lo haré.

Billy giró sobre los talones y partió en pos del establo, esquivando los charcos sobre la marcha. Urbanita hasta la médula, en sus contadas visitas al campo había aprendido a desconfiar de los términos rurales aparentemente simples, muchos de ellos, creía, diseñados expresamente para confundir oídos como los suyos. Pero «cargar los gorrinos» sonaba lo suficientemente elocuente, y así resultó ser.

Al llegar a la entrada arqueada del patio encontró una escena de bulliciosa actividad en su interior. Dos jornaleros armados con varas estaban azuzando a un cochino de corta edad por el adoquinado hacia una camioneta abierta aparcada en el centro de la plaza, medio llena ya de puercos chillones. Fascinado, se quedó mirando cómo los hombres soltaban sus palos, agarraban al animal cada uno de una oreja y luego, con las manos libres enlazadas bajo el vientre de la bestia, la levantaban en volandas y la depositaban en la parte trasera del vehículo. Ninguno de los dos le había visto llegar, ni tampoco George Burrows, que estaba de pie junto a la puerta de la cuadra, controlando la cadena. Sin embargo, alguien sí se había fijado en él. Una figurita vestida de azul con las piernas sucias de barro y el pelo dorado brillante a la luz del sol cruzó el empedrado volando hacia él.

—¡Billy!

La niña se abalanzó sin miedo en sus brazos, confiando en que la atrapara. Le dio una vuelta por los aires antes de volver a posarla firmemente en el suelo.

—¡Hola, Lucy!

—¿Qué haces aquí?

—De visita...

Su amistad se había sellado en una de las visitas de fin de semana de Billy a Highfield cuando Lucy Madden descubrió, en el transcurso de un paseo que habían dado juntos por el bosque, que el sargento no sólo desconocía la existencia de los mosquiteros comunes, sino que ni siquiera sabía distinguir una urraca de una musaraña. Puesto que nunca antes había visto tanta ignorancia en un adulto, inmediatamente se había apiadado de él y le dispensaba una atención especial desde entonces.

—Ven a ver los gorrinos. —Lo arrastró de la mano hacia la camioneta—. Los llevan al matadero —le informó con satisfacción.

—¿Al matadero? —Billy la miró con desconfianza.

—Sí, va a haber sangre a borbotones.

George Burrows, rubicundo y fornido, le saludó con la mano. Su hijita morena, Belle, se pegó tímidamente a su pierna.

—¿Está por aquí el señor Madden? —preguntó Billy.

—Está, sí... —La voz de Madden provenía del otro lado de la verja donde se encontraba George. Salió de la penumbra del interior sacudiéndose la paja de los pantalones y el barro de las botas—. Billy, me alegro de verte. Había oído que andabas por los alrededores. Helen y yo esperábamos que encontraras tiempo para visitarnos.

Se dieron la mano... o lo intentaron. Lucy no estaba dispuesta a renunciar a la posesión de la que sujetaba, de modo que Billy se vio obligado a ofrecerle la zurda a Madden.

—Billy ha venido a vernos.

—¿No querrás decir el sargento Styles? —Su padre la miró de soslayo.

—No... ¡Billy! —Se columpió de su brazo.

—He estado en Guildford, señor, poniéndome al día de todos los detalles. Pero conseguí acercarme a Brookham esta tarde, así que pensé en parar en el camino de vuelta. Espero ver también a Will.

Antes de observar de reojo la cabecita dorada de su hija, Madden cruzó la mirada con el joven.

—La señora Burrows me ha pedido que te dijera que el té está listo en la cocina, Lucy —le informó Billy—. El tuyo y el de Belle.

—¿Tú no vienes? —La niña no le soltaba la mano.

—Enseguida.

—Corre, cariño —dijo Madden—. Las dos. Ve y llévate a Belle.

Esperaron a que las dos jovencitas salieran del patio, cogidas de la mano. Luego Madden retomó la conversación.

—Tengo entendido que por fin hay una pista. El señor Sinclair me llamó esta semana para decirme que en Londres les habían dado una lista de nombres que están investigando, y que el del asesino podría estar entre ellos. También me dijo que este tanto había que apuntártelo a ti.

La sonrisa de congratulación de Madden consiguió que Billy se ruborizara de satisfacción.

—Fue un golpe de suerte, señor. El inspector jefe me mandó a Henley la semana pasada. ¿Sabía usted que allí habían rescatado del río el cadáver de una joven?

—El señor Sinclair me informó de ello hace tiempo. Pero me gustaría escuchar toda la historia. —Madden chasqueó la lengua con impaciencia—. Aunque tendrá que esperar. Me iba a recoger a Rob. Ha pasado la tarde con un amigo en Godalming. Te quedarás a cenar, ¿no? —Dando por sentada la sonrisa de aceptación del sargento, continuó—: Así tendremos tiempo para charlar. Pero ven, acompáñame al coche. Hazme un resumen de la situación.

Encantado de obedecer, Billy se enfrascó en un somero repaso a su visita a Henley, saboreando el gruñido de aprobación que recibió al explicar cómo se le había ocurrido la idea de que el asesino podría haber utilizado el aparcamiento de la Mansión Waltham. La estima en que tenía a Madden no había disminuido nunca. Como tampoco había olvidado la deuda que mantenía con su antiguo mentor, bajo cuya antaño severa mirada había aprendido algunas de las lecciones más importantes de su vida. (Y no todas relacionadas con la profesión policial).

—De modo que la eligió al azar. Era imposible que supiera que estaría paseando por esa carretera. Pero sabía adónde llevarla, eso por descontado. —Se habían detenido a la entrada del patio. El ceño fruncido de Madden transportó a Billy una década en el pasado—. No logro entender a este hombre. Al principio pensé que habría visto a la niña en Brookham y que volvió a por ella. Pero ahora lo dudo. —Con un suspiro, Madden consultó su reloj—. Billy, tengo que irme. ¿Qué decías de ver a Will Stackpole?

—Lo telefoneé antes y le dije que estaría aquí de visita. Prometió intentar pasarse.

—¡Bien! Entra y tómate una taza de té con May. Podrás hablar con Will cuando llegue. Ve a la casa luego. —Madden se acercó a paso vivo al lugar donde había aparcado su coche. Sonriendo, se volvió hacia Billy—. Me podrías hacer un favor y traerte a Lucy cuando vengas. Montar en coche contigo será como un regalo para ella.

—Tendría que escuchar a Will hablando sobre la búsqueda de ese trampero que está

efectuando la policía de Surrey, señor. —Billy sonrió—. Dice que ni siquiera saben por dónde empezar.

El gruñido de Madden fue enigmático. Agazapado ante el fuego, lo avivó con un atizador. Iluminado únicamente por un par de lámparas, el salón se hallaba sumido en las sombras.

—Dice que la mayoría de ellos no conocen el campo, y no entienden hasta qué punto se pueden esfumar estos vagabundos si se lo proponen.

Tras echar otro tronco a las llamas, Madden se levantó, sacudiéndose las manos. Se quedó de pie a la luz del fuego, contemplando desde arriba a Billy, que estaba sentado en un sillón.

—No es lo mismo que buscar a una persona en un pueblo o en la ciudad —dijo—. Allí se acude a sus familiares y amigos, o a sus cómplices, si los tiene. Se peina su vecindario. Estos vagabundos nunca pasan mucho tiempo en el mismo sitio, y cuando deciden borrarse del mapa, es difícil saber por dónde empezar a buscarlos.

—Will dijo que seguramente esté recibiendo ayuda de otros trotamundos, otros vagabundos.

—Tiene razón. —Madden se sentó delante de la chimenea, enfrente de Billy—. Claro que, si Beezy hubiera matado a esa niña, y ellos lo supieran, ya lo habrían entregado. O por lo menos no estarían protegiéndolo. Necesitará comida, naturalmente, y eso significa que alguien está proporcionándosela. Topper, lo más probable. En mi opinión, han vuelto a juntarse. He intentado hacerle llegar un mensaje.

—¿A Topper, señor? —Billy era todo oídos—. ¿Cómo espera conseguirlo?

—Muchos de estos vagabundos visitan la consulta de Helen: hace tiempo ya que se corrió la voz de que podían recibir atención médica de ella si la necesitaban. He enviado mensajes por medio de uno o dos de ellos, pidiéndole a Topper que se ponga en contacto con nosotros. Hasta la fecha sin resultado.

Billy probó un sorbo de su copa de brandy. Había sido una jornada repleta de deleites. Primero, había pasado una hora en la granja conversando con la señora Burrows mientras ésta pelaba alubias en la cocina. Al observar su rostro, sonrosado y compuesto, se había acordado de la adolescente de cabello a lo garçon a la que tuvo que interrogar en su día; ahora May era una joven matrona con dos hijos, el más pequeño de ellos, un bebé, aún en su cuna.

May lo había sentado a la mesa donde las dos niñas seguían atareadas con su té, una comida generosa en el hogar de los Burrows que contenía elementos del desayuno y la cena, y donde Billy no había tenido más remedio que someterse a los maternales instintos de Lucy Madden, empeñada en imponerle cucharaditas de su huevo pasado por agua y trozos de tostadas bien untadas de mantequilla y mojadas en miel.

Luego, otro viejo amigo había hecho su aparición. Will Stackpole había venido del pueblo en bicicleta, y Billy había dedicado un buen rato a comentar el caso con el agente, al que conociera por primera vez años atrás, durante la investigación de Melling Lodge.

La tarde de otoño languidecía ya cuando tomó con su coche el paseo de tilos, vestidos ahora con hojas amarillas, y llamó a la puerta de los Madden, donde Helen estaba esperándolo para liberarlo de la aún voluble presencia de Lucy, con quien regresó media hora más tarde, bañada y con el pijama puesto, para dar las buenas noches, proceso que la pequeña logró prolongar mediante una serie de bien urdidas estratagemas, consiguiendo que su hermano, que estaba intentando hacer los deberes, pusiera los ojos en blanco, desesperado. Al final, a Helen se le había acabado la paciencia.

—¡Lucinda Madden! Ya está bien. Dale las buenas noches de una vez al sargento Styles.

—No es el sargento Styles. ¡Es Billy!

Mientras Madden ayudaba a su hijo a resolver un problema de aritmética, Billy había salido a la terraza y se quedó un momento contemplando, detrás del jardín, el sombrío bosque de Upton Hanger, alumbrado por un fino resquicio de luna aquella noche, rememorando una visita anterior, de aquel mismo año, cuando las fragancias entremezcladas de los jazmines y las rosas endulzaban el aire en aquel mismo sitio. Ahora, sólo el tenue olor de las hojas quemadas llegaba hasta él.

Helen había vuelto enseguida de acostar a Lucy, y poco después le llegó a Rob la hora de desaparecer en la planta de arriba. Muy a su pesar: estaba seguro de que su padre y Billy iban a hablar del asesinato de Brookham, y esperaba tener ocasión de escucharlos a hurtadillas.

Con los niños bien metiditos en la cama, Helen se había llevado a los dos hombres al comedor, donde la conversación había derivado hacia el tema de la inminente boda de Billy. Los Madden aún no conocían a su prometida, y Helen insistió en que ése era un error que había que reparar.

—Ya es hora de que vengas a vernos con Elsie. Lucy tiene que ir acostumbrándose a la situación. —No podía resistirse a tomarle el pelo al sargento, cuya admiración por su marido, aunque la conmovía profundamente, a veces hacía que se cohibiera en su presencia—. Ya sabes que cree que le perteneces. Espero que no vaya a sentirse despechada ahora.

Una vez finalizada la cena, sin embargo, y con el pretexto de tener una jornada atareada por delante, Helen les dio las buenas noches, reservándose las últimas palabras para su huésped.

—No os preguntaré de qué vais a hablar John y tú, aunque me lo imagino. Y por bienvenido que seas siempre, Billy, querido, presiento una mano oculta tras tu visita

de hoy. Puedes decirle a Angus Sinclair que no me engaña.

Dicho lo cual, y con Billy sin habla en su asiento, los había dejado al calor de la lumbre.

El joven reprimió un bostezo. Todavía debía conducir de regreso a Guildford — había alquilado una habitación en la ciudad— pero había una pregunta que quería plantearle a su anfitrión antes de partir.

—Antes ha mencionado usted, señor, cuando estábamos en la granja, cómo al principio pensó que el asesino podría haber visto ya a la niña de los Bridger... la habría marcado, por así decirlo. Sé que ha cambiado de parecer, ¿pero qué le hizo pensar eso en primer lugar? Si no le importa que se lo pregunte...

—No, en absoluto, Billy. —Madden sonrió, como si celebrara con este gesto que la costumbre de prestar atención a los detalles hubiera arraigado tan sólidamente en su pupilo—. A decir verdad, todo este asunto me desconcierta. He estado intentando encontrarle sentido. Permite que me explique...

Billy se inclinó hacia delante en el sillón, doblemente alerta ahora.

—Al principio, cuando descubrí el cadáver de Alice Bridger, me pareció una curiosa coincidencia que el asesino se hubiera tropezado con un campamento de vagabundos como escenario para cometer el crimen. No fue hasta más tarde cuando se me ocurrió que era mucho más probable que conociera el lugar de antemano. Cargó con el cuerpo de la pequeña a través de la densa maleza para llegar allí. Sería demasiada casualidad que lo hubiera encontrado por accidente. Fue eso lo que me indujo a pensar que podría haberla tenido presente como víctima, que ya había buscado un rincón próximo al que llevarla.

»Pero luego descarté la idea. Implicaba que debía de haber pasado algún tiempo rastreando los alrededores de Brookham, aguardando su oportunidad, y sencillamente no había pruebas que sustentaran esa teoría. Nadie vio a ningún desconocido merodeando por el vecindario aquel día, ni en jornadas precedentes. Decidí que debía de estar de paso por el pueblo, igual que nosotros, y que se topó con ella por casualidad. Pero eso dejaba sin responder la pregunta inicial... ¿cómo supo encontrar el camino hasta el campamento de los vagabundos?

Con el ceño fruncido, Madden se frotó la cicatriz que tenía en la frente. Al fijarse en aquel gesto tan familiar —y consciente por experiencia del grado de preocupación que indicaba— Billy sonrió para sus adentros.

—¿Ves lo que quiero decir? Este hombre no es un simple oportunista. Sólo actúa cuando está preparado. —El ceño de Madden se arrugó más aún—. Por lo que me has contado, deduzco que en Henley ya había inspeccionado los terrenos de la mansión, quizá aquel mismo día, y sabía que podía llevarse allí a la víctima que cayera en sus manos. En cuanto a Bognor Regis, estoy familiarizado con esa parte de la costa donde raptaron a la chica. Hay extensas franjas de juncos y maleza a lo largo de la

orilla. No escasea la cobertura, quiero decir, y me apuesto lo que sea a que él lo sabía.

—Y lo mismo debió de ocurrir en Brookham... a eso se refiere usted —acotó Billy—. La eligió sencillamente porque sabía que cerca había un lugar al que podía llevarla. Esa zona junto al arroyo.

—Si su conducta es consistente, ése parece ser el caso —convino Madden—. Pero también significa que debía de haber estado antes en Capel Wood, por cualquier otro motivo, y he estado devanándome los sesos intentando averiguar cuál pudo ser.

Billy reflexionó un momento.

—Podría tratarse de un excursionista, señor. El campo está lleno de ellos.

—Sí, ya lo había pensado. —Madden sacudió la cabeza—. Pero eso sigue sin explicar cómo encontró el campamento de los vagabundos. No es un lugar con el que se tropiece uno por casualidad. Tendría que haberse apartado del sendero, para empezar, y no es tarea sencilla. La maleza es muy densa. Disuasoria. No, necesitaría un motivo, como decía, un propósito. —Madden arrugó el entrecejo—. Eso es lo que me desconcierta. ¿Cómo lo descubrió? ¿Qué fue lo que lo llevó allí en primera instancia?

Eran casi las dos cuando Sam Watkin llegó a la granja de los Coyne aquel viernes. Antes se había entretenido en Midhurst, elaborando su informe semanal para el señor Cuthbertson, quien a su vez se había visto demorado por un cliente parlanchín, lo que había obligado a Sam a esperar sentado delante de su despacho durante media hora o más, mano sobre mano.

Había aprovechado el tiempo para escribir en su cuaderno un informe sobre el trabajo que debería realizarse en la granja de los Hobday, en la carretera de Rogate, donde había estado esa mañana. Una de las chimeneas del edificio se había derrumbado desde su última visita, aplastando las tejas que rodeaban su base y dejando un boquete tan grande como una cabeza que llegaba a la habitación de abajo, donde había resultado dañado el suelo. Las reparaciones tendrían que llevarse a cabo antes de la siguiente estación de lluvias —la racha de buen tiempo en octubre de la que llevaban disfrutando los últimos días no podía durar— y si sus propietarios no querían tener una propiedad deteriorada en sus manos, sería mejor que hicieran algo al respecto cuanto antes.

Esas, en cualquier caso, eran las noticias que Sam le comunicó por fin al señor Cuthbertson cuando éste le hizo pasar a su despacho, una sala bonita y espaciosa con vistas al monte St. Ann tras la antigua plaza del Mercado. El señor Cuthbertson se acarició la barbilla.

—Oh, no les alegrará escuchar esto. —Había cruzado la mirada con Sam, y ambos se habían reído por lo bajo—. Con lo que detestan aflojar la mosca.

Se refería a los bancos. Los que poseían tantas de las viviendas de los alrededores. La tremenda caída de precios de 1929 había provocado aperturas de juicios hipotecarios a diestro y siniestro. El propio Sam había sido uno de los afectados. Era dueño de una pequeña granja, parte de la cual antiguamente era una gran hacienda justo al otro lado de Easeborne, adquirida a su regreso de la guerra. Con la ayuda de un préstamo del banco, naturalmente. En fin, eso era agua pasada.

Pero había tenido más suerte que la mayoría. Fue el señor Cuthbertson, de Tally y Cuthbertson, una firma de agentes inmobiliarios de Midhurst especializada en terrenos agrícolas, quien se había encargado de dirigir la operación; pese a las lamentables circunstancias, que habían terminado con Sam y su familia teniendo que mudarse con la casa auestas, con todas sus pertenencias apiladas en un carro aparcado en el patio, y que en puridad debería haberlos convertido en enemigos, de alguna manera había logrado zanjar sus diferencias y Sam había salido con una oferta de empleo del señor Cuthbertson en el bolsillo.

Lo que le pagaban por hacer ahora era controlar las granjas del distrito que la firma tenía en sus libros. Granjas que estaban a la venta pero no atraían a los

compradores, no en su estado actual. La Depresión había afectado profundamente al país y los agricultores habían sufrido igual que todos los demás. Era cuestión de aguantar como se pudiera y esperar tiempos mejores. Sam se pasaba los días conduciendo de una propiedad a otra, inspeccionando edificios en busca de cualquier desperfecto y vigilando que no hubiera intrusos indeseados, gitanos en su mayoría, a los que expulsaba cuando era preciso.

El señor Cuthbertson lo llamaba «nuestro comisionado» cuando se lo presentaba a los clientes. «Este es nuestro comisionado, el señor Watkin». A Sam le daba la risa cuando lo oía. Había sido muchas cosas en su vida: jornalero, mozo de cuadra, boxeador en una barraca de feria durante todo un verano; y cazador furtivo en sus ratos libres. Había sido incluso policía, para su eterna sorpresa. Tras haber sobrevivido no sabía cómo durante dos años en las trincheras, seguía vivo y coleando cuando las autoridades decidieron buscar sus reclutas entre las filas. Y mira por dónde ahí estaba Sam Watkin, convertido en lugarteniente de la noche a la mañana. Un «caballero pasajero», como se decía por aquel entonces. La frase aún hacía aflorar una sonrisa de burla a sus labios.

Al término de la guerra había pensado en emigrar a Canadá, o tal vez a Australia, pero Ada Witherspoon, hija del propietario de El Perro y el Pato en Elsted, le había dicho: «Bueno, puedes irte a donde te parezca, Sam Watkin, pero no esperes encontrarme aquí esperándote cuando vuelvas». Así que en vez de eso habían terminado comprando una granja, y ahora era comisionado, y si uno le preguntaba a Sam qué pensaba de la vida le diría que era imposible encontrarle sentido, ninguno en absoluto. No era más que una concatenación de peripecias, a cada cual más insólita.

El asunto del tejado se había zanjado enseguida. El señor Cuthbertson le había pedido a Sam que contratara un albañil si lo necesitaba, pero que se encargara personalmente de las reparaciones. No tenía sentido llamar a una empresa de contratistas. Se limitarían a pedir el oro y el moro.

Puesto que tenían poco más de qué hablar ese día, Sam no había tardado en volver a ponerse en marcha, retomando su furgoneta, que estaba aparcada en la plaza. Se la había comprado de segunda mano a la Oficina de Correos hacía unos años y la había pintado de verde oscuro, color que le gustaba. Era perfecta para traquetear por ahí, y para transportar las herramientas y demás cachivaches que necesitaba para su trabajo.

También era ideal para Sally, su vieja labradora, que lo acompañaba a todas partes. El golpeteo de su cola en el suelo de la furgoneta lo había recibido al ponerse al volante. A Sal le gustaba tenderse en la parte de atrás, ovillada en su manta, dormitando; aguardando el momento de salir a dar un paseo. O, mejor aún, de comer. La perra más glotona del mundo, decía Sam siempre.

—Ahora vamos a acercarnos a la granja de los Coyne —le había dicho cuando

emprendieron la marcha—. A lo mejor hay suerte y llegamos para el almuerzo.

Pero se fraguaba otro retraso.

Poco después de tomar la carretera de Petersfield, en dirección a Elsted, se había topado con obras en el camino. Una cuadrilla de obreros se afanaba en ensanchar un tramo de pavimento, tarea que debía de haber empezado hacía unos días, puesto que no estaban la última vez que Sam había pasado por allí. Los hombres se encontraban en pleno descanso para comer cuando llegó, sentados en fila en la orilla, con uno de ellos encargado de dirigir el tráfico. El trozo de carretera donde estaban trabajando se había estrechado hasta permitir el paso de un solo vehículo a la vez y este tipo estaba controlando el flujo en ambas direcciones, empleando banderines rojos y verdes para advertir a los coches que se acercaban.

Sam lo había observado con interés, y tras recibir la señal de proseguir, había estacionado junto a la desaliñada figura.

—¡Salve, Eddie! —exclamó.

—¡Rayos! —Un semblante hirsuto lo había escudriñado a través de la ventanilla bajada—. ¿Eres tú, Sam?

Eddie Noyes era el nombre del tipo; cuando Sam lo había visto por última vez estaba tendido boca arriba en una camilla, con la pechera de la casaca empapada de sangre y los ojos abiertos como platos por la conmoción. En Wipers, había sido. Eddie había recibido su billete de vuelta a casa aquel mismo día. No había regresado al batallón.

—¿Qué te trae por aquí? —La razón de que Sam preguntara era que sabía que Eddie provenía de otra parte de Sussex —de Hove, en la costa, si no le fallaba la memoria— pero nada más abrir la boca deseó no haberlo hecho. Era evidente, después de todo, lo que hacía un tipo al que se encontraba vestido con un mono de peón y barba de dos días en la barbilla, agitando banderines en la zanja de una carretera pública. Estaba trabajando de lo que podía. Las cosas seguían siendo complicadas.

Pero Eddie no había tenido reparos en hablar de ello. (Esto fue después de que Sam aparcara a un lado de la carretera y se sentara con él en la orilla, tras ofrecerse voluntario a dirigir el tráfico uno de los compañeros de Eddie). Había perdido su puesto de representante en una papelería el año pasado —la empresa se había arruinado— y no había conseguido encontrar otro. Tan sólo trabajillos temporales de vez en cuando, entre los que se contaba esta chapuza con la cuadrilla de carreteras.

Aún vivía en Hove, le contó, cuidando de su anciana madre y su hermana, que había perdido a su marido en la guerra. El dinero era escaso —Eddie se encogió de hombros— pero se las apañaban. Su único problema con este empleo era que no podía volver a casa por las noches —estaba demasiado lejos— por lo que debía pernoctar con algunos de los otros hombres en el cobertizo que habían levantado para

guardar su equipo. Sonrió.

—Me recuerda los viejos tiempos, Sam, te lo juro. He conocido cráteres de artillería más salubres.

El impulso inicial de Sam había sido echarse la mano al bolsillo, pero se contuvo. Uno no iba por ahí ofreciéndole dinero a quien había sido condecorado con la Medalla del Ejército. A quien no superaba el metro y medio por más de un palmo, pero era capaz de hacerle frente a cualquiera.

—Tienes que venir a comer a nuestra casa, Eddie. Deja tan sólo que avise a Ada con tiempo. Querrá prepararte un banquete.

Ojalá pudiera haberle ofrecido también una cama, pero por una parte ahora vivían en Halfway Bridge, al otro lado de Midhurst, lo que le vendría a Eddie completamente a desmano, y por otra sencillamente no tenían sitio suficiente en la casa, con los niños haciéndose mayores y Ada dedicándose a hacer de costurera para amigos y vecinos, convirtiendo lo que era su sala de estar en una de costura, atestada de patrones y maniqués.

Pero la imagen de Eddie hacinado con los demás hombres como sardinas en el suelo de un cobertizo de albañil lo molestaba —no le parecía justo— y antes incluso de llegar a la granja de los Coyne ya había tomado una decisión.

—¿Ves lo que te decía, Sal? Eddie estará de maravilla aquí. Es cálido, seco, y hay heno de sobra para hacerse una cama.

De pie en el cavernoso granero, Sam hablaba para un público compuesto de un solo espectador. De naturaleza sociable, la soledad de su trabajo se le antojaba pesada a veces, y había adquirido la costumbre de tratar a Sally como confidente.

—Tampoco el agua potable supone un problema. Ahí fuera en el patio hay una bomba. Te lo digo en serio, este sitio está hecho para él.

Era la granja de los Coyne, tan próxima al lugar de trabajo de Eddie y sus compañeros, lo que le había sugerido la idea. La desviación que conducía a la granja se encontraba a menos de un kilómetro más adelante, aunque en realidad Sam nunca tomaba esa ruta, puesto que el camino embarrado se había deteriorado mucho desde que el lugar quedara abandonado. Puesto que no deseaba dejarse en él la suspensión de su vieja furgoneta, se detenía a poca distancia del cruce, en un punto donde la carretera de asfalto empalmaba con un antiguo sendero que atravesaba una depresión poco profunda en la cordillera boscosa que había justo detrás de la granja de los Coyne y desembocaba en el valle donde se levantaba ésta.

Este camino —que se llamaba Wood Way, y según las guías turísticas era más antiguo que los romanos— descendía recto como una flecha por una ladera del valle y subía por el otro lado antes de desvanecerse en los sinuosos contornos de las South Downs, que se elevaban a escasa distancia para ocultar el horizonte.

Señalaba el límite de la granja de los Coyne, y para llegar hasta allí sólo hacía falta seguir el sendero hasta llegar a una abertura en el seto que se levantaba junto a él, colarse, cruzar un pomar y un jardín de hierbas, y —¡abracadabra!— se aparecía en el patio empedrado detrás de la casa, con el granero a menos de treinta pasos al otro lado. ¡El granero de Eddie!

Sam había cronometrado el paseo. Había tardado doce minutos justos desde el lugar donde había aparcado su furgoneta, y por el camino se le había ocurrido otra idea. Un poco más allá de la abertura en el seto había una bifurcación en el camino que conducía a través de los campos colindantes hasta un pueblito, poco más que una aldea en realidad, que se llamaba Oak Green, donde Eddie podría comprar todas las provisiones que le hicieran falta. Aunque ya se encargaría Ada de cubrir la mayoría de sus necesidades.

Para cuando Sam llegó al patio había decidido ya hablar con el señor Cuthbertson en nombre de Eddie. No estaría bien hacerlo a sus espaldas... instalar allí a Eddie sin decir nada. Pero no creía que su jefe tuviera nada que objetar a su plan.

La granja de los Coyne era una propiedad de lujo... una de las mejores que contaban en su haber, decía siempre el señor Cuthbertson. Al hallarse al filo de las Downs, era un terreno excelente para la cría de ovejas, y había dado beneficios hasta hacía un par de años, cuando falleció el dueño. Este, que no tenía hijos que la heredaran —sus dos chicos habían muerto en la guerra—, le había legado la granja a un sobrino de su esposa, pero a este individuo, propietario de una vaquería en las afueras de Petersfield, sólo le interesaba vender el lugar, motivo por el cual estaba en el mercado.

El señor Cuthbertson le había dicho a Sam que esperaba conseguir un buen precio por ella algún día, una vez las cosas volvieran a remontar el vuelo, y que el dueño actual ya había rechazado a un par de posibles compradores siguiendo sus consejos porque las ofertas eran demasiado bajas. No dejaría escapar la oportunidad de tener un hombre de confianza en el sitio, residente por así decirlo.

El granero se erigía en un extremo del patio, perpendicular a la casa, construida de ladrillos con dibujos según un estilo popular en la región. Era una majestuosa estructura de madera que se había utilizado como almacén al quedar abandonada la granja y cuyas puertas se mantenían cerradas con candado para disuadir a los intrusos que pudieran sentirse tentados de desvalijarla.

Sam tenía una llave del candado, y tras descorrer el cerrojo, había abierto las dos puertas de par en par, inundando el umbroso interior de luz, desvelando los montones de vallas empleadas a modo de cercado provisional, fundamentales para la cría de ovejas, que cubrían los laterales del edificio casi cuan largo era. Donde acababan, hacia el fondo del granero, el espacio libre estaba ocupado por diversos objetos, incluidos muebles de la casa, cubiertos con lonas para resguardarlos de la lluvia que

se filtraba por el tejado, y una colección de aperos de labranza guardados en cajas y cestas de mimbre. Al final del todo, en un rincón, había un carro de caballos con los brazos de madera levantados como un soldado en actitud de rendirse.

Fue a la esquina opuesta adonde se dirigió Sam, y donde dedicó unos minutos a despejar el suelo de tierra. Tras agarrar una horca que sobresalía de un cesto de mimbre, empezó a recoger en un montón el heno que había disperso aún a sus pies.

—Mira, ésta será su cama —le dijo a Sal, que lo había acompañado al interior del granero y observaba sus actividades con tibio interés—. Seguro que Eddie tiene un petate si está durmiendo como puede, y esto le servirá de colchón para debajo.

A lo largo de sus meses de administración había explorado los tesoros almacenados del granero y recordaba haber visto uno o dos artículos que ahora podrían serle útiles. Tras terminar con la horca, fue en busca de ellos y enseguida volvió arrastrando un antiguo lavamanos Victoriano, con una jarra y una palangana de esmalte en precario equilibrio encima de su superficie de mármol. Una segunda expedición dio como fruto un par de lámparas de aceite que Sam examinó y encontró en buen estado.

A continuación se le ocurrió una idea más y se volvió hacia un enorme armario de caoba que se erguía cubierto casi por completo de lona. Había mirado dentro una vez, recordaba, y a menos que lo engañara la memoria... Sam retiró los pliegues de lona de las puertas y lo abrió.

¡Sí, ahí estaba!

El destello de un espejo resplandeció en los oscuros confines del armario. Montado antiguamente en el interior de una de las puertas, ahora estaba suelto, posado contra la pared del fondo. Sam lo sacó y se lo llevó con gesto triunfal adonde había preparado la cama para Eddie. Lo dejó apoyado en la pared junto al lavamanos.

—Tendrá que poder peinarse por la mañana —le dio a Sal, a modo de explicación—. Todas las comodidades del hogar. Ese es nuestro lema.

Satisfecho con el resultado de sus esfuerzos, Sam examinó su imagen en el espejo, sonriendo al ver cómo la superficie agrietada distorsionaba sus rasgos poco agraciados, confiriéndole un requiebro añadido a la nariz rota que lucía desde hacía veinte años, recuerdo de sus tiempos de boxeador de feria.

Una cosa era segura: Ada no se había casado con él por su aspecto.

«No eres ningún Adonis, Sam Watkin», le había dicho más de una vez. «Pero eres buen tipo».

Sam no sabía si era buen tipo o no, pero se sentía contento con lo que estaba haciendo por Eddie, que antes parecía avejentado cuando se sentaron juntos en la orilla de la carretera. Como si la vida lo estuviera aplastando.

Dios, corrían tiempos difíciles.

—Eso es. Así está mejor.

Sam encendió su pipa y se recostó con un suspiro. Había almorzado desacostumbradamente tarde ese día. Pero los emparedados de queso que le había preparado Ada le habían sabido a gloria, mientras que el pedazo de salchicha fría y la galleta que había puesto aparte para Sal habían sido igual de bien recibidos. La perra estaba estirada en el suelo junto a él ahora, dormida en un abrir y cerrar de ojos, agitando el hocico, persiguiendo conejos en sus sueños.

Aunque había terminado con el granero, aún le quedaba por hacer su habitual ronda de inspección por la casa y las dependencias, y eran cerca de las tres cuando salió del patio y subió por la cara de la colina hasta la cordillera boscosa que había detrás de la granja. Mientras remontaba la resbaladiza pendiente, Sam se había reído al ver lo mal que lo estaba pasando su acompañante con el ascenso.

—Eso te pasa por comer demasiado, muchacha. —Estaba gorda como una pelota.

Una vez en la cima la marcha se había vuelto más fácil. Aquí el suelo estaba alfombrado por generaciones de hojas caídas, perfumado el aire inmóvil con las fragancias almacenadas del verano. Sam había hecho una pausa para admirar las motas de polvo que danzaban en saetas de luz solar atravesando el dosel de follaje sobre sus cabezas. Le encantaban los bosques. Lo transportaban a su niñez, una era de inocencia, en su cabeza, antes de la guerra, cuando el mundo parecía distinto. A sus días de cazador furtivo, que aun ahora le parecían libres de culpa, cuando era un muchacho que trabajaba en una granja cerca de Redford y se escabullía por las noches en el bosque iluminado por el crepúsculo.

Al atravesar una mata de helechos habían ahuyentado a un faisán, cuyo inesperado y frenético batir de alas los sobresaltó a ambos. Los excitados ladridos de Sally habían hecho añicos el profundo silencio de los árboles.

El lugar donde se habían detenido por fin, bajo una alta haya al filo del bosque, era uno de sus sitios favoritos. Desde allí podía ver el valle entero extendido ante él, respaldado por los múltiples pliegues de las Downs, cuyas cumbres cubiertas de hierba resplandecían con la menguante luz del atardecer.

—Las Downs, chatas, cabizbajas y gibosas como ballenas.

A Sam le gustaba citar la frase de Kipling, que había escuchado por primera vez de labios de su hermana mayor, Rose, quien a su vez la había aprendido en la escuela. Ahora, siempre que su mirada se posaba en los amplios montes verdes, pensaba en cuánto se parecían a un rebaño de gigantescas criaturas marinas.

No sólo debía vigilar los edificios de la granja. El señor Cuthbertson le había pedido que le echara un ojo también a los terrenos, y desde donde estaba sentado podía pasear la mirada por una amplia zona, hacia el oeste en dirección a Elsted y hacia el este hasta los tejados rojos de Oak Green.

Ese día el valle parecía desierto. La única figura que divisó era la de un hombre

solo a cierta distancia, en la cima desnuda de la sierra de enfrente, contemplando el firmamento con unos prismáticos.

Sam dirigió la mirada al arroyo que discurría por el centro del valle en busca de delatores hilillos de humo, cualquier indicio de una fogata en la sinuosa línea de sauces y arbustos que señalaba el curso de agua. Como era de esperar, las granjas deshabitadas se habían convertido en un imán para los vagabundos, y el señor Cuthbertson le había pedido que los mantuviera tan alejados como le fuera posible, y en cualquier caso que se asegurara de que nadie intentaba instalarse en ninguno de los edificios.

No le faltaba razón. Una vez bajaban las temperaturas y empezaban a encender fuegos para calentarse y no sólo para cocinar existía el peligro de que incendiaran sin proponérselo el granero o establo donde se hubieran cobijado.

Sam se enfrentaba al problema a su manera. Cuando se cruzaba con alguno de estos vagabundos se paraba a charlar con ellos un rato, haciéndoles saber de forma amigable que había alguien encargado de vigilar la propiedad. Estaban invitados a descansar un momento, les decía, siempre y cuando no estropearan nada, pero no a remolonear sin motivo; ni a sentirse como en casa. Por encima de todo, debían mantenerse alejados de las viviendas; de lo contrario serían denunciados por invasión de la propiedad.

No era una parte de su trabajo con la que disfrutara. Varios de los vagabundos le resultaban conocidos, rostros familiares de años atrás. Consideraba a la mayoría de ellos hombres decentes caídos en desgracia y, a menudo, estas reuniones terminaban con Sam un florín o dos más pobre.

Los gitanos eran un caso aparte, taciturnos y reservados cuando se cruzaban sus caminos, arraigada en un resentimiento de siglos de antigüedad la hostilidad que destilaban sus ojos. Tanto si esto se debía a su naturaleza, a su modo de vida, o a la forma en que los trataban los demás —gente como él, ya puestos— era una cuestión que Sam no había resuelto nunca, y a falta de una respuesta satisfactoria recurría a una actitud franca y sin rodeos cuando hablaba con ellos. Pero aquello le dejaba un regusto amargo en la boca, y siempre se sentía aliviado cuando acababa y veía sus caravanas perdiéndose en el horizonte.

Miró su reloj de reojo. Eran las cuatro menos cuarto.

—Arriba, Sal. Hora de ponerse en marcha.

Sacudió su pipa y se levantó, pero tuvo que esperar mientras Sally se incorporaba con esfuerzo, entre gemidos. Pobre chica. El reuma empezaba a instalarse en sus articulaciones. Esperaba no tener que llegar al extremo de sacrificarla. No sabía si sería capaz de hacerlo.

—Vamos allá.

El camino más corto de vuelta a su furgoneta conducía paralelo a la sierra hasta la

depresión por donde cruzaba el camino. Pronto llegaron a él, y Sam se detuvo un momento para pasear la mirada a lo largo del sendero. Estaba pensando en lo fácil que le resultaría a Eddie venir por aquí después del trabajo.

—¡Sally!

El gritito atiplado sonó a sus espaldas, y Sam miró a su alrededor. Una jovencita vestida con una túnica de gimnasia y cargada con una mochila escolar subía corriendo por el camino hacia ellos, procedente de la carretera. Sam la saludó con la mano.

—Mira, Sal... ahí está tu amiga.

Sally, cuya vista ya no era la misma de antes, no parecía muy convencida. Soltó un ladrido dubitativo. Luego empezó a menear la cola.

—¡Ay, Sally! ¿No me reconocías? —La niña llegó hasta ellos. Tras desembarazarse de su mochila y su sombrero de paja blanco, se puso de rodillas y rodeó el cuello de Sal con los brazos.

Sam, de pie junto a ellas, sonrió.

—Ya pensaba que no íbamos a verte hoy —dijo.

Se llamaba Nell. Nell Ramsay. Vivía en Oak Green, pero asistía al colegio en Midhurst y volvía en autobús todas las tardes. Era a comienzos de primavera cuando se habían tropezado con ella por primera vez en Wood Way, y desde entonces Sal y ella se habían convertido en uña y carne.

—Lo siento, señor Watkin. Debería haberle dado las buenas tardes a usted primero. —Sonriendo, levantó la cabeza, apartándose el pelo moreno de los ojos.

—¿Qué tal va todo, cariño?

—Muy bien, gracias. —Pese a su remilgada forma de hablar no se daba aires de grandeza, y a lo largo del verano Sam se había descubierto fascinado por sus ademanes sencillos y la franqueza con que se dirigía a todas las personas con quienes se cruzaba. En honor a la verdad, le recordaba a su Rosie, que era un año menor, y rubia en comparación con la bronceada Nell, pero lucía la misma expresión de entusiasmo en los ojos. Esa expresión que adoptaban las jovencitas que se hallaban al filo de la madurez.

Gracias a su falta de remilgos, ya lo sabía todo sobre ella... y sobre su familia. Se habían trasladado de Midhurst a Oak Green hacía tres años, le había contado Nell, pero su padre seguía trabajando de censor jurado en la ciudad y la llevaba en coche a la escuela todas las mañanas. Hasta ese mismo año siempre era su madre la que la recogía por las tardes. Pero desde que cumpliera los trece —Nell, la menor de los tres hijos de los Ramsay, tenía dos hermanos en la universidad— la consideraban lo bastante mayor como para cubrir el trayecto por su cuenta.

—Había reservado una galleta por si nos encontrábamos, Sally. Pero ahora no sé si debería dártela. Te estás poniendo gordísima.

La palabra «galleta» hizo que Sally atiesara las orejas, y ahora, como si estuviera bajo el hechizo de sus delicuescentes ojos castaños, Nell metió la mano sin mirar en su mochila y sacó un bocado de jengibre, que no tardó en desaparecer. Sam no pudo por menos que sacudir la cabeza y suspirar. Perra más glotona no la había en el mundo.

—Lo siento, hoy tengo que darme prisa. —Nell recogió sus cosas del suelo—. La tía Edith viene a tomar el té y a mamá no le gusta que me demore. —Plantó un beso en la sedosa cabeza que había junto a la suya y se irguió—. Adiós, señor Watkin. Adiós, Sally.

Sonriendo, Sam le dijo adiós con la mano y vio cómo se alejaba corriendo por el sendero mientras se colgaba la mochila de los hombros y se sujetaba el sombrero sobre la cabeza. Se dio la vuelta dispuesto a marcharse, pero hubo de detenerse una vez más al encontrar a Sally plantada sobre los cuartos traseros a su espalda, enfrascada en rascarse detrás de una oreja. O intentándolo. De un tiempo a esta parte le costaba horrores alcanzar ese punto, por lo que la tarea requería toda su atención.

—Venga, vieja. Ya lo hago yo.

Pero aunque la rascó a conciencia, no logró producir el resultado deseado, y en cuanto hubo acabado el animal volvió a abstraerse en lo que estaba haciendo antes, dejando a Sam sin otra opción que esperar a que terminara antes de proseguir su camino.

Volvió a mirar sendero abajo y vio que Nell había recorrido ya una buena distancia y se acercaba a la bifurcación que la conduciría a Oak Green.

Fue entonces cuando reparó en otro detalle. El tipo que había divisado antes, en lo alto de la sierra de enfrente, al otro lado del valle. El de los prismáticos. Todavía estaba allí.

Sam lo había tomado por un observador de aves. Los había de sobra en los alrededores, sobre todo en verano, y eran fáciles de distinguir. Oteaban el cielo sin descanso, apuntando a veces lo que veían. Pero lo que fuera que estuviese observando ahora este tipo, no era ningún pájaro. Sus binoculares apuntaban al valle a sus pies, lo que resultaba extraño, pensó Sam, puesto que allí no había nada que ver. Nada de interés.

Salvo la figura de Nell, que corría por el campo abierto alejándose del camino en dirección a los tejados rojos de Oak Green, con su sombrero blanco balanceándose como una flor transportada por la corriente.

—¿Vane? ¿Philip Vane? —Bennett, incrédulo, se quedó mirando al inspector jefe—. ¿Lo dice usted en serio?

—Completamente, señor. ¿Lo conoce? —Sinclair aún tenía en la mano la fotografía que acababa de sacar de su carpeta.

Bennett hizo un gesto de impaciencia y Sinclair le entregó la copia satinada, extraída de un archivo de revistas. Se trataba del retrato de estudio de un hombre de alrededor de cuarenta años cuyos rasgos, enjutos y refinados, mostraban una expresión de aburrimiento. Elegantemente vestido de etiqueta, lucía alrededor del cuello una suerte de condecoración con forma de cinta. El comisario adjunto contempló la imagen un momento antes de asentir con la cabeza.

—Es Vane —reconoció—. Nos hemos visto varias veces. —Miró al inspector jefe, y luego de reojo a Holly, sentado a su lado. La apagada luz otoñal que entraba por las ventanas de su despacho confería un tinte plomizo a sus rostros—. ¿Alguno de ustedes tiene idea de quién se trata? —preguntó en tono neutral.

—Nunca había oído hablar de él, señor.

Mientras que la respuesta de Holly fue instantánea, Sinclair se tomó su tiempo antes de contestar. Alertado por la expresión de su superior, optó por escoger sus palabras con cuidado.

—Sé que trabaja en el Ministerio de Asuntos Exteriores —dijo. De hecho, estaba mucho mejor enterado acerca del individuo en cuestión, pero al ver el semblante de Bennett, decidió que lo más prudente sería guardarse dicha información, al menos por el momento.

—Ah, no sólo eso, saben. —El tono de voz de Bennett era amigable, pero al inspector jefe no le pasó desapercibida la nota de advertencia que encerraba—. Vane es especialista en asuntos europeos, toda una eminencia.

Sinclair se esforzó por mostrarse impresionado.

—Almuerzo en palacio, por añadidura. ¿Sabía usted eso?

—No, señor. —Dadas las circunstancias, a Sinclair le pareció que mentir estaba justificado.

—Pues sí, y también sale a cazar por Sandringham. —La mirada de Bennett era penetrante.

—¡Atiza! —silbó Holly—. Entonces, ¿ése es el tipo del coche?

Bennett no le hizo caso. Mantenía la mirada fija en el rostro de Sinclair. El inspector jefe había acudido a esta cita, organizada a petición suya, no exento de cierta tensión. Habló ahora sin rodeos.

—Con el debido respeto, señor, la cuestión no es si Philip Vane goza de buena reputación en el Ministerio de Asuntos Exteriores... estoy seguro de que así es... ni

tampoco si su nombre se incluye en la lista de invitados de palacio. Se trata de algo mucho más simple. ¿Es o no es un asesino?

Bennett cogió aire sonoramente y Sinclair se preparó para aguantar la tormenta que se avecinaba. Tras media vida trabajando en los alrededores de Whitehall, conocía de sobra el efecto que podía surtir el menor indicio de escándalo en las altas esferas. La brusquedad de la reacción de su superior lo había sorprendido igualmente, y por un instante se preguntó preocupado si no habría en juego algo más de lo que suponía.

Bennett, entretanto, se esforzaba por mantener la compostura. Habló con voz controlada.

—Aparte del hecho de que posee un automóvil de esta factura, ¿tiene algún motivo para creer que lo sea?

—Señor, en estos momentos sólo cuento con información...

—¿En serio es capaz de considerar a alguien como Philip Vane responsable de unos crímenes tan brutales? —lo interrumpió el comisario adjunto, traspasándolo con la mirada—. ¿Con absoluta sinceridad, inspector jefe?

—Bueno, no me pronuncio ni a uno ni a otro respecto. —Sinclair procuró aparentar escandalizarse ante la pregunta. Veía que se había adentrado en terreno minado—. Debo hacer hincapié, no obstante, en el hecho de que el hombre que buscamos casi con toda probabilidad posee unas características poco usuales. De lo contrario ya lo habríamos capturado. Y no se puede excluir a nadie basándose simplemente en su posición. Su clase...

Las palabras de Franz Weiss al respecto habían aflorado al recuerdo del inspector mientras hablaba.

—Dicho lo cual, lo único que me interesa ahora mismo son los hechos. Permítame compartir con usted lo que he averiguado. —Ya había abierto la carpeta que tenía apoyada en la rodilla y continuó antes de que Bennett pudiera interrumpirlo de nuevo—. Vane compró un Mercedes-Benz del modelo relevante en junio de 1929... Recordará usted que la niña de Henley desapareció en julio del mismo año. En octubre fue destinado a la embajada británica en Berlín, donde permaneció hasta julio de este año, cuando regresó a Londres. —Sinclair levantó la cabeza—. Nos extrañaba el prolongado lapso de tiempo existente entre el caso inicial y el asesinato de Bognor Regis, que tuvo lugar a finales de julio, y habíamos comentado la posibilidad de que el asesino hubiera estado en el extranjero durante ese periodo. —Volvió a bajar la mirada—. Ah, por cierto, si compró un Mercedes y no un coche fabricado en Gran Bretaña fue precisamente porque viajaba a Alemania. Al parecer pensaba que sería más fácil obtener atención y mantenimiento para su vehículo allí.

Se hizo el silencio en la oficina. Holly los miró a ambos. El comisario adjunto había palidecido. Cuando habló, apenas si pudo reprimir la rabia que destilaba su voz.

—¿Ha estado usted haciendo pesquisas sobre Vane entre sus colegas y amigos, inspector jefe?

—Santo cielo, no. Es una figura pública, señor. Todo esto es confidencial. —Sinclair dio unos golpecitos en la carpeta que descansaba encima de su rodilla—. Igual que su adquisición del vehículo en cuestión.

—¿Y sus motivos, sus motivos personales, para comprar una máquina de fabricación alemana? ¿También eso es confidencial?

—Habladurías, señor. Del dominio público. —Sinclair mantuvo la compostura—. Su nombre figuraba en la lista que nos envió la gente de Mercedes. Es el único que no hemos comprobado. En circunstancias normales, probablemente ya habría hablado con él si no fuera porque en estos momentos se encuentra fuera del país. Pero estoy seguro de que no tardará en regresar.

—Es una suerte para usted que no lo hiciera —dijo Bennett en voz baja, consiguiendo que Angus Sinclair enarcara las cejas, sorprendido—. Se lo advierto, inspector jefe. Tenga cuidado. Como esto le estalle en las manos, pagará caras las consecuencias. Ya está usted jugando con fuego.

—¿Sí, señor? —Enfadado a su vez, Sinclair sostuvo fríamente la acalorada mirada de su superior—. En fin, así sea. A partir de estos momentos Philip Vane es sospechoso. Habrá que solicitarle que emita una declaración detallada de sus movimientos en los días relevantes de julio y septiembre, y que presente pruebas que los corroboren, a ser posible.

—¿Y qué explicación sugiere usted darle para justificar esta invasión de su intimidad?

—Ninguna, a menos que él lo pida, en cuyo caso le diré la verdad.

Bennett respiró hondo. Su palidez había disminuido, pero en su lugar habían aparecido dos manchas rojas en sus mejillas, como señales de advertencia. Miró fijamente al inspector jefe, pestañeando con rapidez.

Holly carraspeó.

—Mientras reflexiona usted al respecto, señor, quizá quiera considerar otra posibilidad.

—¿De qué se trata, Arthur? —Fue Sinclair el que planteó la pregunta. Su mirada seguía sin apartarse de la del comisario adjunto.

—Podríamos vigilarlo.

—¿Espiar a Philip Vane? —Bennett dio rienda suelta a sus sentimientos, descargando los puños con fuerza sobre el escritorio—. ¿Es que está usted loco?

—No, señor. Bastante cabal, creo. Hambriento, eso sí. —Holly sonrió con picardía, suavizando un poco el ambiente tenso—. Pero hasta que decida usted si Angus puede hablar con este tipo o no, ¿qué tiene de malo seguir la pista de sus movimientos?

—De ninguna manera. ¿Ha quedado claro?

—En tal caso, ¿puedo sugerir una solución intermedia? —intervino Sinclair, sin dar lugar a pausa—. Vane todavía posee ese coche. Está aparcado aquí, en Londres. Lo que sugeriría, señor, y encarecidamente, es que se vigile por lo menos ese vehículo hasta nuevo aviso. Si Vane sale de la ciudad, habrá que seguirlo.

Bennett adoptó la expresión de quien se ve obligado a tragar una dosis de cianuro y asintió con la cabeza.

—Muy bien. Accederé a eso. Pero a nada más.

—Y luego está el tema de la entrevista. —Sinclair se negaba a permitir que la cosa quedara ahí—. Solicito su autorización para hablar con Philip Vane, y cuanto antes. Si resulta estar limpio, tanto mejor. Así podremos borrar su nombre de nuestros archivos.

El comisario adjunto se sentó encorvado en su silla, con los labios apretados en una fina línea.

—Me veo en la obligación de recordarle que no tiene ninguna prueba contra este hombre.

—Soy consciente de ello, señor.

—Ya, ¿pero entiende realmente lo que propone hacer? No se trata únicamente de la posición que ocupa Vane en Asuntos Exteriores. Goza de amistades y partidarios poderosos en otros círculos.

—Sin duda no sugeriré usted que debido a esos motivos deberíamos dejar de entrevistarle, señor.

Los labios de Bennett estaban lívidos de rabia. Holly, nervioso, miró de uno a otro hombre, preguntándose si no debería intervenir. Empezaba a preocuparse por su amigo.

—Quiero creer que esta cuestión está zanjada. —El comisario adjunto habló con voz inflexible. Estaba haciendo un esfuerzo por mantener la calma.

—Sin duda, señor. Aunque no por mucho tiempo, espero. —Sinclair no daba el brazo a torcer.

—¡Inspector jefe! Su opinión ya ha quedado clara. ¡No insista! —Bennett lo fulminó con la mirada—. Los veré a ambos a las cinco. Eso es todo.

Los dos hombres se levantaron y salieron del despacho en silencio. Nada más cruzar la antesala y llegar al pasillo, Holly agarró a su compañero del brazo.

—¿Qué mosca te ha picado, Angus? Pero hombre, ¿es que te quieres ganar la jubilación anticipada?

—«Almuerzo en palacio. ¡Sale a cazar por Sandringham!».

Holly vio que la conducta glacial de su amigo lo había engañado en la oficina de Bennett. El inspector jefe tenía las mejillas encendidas de rabia. Sus ojos grises como el pedernal, por lo general fríos, soltaban chispas.

—Tranquilízate, por el amor de Dios —lo apremió—. Estás atacando esto como un toro la barrera. No es propio de ti. Dale a Bennett un poco de tiempo para pensárselo.

Ceñudo, Sinclair aguardó en silencio mientras dos detectives pasaban junto a ellos por el pasillo. Respondió a sus saludos con un ademán de cabeza casi imperceptible.

—Está buscando la manera de salir de ésta. Ya lo verás... no me dejará acercarme a Vane.

—Eso tú no lo sabes. —Holly agitó un dedo con gesto admonitorio—. Concédele una oportunidad. Además, pronto saldremos de dudas. Ha dicho a las cinco.

Pero no tuvieron que esperar tanto. Una hora antes de lo previsto, Sinclair recibió una llamada de teléfono urgente por la cual se le urgía a regresar al despacho del comisario adjunto. Bajó corriendo las escaleras para llegar al pasillo de la planta inferior, donde vio la figura del superintendente, más esbelta tras las semanas de régimen, caminando con paso vivo en la misma dirección.

—¿Qué querrá ahora? —Sinclair le había dado alcance en la antesala. Esperaron mientras la secretaria de Bennett anunciaba su llegada—. Pensaba que nuestro amo y señor no tendría ninguna prisa por zanjar este asunto.

El inspector jefe había acudido preparado psicológicamente para reanudar el combate —estaba decidido a no hacer ninguna concesión sobre el tema— pero nada más entrar en la oficina le bastó un vistazo para darse cuenta de que la situación había cambiado. Bennett, más pálido que de costumbre, estaba sentado a su escritorio. El inusitado brillo de su mirada, cuando levantó la cabeza, sugería algún tipo de conmoción sufrida recientemente. Su rostro exhibía una expresión de profunda ansiedad.

—Siéntense, caballeros, por favor.

Mientras obedecía, Sinclair reparó en un montón de telegramas apilados encima del secante de la mesa. Bennett había estado estudiándolos cuando entraron, y ahora volvió a dirigir su atención al primero, hojeándolo durante varios segundos antes de levantar nuevamente la cabeza y mirarlos a los dos.

—Desde nuestro anterior encuentro, he recibido un mensaje en respuesta a la solicitud que enviamos a la Interpol. Recordarán ustedes que les habíamos pedido toda la información que pudieran tener relacionada con crímenes similares a los que estamos investigando.

—¿Tienen informes sobre casos parecidos en Viena? —Sinclair no pudo disimular la trepidación con que aguardaba la respuesta.

—Sí... supongo... en fin. —Bennett vaciló—. Pero este telegrama procede de Berlín. El remitente es Arthur Nebe. —Cruzó la mirada de reojo con Sinclair.

—¿Nebe? —Holly se peleó con la pronunciación desconocida.

—Tocayo suyo, Arthur. —Sinclair mantuvo la mirada fija en el rostro del comisario adjunto—. Comisario principal de la policía berlinesa, director de su DIC.

Bennett tragó saliva. Se le había enronquecido un poco la voz.

—La organización transmitió nuestra petición a Nebe, que solicitó responder a ella directamente, alegando «circunstancias especiales»... Su mensaje no deja traslucir cuáles pueden ser éstas. —El comisario adjunto se mordió el labio.

Sinclair dejó vagar la mirada a la ventana, donde ya había caído la noche. Las luces de los edificios al otro lado del río brillaban tan sólo tenuemente. La bruma que llevaba acumulándose todo el día estaba espesándose en forma de niebla cerrada.

Bennett continuó:

—Al parecer la policía alemana lleva algún tiempo investigando varios casos similares a los nuestros. Nebe no dice cuántos, pero informa de que cubren un periodo de dos años, comenzando a finales de 1929... —Levantó la cabeza y volvió a cruzar la mirada con Sinclair—. Sí. Ya. Concuerda con la etapa de Vane destinado en Alemania.

El inspector jefe guardó silencio. No experimentaba ninguna sensación de triunfo, sino que se compadecía de su superior, cuyo calvario sólo acababa de empezar.

—Nebe desconocía, hasta recibir noticias de Viena, que aquí tuviéramos casos comparables. —El comisario adjunto había vuelto a fijar su atención en el telegrama—. Sugiere que nuestras dos fuerzas policiales cooperen en esta «circunstancia de excepción»... palabras textuales... y dice que ha enviado un oficial a Londres «para ponerles completamente al corriente de la investigación en curso en Alemania y para ofrecer toda la ayuda que pueda prestar». Muy considerado por su parte, dadas las circunstancias. Dios santo, me pregunto cuánto sabrán. Cuánto habrán deducido. —Bennett zangoloteó la cabeza, desesperado—. Este hombre viene de camino. Llegará a Londres mañana.

Dejó los telegramas a un lado. Cerró los ojos, apoyó la barbilla en las manos y se quedó sentado como una estatua, inmóvil, por unos instantes. Al prolongarse el silencio, Holly lanzó una mirada inquisitiva de soslayo a Sinclair, que se llevó un dedo a los labios y sacudió la cabeza.

Bennett abrió los ojos.

—Le debo a usted una disculpa, inspector jefe.

—En absoluto, señor. Estoy tan sorprendido como usted. —Mientras formulaba la respuesta de rigor, Sinclair pensó con intranquilidad en la exactitud con que encajaba Philip Vane con al menos uno de los retratos imaginarios que bosquejara el doctor Weiss durante la conversación que habían mantenido en Highfield. Una persona parapetada tras su posición, con facilidades a su disposición para ocultar sus huellas.

El comisario adjunto se sentó con la espalda recta.

—Volvamos a asuntos más prácticos. Bajo ningún concepto se hará público el nombre de Vane hasta que hayamos tenido ocasión de hablar con él. ¿Estamos de acuerdo en eso?

—Por completo, señor.

—¿Dice usted que se encuentra en el extranjero?

—Me dijeron que estaba fuera por razones gubernamentales. No hice más preguntas. Volverá la semana que viene.

—Bien. Para ese entonces ya habremos escuchado lo que tenga que decirnos nuestro colega alemán y sabremos mejor en qué posición nos hallamos. Pero haremos bien en prepararnos para lo peor. Podría darse el caso de que la autoría de estos crímenes se deba a un alto cargo del gobierno, y que entre sus víctimas se cuenten ciudadanos de un país en el que está acreditado como embajador. Sobra decir que esta situación no se parece a ninguna que hayamos experimentado antes. Pero si hay que lidiar con ella, lo haremos. Caballeros...

Bennett se quedó en su silla, pero levantó una mano cansada a modo de despedida mientras los otros dos hombres se incorporaban para salir. Sinclair se detuvo en la puerta, volvió la mirada atrás y vio cómo empezaba a hojear nuevamente los telegramas. Era asombroso cómo había envejecido el semblante del comisario adjunto en el último cuarto de hora.

—¿*Krim... Krimin...*?

Arthur Holly entornó los párpados ante la tarjeta blanca que acababa de pasarle Sinclair. Aunque sólo eran un poco más de las dos, las luces del despacho de Bennett, incluida su lámpara de escritorio con pantalla verde, estaban todas encendidas. Fuera, el manto de niebla presionaba contra los cristales de la ventana, reduciendo la escasa iluminación procedente del cielo a un tenue fulgor uniforme, del color del agua turbia. Habían transcurrido menos de veinticuatro horas desde su último encuentro.

—¿*Krim-in-al...*? —Holly frunció el ceño. La palabra con la que estaba peleándose —*Kriminalinspektor*— no era una con la que estuviera familiarizado, y le estaba costando trabajo articular las aparentemente interminables sílabas.

—Es un inspector de policía alemán, Arthur —acudió Sinclair al rescate—. Un poli, igual que nosotros.

Holly resopló, poco convencido. Desde la reunión del día anterior lo asaltaban las dudas sobre lo acertado de permitir que un extranjero compartiera sus deliberaciones sobre un asunto tan delicado... dudas que le había expresado a Sinclair en privado un poco antes. El hecho de que su visitante fuera alemán —o «tudesco», como prefería llamarlo el superintendente— no hacía sino empeorar las cosas.

—Probs... Prost... —Ahora se las estaba viendo con el nombre—. ¡Probst! Eso es. Hans-Jo... ¿Hans-Joa?

—¡Hans-Joachim Probst! ¡Por el amor de Dios, superintendente! —A Bennett se le agotó la paciencia. Llevaba toda la mañana de un humor de perros.

—Gracias, señor. —Impertérrito, Holly se levantó y devolvió la tarjeta al secante de su superior. Había llegado hacía unos minutos, despachada desde recepción con la noticia de que su propietario aguardaba en el vestíbulo de la planta baja. Bennett había ordenado que lo condujeran inmediatamente arriba, a su oficina del primer piso.

El emisario de Nebe llegaba con retraso —se habían pasado la mañana entera esperándolo— pero no por su culpa. La niebla del canal había provocado demoras en el tráfico de ferris, y cuando Sinclair llamó por teléfono a la estación de Victoria fue para descubrir que el tren procedente de Berlín no arribaría hasta pasada la una. A y veinte, el inspector Probst había telefoneado para anunciar su llegada. Olvidándose de que la niebla también obstaculizaría a los taxis, Bennett había mandado llamar a Holly y Sinclair sin perder tiempo, motivo por el cual los tres llevaban todo este rato en su oficina, mano sobre mano.

Sinclair se fijó ahora en el comisario adjunto y reparó en su mirada de preocupación y su pálido aspecto. Se preguntó cómo habría pasado la noche sir Wilfred. La suya distaba de haber sido apacible. Ningún policía podía contemplar la

detención de un alto cargo del gobierno sin cierta preocupación: un alto cargo del gobierno, para más señas, con acceso a los más selectos círculos sociales del país. Dadas las terribles acusaciones que pronto habrían de lanzarse sobre Philip Vane, el caso tenía toda la pinta de ser una pesadilla en ciernes. No podía haber fisuras, de eso no le cabía ninguna duda al inspector jefe. El tiro por la culata de una investigación fallida sería letal. Y de ellos tres, el que más tenía que perder era el comisario adjunto.

Llamaron suavemente a la puerta. La secretaria de Bennett asomó la cabeza.

—El caballero alemán está aquí, señor.

—Hágale pasar, por favor, señorita Baxter. —Bennett se puso de pie, y los otros dos siguieron su ejemplo. Cuando entró su visitante, el comisario adjunto salió de detrás de su mesa y le tendió la mano—. ¿Inspector Probst?

—¡Sir Wilfred! —Probst acompañó el apretón de manos con una reverencia rígida. Era un hombre entrado en la treintena, de pelo rubio y rizado con entradas que le alargaban la frente alta. De constitución delgada, llevaba puesto un traje de corte pasado de moda y una camisa de almidonado cuello alto. Tanto su apariencia como su porte se le habían antojado a Sinclair remilgados y estirados hasta que los dos hombres fueron presentados, momento en que el inspector jefe se encontró asomado a un par de ojos tan fríos y atentos como los suyos, aunque no exentos de un dejo de humor en sus azules profundidades.

Alertado, observó con atención a su visitante mientras Bennett lo conducía a la mesa de reuniones. La impresión inicial de rigidez y formalidad que le había dado el inspector se disipó enseguida. De hecho, teniendo en cuenta que acababa de realizar un viaje tan largo como agotador y que ahora debía hacer frente a una reunión complicada entre desconocidos —y en un idioma que no era el suyo— la serenidad de Probst era admirable. Mientras los demás se sentaban a su alrededor, deshizo con calma las correas de su maletín y sacó una gruesa carpeta, sujeta con cinta negra, que dejó encima de la mesa ante él.

—Antes de comenzar, inspector... ¿le puedo ofrecer un refrigerio? ¿Café? ¿Té? ¿Algo de comer, quizá? —Bennett había ocupado la cabeza de la estrecha mesa de roble y situado a Holly y Sinclair a ambos lados de él, frente a Probst. Lejos de guardar la compostura, el comisario adjunto se revolvía nervioso en su silla, mirando de reojo a la niebla agolpada en la ventana, como si buscara inspiración en ella, en contraste con su visitante, que sin apresurarse ordenó los papeles de su carpeta mientras aguardaba el comienzo del proceso.

—Gracias, sir Wilfred. Comí algo en el tren. Un poco de agua será suficiente. —Con una sonrisa y un asentimiento de cabeza Probst alcanzó la jarra que había encima de la mesa y se sirvió un vaso.

—Me gustaría comenzar diciendo cómo me alegra descubrir que habla usted

nuestro idioma con tanta soltura. —Remiso a ir directo al grano, el comisario adjunto seguía buscando excusas para ganar tiempo—. De lo contrario, me temo que habría tenido que encargar un intérprete, algo que preferiría evitar, dadas las circunstancias. —Lanzó una mirada cargada de intención al inspector, deseando tal vez descubrir por adelantado si el asombroso hallazgo realizado por los representantes del Yard había llegado ya a oídos de sus colegas berlineses. El discreto cabeceo que dio Probst a modo de respuesta, sin embargo, no arrojó la menor luz sobre esa cuestión, ni para bien ni para mal.

—Es usted muy amable al halagar mi inglés, sir Wilfred, pero el mérito es de una dama de Berlín, la señorita Adamson, natural de Durham. Durante años la visité dos veces a la semana, y es gracias a ella que estoy familiarizado con las obras de sir Walter Scott y Robert Louis Stevenson, todas las cuales le leí de la primera página a la última. Un placer para mí, a buen seguro, aunque tal vez no tanto para la pobre señorita Adamson, puesto que dichos libros se diría que eran los únicos que empleaba a tal fin; y contaba con un nutrido alumnado.

Sinclair se dio cuenta, divertido, de que era su visitante el que se había propuesto calmar los nervios de sus anfitriones.

—Sin embargo, quizá le interese saber dónde aprendí el idioma por primera vez —continuó Probst—. Fui prisionero en un campamento militar. A comienzos del conflicto... fue en 1915... salté por los aires... ésa es la expresión correcta, ¿verdad?, ¿saltar por los aires? —Sus ojos azules resplandecieron—. Al despertar me encontré en un hospital de campaña británico, y pasé el resto de la guerra en un campamento cerca de la ciudad de Carlisle, aprendiendo no sólo inglés sino también el arte de confeccionar cestos de mimbre y levantar muros de ladrillo. Rara vez he empleado mi tiempo de forma más útil, ni antes ni después de aquello.

Este largo discurso, observó Sinclair, pareció surtir el efecto deseado en Bennett. El comisario adjunto estaba sentado con la barbilla apoyada en una mano, escuchando atentamente. Un vistazo de reojo a Holly, a su otro lado, reveló una imagen bien distinta. Al parecer el espectáculo de un extranjero —un tudesco, nada menos— declamando en el inglés del rey con semejante aplomo había pillado desprevenido al superintendente, que lucía la incredulidad más absoluta plasmada en los rasgos.

Bennett se acomodó en su silla.

—Al grano, en tal caso. —Se volvió hacia Probst—. Herr Nebe nos informaba en su telegrama de que han estado investigando ustedes en Alemania una serie de asesinatos que muy bien podrían estar relacionados con los crímenes similares que aquí nos ocupan. Nos interesaría enormemente saber de ellos, así como cualquier otra cosa que pueda usted decirnos.

Probst asintió con la cabeza.

—He traído toda la información pertinente, sir Wilfred. Los asesinatos que estoy a punto de describir poseen una «firma» característica, una firma que quizá les suene de algo. De ser así, estamos dispuestos a brindarles toda la ayuda posible a fin de llevar a este hombre ante la justicia. Hablo no sólo en nombre de mis superiores de Berlín, sino también de la policía de Baviera.

—¿La policía de Baviera? —se sorprendió Bennett.

—En efecto, dos de los asesinatos a los que me refiero se cometieron allí. Los otros cuatro, en Prusia. Ocurrieron en un periodo de tiempo que comprende algo más de dos años entre diciembre de 1929 y abril del presente, momento desde el que no se ha vuelto a denunciar ninguno: ninguno, esto es, hasta que recibimos la noticia de su petición a la organización internacional.

—¿De modo que se han producido seis en total? —El comisario adjunto no terminaba de asimilar la macabra cifra.

—Seis, sí... aunque podrían ser más. —Probst los miró directamente.

—¿Por qué dice usted eso? —habló Holly.

—Por dos motivos, superintendente. En primer lugar, este asesino oculta los cadáveres de sus víctimas, o lo intenta. Creemos que lo que pretende es dejar un rastro frío... hallarse bien lejos cuando se encuentre el cuerpo. De modo que podría haber más cadáveres esperando a ser descubiertos. —Probst se encogió de hombros—. Entonces, ¿hay jóvenes desaparecidas?, me preguntarán ustedes. ¿Niñas desvanecidas? Por desgracia, la respuesta es sí, pero las razones para esto son múltiples, y no necesariamente relacionadas con este o cualquier otro caso criminal.

El inspector hizo una pausa, con el ceño fruncido.

—Como sin duda sabrán ustedes, mi país ha atravesado tiempos difíciles desde el fin de la guerra. Primero sufrimos el desplome de nuestra divisa, luego la Depresión. Hemos tenido reparaciones que pagar. Todo esto se refleja en nuestro clima político. La sociedad alemana se ha visto afectada, y uno de estos efectos es la disolución de muchas familias. Hemos visto mendigos... jóvenes obligados a subsistir en las calles. No hace falta que siga. Si este hombre buscaba víctimas con pocas probabilidades de ser echadas en falta no podría haber elegido un mejor territorio de caza que la Alemania de los últimos años.

—Sí, es comprensible, inspector... —Bennett se revolvió incómodo bajo la fría y ecuánime mirada del policía berlinés—. ¿Pero no podría facilitarnos usted algún detalle sobre estos asesinatos? Debemos decidir si se parecen a nuestros casos.

—Creo que así es —fue la pronta respuesta de Probst—. Aun por lo poco que hemos podido deducir de su petición a Viena, parece casi seguro que nos enfrentamos al mismo asesino. Pero dejaré que sea usted quien lo decida, sir Wilfred. —Mientras hablaba el inspector había sacado unos quevedos de manufactura antigua del bolsillo de su pechera, que se puso ahora para consultar los papeles de su carpeta; las lentes

con montura dorada, apoyadas en el puente de su nariz, le prestaban un aire aún más distinguido y hacían que pareciese mayor de lo que en realidad era.

—Las víctimas en Alemania son todas muchachas de edades comprendidas entre los diez y los trece años. Ninguna de ellas había alcanzado aún la pubertad. En todos los casos hubo violación y estrangulamiento, seguidos de agresiones al rostro de la víctima, para lo cual, según han podido determinar nuestros forenses, el asesino se valió siempre de la misma arma, o de una idéntica.

—¿Un martillo, podría ser? —Sinclair formuló la pregunta en voz baja.

—Sí, un utensilio de albañilería corriente. —Probst levantó la cabeza—. ¿Es lo mismo con las víctimas de aquí? Su solicitud a la comisión no era específica al respecto.

Antes de que Sinclair pudiera responder, intervino Bennett:

—Nuestras conclusiones son muy parecidas a las suyas. Creo que podemos decir casi con absoluta seguridad que buscamos al mismo hombre. Aquí tenemos dos casos en proceso de investigación. Más sobre ellos después. Continúe, si no le importa...

—Cruzó la mirada con el inspector jefe.

Probst volvió a encorvarse sobre su carpeta.

—Las pruebas que hemos conseguido reunir nos impulsan a creer que las niñas fueron recogidas, generalmente en una carretera, y conducidas en coche al escenario del asesinato, presumiblemente seleccionado con antelación. En los primeros dos casos, las niñas parecen haber sido asfixiadas o dejadas sin sentido antes de la agresión sexual. Pero en los cuatro casos siguientes se hallaron restos de cloroformo en los pulmones de las víctimas.

El inspector levantó la cabeza.

—Esta muestra de refinamiento en la técnica del asesino, si se puede llamar así, se nos antoja especialmente siniestra, como sin duda les ocurrirá a ustedes también. Como policías somos plenamente conscientes de lo peligrosos que se vuelven estos hombres tras desarrollar un método en el que predomina la repetición.

Hizo una pausa, se humedeció los labios y dedicó los instantes siguientes a recolocar los papeles en su carpeta. Mientras lo observaba, Sinclair comprendió que los ademanes secos y precisos del policía de Berlín eran en cierto modo una máscara: que, aun enfrascado en un árido recital de hechos, lo que estaba contándoles en realidad lo perturbaba profundamente.

—Nuestros dos primeros asesinatos tuvieron lugar en Prusia, ninguno de ellos muy lejos del mismo Berlín —prosiguió Probst su relato—. El tercero ocurrió en Baviera, en la región de Múnich. Lamentablemente, no se estableció de inmediato una conexión entre estos tres asesinatos. Como sin duda saben, Alemania carece de una fuerza policial unificada, o de una organización central como Scotland Yard, capaz de coordinar las pesquisas. Los estados y *Lander* se rigen por sus propios

criterios. Por desgracia, el intercambio de información ha sido lento.

»Sin embargo, con los asesinatos cuarto y quinto, cometidos nuevamente en las proximidades de Berlín, por fin se hizo evidente que estábamos buscando a un solo asesino, y desde entonces las autoridades prusianas y bávaras colaboran estrechamente. Fue el sexto asesinato, en abril de este año, también en Baviera, lo que nos proporcionó finalmente una pista medianamente sólida. Aunque me temo que cualquier posible ventaja que hubiéramos podido obtener resultó costarles cara a ustedes. —Dedicó una mirada de contrariedad a sus interlocutores.

Bennett frunció el ceño.

—Supongo que se refiere a que ahora este hombre ha transferido sus actividades a Inglaterra.

—Sí, nos parece probable que las pesquisas que pusimos en marcha podrían haberle obligado a buscar sus víctimas en otra parte. Pero incluso aquí la situación sigue sin estar clara. —Probst volvió a tamborilear con los dedos encima de la mesa—. Un halo de misterio envuelve a este hombre.

En el silencio que acompañó a este comentario sonó el prolongado y plañidero pitido de una sirena de niebla procedente del río. Sinclair presintió la creciente inquietud de Bennett por el rumbo que estaba tomando la conversación. Intervino:

—Una pista medianamente sólida, decía usted. Háblenos de ello, inspector. ¿Qué sucedió con el último asesinato? En Baviera, ¿verdad?

—Sí, la víctima en este caso fue la hija de un granjero del distrito de Allershausen, al norte de Múnich. Encontraron su cuerpo en una zona boscosa no muy lejos de la carretera principal. El crimen estuvo a punto de tener testigos. La esposa de un leñador paseaba por el bosque y oyó los gritos de la pequeña, seguidos del sonido de unos fuertes golpes. Imaginándose que estaba teniendo lugar algún tipo de hecho violento, estaba a punto de regresar corriendo a su casa para buscar ayuda cuando oyó que se acercaba alguien. Aterrada, se escondió, tendiéndose boca abajo, demasiado asustada incluso para elevar la mirada a quienquiera que estuviese pasando por allí. Cuando se hizo nuevamente el silencio, levantó la cabeza y vio la figura de un hombre a cierta distancia. Se hallaba de rodillas, de espaldas a ella, agachado junto a un arroyo que la misma mujer acababa de cruzar poco antes. Estaba desnudo de cintura para arriba.

—¡Desnudo! —Arthur Holly volvió a la vida con un gruñido.

—Se había quitado la camisa... —El inspector vaciló—. Hay que entender el estado de ánimo en que se encontraba esta mujer en ese momento. Terror absoluto sería un término demasiado suave para describirlo. Lo único que vio fue que tenía los brazos salpicados de sangre y que estaba lavándose en el arroyo, tanto los brazos como el torso, aunque evidentemente no pudo verle el pecho.

—Ni la cara tampoco, supongo. —Sinclair presintió, más que oyó, el ligero

suspiro de alivio que soltó Bennett en ese momento.

—¡No, por desgracia! Un momento después volvió a agachar la cabeza y así se quedó, inmóvil, hasta que le oyó regresar por el camino donde yacía ella, deprisa, pero sin correr. Sólo cuando estuvo segura de que el hombre no se encontraba en los alrededores se levantó y volvió corriendo a su casa, a casi dos kilómetros de distancia. —Probst levantó la cabeza y cruzó la mirada con Sinclair—. Cuando recibimos un informe de este incidente de la policía bávara... me refiero a quienes estábamos implicados en esta investigación en Berlín... nos sentimos desolados. Era como si se hubiera ido al garete una oportunidad de oro de identificar a nuestro hombre. Pero lo cierto es que la mujer vio más de lo que creía.

El inspector jefe soltó un gruñido.

—Sé que a veces ocurre —observó.

—Tras repetidos interrogatorios por parte de los detectives de Múnich, esta mujer consiguió añadir algunos detalles cruciales a su declaración inicial. Curiosamente, desde el principio se refirió al hombre que había visto como «Herr»... caballero, si lo prefieren... y por fin salió a la luz que el motivo de que pensara así eran sus ropas. Había visto de refilón su chaqueta, que estaba en el suelo junto a él, con su camisa y también sus zapatos, todo lo cual debió de darle la impresión de ser de buena calidad.

Probst levantó las manos en señal de tribulación.

—No era gran cosa para continuar, pero los detectives se pusieron manos a la obra de todos modos. Puesto que el asesinato había tenido lugar cerca de una carretera principal... la ruta más directa entre Múnich y Berlín, de hecho... asumieron que el asesino viajaba por ella cuando se encontró con su víctima. ¿Pero en qué dirección? ¿Norte o sur? Si se dirigía hacia el sur, a Múnich, las posibilidades de dar con él serían escasas. No tardaría en perderse en la ciudad. Pero si viajaba hacia el norte, la situación sería distinta. —El inspector hizo una pausa—. Recuerden que a estas alturas ya habíamos relacionado estos crímenes y sabíamos que el asesino debía de haber pasado bastante tiempo durante los dos últimos años en y alrededor de Berlín. De modo que era razonable asumir que si se dirigió al norte después de matar a la joven era porque en realidad estaría regresando a la capital.

Probst inspiró hondo. Su largo día por fin parecía estar pasándole factura; se sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la frente.

—A uno de los detectives de Múnich se le ocurrió una idea. Puesto que el asesinato había tenido lugar entre las diez y las once de la mañana, ¿por qué conducir hacia el norte siguiendo la carretera de Berlín durante dos horas y buscar aquellos lugares donde el asesino podría haber parado a almorzar? Así lo hicieron. Hoteles, posadas, restaurantes. Todo en un radio de treinta kilómetros de carretera se cubrió, y se hizo la misma pregunta en todos los sitios: ¿recordaba alguien que un hombre bien vestido hubiera comido solo aquel día?

»Y no se detuvieron ahí. La policía publicó avisos en los periódicos, pidiendo que acudieran a declarar todos los motoristas que estuvieran en la carretera aquel día. Lo mismo se hizo en Berlín. Si les digo que la respuesta fue abrumadora, quizá se sorprendan, aunque no deberían. —Los ojos azules de Probst resplandecieron detrás de sus gafas—. Los alemanes somos un pueblo cumplidor de la ley. En exceso, dirían algunos. Las peticiones de la autoridad rara vez caen en saco roto. Una cantidad considerable de gente se personó no sólo para informar de su presencia en la carretera aquel día, sino para informarnos también de otros conductores en quienes se habían fijado y de los que se acordaban. De esta forma conseguimos hacernos una imagen asombrosamente detallada de quién estaba comiendo en los distintos establecimientos y eliminar a la mayoría tras efectuar las verificaciones oportunas. Nos quedamos con un puñado de hombres que seguían sin identificar y que no se habían presentado por voluntad propia. De éstos, uno en particular nos llamó la atención.

El inspector hizo una pausa para beber un sorbo de agua. Bennett consultó automáticamente su reloj de soslayo. El sonido de las sirenas de niebla había continuado de forma intermitente durante el largo recital que había estado escuchando, sonando las notas quejumbrosas tanto cerca como a lo lejos, despertando ecos río arriba y abajo.

—Este hombre fue visto por varios de nuestros testigos voluntarios que habían almorzado en un hotel de carretera cerca de Núremberg. Se estimó que tendría unos cuarenta años, y que estaba sentado solo en un rincón leyendo un libro mientras comía. Ni la camarera que lo atendió ni los demás testigos fueron capaces de proporcionarnos una descripción satisfactoria de él. Esto no nos sorprendió, sin embargo. En ocasiones se recuerdan rasgos poco usuales: una nariz grande, por ejemplo, o una cicatriz. Pero a menos que tengamos un motivo especial para fijarnos en alguien generalmente sólo nos formamos una impresión de él... ¿sí? Y la impresión general era que la apariencia de este hombre no tenía nada de extraordinaria. Estaba sentado con la cabeza agachada, leyendo su libro. Ni siquiera la camarera recordaba haberle mirado a los ojos. Pidió, comió deprisa, pagó y se marchó. Nuestros intentos por obtener algún tipo de imagen de su cara, empleando los servicios de un artista, fracasaron estrepitosamente. Algunos de los testigos ni siquiera fueron capaces de ofrecernos la menor sugerencia; otros aportaron imágenes tan dispares, unas de otras, que a efectos prácticos resultaban inútiles.

»Solamente una cosa acerca de él parecía fuera de lo común... destacable. —Con una mueca, Probst asintió para sí—. No podía considerarse una prueba. Era algo demasiado vago... demasiado impreciso. Y sólo volvimos a caer en ello más tarde, tras recibir aviso de su petición por parte de la organización internacional. Fue algo que dijo la camarera en su declaración original. —Probst hizo una pausa. Los miró intensamente—. Al preguntársele de dónde podría haber venido este hombre... si

había reconocido algún acento regional en su voz... respondió que no. «No parecía ser de ninguna parte». Esas fueron sus palabras exactas, traducidas del alemán. Les pedimos a nuestros colegas bávaros que volvieran a preguntarle, y esta vez fue un poco más concreta.

El ambiente alrededor de la mesa se había vuelto tenso. Bennett, alertado por una nota nueva en la voz del inspector, se inclinó hacia delante en su silla, con la mirada fija en el rostro del detective alemán. Probst había guardado silencio una vez más, quizá para subrayar la importancia de lo que estaba a punto de decir. Prosiguió ahora:

—Dijo haberse preguntado si sería incluso alemán.

—¿Se refería a que era extranjero? —Sinclair recuperó el habla antes que los demás. Una mirada de reojo a Bennett lo reveló sentado como una esfinge. Holly, junto a él, arrugó el entrecejo.

—Quizá, aunque no fue eso lo que dijo. No de esa manera. El alemán de aquel hombre era impecable, verán ustedes... al menos a sus oídos. No, volvemos a hablar de impresiones. Sencillamente tenía el palpito de que no era uno de los nuestros. —El inspector sacudió la cabeza, apesadumbrado—. Al principio, como decía, no le dimos mucha importancia a este aspecto de su declaración. Después de todo, ella misma parecía insegura. Pero al recibir la noticia de su petición, tuvimos motivos para recapitular.

Probst se quitó los anteojos. Los miró de uno en uno, dejando al comisario adjunto para el final.

—Creemos que la campaña periodística que lanzamos logró que este hombre huyera de Alemania, sir Wilfred. En los últimos seis meses no se ha vuelto a tener noticias de unos asesinatos de esta clase en mi país. Mientras tanto, no obstante, se diría que aquí se ha vuelto activo. Al recordar lo que tenía que decir la camarera de aquel hotel, y puesto que optó por venir a este país y no a otro, deduzco que hay una pregunta que todos debemos plantearnos: Este hombre al que buscamos, ¿podría ser inglés?

Bennett se retrepó en su silla, con los eslabones dorados de la cadena de su reloj rutilando sobre el fondo oscuro del chaleco. Conforme el atardecer languidecía y en el exterior se acrecentaba la penumbra del día nublado, las luces del despacho del comisario adjunto se habían vuelto más brillantes. Reprimió un bostezo.

—Ha sido una jornada larga, y todos tenemos mucho sobre lo que reflexionar. No sé ustedes, pero a mí no me vendría mal una noche de sueño reparador. Sugiero que volvamos a reunirnos en mi oficina mañana por la mañana para que podamos sentar las bases de nuestra futura cooperación, antes de que el inspector Probst regrese a Berlín.

Sinclair se sintió aliviado al escuchar las palabras de Bennett. Llevaba un buen rato sentado en silencio, rumiando su pipa, remiso a seguir formando parte de lo que

cada vez más le parecía una farsa. Antes, se había producido un descanso en el proceso; el intervalo lo había propuesto sir Wilfred, con el pretexto de tener un par de asuntos urgentes, sin relación con el caso, que requerían su atención y no podían esperar, una excusa tan transparente, al menos a los ojos de Sinclair, que éste se preguntó si Probst no se habría dado cuenta también.

Pero el inspector berlinés lo había acompañado sin hacer comentarios a una sala de espera cercana reservada para las visitas importantes. El refrigerio de su elección, ofrecido por Sinclair, había resultado ser té... «al estilo inglés», según él mismo lo había expresado, con una chispa de humor en sus ojos azules.

—La señorita Adamson siempre nos daba emparedados y torta de madeira.

El inspector jefe había informado consiguientemente al personal del comedor (mientras para sus adentros le deseaba buena suerte con el resultado a su invitado) antes de apresurarse a volver al despacho de Bennett, donde halló al comisario adjunto y a Holly sumidos en la desesperación.

—¡Seis asesinatos, dice! Y podría haber más. Esto es una calamidad, inspector jefe.

Contra esa observación, al menos, Sinclair no tenía nada que argumentar. Pero así y todo debía ajustar una cuenta con el comisario adjunto.

—Con el debido respeto, señor, ¿por qué le ha dicho usted que sólo teníamos dos en nuestras manos? Es prácticamente seguro que el caso de Henley está relacionado, y el factor tiempo le da un cariz completamente distinto al asunto.

—En este caso, «prácticamente seguro» es el quid de la cuestión, inspector jefe. —La respuesta de Bennett había sido brusca. Estaba claro que no le gustaba la nota de acusación de la voz de Sinclair—. Mire, ya han deducido que el asesino podría ser súbdito británico. Si le decimos a Probst que en 1929 se produjo un asesinato relacionado, obra de alguien que luego desapareció durante tres años, tiempo durante el cual ocurrieron seis muertes más en Alemania, casi con toda probabilidad se preguntará qué clase de individuo estaría en posición de llevar semejante existencia: viviendo primero en un país, después en otro, y como en casa en los dos. E igualmente probable es que se le ocurra la idea nada descabellada de que se trata de un diplomático, o de otra persona acreditada. Hasta que estemos seguros de Vane, hasta que lo hayamos interrogado, no pienso permitir que aflore a la superficie nada que sugiera que el autor de estos crímenes podría ser un oficial británico.

—Es una precaución sensata, Angus. —Holly había añadido su peso a la discusión—. No tiene sentido levantar la liebre. ¡Piensa en las implicaciones!

Sinclair no se había olvidado de ellas; ni tampoco Probst, al parecer. Y aunque el punto de vista del policía alemán, por lógica, difería del suyo, los temores que finalmente había expresado al término de la larga tarde eran incómodamente parecidos a los de sus contrapartidas británicas.

Antes de llegar a ese punto, sin embargo, y con la reanudación de la reunión tras el descanso declarado por Bennett, el inspector había recibido un resumen detallado de las investigaciones policiales en curso sobre los asesinatos de Bognor Regis y Brookham. A petición de Bennett, y bajo su atenta mirada, Sinclair había guiado a su colega alemán por etapas a través de la historia de la investigación en Gran Bretaña, desde el hallazgo del primer cuerpo en Surrey a la paulatina comprensión de no estar enfrentándose a un agresor sexual corriente.

—No sabíamos a qué nos enfrentábamos hasta que se descubrió el segundo cadáver cerca de la costa, en Sussex. Hasta entonces la búsqueda se había concentrado en encontrar a este vagabundo. Me temo que la policía de Surrey seguía una pista equivocada.

—¿Qué los impulsó a ponerse en contacto con Viena, si se me permite la pregunta? ¿Tenían algún motivo para creer que este hombre podría haber estado en el extranjero?

La pregunta era obvia, pero puesto que una respuesta sincera supondría desvelar detalles del supuesto asesinato ocurrido en Henley hacía tres años, Sinclair se había visto obligado a refugiarse tras una cortina de humo.

—Ninguna razón en particular. Pero nos pareció que este asesino podría haber matado antes. Sus crímenes poseían una característica definitiva: el vapuleo de los rostros, el hecho de que llevara un martillo encima para esa tarea. En este país no existía ningún historial de un criminal así, de modo que se nos ocurrió buscar en otra parte. —Al mirar a Bennett de reojo mientras producía su fárrago de mentiras y verdades a medias, al inspector jefe le satisfizo ver que su superior tenía la cortesía al menos de sonrojarse.

Probst, entretanto, había estado escuchando atentamente.

—Quizá les interese saber lo que tiene que decir sobre estos casos uno de nuestros psiquiatras forenses más importantes —observó—. El profesor Hartmann, de la Universidad de Friedrich Wilhelm, en Berlín. Opina que si bien los apetitos sexuales del asesino podrían ser la razón original de estos crímenes, la necesidad de agredir los cuerpos de sus víctimas posteriormente pasa a ser ahora el elemento dominante de su psicosis, de ahí el ritual cada vez más elaborado que lleva a la destrucción de sus caras.

Sinclair recordó el similar juicio profético que había escuchado por boca de Franz Weiss tan sólo unas semanas atrás e hizo una mueca, pero guardó silencio.

A las cinco en punto, Bennett declaró un alto, y mientras las campanadas del Big Ben sonaban tenuemente, flotando en la neblinosa oscuridad procedentes de Westminster, su visitante se dirigió a ellos por última vez, haciendo un llamamiento que al menos uno de sus interlocutores encontró conmovedor, si bien no mitigó la culpa que sentía, sino que la acrecentó. Angus Sinclair no se sentía orgulloso de que

sus colegas y él hubieran conseguido ocultar sus peores sospechas al *Kriminalinspektor*.

—Mis superiores me han pedido que haga hincapié en la importancia que dan a resolver este caso lo antes posible. Al margen de la tragedia humana implicada, cree que contiene peligros de los que todos deberíamos ser plenamente conscientes. Estas son las «circunstancias especiales» a las que se refería Herr Nebe en el telegrama que le remitió, sir Wilfred. Aunque desconocemos todavía la identidad del hombre al que buscamos, es probable que sea alemán o inglés. Esto es irrelevante. Lo que cuenta, creemos, es que unos crímenes tan brutales, cometidos por un súbdito de un país contra los hijos de otro, tienen todas las papeletas de recibir la peor de las publicidades, y dada la reciente historia compartida de nuestras dos naciones podrían surgir quienes, en uno u otro país, intenten sacar tajada de esta situación tan espantosa. Por nuestra parte, estamos dispuestos a evitar dicho resultado, y se me ha autorizado a ofrecerle a Scotland Yard la cooperación plena de las autoridades prusianas y bávaras a fin de llevar a este hombre ante la justicia.

Probst se quedó callado. Sin embargo de su porte se deducía que aún no había terminado de hablar, y los demás esperaron pacientemente mientras el inspector de Berlín se quedaba sentado con la cabeza agachada, poniendo sus ideas en orden. Cuando levantó la cabeza, la intensidad de su mirada sorprendió a Sinclair.

—Mis conocimientos de inglés son la razón principal por la que se me eligió para esta misión. Pero algunos de mis colegas, sabedores de que comparto sus sentimientos, me han insistido para que les transmita la plena extensión de nuestro interés en este caso. —Hizo una pausa de nuevo, consciente del creciente interés de sus oyentes. Bennett estaba mirándolo fijamente, sin parpadear.

—Dicho esto, debo dejar claro que mi autoridad no alcanza para comentar el tema que me propongo plantear ahora, por lo que mis palabras deben entenderse como una opinión personal no sancionada por mis superiores. Ya he mencionado de pasada cuáles son las condiciones en Alemania. Sin duda sabrán ustedes cuan inestable es nuestra escena política desde el fin de la guerra. No ha mejorado en las últimas semanas. Ni yo ni nadie puede decirles qué gobierno tendrá mi país dentro de tres meses, tan sólo que bien pudiera estar dirigido por un partido cuyos líderes carecen de escrúpulos.

—Supongo que se refiere usted a los nazis —observó Bennett, y su interlocutor asintió.

—No quiero lanzar contra ellos ninguna acusación sin fundamento. Es un hecho comprobado. Se jactan de ello. Lo que otros podrían considerar decencia humana es para ellos una debilidad a explotar. No puedo adelantarles cómo afrontará una situación como la que nos ocupa una autoridad policial dirigida por tales personas.

Pero una cosa es segura: muchas cosas van a cambiar en Alemania si se alzan con

el poder, y tanto yo como la gente por la que hablo queremos subrayar lo urgente que nos parece poner fin a este caso espantoso antes de que se produzcan dichos cambios.

Los miró de uno en uno.

—Hagamos todo cuanto esté en nuestras manos por identificar, detener y llevar ante la justicia a este hombre —les imploró—. Y hagámoslo pronto.

TERCERA PARTE

—¿Tú qué crees, papá? ¿Tenemos alguna oportunidad?

—Más que eso, espero. —Madden aminoró al ver una cuadrilla de obreros que estaban repavimentando la carretera más adelante. El viaje a Guildford duraba ahora menos de veinte minutos, en comparación con la media hora que requería cuando llegó a Highfield por primera vez—. Me parece que tenemos un buen equipo.

—¡Ya, pero si no conseguimos eliminar a Bradman!

La pesimista reflexión los sumió a ambos en el silencio, algo inusitado cuando viajaban juntos. Madden llevaba en coche a su hijo al colegio en Guildford todas las mañanas, y ya lamentaba el día, afortunadamente aún a dos años vista, en que Rob se iría al internado público de Hampshire.

—Seguro que lo hace mejor que nunca, como juegan en casa —predijo el muchacho, desmoralizado. Comentaban las posibilidades del equipo de críquet del MCC durante su inminente gira por Australia—. ¿Crees que podremos escuchar las retransmisiones por radio?

—No lo sé. Es mucha distancia. Y luego hay que contar con la diferencia horaria. Estarás en la cama cuando jueguen.

—Igual es mejor así. —Rob cruzó la mirada con su padre y soltó una risita. Madden sonrió, comprensivo. Se había fijado en que las bromas de su hijo empezaban a adoptar un tono más adulto.

—¿Qué se sabe de esos asesinatos, papá?

—¿Por qué me lo preguntas?

—He leído en el periódico que la policía cree que los cometió la misma persona. ¿Por qué no han detenido a nadie todavía?

—No tengo ni idea.

—¿No te cuenta nada el señor Sinclair?

—¿Por qué debería hacerlo? Yo ya no soy policía.

El suspiro que exhaló Robert Madden sonó cargado de reproche. Cómo su padre podía haber abandonado voluntariamente la profesión de detective —de sabueso en Scotland Yard, nada menos— para convertirse en un simple granjero le resultaba el mayor de los misterios, y el hecho de que la mayoría de sus compañeros de clase estuvieran de acuerdo con él no era ningún consuelo. Algunos habían llegado incluso a aventurar que su progenitor debía de estar ligeramente tocado.

—¿Por qué no le preguntas a Ted Stackpole? —sugirió Madden, refiriéndose al hijo del gendarme de Highfield—. A lo mejor sabe algo.

—Nada. Dice que la policía de Surrey todavía busca a ese vagabundo.

—Bueno, en tal caso, ahí lo tienes.

Consciente de que no había sido totalmente franco con su hijo, Madden condujo de regreso a Highfield sumido en sus pensamientos. A pesar de sus palabras esperaba haber sabido algo de Sinclair, descubrir si se había avanzado algo en el caso.

Seguía consumiéndolo la ansiedad, una intranquilidad hondamente arraigada que databa del momento en que se topó con el cadáver de Alice Bridger y le vio la cara destrozada. Esta imagen se le había grabado en la mente, enlazada con recuerdos anteriores de la guerra y los horrores que había presenciado en ella. Aunque sabía que era irracional, tenía la impresión de que con el asesinato y la desfiguración de la niña había vuelto a abrirse una puerta al mundo de salvajismo y barbarie que la amarga experiencia le había enseñado que acechaba justo al otro lado del frágil tejido que envolvía la sociedad civilizada.

Por mucho que lo intentara no lograba sacudirse sus temores de encima, y cada vez más encontraba la parsimoniosa cadencia de su vida —cadencia conseguida con mucho esfuerzo y atesorada— perturbada por interrogantes sin respuesta, y por la idea del asesino que aún estaba en libertad.

Más distraído de lo normal esa mañana —con las siembras de otoño a la vuelta de la esquina, quería despejar el papeleo que se acumulaba encima de su mesa— tardó en salir de la granja y volver a casa a comer para encontrarse con que Mary, su doncella, aguardaba impaciente su llegada en el vestíbulo.

—La señora Beck quiere verlo, señor.

—¿A mí? —Madden estaba desconcertado. La servidumbre era asunto de Helen. Sin embargo, esa mañana se había ido de compras a Londres y no volvería hasta entrada la tarde.

—Sí, señor. Está esperándolo. —Los ojos castaños de Mary Morris lucían un destello de sospechosa inocencia. Su sonrisa contenida sugería que algo estaba tramándose.

Alertado, Madden se dirigió a la cocina, donde descubrió a su veterana cocinera de pie enfrente de la puerta de servicio con los brazos cruzados, como si pretendiera cortarle el paso. Su expresión era desafiante.

—Alguien desea verlo, señor.

—¿Alguien, señora Beck? —Madden dejó encima de la mesa de la cocina el paquete de mantequilla y los huevos que había traído de la granja—. ¿De quién se trata?

—No le he preguntado su nombre, señor. —La voz de la cocinera estaba preñada de desaprobación.

—¿Dónde está?

—Fuera, en el patio.

La mujer irguió la cabeza con gesto desdeñoso y se apartó de la puerta, momento que Madden aprovechó para abrirla. Un vistazo a la desaliñada figura despatarrada

encima de un barril dado la vuelta junto a la verja del jardín de la cocina bastó para explicárselo todo. A lo largo de los años, y a insistencia de sus jefes, la señora Beck había llegado a aceptar la presencia ocasional de mendigos y vagabundos en su cocina. Pero los gitanos superaban su límite.

—Hola, Joe. —Con una sonrisa a modo de saludo, Madden salió al patio, y al hacerlo, Goram levantó la cabeza—. ¿Qué te trae de nuevo por Highfield?

—¿Beezy, has dicho? ¿Estás seguro? ¿Era él?

—Ah, en fin, ahí está el problema, señor. —Goram se frotó la barbilla hísida—. No puedo estar seguro.

Se habían sentado frente a frente a la mesa de la cocina, con los restos de una empanada de ternera y jamón y varias botellas de sidra vacías entre ellos. Dos arduas jornadas de carretera le habían abierto el apetito a Joe Goram.

—Estamos acampados en Dorset, señor, al otro lado de Blandford. Conseguí que me dieran un par de viajes por el camino, pero la mayoría lo he hecho a pie. —Esto se lo había contado a Madden mientras todavía estaban fuera, en el patio; las hojas y ramitas enganchadas en los pantalones de tela cruzada del gitano, así como las manchas de hierba que le salpicaban la mugrienta camisa sin cuello, daban fe de que había estado durmiendo a la intemperie. Madden le había traído una pastilla de jabón y una toalla para que se aseara.

—Enseguida pasamos adentro y comeremos algo. Tienes pinta de estar derrengado.

Sus palabras habían conseguido que el ceño del gitano se aligerara por un momento mientras esbozaba una enorme sonrisa mellada.

—Creo que será mejor que me quede donde estoy, señor. La señora de ahí dentro no me dejará poner un pie en su cocina, se lo aseguro.

—Oh, sí que lo hará.

Las valientes palabras de Madden no habían tardado en verse puestas a prueba. Le habían hecho falta los diez minutos completos que necesitó Joe para ponerse presentable antes de que Cora Beck se dejara convencer de la seriedad de la sugerencia de su jefe y preparara la mesa de la cocina para dos, hecho lo cual abandonó la escena con aire dolido, alegando tener una montaña de ropa sin planchar que aguardaba sus cuidados en la lavandería.

Goram había indicado ya que portaba noticias y Madden le había preguntado por qué no le había llamado por teléfono para transmitirle la información.

—Eso no sé si lo habré hecho nunca, señor. —Joe se rascó la cabeza—. Llamar por teléfono, digo. Nunca me ha hecho falta. No, pensé que lo mejor sería venir en persona.

Aquella mañana lo habían traído en coche hasta Highfield, dijo.

—Me asomé a la consulta de la doctora Madden, pero no estaba.

—Se ha ido a Londres esta mañana temprano. —Madden había sentado a su huésped a la mesa. Al ver el recelo con que miraba Joe su cuchillo y tenedor, se había apresurado a cortar la empanada en porciones y coger un trozo con los dedos—. ¿Necesitas verla, Joe? ¿Te encuentras mal?

—Oh, no, señor, yo estoy bien. —El gitano se ruborizó—. Es otra cosa. Topper me ha dado un mensaje para ella.

—¿Topper?! —Madden enarcó las cejas al oír su nombre—. ¿Lo has visto?

—Sí, hace sólo tres noches. Estábamos sentados alrededor del fuego y llegó salido de la oscuridad. Al principio no lo reconocí. —Joe se rió por lo bajo—. No llevaba puesto el sombrero.

—¿Sabía él que estabais acampados allí?

—Debía de saberlo, señor. Es el mismo sitio donde paramos todos los años. Hay un granjero allí que nos deja usar su campo. En cualquier caso, el viejo Topper nos preguntó si podríamos entregarle a la doctora Madden un mensaje de su parte.

—¿Qué mensaje?

El rostro de Goram se ensombreció.

—Me hizo prometer que lo mantendría en secreto —musitó—. Pero supongo que a usted puedo contárselo, señor. Me encargó decir que había con él alguien que estaba enfermo y necesitaba ayuda. «Mortalmente enfermo», fueron sus palabras.

—¿Y crees que podría tratarse de Beezy? —Madden se inclinó hacia delante, con los codos encima de la mesa.

—Bueno, como le decía, no puedo estar seguro... —El gitano hizo una mueca—. Pero sería posible, ¿verdad? —Miró a Madden con ansiedad—. ¿Usted qué opina, señor?

—Opino que tienes razón. Es él. Tenía la impresión de que volverían a reunirse. ¿Qué fue lo que dijo Topper, exactamente?

—Que en cuanto llegara la doctora Madden yo debía enviar uno de mis chicos a Boar's Hill. Allí es donde se encuentra Topper ahora. No está lejos. —El gitano arrugó aún más el ceño—. Estaba tan seguro de que acudiría la doctora.

—No se equivocaba. —Madden soltó un bufido—. Pero le ha abandonado la suerte. La doctora no volverá hasta más tarde. —Consultó su reloj—. Blandford, has dicho. Son unas buenas tres horas de viaje. Más si nos topamos con niebla. ¿Te dijo Topper qué le pasaba a su amigo?

Joe negó con la cabeza.

—Ya sabe cómo es el muy cabezota, señor. Cuesta arrancarle más de dos palabras, tres con suerte. Sólo me dijo que el hombre estaba enfermo y necesitaba ayuda. Tampoco se quedó más de un minuto. Cogió un poco de comida que le preparó mi esposa y siguió su camino.

Madden sopesó el dilema.

—Podríamos tener que llevar a este hombre a un hospital, quienquiera que sea —observó, pensando en voz alta. Ya había tomado una decisión—. Conduciremos juntos, Joe —anunció—. Pero tendrás que enseñarme el camino a Boar's Hill cuando lleguemos. ¿Conforme?

—Ya lo creo, señor. —Goram dibujó nuevamente su sonrisa desdentada. Aligerado por fin de su carga, se retrepó en la silla y eructó—. Mientras esté usted conmigo.

—También quiero agradecerte lo que has hecho. Ha sido muy generoso de tu parte venir desde tan lejos para hablar conmigo.

—Prometí hacerlo. Cualquier cosa que oyera yo, se enteraría usted. Le di mi palabra. —El gitano se sonrojó mientras hablaba, y Madden agachó la cabeza con gesto serio en señal de reconocimiento.

—Sé que lo hiciste, Joe. No lo había olvidado.

—Dijo de traer a la dama cuando llegara. —El pálido semblante barbudo se veía tenue en la oscuridad—. No dijo nada de dos hombres.

—Soy el marido de la doctora Madden. Ella no estaba en casa cuando recibí el mensaje de Topper. —Pese a tener una lámpara con él, Madden la mantenía apartada de los ojos del hombre. A su espalda, Joe Goram chasqueó la lengua con impaciencia—. Decía que necesitaba ayuda. Por eso hemos venido.

El emisario de Topper los estaba esperando; se levantó en silencio de un matorral cuando se acercaron, y Madden atisbó fugazmente unos rizos grasientos bajo una raída gorra de tela antes de que el hombre se agachara para esquivar la luz que le daba en la cara. Contra el firmamento nocturno a su espalda se cernía una protuberancia oscura en la tierra, cubierta de árboles y arbustos enmarañados, que Joe había identificado ya como Boar's Hill.

Lejos aún de su destino final, habían tardado varias horas en llegar al lugar, impedido su viaje desde Highfield primero por la niebla que flotaba baja en la carretera, y luego por la luz cada vez más apagada del atardecer.

Antes de salir de casa, Madden le había escrito apresuradamente una nota a Helen, diciéndole lo poco que sabía y expresándole su esperanza de haber vuelto antes del amanecer. No le haría gracia enterarse de que se había implicado en el caso una vez más, lo sabía, pero esperaba que la petición que les había enviado Topper la convenciera de que había actuado correctamente.

En cualquier caso, Helen recogería a Rob del colegio camino de regreso de Londres, y puesto que Lucy estaba pasando la tarde con Belle Burrows, no había tenido más que telefonar a May y pedirle que cuidara de su hija hasta que llegaran los refuerzos. Su última acción antes de partir había sido reunir su linterna de policía

—recuerdo de sus tiempos en el cuerpo, propiedad de su hijo desde entonces— y convencer a la sufrida señora Beck para que les preparara un paquete de emparedados y un termo de té.

—El señor Goram me ha pedido expresamente que le dé las gracias por el almuerzo. Dice que rara vez ha comido mejor.

La variedad de emociones que pugnaban por hacerse un hueco en el ruborizado semblante de la cocinera había hecho más llevadero el momento de la partida, y Madden había sonreído para sus adentros al mirar de reojo a su compañero, que a esas alturas ya había sucumbido al cansancio y roncaba junto a él en el asiento del copiloto, con la barbilla apoyada en el pecho.

Habían salido de Highfield poco después de las dos, pero eran las seis antes de que cruzaran el río Stour, tras haber cruzado Hampshire hasta la vecina población de Dorset. Mientras atravesaban el mercado de Blandford Forum, Joe se había despertado con un gruñido, sorprendido de encontrarse en un vehículo en marcha y tan cerca del punto del que había partido hacía dos días.

Pronto, siguiendo las indicaciones de su pasajero, Madden había abandonado la carretera de Dorchester para, durante los tres kilómetros siguientes, abrirse paso por estrechos caminos ribeteados de setos, con las luces de sus faros sondeando las tinieblas ante él, hasta llegar a la desviación de un sendero de barro que conducía al campamento de los gitanos.

Mientras se calentaba las manos con la desportillada taza de té que la esposa de Goram —una mujer corpulenta, tan morena como su marido, que lucía un pendiente de oro en la oreja— le había ofrecido, Joe abocetó los problemas a los que todavía debían hacer frente.

—Nos llevará una media hora larga llegar allí caminando, señor. Es imposible acercarse más con el coche. —Por su parte, Joe había declinado el tradicional refrigerio en favor de una botella de ginebra de la que había tomado unos pocos tragos medidos, no sin antes habérsela ofrecido a su huésped—. Topper dijo que habría alguien allí esperándonos. Habrá que confiar en que así sea.

Otra dificultad en potencia había ocupado los pensamientos de Madden, entretanto.

—Quizá debamos cargar de regreso con Beezy, o con quien sea. Tráete un cuchillo, Joe, por si necesitamos cortar algún palo para improvisar una parihuela.

Su propuesta había sido bien recibida por el gitano, si bien no por el motivo sugerido. Cuando Madden volvió de coger su linterna del coche encontró a Goram y a sus hijos examinando un par de porras que habían surgido de las taquillas adosadas al fondo de las caravanas aparcadas alrededor de la fogata.

—¿Qué te propones hacer con eso? —había preguntado.

—Se me ocurrió que haríamos bien en llevarlas encima, señor. Un cuchillo para

los dos no nos sirve de nada. —Joe blandió la porra que sostenía, haciendo que silbara al cortar el aire—. Tiene fama, Boar's Hill...

—¿«Fama»?

—Sí, no es de nadie, ¿ve usted? Es un páramo... tierra de nadie. —El gitano puso cara de enfado—. Hay gente mala ahí fuera, señor, o eso tengo entendido. Sí, y algunas personas buscadas por la policía.

—Da igual. No vamos a ir armados. —Madden se mostraba inflexible—. Deja las porras aquí.

Aunque no tenía miedo, una vez se adentraron en la negrura que cercaba la luz del fuego, Madden no tardó en perder la orientación y hubo de confiar en su guía mientras caminaba a trompicones por cuestas sembradas de piedras y escarpadas quebradas, hallando en el profundo silencio que los rodeaba un sobrecogedor recordatorio de las noches de patrulla que había vivido una vez en tierra de nadie, cuando las tinieblas podían encenderse en cualquier momento con un fogonazo, roto el silencio por el disparo de un francotirador.

Enseguida habían divisado el perfil más oscuro de Boar's Hill delante de ellos, y después de que Madden encendiera y apagara su linterna repetidas veces, esperando que se entendiera su gesto como una señal, el mensajero de Topper se había materializado.

—Llevo esperando aquí todo el día —rezongó—. No seréis bienvenidos, ninguno de los dos. —Llevaba un buen rato barriendo el suelo con los pies, indeciso. Ahora, sin previo aviso, giró sobre los talones y se alejó a paso vivo, hablando por encima del hombro—: Bueno, si vais a venir, vamos.

Lo siguieron colina arriba por un sendero apenas visible entre la maleza, y pronto el dosel de hojas sobre sus cabezas obstruyó cualquier posible luz proveniente del cielo. Mientras que su guía parecía conocerse el camino con los ojos vendados y Madden tenía su lámpara, Joe Goram se vio obligado a escoltarlos a cierta distancia casi completamente a oscuras, y sus juramentos eran audibles.

—Condenados vagabundos, condenado disparate...

Por fin un destello de luz apareció entre los árboles al frente y la pendiente se niveló en una zona más llana. Mientras Madden contemplaba la escena, la figura ante ellos se detuvo.

—Quedaos aquí ahora. No os mováis.

Sin esperar a ver si obedecían su orden, continuó su camino hacia la luz. Resoplando, Goram dio alcance a Madden, y los dos se quedaron escuchando los sonidos del altercado que había estallado más adelante. Unas voces masculinas se habían levantado en acalorada discusión.

—Vamos, Joe. —También Madden había perdido la paciencia—. Acabemos con esto.

Prosiguieron su camino y tras sólo unos pocos pasos cruzaron los arbustos para salir a un espacio abierto de tierra aplastada, toscamente circular. Un fuego ardía en el centro del anillo, y a su alrededor se congregaba un grupo de aproximadamente una decena de figuras barbudas y desaliñadas, su guía entre ellas, enfrascadas en airado debate. Algunos de los hombres estaban de pie; otros, sentados en piedras dispersas alrededor de la fogata; todos parecían estar gritando a la vez.

Se hizo el silencio cuando Madden entró en el círculo de luz. En su dirección se giraron rostros hostiles, y un murmullo bajo se propagó por el grupo, cada vez más fuerte. Una de las figuras sentadas se puso de pie, un hombre corpulento de pelo enmarañado, con una piel de oveja sucia anudada a la cintura. Se acercó a ellos, esgrimiendo una estaca pesada.

Goram buscó el cuchillo que llevaba en el bolsillo. Estaba listo para intervenir. Pero Madden lo contuvo.

—¡Suelta eso!

Su voz restalló como un látigo por encima del griterío, y su agresor se detuvo en seco. Los demás guardaron silencio.

—Te he dicho que lo sueltes.

Madden, alto con su abrigo y su sombrero, perfectamente inmóvil, se quedó donde estaba. No hizo el menor gesto, pero después de un momento el hombre bajó su porra y se alejó, mascullando, para reunirse con sus compañeros junto al fuego. El runrún de voces se reanudó.

Joe Goram observaba boquiabierto. Conocía de oídas la historia de Madden, pero nunca la había aceptado por completo. Ahora tenía la prueba ante sus propios ojos.

—Esa es voz de poli, ya lo creo, vaya que sí —susurró para él mismo con una sonrisa, y pensó en la historia que tendría que contarle más tarde a sus hijos.

Madden, mientras tanto, estaba mirando a su alrededor.

—He venido a ver a Topper —anunció con voz clara—. ¿Me puede decir alguien dónde está?

No hubo respuesta. Continuaron los murmullos.

—Le mandó un mensaje a mi esposa, pidiendo ayuda...

—¿Su esposa?

La voz surgió de las sombras que acechaban al filo del círculo, fuera del alcance del fuego. Madden giró la cabeza y vio cómo un hombre alto, arrugado y encorvado salía a la luz. Los ojos, oscuros y hundidos, y el fuerte mentón imprimían carácter a su rostro enjuto. Su pelo blanco, largo, se perdía en el cuello de un viejo gabán militar que le llegaba por debajo de las rodillas. Tenía las manos hundidas en los bolsillos.

—Sí... la doctora Madden.

El nombre fue recibido con un murmullo. Varias cabezas se giraron. El hombre canoso guardó silencio. Parecía estar asimilando la información.

—Ah, bueno, eso es otra cosa —claudicó, al cabo, hablando con otro tono. Se acercó, extendiendo la mano—. Me llamo McBride. —Tenía un pronunciado acento escocés.

—John Madden... —Se dieron la mano—. Y éste es Joe Goram, que me ha mostrado el camino hasta aquí.

McBride posó sus ojos oscuros en el gitano. Pese al cuello vuelto de su abrigo, Madden vio de refilón una cicatriz irregular que le recorría la base del cuello.

—¿Quería usted ver a Topper? Bueno, ahora está dormido. —McBride indicó con la cabeza las sombras de las que había emergido, y Madden distinguió una forma envuelta en una manta, tendida en el suelo—. Inconsciente, mejor dicho. —El escocés soltó una risita seca—. Se ha pasado las dos últimas noches en vela. No le sacará usted gran cosa en claro.

Madden gruñó, mostrando su decepción.

—Esperaba hablar con otra persona —admitió—. Un amigo suyo. Un hombre llamado Beezy. ¿Está aquí?

El silencio respondió a sus palabras. Madden examinó los rostros alrededor del fuego. Cuando volvió a mirar a McBride descubrió que los ojos del escocés se habían endurecido.

—John Madden... —Rumió el nombre—. Oí decir que había sido usted policía.

—Cierto. Pero ya no.

—No estará haciendo ahora su trabajo, ¿verdad?

—Depende de a qué se refiera. —Presintiendo el desafío procedente de su interlocutor, Madden intentó intimidarlo con la mirada. Pero los ojos oscuros se la sostuvieron sin amilanarse—. Sé que lo busca la policía. Pero dudo que siga siendo por asesinato.

—Sobre eso sólo tenemos su palabra.

—Es más probable que lo quieran como testigo. —Madden se encogió de hombros—. Eso creo, al menos.

—Sí, pero todo esto es asunto de la policía, señor Madden. Se lo vuelvo a preguntar... ¿qué tiene que ver usted? —McBride se apartó un poco, como si quisiera ver mejor al otro hombre. Estudiarlo.

Madden vaciló. Contempló las caras a su alrededor. Aun señaladas como estaban por la edad y la fatiga —y por algo más, una pérdida de la esperanza imposible de sanar— se mostraban todavía expectantes. Era como si las palabras que estaba a punto de pronunciar fueran importantes para ellos. Querían escuchar su respuesta.

—Como dije antes, ya no soy policía. —Había dejado pasar un momento antes de responder—. Pero resulta que fui yo quien descubrió el cadáver de la niña asesinada en Brookham, y su recuerdo me persigue. Nunca creí que Beezy fuera el asesino, aunque hubiera quienes opinaban de otro modo, pero es posible que viera algo aquel

día. El rostro del culpable, quizá. He estado intentando encontrarlo por mis propios medios, y seguiré haciéndolo, si hace falta.

McBride soltó un gruñido.

—Bueno, es una respuesta sincera —reconoció—. Pero sigue haciendo usted el trabajo de la ley, y Beezy no tenía motivos para ayudarles. A sus ojos era culpable de antemano. —Escudriñó a Madden—. Dígame la verdad. ¿Qué le importa a usted su palabra? ¿La palabra de un viejo vagabundo como él?

—Tanto como la de cualquier otra persona. —Madden habló en voz baja, pero el renovado murmullo procedente del fuego indicaba que contaba con un público atento—. Es usted el que debería explicarse, McBride —continuó—. Dice que Beezy no tenía motivos para acudir a la policía. ¿Qué está sugiriendo? ¿Que todo esto no significa nada para él? ¿Que le da igual que hayan asesinado a una pequeña? Francamente, no lo creo. Pero si ése es el caso, deje que dé la cara y me lo diga en persona.

Sus palabras suscitaron un suspiro de los oyentes sentados alrededor del fuego. McBride levantó la mirada de las llamas.

—Ah, en fin, eso no podrá hacerlo, pobre hombre —dijo en voz baja—. Aunque quisiera, cosa que dudo. Tenía algo que contar, sin embargo, lleva usted razón ahí, algo que contarle a quien estuviera dispuesto a escuchar, y esa persona podría haber sido usted, señor Madden. Pero la triste realidad es que falleció aquí mismo hace menos de tres horas.

—¿La marca del diablo? ¿Qué quería decir con eso? ¿No describió en absoluto al hombre?

Las esperanzas de Madden —inicialmente elevadas— pronto se habían desinflado ante lo que tenía que revelarles el escocés.

—Oh, tenía mucho que contar al respecto, pobre diablo, pero desvaríos en su mayoría. Cuando lo dejamos ahí en el suelo, no se volvió a mover.

McBride asintió en dirección al fuego, que ya ardía bajo, donde la mayoría de los hombres que antes estaban sentados descansaban tendidos ahora, algunos recostados sobre los codos conversando en voz baja, otros roncando, profundamente dormidos. Sentado entre ellos, con las rodillas recogidas contra el pecho y la cabeza lasa entre los brazos enlazados, estaba Joe Goram. El gitano se había unido al grupo hacía unos instantes, ofreciendo lo que quedaba de su botella de ginebra a modo de billete de admisión al sentarse. Había dado una vuelta y regresado a él vacía, momento en el cual, tras inspeccionarla con gesto sombrío, se había instalado en su posición actual, preparado para esperar pacientemente hasta que Madden hubiera completado sus asuntos.

Antes de eso, McBride había llevado a Madden al borde del claro, más allá de

donde Topper estaba dormido, y apartado los helechos que allí crecían para enseñarle el cuerpo de Beezy. Madden había alumbrado el cadáver con su lámpara, moviendo lentamente la luz de las botas rotas y los pantalones de lona, amarrados a la cintura con un trozo de cuerda, pasando por el torso del viejo vagabundo, cubierto por una raída camisa de franela debajo de un chaleco sin botones, hasta el rostro barbudo. Había sostenido el haz con firmeza mientras se agachaba para examinar los rasgos, reparando en la ausencia del lóbulo derecho mencionada en la circular que había emitido la policía con anterioridad ese verano.

—No soy médico, pero a simple vista diría que murió de bronquitis. —McBride no había hecho ningún intento de meter prisa a Madden, sosteniendo los helechos mientras hacía su detenido examen de los restos del vagabundo—. Sufrió un ataque a comienzos de año, según Topper. En cualquier caso, tosía sin parar y no lograba despejarse el pecho. Al final debió de ahogarse. Cuando parecía que no había esperanzas de que mejorara, a Topper se le ocurrió enviarle un mensaje a su mujer. Pero ya era demasiado tarde.

Satisfecho por fin, Madden se había apartado del cuerpo y regresaron juntos al fuego, sentándose a sugerencia de McBride en un par de piedras chatas cerca de donde estaba durmiendo Topper.

—Mañana nos repartiremos la ropa y las pertenencias de Beezy. Es nuestra costumbre. Luego lo enterraremos.

Madden sacudió la cabeza.

—A la policía eso no le hará gracia, te lo garantizo. Querrán recuperar el cadáver.

—Por supuesto. —McBride no parecía preocupado—. Pero conocen este sitio. Una o dos veces al año recibimos alguna visita de la ley. Puede decirles que lo encontrarán en una tumba poco profunda por ahí, entre la maleza, donde yace ahora. Nosotros ya nos habremos ido. ¿Un trago de güisqui, señor Madden?

El escocés había sacado una botella del bolsillo de su gabán y se la ofreció a su compañero. Madden tomó un sorbo del cuello para no menospreciar la hospitalidad antes de devolverla a la mano de su propietario. Había estado observando con curiosidad a McBride.

Pese a exhibir todas las marcas de la indigencia en su atuendo y su apariencia personal, era evidente que se trataba de una persona educada.

—Todos tenemos nuestra historia, supongo, aunque nunca averigüé la de Beezy. —Era como si hubiera leído los pensamientos de Madden—. Pero me atrevería a decir que su experiencia era muy parecida a la del resto de nosotros.

—¿Y cuál es su historia, señor McBride? —Madden aceptó la botella que le ofrecía y pegó otro trago.

El escocés se rió por lo bajo.

—Me extrañaba que no preguntara. Pero no tengo mucho que contar. Aparte de

llevarme algunos recuerdos de la guerra —se llevó la mano a la cicatriz que lucía en el cuello—, escapé de una pieza. Pero aun así era como si hubiera perdido algunas partes de mi ser. Tengo entendido que otras personas han pasado por experiencias similares. Baste decir que el mundo me parecía distinto.

Se subió el cuello del abrigo cuando un repentino soplo de brisa helada atravesó el claro.

—Mi esposa, entretanto, se había ido de viaje. A Canadá, por lo visto, y no sola. —Su risa silenciosa hizo que se estremeciera—. Pero no fue ése el motivo de que me echara a la carretera. No, me fui pensando en dar un paseo, y el paseo no se acababa. No le quepa duda, algo de ayuda tuve por el camino... —Le dio unos golpecitos con el dedo a la botella—. Sólo descubrí una cosa. Existe una línea invisible en nuestras vidas, y una vez cruzada no se puede volver atrás. Invisible, esto es, hasta que la hemos cruzado, momento tras el cual todo está más que claro. —Giró la cabeza y miró a Madden en silencio—. Pero volviendo a Beezy... —McBride enderezó la espalda, estirando los músculos agarrotados—. No sé casi nada de él. Esta era la primera vez que nos veíamos. Aparecieron hace una semana... Topper y él... pero ni siquiera entonces estaba en condiciones de mantener una conversación, —¿De modo que no mencionó para nada el asesinato? —Madden no logró disimular su decepción—. Dejó abandonadas algunas de sus pertenencias cerca del escenario del crimen, ¿sabe usted? Eso me impulsó a creer que podría haber visto algo que le obligó a salir corriendo.

—Oh, me atrevería a decir que lleva usted razón en eso. —El vagabundo asintió con la cabeza—. Por lo menos eso me dio a entender Beezy.

—Entonces, ¿le habló de ello? —Madden pugnaba por comprender lo que decía su interlocutor.

McBride sacudió la cabeza.

—No me he explicado bien. No mantuvimos ninguna conversación propiamente dicha. Cuando se fue Topper hace tres días en busca de su amigo el gitano me pidió que vigilara a Beezy por él, cosa que hice. Le traía agua e intentaba mantenerlo abrigado. Hablaba sin parar, pero poco de lo que decía tenía sentido. —El escocés hizo una pausa y frunció el ceño—. Había oído hablar del asesinato de Brookham, naturalmente. Todos nos habíamos enterado. Y también sabía que la policía estaba buscando a ese hombre. De modo que pude deducir sobre qué versaban sus delirios. No paraba de hablar de sangre...

—¿Sangre?

—Esa era la palabra que repetía continuamente. Y luego estaba el hombre que intentaba lavarse. No estaba contándome ninguna historia, entiéndalo, sencillamente deliraba. —McBride miró atentamente a Madden—. «Lo vi lavándose la sangre...». Eso lo repitió varias veces. «Lo vi lavándose la sangre, pero no salía... no... no...».

—El escocés imitó la voz ronca y apagada de un hombre extenuado—. Siguió así, repitiéndose, una y otra vez, y tosiendo entre medias. Luego dijo algo más, con voz distinta, algo que me sorprendió. «Lucía la marca del diablo...». Esas fueron sus palabras. «La marca del diablo... la vi claramente».

—¿Sólo eso? ¿Nada más?

—No. Pero lo dijo más de una vez, y lo oí bien. De eso puede estar usted seguro. —Volvió a ofrecerle la botella a Madden, que declinó sacudiendo la cabeza.

—¿La marca del diablo? ¿A qué se refería? ¿Llegó a describir a este hombre?

Al ver la frustración de Madden, McBride había ampliado sus explicaciones.

—Debe entender usted que no estaba hablando de forma racional, sino desvariando. Pero le diré una cosa: creo que intentaba contarme algo, quitarse un peso de la conciencia, si lo prefiere.

—¿Quizá le dijo algo más a Topper? —Madden echó un vistazo a la figura dormida cerca de ellos.

—Aparentemente no. Al menos eso es lo que afirma Topper. Claro que podría ser porque nunca le preguntó. —El escocés se rió por lo bajo. Pegó un trago largo del gollete de su botella—. Es un personaje curioso, nuestro Topper, ¿no le parece? Menudo libro cerrado... —Reflexionó en silencio un momento—. Cuando llegó aquí hace una semana me lo llevé aparte y le dije que si ese amigo que estaba con él era culpable del asesinato de aquella niña tendrían que irse. No toleraríamos su presencia aquí. Me dijo que Beezy le había jurado que era inocente, y él lo creía. Eso fue todo, pero acepté la palabra de Topper... o mejor dicho, confié en su buen juicio. Me imagino que usted hubiera hecho lo mismo.

—Tal vez. —Madden sonrió en la oscuridad—. Mi esposa no habría dudado un instante.

—En cualquier caso, no parecían haber abundado más en el tema. Topper se mantuvo bien atareado buscando comida para los dos mientras Beezy permanecía escondido. Supongo que lo aterraba acudir a la policía. Estaba seguro de que lo acusarían a él del crimen. Ya lo habían detenido una vez antes, y lo habían declarado falsamente culpable, o eso le contó a Topper. Estaba casi sordo, por cierto, el pobre hombre, y Topper es la persona con menos que decir que me haya echado a la cara. Dudo que fueran aficionados a intercambiar confidencias. Pero eran amigos. Eso saltaba a la vista. Topper se quedó devastado cuando murió. —McBride se encogió de hombros—. Despiértelo si quiere, señor Madden, pero no obtendrá de él más de lo que yo ya le he dicho.

Madden llevaba un momento sopesando la cuestión y ya había tomado una decisión. Zangoloteó la cabeza.

—Que duerma. —Se puso de pie, desperezándose—. Sin embargo, ¿le dirá algo de mi parte? ¿Querría decirle que mi esposa no estaba en casa cuando llegó su

mensaje? Se preguntará por qué no ha venido ella personalmente. Y, si es tan amable, dígame también que está preocupada por él y quiere verlo. Es importante que le comunique usted eso. Está muy unida a él y le preocupa que no esté bien y no pueda cuidar de sí mismo.

—Esté usted seguro de que se lo diré. —Levantándose a su vez, el escocés agachó la cabeza como si quisiera sellar la promesa—. Aunque debo confesar que siento un poco de envidia. No sé qué pensará el mundo en general de la doctora Madden, pero ningún otro nombre significa más para nosotros.

—En ese caso espero que se pase usted por Highfield algún día para que pueda conocerla. Nuestra puerta siempre está abierta, Gracias por su ayuda, señor McBride.

Los dos hombres se dieron la mano y Madden le hizo una señal a Joe, que se levantó junto al fuego, bostezando.

—Permita que le muestre el camino de regreso ladera abajo —se ofreció McBride, pero Madden negó con la cabeza.

—Nos las apañaremos. —Cuando se disponía a partir, se detuvo—. ¿Está usted seguro de que intentaba decir algo... Beezy? ¿No estaría simplemente delirando?

—Sin duda ésa fue la impresión que me dio. —McBride lo escudriñó a la luz del fuego.

—Entonces, la marca del diablo... ¿podría ser algo real? ¿Algo que vio de verdad?

—Podría serlo. O podrían ser imaginaciones tuyas. —Por un momento el escocés pareció vacilar—. Lo único que sé es que para él era algo muy real.

Cuando Probst alargó el brazo dentro del taxi para sacar su maletín, Holly llamó a uno de los mozos de cuerda que aguardaban en las proximidades. El superintendente había insistido en acompañar a Sinclair a la estación de Victoria para despedir a su visitante alemán, que iba a coger el tren y cruzar el canal en ferry para regresar al continente.

—Me siento como si acabara de llegar, y ya tengo que irme. —Probst se detuvo en la explanada y dejó que su mirada vagara por el imponente arco de la estación y los bulliciosos andenes de debajo, como si quisiera grabar la imagen en su recuerdo—. Soñaba a menudo con visitar Londres. Aunque la señorita Adamson era de Durham pasó muchos años aquí antes de ir a Berlín, y solía describirme la ciudad durante nuestras clases de conversación.

—¿Qué fue lo que la llevó a Berlín? —le preguntó Sinclair.

—Encontró trabajo como ama de llaves. Cuando ese empleo acabó, en vez de regresar a Inglaterra se quedó y se ganó la vida enseñando. Si me fascina tanto todo lo inglés es gracias a ella. —Sonrió.

—Quizá vuelva usted. En tal caso, y aunque su visita no sea oficial, haga el favor de ponerse en contacto conmigo. —Sinclair le devolvió la sonrisa. Le había cogido cariño al joven, cuya amabilidad ocultaba una de las mentes más agudas que se había encontrado en su profesión. Y también otra cualidad que poseía, de la cual el inspector jefe se había vuelto cada vez más consciente, una cualidad que habría calificado de talla moral, exhibida sin alardes y lejos del cinismo fácil que en tantas ocasiones acompañaba al trabajo policial. Al observar al policía alemán se había acordado de Madden, cuyo nombre había surgido entre ellos, y quien de todas formas ocupaba sus pensamientos esa mañana.

Ya antes de sentarse a desayunar había sonado el teléfono en su piso de Shepherd's Bush, y durante los siguientes veinte minutos había permanecido pegado al teléfono, escuchando mientras su antiguo compañero describía sus aventuras de la noche anterior y revelaba cuanto había descubierto en el campamento de los vagabundos.

Antes de fijar su última cita con Probst había llamado precipitadamente al comisario adjunto, pero lo encontró de un humor poco generoso.

—Señor, se trata de una prueba sólida, algo que podemos transmitir a Berlín. —Sinclair había sentido cómo se renovaba su frustración inicial—. Corríjame si me equivoco, pero se supone que debo hablar de cooperación con Probst.

—Ahórrese el sarcasmo, inspector jefe. —Una serie de noches insomnes habían aumentado la palidez habitual de sir Wilfred. Sombras oscuras anidaban bajo sus ojos. Sinclair había sentido una punzada fugaz de compasión por su superior, quien a

todas luces padecía todos los calvarios del purgatorio conforme se acercaba la hora de su reunión con Philip Vane. El Ministerio de Asuntos Exteriores había llamado la tarde anterior para confirmar su cita y fijar la hora: sería a las tres en punto ese día.

—Esto no va a apuntar en dirección a Vane, señor. De hecho, ni siquiera se trata de pruebas que pudiéramos utilizar en un juzgado. Son puras habladurías. Viera lo que viese el vagabundo, ahora no puede contárnoslo. Está muerto. —Sinclair había mantenido su genio a raya—. Pero es una manera de asegurarnos de que buscamos al mismo hombre, la policía alemana y nosotros. Esa mujer de Baviera, la esposa del leñador, habrá que interrogarla de nuevo. Recuerde que vio al asesino desnudo de cintura para arriba.

—Pero sólo de espaldas... —Bennett comenzaba a sentir curiosidad, contra su voluntad—. ¿Y si tenía esta «marca del diablo» en el pecho? Suponiendo siempre que no se trate de una alucinación del vagabundo... —Soltó su lápiz—. ¿Qué opina Madden? —Enarcó una ceja en dirección al inspector jefe—. ¿Cree que merece la pena investigarlo?

—No estaba seguro hasta que escuchó lo que tenía que decir su mujer al respecto. —Sinclair soltó una risita—. Usted perdone, señor, pero Helen Madden no ve con buenos ojos que John se involucre en lo que ella considera asunto de la policía. Cuando llegó a casa... eran las dos de la mañana... la descubrió esperándolo. Le había dejado una nota, naturalmente, pero eso no fue suficiente, y se vio obligado a sentarse y contárselo todo sin perder tiempo.

El inspector jefe se tiró del lóbulo de una oreja, sonriendo aún al recordar el relato que le hiciera Madden de la inquisición a la que se había visto sometido de madrugada.

—Lo más gracioso es que el mensaje original era para ella, y de haberlo recibido, conociendo a Helen, habría salido disparada sin pensárselo dos veces. Tal y como señaló John, aunque no le sirviera de nada... —El inspector jefe se rió por lo bajo—. En cualquier caso, cuando se hubo tranquilizado se mostró interesada en su historia, y cuando Madden llegó a la parte en que el vagabundo delira en su lecho de muerte, la doctora ofreció una posible explicación para sus desvaríos. Sugirió que lo que había visto podría ser una marca de nacimiento.

—¡Una marca de nacimiento! ¿En la cara del asesino o en su cuerpo?

—Sí, pero de un tipo particular. —Sinclair consultó su cuaderno de notas—. El término médico es hemangioma. Lo que usted y yo llamaríamos un antojo. Tiene color de fresa y puede ser grande y desfigurar los rasgos. Helen Madden cree que es bastante posible que Beezy se refiriera a eso. El hombre estaba lavándose la sangre, pero la marca se quedó. Bien pudiera haber parecido sangre... sangre que no salía. Y para responder a su pregunta, señor, Madden opina que es una pista sólida. Aunque el vagabundo deliraba, no paraba de repetir las mismas palabras. Algo le rondaba la

cabeza, sin duda. Y es casi indudable que fue testigo del asesinato, o al menos de sus consecuencias...

—Entonces, ¿cree usted que deberíamos hablarle de ello a Probst?

—Sir Wilfred ya no parecía oponerse tanto a la idea—. Muy bien.

Por lo menos eso mantendrá ocupados a nuestros colegas alemanes.

¿Se da usted cuenta de que todo este asunto podría tocar a su fin esta tarde? —
Trasasó con la mirada a Sinclair.

—Perfectamente, señor. Pero mientras tanto deberíamos seguir llevando la investigación con normalidad. La policía de Surrey ha sido informada de las revelaciones de Beezy... Madden los llamó primero. Pondrán el cuerpo de Sussex manos a la obra y se ocuparán de que la policía de Dorset recupere el cadáver del vagabundo. Es justo que informemos también de ello a los alemanes.

La concesión extraída del comisario adjunto había hecho que el último encuentro de Sinclair con el policía berlinés fuera más cordial que los precedentes, cuando había debido procurar no desvelar nada que indicara que Scotland Yard poseía información sobre el caso que no estaba dispuesta a divulgar. A decir verdad, una o dos veces, detectando lo que podría ser un destello de humor en la fría e inescrutable mirada del inspector, se había preguntado si Probst no habría llegado ya a esa conclusión. Si el informe inusitadamente detallado de las investigaciones en curso — cuestión de marear la perdiz, en opinión del resentido inspector jefe— lo cogió por sorpresa, se había esforzado por disimularlo.

—Eso es sumamente interesante. Las conexiones con nuestro caso se multiplican. Presiento que estamos cada vez más cerca de nuestro hombre. —Probst había escuchado atentamente lo que Sinclair tenía que decirle—. ¿Y quién es este tal John Madden?

—Un antiguo colega. Un detective excelente. Se le metió en la cabeza hacerse granjero, sin embargo. Una auténtica lástima. Conexiones, dice usted. ¿A qué se refiere, exactamente?

—La descripción de nuestro testigo del hombre quitándose la camisa parece confirmarse aquí. Quizá también esto forme parte de su ritual. El vapuleo que inflige a los rostros de sus víctimas comprensiblemente provocaría salpicaduras de sangre. Es escrupuloso, tal vez. O simplemente práctico.

—La marca de nacimiento... si de eso se trata... podría estar en su cara.

—No si es el hombre al que vieron almorzando en aquel hotel de carretera. Alguno de los testigos sin duda se acordaría de una marca así. No, a mí me sugiere una mancha de color sangre en su cuerpo. —Probst se había levantado de su silla frente al escritorio de Sinclair y estaba paseándose de un lado a otro—. Está lavándose la sangre de los brazos y el pecho... ahí es donde caería la mayor parte. La sangre sale, pero la marca de nacimiento permanece. El vagabundo no dispondría de

buena visibilidad. Debía de estar escondido...

—Sí, se ha establecido que estaba sordo, por lo que es probable que no oyera al asesino acercándose hasta tenerlo casi encima. Habría tenido que conformarse con el primer parapeto que encontrara entre la maleza. —Sinclair estaba contagiándose del entusiasmo por la cacería de su visitante—. Y luego está la cuestión del arroyo...

—Ah, sí... el arroyo. —Probst detuvo su deambular para mirar al inspector jefe—. Elige estos lugares con cuidado, se diría, y siempre hay agua cerca. Es calculador en sus planes, por sanguinario que se vuelva más tarde. Se trata de un hombre de autocontrol poco habitual. —El inspector se quedó pensativo—. ¿Cree usted que podemos aprovechar esto para dar con él?

—¿Se refiere usted a su marca de nacimiento? Si es que tiene alguna. —Sinclair había tardado un momento en dar alcance a las conclusiones de su interlocutor—. Yo diría que es complicado.

—Sí... —Probst examinó su propia propuesta, con el ceño fruncido—. Después de todo, ¿quién hace que un hombre se quite la ropa? Su esposa o su amante, sin duda. Pero dudamos que este asesino posea ni una ni otra.

Una imagen de los rasgos de Philip Vane, finos y semejantes a los de una máscara, acudió a la mente del inspector jefe en ese momento. Sus discretas pesquisas, que no habían cesado durante los días que habían debido esperar para concertar su entrevista con él, habían revelado que el hombre era soltero. El recuerdo de este hecho provocó que un espasmo involuntario le cruzase la cara. Pasó desapercibido. Probst seguía lidiando con el interrogante que acababa de plantear.

—¿Su médico, quizá?

No abundaron en sus especulaciones. Al consultar su reloj de reojo, Sinclair vio que era hora de irse, y cinco minutos más tarde se les unía en el vestíbulo de la planta baja Arthur Holly, que había expresado su deseo de acompañarlos a la estación.

En Victoria, el superintendente desapareció unos minutos para regresar con una colección de periódicos y una barrita de chocolate que impuso a su visitante.

—Algo para el viaje, inspector. —Parecía empeñado en compensar cualquier posible defecto en su conducta inicial hacia su invitado—. Ha sido un placer tenerlo con nosotros.

Acompañó a Probst a bordo del tren y se despidió de él con la mano tras la ventanilla del vagón.

—Un tipo impresionante, en mi opinión. —Holly se quedó mirando cómo el tren salía de la estación, sellando sus palabras con un suave ronroneo de aprobación—. Para tratarse de un extranjero, claro está.

Era una concesión extraordinaria por parte del superintendente, pero no causó la menor impresión en su compañero. Los pensamientos de Sinclair, no exentos de

trepidación, estaban ya en la llamada que sir Wilfred y él deberían hacer al Ministerio de Asuntos Exteriores esa misma tarde.

—Inspector jefe... adelante. —Bennett indicó una silla enfrente de su escritorio y Sinclair se sentó, curioso por saber para qué lo habían llamado. Su reunión con Vane estaba fijada a las tres en punto y esperaba reunirse con su superior en el vestíbulo quince minutos antes de la hora para poder realizar juntos el breve trayecto hasta Whitehall. En vez de eso, había recibido un mensaje diciendo que el comisario adjunto quería verlo antes de partir. Ahora eran las dos y cuarto.

—Tengo algo que contarle... —Bennett se puso de pie. Indicándole a Sinclair que permaneciera sentado, fue de su mesa a las ventanas que había junto a la mesa de conferencias, donde se quedó plantado, con las manos en las caderas, contemplando el gris día de noviembre—. Comprendo que tenga usted la impresión de que he sido innecesariamente poco colaborador en lo que a Philip Vane respecta... no, no intente negarlo. —Rechazó con un ademán la protesta instintiva que afloró a los labios del inspector jefe.

—Su actitud es comprensible. Yo sentiría lo mismo en su lugar. Pero aquí hay asuntos en juego de los que usted no está al corriente y sobre los cuales, hasta ahora, yo no estaba en posición de arrojar luz. —Miró directamente a Sinclair—. Sin embargo, la situación ha cambiado. Puesto que vamos a hablar juntos con Vane, es necesario que sepa usted lo mismo que yo sé... o sospecho, en cualquier caso. —Se mordió el labio—. Pero esto debe quedar entre nosotros, y eso incluye al superintendente. Le he dicho que no quiero abrumar a Vane con una presencia excesiva... que una delegación de tres miembros del Yard podría verse como un intento por acobardarlo. Pero lo cierto es que tengo otra razón, y sólo puedo esperar no haberle ofendido.

Sinclair sonrió.

—Arthur no es propenso a sentirse ofendido, señor. El término ecuánime podría haberse acuñado expresamente para describirlo.

—Gran verdad... —La sonrisa de sir Wilfred alivió la tensión entre ambos por un momento. Se apartó de la ventana, regresó a su escritorio y se sentó—. No todo lo que descubre uno en el gobierno llega por canales oficiales, inspector jefe. Algunas cosas no se escriben, ni siquiera se comunican directamente. Uno las deduce a partir de atisbos de conversación. ¿Me sigue usted?

—Hasta cierto punto, señor. —Sinclair se quedó inmóvil en su asiento.

—Como creo haber mencionado ya, me he encontrado con Philip Vane en algunas ocasiones. También he oído mencionar su nombre... en círculos inesperados. Naturalmente, me picó la curiosidad e hice preguntas... —Se encogió de hombros—. No hallé respuestas. Pero sí se dejaron caer algunas indirectas... —Bennett se aclaró

la garganta.

—Mi renuencia a verlo arrastrado a esta investigación no radica solamente en un deseo de evitar cualquier posible escándalo —dijo—. No puedo explicárselo con pelos y señales, inspector jefe. Sólo puedo contarle lo que sospecho firmemente: que el trabajo de Vane en Asuntos Exteriores no es lo que parece. En realidad creo que se trata de un veterano agente secreto.

—El señor Vane los verá ahora.

El joven se levantó de detrás de su mesa en la antesala y se dirigió a una puerta interior. Como el dechado de diplomacia que era, se había disculpado elegantemente con Bennett y Sinclair a su llegada por las austeras condiciones de su diminuto despacho. Tras recoger sus sombreros y abrigos les había invitado, de nuevo con una disculpa, a sentarse en dos sillas de respaldo recto, típicas de la administración pública, mientras informaba de su presencia a su superior.

Era la primera vez que el inspector jefe pisaba el Ministerio de Asuntos Exteriores y sus impresiones hasta el momento habían sido de pasada. La entrada de suelo de mármol era impresionante, al igual que los comisionados uniformados que los recibieron. Pero una vez establecidas sus identidades y determinado el propósito de su visita, un funcionario había sido llamado para escoltarlos arriba a la segunda planta. Allí, una serie de corredores, finamente alfombrados, y sobre los cuales sus pasos despertaban ecos sordos, habían desembocado en una puerta sin distintivos ante la que su guía se detuvo, llamó suavemente con los nudillos y los condujo adentro.

Durante los escasos minutos que habían tenido que esperar antes de ser admitidos en presencia de Vane, Sinclair había podido repasar a placer el tortuoso camino que los había conducido hasta ese encuentro. La revelación de última hora de Bennett de la posible ocupación real de Vane no había alterado sustancialmente la situación, al menos por lo que a él respectaba, aunque no le costaba entender la consternación que podría suscitar en otros círculos gubernamentales.

Tenía claro cuál era su deber. Pero también podía sentir cierto grado de compasión por su superior mientras aguardaban sentados en silencio. La tensión de los últimos días estaba visiblemente estampada en los extenuados rasgos de sir Wilfred, y su delgada figura parecía combarse bajo el peso de la preocupación con que cargaba. Sinclair era consciente de que el comisario adjunto podría haber hecho más por evitar implicarse en la entrevista que estaban a punto de llevar a cabo, con la consiguiente amenaza a su carrera. Su propio superior directo, el comisario de la policía metropolitana, había sido informado de lo que se tramaba y, reconociendo tal vez un cáliz envenenado cuando lo veía, no había mostrado el menor interés por intervenir. De haberlo deseado Bennett, sin embargo, podría haberlo arrastrado, a él y a otros, a compartir una porción del riesgo al que se enfrentaba ahora. En vez de eso, había elegido agarrar el avispero en solitario, y el inspector jefe lo admiraba por ello.

El secretario de Vane, si eso es lo que era, abrió la puerta interior y se hizo a un lado para permitir que los dos oficiales de Scotland Yard entraran en la oficina. Esta, con vistas a un patio interior, era más espaciosa que la antesala, pero aún modesta en tamaño y decorada con una escueta elegancia que parecía representar a su ocupante,

quien se levantó detrás de un escritorio pulido, sin adornos, para recibirlos.

—Sir Wilfred... hacía tiempo que no nos veíamos. —Philip Vane ensayó una ligera reverencia, pero no hizo el menor ademán de rodear su mesa para saludarlos.

—¿Cómo está usted, Vane? —El comisario adjunto mantuvo su tono neutral—. Le presento al inspector jefe Sinclair, oficial veterano del DIC.

Las cejas de Vane se enarcaron una fracción mientras indicaba un par de sillas a juego, que Sinclair fue incapaz de identificar en cuanto a estilo o periodo, más allá de reconocer que sin duda no habían salido de ningún almacén del gobierno. La atención del inspector jefe se había apartado sólo momentáneamente de la figura sentada detrás del escritorio, que permaneció en pie hasta que sus visitantes se hubieron sentado. De mediana estatura y constitución delgada, sus rasgos, finos y aristocráticos, había sido fielmente reproducidos en la fotografía obtenida por el Yard; pero lo que la imagen no conseguía plasmar era el donaire y la confianza de su modelo. No parecía sentir la menor prisa mientras esperaba a que se acomodaran, y si su expresión traicionaba un ligero aburrimiento ante la ocasión, Sinclair supuso que no era más que un gesto cultivado. Ya había detectado en Philip Vane una suerte de carácter inglés sumamente común en los altos escalafones de la sociedad con los cuales, por suerte, poco tenía que ver, ni en su trabajo ni en su vida privada.

—¿El DIC? —Vane dejó que un atisbo de curiosidad se reflejara en su rostro—. ¿No el Servicio de Seguridad? Bueno, me tiene usted en ascuas, sir Wilfred. —Volvió a sentarse en su silla, observándolos a ambos—. ¿Para qué quería verme?

—Una de nuestras investigaciones actuales —fue la pronta respuesta de Bennett, como si no quisiera concederse tiempo para cambiar de opinión—. O más bien una serie de investigaciones que la policía nacional está llevando a cabo bajo la supervisión de Scotland Yard. No hace falta decir que no estaríamos aquí ahora si el asunto no fuera grave, ni si hubiera alguna manera de resolverlo sin abordarlo a usted personalmente. A regañadientes, he llegado a la conclusión de que no la hay. En pocas palabras, necesitamos su ayuda. —Miró directamente a Vane—. Si le parece a usted bien, dejaré que sea el inspector jefe Sinclair quien lo explique con más detalle.

—¿Inspector jefe? —Vane fijó la mirada velada en el otro hombre que tenía ante él. Parecía completamente tranquilo.

Angus Sinclair abrió la carpeta que descansaba encima de su rodilla. Pese a estar perfectamente familiarizado con su contenido, le gustaba llevarla consigo y no le importaba usarla, como ahora, para generar una pausa artificial mientras fingía buscar entre los papeles. Levantó la cabeza.

—Las investigaciones a las que se refiere sir Wilfred están relacionadas con una serie de brutales asesinatos cometidos en este país en los últimos años. El primero tuvo lugar en 1929. Otros dos han ocurrido más recientemente, en el transcurso del verano pasado. Todas las víctimas eran jóvenes, niñas, adolescentes o menores.

Fueron violadas y estranguladas. Un elemento común a todos estos crímenes es el asalto post mórtem llevado a cabo por el asesino sobre las caras de sus víctimas. En los dos ataques más recientes redujo sus rostros a pulpa.

El inspector jefe había dejado para el final las que consideraba que eran las palabras más reveladoras, y le decepcionó no detectar el menor rastro de reacción en su interlocutor.

—Continúe. —Vane se revolvió ligeramente en su silla.

—Es el primero de estos asesinatos lo que quiero comentar con usted. Tuvo lugar en julio de 1929, pero puesto que el cadáver de la víctima fue arrojado al Támesis y no se ha recuperado hasta hace poco, sólo ahora se ha reconocido la existencia de un crimen. En cualquier caso, hemos podido determinar con bastante certeza lo que ocurrió aquel día. En pocas palabras, una niña de doce años de edad fue recogida por el asesino y llevada en su coche al escenario del crimen, un club nudista llamado Mansión Waltham, en las afueras de Henley, en Oxfordshire. Pese al lapso de tiempo, también hemos logrado identificar el vehículo que utilizó el asesino. Por suerte... para nosotros, al menos... resultó ser una máquina de factura extranjera, poco corriente en nuestras carreteras, y hemos conseguido reducirlo a un modelo que sólo salió a la venta en este país en primavera de aquel año. La lista de quienes adquirieron dicho vehículo en ese periodo es corta y no hemos tenido problemas en encontrarlos.

—¿A qué modelo de coche se refiere? —Vane habló con voz monótona. Tenía la mirada clavada en el inspector jefe.

—Un Mercedes-Benz.

—Naturalmente, es usted consciente de que yo poseo uno. —Inexpresivo todavía. Sinclair asintió con la cabeza.

—Comprado en el mismo periodo que nos ocupa, además. —Vane se llevó una mano a la barbilla. Su mirada no había variado ni un ápice—. ¿Y partiendo únicamente de esa base se siente con derecho a considerarme sospechoso? ¿A interrogarme? Por favor, sir Wilfred... —Levantó una mano cuando Bennett hizo ademán de ir a decir algo—. Deje que responda el inspector jefe.

—No, señor Vane. Únicamente de esa base no. —Pese a la indiferencia que esperaba aparentar, Sinclair era consciente del repentino aumento de la tensión entre ellos; ahora era casi palpable. Y a pesar del profundo pozo de experiencia al que podía recurrir en confrontaciones de esta clase, hubo de hacer un esfuerzo para mantener la calma exterior—. Desde el momento que supimos de estos crímenes... me refiero tanto al anterior como a los más recientes... nos ha desconcertado el largo lapso de tiempo que los separa. Hace poco hemos adquirido información que podría explicarlo. Enfatizo la palabra «podría». Las pesquisas de este tipo son en su mayoría cuestión de eliminar sospechosos. Eso es lo que intentamos hacer aquí.

Por un solo momento la serenidad del inspector jefe lo había abandonado, pero Vane no le concedió crédito por esta fraccional retirada; ni respiro.

—Disculpe si expreso algunas dudas a ese respecto, señor Sinclair. Creo que ha venido usted aquí con un objetivo distinto en mente. Pero decía... sugería, en cualquier caso... que tenía más motivos para considerarme sospechoso. Le ruego que me diga cuáles. —Su conducta se había vuelto glacial.

—Por supuesto. —Enfadado por su momentánea debilidad, Sinclair sostuvo la mirada helada del otro hombre sin pestañear—. Tras averiguaciones realizadas en el extranjero, sabemos ahora que la policía alemana investiga actualmente una serie de asesinatos similares a los ya descritos. Estos crímenes encajan en un periodo de tiempo muy preciso: el primero ocurrió en diciembre de 1929, y el sexto y último en abril de este año. Somos conscientes de que usted estaba destacado en la embajada británica en Berlín durante ese periodo. Indudablemente, la coincidencia es asombrosa, al menos desde nuestro punto de vista. Fue usted a Berlín en octubre de 1929, ¿no es así? ¿Y regresó a Inglaterra a comienzos de verano este año?

Tan absoluto fue el silencio que siguió a sus palabras, que el inspector jefe pudo distinguir el batir de las alas de una paloma en el patio. Los ojos de Vane seguían estando fijos en él. Pero su mirada se había vuelto vidriosa. Consciente de que el hombre había sufrido algún tipo de conmoción, Sinclair esperó a que hablara. Ya se había formado la opinión de que Philip Vane no era un individuo que se viniera abajo fácilmente; aun así, su respuesta, cuando por fin llegó, resultó ser decepcionante.

—¿Qué es lo que desea usted preguntarme, inspector jefe? —Aparte de humedecerse los labios, parecía calmado—. Específicamente, me refiero.

—En principio, me gustaría que nos refiriera sus movimientos en dos días distintos de este verano. El veintisiete de julio y el ocho de septiembre.

Vane asintió como si la solicitud fuera perfectamente normal.

—Deduzco que ésos fueron los días en que se cometieron los dos asesinatos más recientes. —Habló sin inflexionar la voz, y Sinclair no pudo leer nada en su rostro.

—Sí, señor. El primero ocurrió en Sussex, en Bognor Regis. El segundo, cerca de una aldea de Surrey.

Vane se levantó de repente y salió de detrás de su escritorio para dirigirse a una mesa de biblioteca de madera satinada que se levantaba en un rincón de su despacho, donde varias fotografías enmarcadas se sostenían contra volúmenes apilados. De uno de estos montones sacó un libro fino encuadernado en cuero rojo con el que regresó.

—El veintisiete de julio, ha dicho... —De pie, pasó las páginas sin prisa.

—Sí, señor. Y el ocho de septiembre.

Mientras Vane agachaba la cabeza, Sinclair miró a hurtadillas a Bennett, a su lado. La mirada del comisario adjunto estaba fija en la figura del escritorio. Sus ojos, ligeramente más abiertos de lo normal, sugerían el estrés al que también él estaba

sometido.

—El veintisiete era sábado, ya veo. Me quedé en la ciudad ese fin de semana, lo que no es raro. Tenía trabajo pendiente, ahora lo recuerdo. No figura ninguna cita. Con toda probabilidad pasé el día en mi piso... se encuentra en el Albany, aunque me atrevería a decir que eso ya lo sabían ustedes... y cené en mi club. Por anticiparme a su pregunta, inspector jefe, aparte de la cena, no, no creo que mis movimientos puedan ser confirmados por nadie. Le habría dado el fin de semana libre a mi hombre. Siempre lo hago cuando me quedo en la ciudad.

Se produjo una pausa mientras Vane ojeaba las páginas. Sinclair continuó observándolo, con los párpados entornados. Seguía sin poder interpretar a aquel hombre. Pero se sentía cada vez más como si estuviera jugando, representando algún tipo de farsa.

—El ocho de septiembre era domingo. Pasé ese fin de semana con unos amigos en Hampshire, a este lado de Winchester. Puedo darle sus nombres, si quiere. Surrey, ha dicho usted... donde se cometió el otro asesinato... no está tan lejos, entonces. Y me fui antes de comer el domingo para volver a Londres. —Vane cerró el diario y se sentó—. Como coartada no es gran cosa, ¿verdad?

Podría haber parecido despreocupado —había seguido hablando con la misma voz lacónica en todo momento— de no ser por su dedo, con el que empezó a tamborilear encima del escritorio ante él. Para el inspector jefe era una señal de ansiedad. Pero tenía la curiosa impresión de que Bennett y él se habían vuelto irrelevantes para lo que fuera que ocupase la mente de Vane. De hecho, por el modo en que sus ojos vagaron a la ventana en ese momento, parecía haberse olvidado de su presencia. La luz languidecía fuera en el patio.

—El asesinato del que me hablaba antes... el que tuvo lugar cerca de Henley... ¿puede darme una fecha? —Habló arrastrando las palabras, con su tono bordeando la insolencia. Pero sus ojos, cuando volvieron a apuntar hacia ellos, contaban una historia distinta, la fijeza de su mirada reflejaba un tumulto interno aún bajo tenso control.

—Sí, desde luego, señor. Pero no voy a pedirle aquí y ahora que dé cuenta de sus movimientos de hace tanto tiempo. —Al inspector jefe se le acababa de ocurrir que lo que el otro hombre había estado haciendo en los últimos minutos era ganar tiempo.

Vane sacudió la cabeza con impaciencia.

—La fecha, hombre.

El cambio en su actitud era asombroso; Sinclair enarcó las cejas, sorprendido.

—Ocho de julio —respondió, tras una pausa.

Vane deslizó una mano bajo el canto de su mesa y un timbre sonó débilmente en el despacho exterior. Se abrió la puerta a sus espaldas.

—Peter, por favor, busca mi diario personal de 1929 y tráelo. —Sin molestarse en

levantar la cabeza, se quedó sentado mirando fijamente su escritorio y aguardaron en silencio hasta que el joven de fuera apareció con un libro idéntico de cuero rojo, que depositó enfrente de su superior.

—Gracias. Puedes retirarte.

Antes de que se cerrara la puerta, Vane había abierto el libro y los otros dos observaron mientras buscaba la página deseada. Se quedó sentado mirándola fijamente durante largo rato. Sinclair observó a Bennett de reojo y cruzó la mirada con él. Cuando volvió a fijarse en Vane éste seguía teniendo la cabeza agachada sobre la página, pero ahora estaba asintiendo, como confirmando algo que ya sospechaba. Pasó unas pocas páginas más, yendo adelante y atrás en su diario. Asintió de nuevo.

—La niña fue asesinada el día ocho, dice usted. El día antes de que yo viajara de Oxford a Birmingham para quedarme con unos amigos antes de continuar camino de Escocia, donde pasé el resto de julio y la primera semana de agosto. Naturalmente, todo eso puede ser confirmado. —Cerró el libro.

Sinclair, al que la revelación había dejado sin habla, se quedó sentado, pestañeando. Hubieron de transcurrir varios momentos antes de que recuperara la voz.

—Entonces, ¿estaba usted en la zona de Oxford? —No se le ocurría qué más decir.

—Sí, de vacaciones. Fui invitado de sir Robert Hancock y su señora en su hogar cerca de Woodstock. Es colega mío. Tiene usted mi permiso para contrastar mi historia con él. —El tono de Vane se había alterado. Para sorpresa de los otros dos, había perdido su carácter hostil. Pero como si pretendiera confundirlos aún más, no mostraba el menor signo de alivio por haberse exculpado. Si acaso, los indicativos de ansiedad que exhibiera antes se habían intensificado. Su dedo había reanudado su rápido tabaleo encima de la mesa ante él. Al observarlo atentamente, el inspector jefe presintió indecisión tras su extraña conducta.

—No pretendo poner en duda su palabra, señor, pero ¿viajó usted a Birmingham, y a Escocia, en su coche?

Por primera vez Vane pareció encontrar dificultades para formular una respuesta.

—No, inspector jefe —contestó al fin—. No, fui en tren.

—¿Lo dejó aparcado en Londres?

La pregunta flotó en el aire entre ellos hasta hacerse evidente, por el motivo que fuera, que Vane no iba a responderla. Su mirada se había vuelto introspectiva, y una vez más el inspector jefe sintió que sus pensamientos estaban en otra parte.

Bennett se revolvió, rompiendo el largo silencio.

—Estas preguntas necesitan respuesta —insistió.

Aun así Vane no dijo nada, y a Sinclair le pareció claro que haría falta algo más para derribar el muro de obstinación al que se enfrentaban. Cuando habló de nuevo,

lo hizo con tono afilado, con sus consonantes marcadas prestando un énfasis inconfundible a las palabras que eligió.

—Señor, la investigación que estamos realizando es incomparable con cualquier otra, en mi experiencia. Este hombre ha matado a nueve niñas. Nueve, que nosotros sepamos. Una persona que sabe de lo que habla me lo ha descrito como un monstruo. Menos que humano. No veo ningún motivo para poner en duda esta opinión. Tan sólo le pido que considere lo que está en juego. Si puede decirnos algo... cualquier hecho, por pequeño que sea...

—¡Inspector jefe! ¡Se lo ruego!

El grito angustiado de Vane cogió por sorpresa a Sinclair, que se lo quedó mirando, desconcertado. Era lo último que esperaba escuchar.

—No hay necesidad de continuar. Ya sé lo que está en juego. Pero la situación no es la que usted cree. No estoy protegiendo a nadie. Quiero ayudarles, créame, pero me temo que ya es demasiado tarde.

La carpeta, de color pardo, estaba señalada en una esquina con una amplia franja roja. Vale la había dejado encima de su mesa momentos antes, y la mirada del inspector jefe no se había separado de ella desde entonces. Antes, había visto cómo la sacaba de una caja fuerte instalada en un armario de teca al fondo de su oficina, usando para ello una llave seleccionada de una argolla sujeta a una cadena de reloj metálica que llevaba encima. Habían transcurrido algunos minutos desde su estallido, pero aunque pronto había recuperado el control de sí mismo, disculpándose ante ambos, no podía disimular los efectos de la poderosa emoción que acababa de experimentar, que se manifestaban en su palidez y en lo sincopado de sus movimientos. Al mismo tiempo, su actitud hacia ellos también había cambiado. Atrás quedaba el aire de fría superioridad en el que se fijara el inspector jefe cuando llegaron. La ansiedad marcaba ahora su comportamiento, y parecía más humano.

—Sólo nos hemos visto en sociedad, ¿verdad, sir Wilfred? —Vane levantó la mirada de reojo de su carpeta, que había estado observando fijamente—. Me pregunto si está usted al corriente de la posición particular que ocupó aquí, en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

—Consciente... no. Al menos, no oficialmente. —Bennett se permitió una ligera sonrisa. El alivio que había sentido minutos antes al comprender que, después de todo, éste no era el hombre que buscaban, no le había pasado desapercibido al inspector jefe, que había estado buscando alguna imagen con la que enmarcar el fulgor de revelación que emanaba del semblante de su superior, pálido, pero ya no consternado: el encuentro de san Pablo camino de Damasco fue lo primero que le vino a la cabeza—. Pero reconozco haber sentido curiosidad por usted, Vane. He hecho algunas averiguaciones... y recibido respuestas veladas. Esta misma mañana le he dicho al señor Sinclair que creía que estaba usted implicado en servicios de

espionaje.

—No me diga. —La ceja elegantemente enarcada de Vane era una señal de su recuperada compostura—. Bueno, eso aclara las cosas, en cualquier caso. —Los miró a ambos—. Todos somos oficiales veteranos acostumbrados a la necesidad de ser discretos. Pero debo hacer hincapié en que gran parte de lo que estoy a punto de contarles es sólo para sus oídos y estas paredes, y que en caso de que saliera a la luz se negaría casi con toda seguridad. Para ser más concretos, nada de ello podría emplearse por la acusación en cualquier caso futuro. ¿Prevé usted algún problema al respecto?

Bennett parecía inseguro. Miró inquisitivamente de soslayo al inspector jefe.

—No se me ocurre ninguno —respondió Sinclair. Presintiendo la proximidad del clímax, también él pugnaba por mantener una apariencia de calma—. Por lo que a la policía respecta, éste es un caso de asesinato, lisa y llanamente. La fiscalía no admitiría ninguna conexión con los servicios especiales, estoy seguro, y si la defensa intentara sacarla a la luz, siempre quedaría el recurso de celebrar el juicio a puerta cerrada. Evidentemente, no puedo hablar por lo que ocurriría si el asesino fuera llevado a juicio en el extranjero.

—En tal caso hagamos todo lo posible por evitar que así sea. —El tono de Bennett fue seco—. Por favor, continúe. —Señaló con la cabeza a Vane, que colocó la carpeta encima de la mesa ante él, como si estuviera poniendo sus pensamientos en orden.

—Comenzaré poniéndoles en antecedentes —dijo—. Por obligación, esto deberá limitarse a lo que considero que necesitan saber. Supongo que no les sorprenderá a ninguno de ustedes que Asuntos Exteriores esté implicado en la recogida de información. Tradicionalmente, siempre ha sido así, incluso ahora que existe un departamento de servicios secretos. Hace tiempo que se me asignó esta tarea, y en los últimos años Alemania se ha convertido en mi área de responsabilidad especial.

Hizo una pausa, como si quisiera escoger con cuidado sus palabras.

—La adquisición de información tiene varias facetas, pero voy a referirme a una sola de ellas: una categoría de personas que empleamos para recabar ciertas clases de información y realizar misiones particulares. Agentes, en pocas palabras... o espías, si lo prefieren... profesionales que son expertos en el campo del espionaje y se emplean a tal fin. Los servicios británicos tienen a su disposición un gran número de tales hombres... y mujeres. Se encargan principalmente de desempeñar funciones de naturaleza cuestionable con las que ningún diplomático u otro oficial gubernamental podrían permitirse el lujo de estar relacionado.

Se interrumpió de nuevo, esta vez para apuntarles con la mirada.

—Lamento tener que decirles que el hombre que buscan es uno de ellos.

—¿Un agente al servicio de este país? —Sinclair quería dejar claro ese punto.

Vane asintió con la cabeza.

—¿Querría darme su nombre? —Al ver cómo vacilaba su interlocutor, el inspector jefe se apresuró a añadir—: Le advierto de antemano que no tiene derecho bajo ninguna ley a ocultarlo.

—No, no es eso. Usted no lo entiende. —Vane sacudió la cabeza—. Por supuesto que le daré su nombre. ¿Pero cuál? Ha tenido muchos. Para nosotros es Wahl, Emil Wahl; así figura en su expediente. —Dio unos golpecitos en la carpeta que tenía delante—. Pero su verdadero nombre es Gaston Lang. Así fue como lo bautizaron.

—¿Lang, dice usted? —Sinclair abrió su cuaderno. Mientras buscaba la pluma que guardaba en su bolsillo, vio cómo Vane negaba con la cabeza.

—Apúntelo si quiere, inspector jefe, pero no le servirá de nada. De todos los nombres que Lang podría estar empleando ahora, le aseguro que ése es el que jamás volverá a utilizar.

—Llevaba trabajando para nosotros varios años cuando lo conocí... eso fue en verano de 1929. Pero su asociación con nuestra rama de espionaje se remonta a la guerra, y es importante que sepan ustedes cómo surgió.

Vane observó a sus interlocutores.

—Por aquel entonces los servicios secretos británicos contaban con un agente excepcional, un suizo llamado Ernst Hoffmann. Tenía su centro de operaciones en Ginebra, y gracias a él y a sus diversos contactos y subagentes logramos obtener una extraordinaria cantidad de información valiosa desde dentro de Alemania. Lang era su secretario.

Vane frunció el ceño.

—Sabíamos poco de él. Al parecer se había criado en un orfanato. En cualquier caso, pese a lo que sólo podía haber sido la formación académica más rudimentaria, logró llamar la atención de Ernst Hoffmann, y para cuando nuestra gente lo conoció dominaba ya varios idiomas, amén de otras habilidades que su superior debía de considerar necesarias para su educación.

Enarcó una ceja, sugiriendo un significado que no era aparente en sus palabras.

—Hoffmann era tratante de arte, por cierto: era un negocio legítimo, y lo usaba como cobertura para sus otras actividades. Ya estaba trabajando para nosotros antes de la guerra, y durante ese periodo utilizó a Lang como correo e intermediario para mantener el contacto con sus agentes en Alemania.

»De modo que estaba bien situado para ayudarnos cuando estalló la guerra, pero en 1917 murió... inesperadamente, sufrió un infarto estando sentado en una cafetería... y Lang heredó su trabajo. Con resultados gratificantes, al menos por lo que a nuestra gente respecta. La muerte de Hoffmann los había sumido en el pánico y les alegró descubrir que este joven era capaz de perpetuar su labor, y con la misma

eficacia.

»Sin embargo, aproximadamente un año más tarde, en primavera de 1918, se presentó sin previo aviso en Francia y se abrió camino hasta el sector británico en el frente, en el norte, donde se presentó a nuestra rama de servicios especiales. Tenía una historia curiosa que contar. Dijo que había sido identificado como colaborador británico por los agentes de contraespionaje alemanes en Suiza, que habían logrado incriminarlo ante la policía de ese país. Por los pelos había evitado que lo detuvieran y conseguido cruzar clandestinamente la frontera con Francia.

—¿«Incriminarlo»? —repetió Sinclair—. ¿Quiere usted decir, como espía?

Vane sacudió la cabeza.

—Lo buscaban por asesinato. La víctima era una niña.

—¡Dios santo! —Bennett no pudo ocultar su asombro.

A su lado, el inspector jefe había entornado los párpados.

—¿Y se lo creyeron? ¿Estos «oficiales de inteligencia»?

Vane se encogió de hombros.

—Hubiera sido difícil, por no decir imposible, comprobar la veracidad de su historia. El mundo de los agentes, de los espías, es turbio en el mejor de los casos. No sería la primera vez que se intentaba desacreditar a alguno de ellos de esta forma. Y recuerden que la guerra continuaba. Les contó más. Dijo que se había producido un atentado contra él, orquestado por estos mismos alemanes confabulados con dos detectives suizos a los que tenían en nómina. Tras una escaramuza había logrado escapar, dejando a uno de los detectives sin vida. Apuñalado. Llevaba encima un cuchillo.

—De modo que pesaban sobre él dos acusaciones de asesinato. —Sinclair tenía miedo de hablar, por lo que pudiera escapar de sus labios.

Vane se fijó en la expresión de su rostro.

—Procure entender cómo debió de ver la situación nuestra gente. La guerra estaba librándose más encarnizadamente que nunca. Nadie pensaba que se fuera a acabar en cuestión de meses. Lang había traído una gran cantidad de información valiosa con él. Era la única persona que conocía los detalles de la red de Hoffmann en Alemania. Los nombres de sus agentes. En ese momento en particular era una baza importante para la causa aliada.

—¿Y? ¿Qué ocurrió?

—Lang desapareció. No se volvió a saber de él. Emil Wahl, un ciudadano belga, apareció en su lugar.

—Con todas las credenciales de rigor, supongo.

Vane volvió a encogerse de hombros.

—Sólo puedo repetir que era una situación especial. Estas cosas no pasarían si no hubiera guerras.

—No, señor Vane, debo corregirlo. —La rabia tensaba la voz del inspector jefe—. Estas cosas no ocurrirían si ciertas personas no decidieran ponerse por encima de la ley. Lo que hicieron estos hombres fue condonar un crimen y cometer otro. Es una historia bochornosa. Bochornosa, ¿me oye usted bien?

Bennett hizo un gesto con la mano, intentando apaciguar a su colega. Pero Vane no parecía dispuesto a ofenderse. En vez de eso, su apesadumbrado encogimiento de hombros parecía una aceptación tácita del veredicto emitido. Con un suspiro, continuó:

—En este momento debería mencionar que aunque Lang había trabajado para nosotros en distintos países europeos, debido a su episodio en tiempos de guerra... o a su versión del mismo... nunca había sido destinado a Alemania. Sin embargo, la opinión general era que, tras una decena de años, el riesgo de exponerlo nuevamente a su sección de contraespionaje tendría que haber disminuido, y él tampoco se opuso a que lo enviaran allí.

»Se acordó traerlo a Londres primero, algo que no se había hecho nunca. Era un símbolo, si lo prefieren, de lo valiosos que se consideraban sus servicios. En ciertas esferas, al menos. —El semblante de Vane era inexpresivo—. Nuestro primer encuentro se produjo en un restaurante, delante de más gente, y aproveché la ocasión para concertar una segunda cita con él. Esta sería para proporcionarle la información que necesitaría antes de partir hacia Berlín. Puesto que no quería que apareciera en Asuntos Exteriores, y dado que yo estaba a punto de irme de vacaciones de todos modos, lo organicé todo para vernos fuera de Londres.

—¿Llevaba mucho tiempo en Inglaterra? —Sinclair había recuperado la calma—. Me gustaría hacerme una idea de sus movimientos.

—Supuse que llevaría aquí varias semanas y que había visitado distintas partes del país. Había solicitado vacaciones antes de reanudar su labor. No puedo decirles adónde fue, pero sé que le gusta observar a las aves... está en su expediente. Se podría decir que es un experto, creo. Es una de las pocas cosas que sabemos de él.

—Gracias. —El inspector jefe inclinó la cabeza—. ¿Decía usted que había concertado una segunda cita con él?

Vane asintió con la cabeza.

—Había organizado mi estancia con estos amigos de las afueras de Oxford, y puesto que tenía pensado viajar al norte el día siete, le pedí a Lang que se reuniera conmigo la víspera. Convino en ir en tren hasta Oxford y dijo que pensaba quedarse una o dos noches en un hotel allí antes de regresar a Londres. Lo recogí en la estación y lo llevé a un pub en Woodstock, donde había reservado una sala para almorzar, y donde le di un informe detallado.

Se interrumpió y se quedó sentado, mirando fijamente el escritorio delante de él. Cuando el silencio se prolongó, Sinclair y Bennett cruzaron la mirada. Transcurrió un

minuto o más antes de que el otro hombre levantara la cabeza. Sus ojos mostraban la misma expresión abstraída de antes.

—No mentiré y diré que no sentía curiosidad por conocerlo. Hasta entonces sólo había sido un nombre para mí. Pero estaba al corriente de su reputación, y abordé nuestra reunión con cautela. —Volvió a hacer una pausa—. Supongo que no hará falta decirles que las cualidades requeridas para la clase de trabajo que realizaba Lang para nosotros son... bastante especiales. No es una profesión apta para pusilánimes. Pero aun así, hay límites... o debería haberlos. —Vane dio unos golpecitos en la carpeta que tenía delante—. Lamentablemente, no puedo enseñarles esto. Infringiría la ley. Pero hay cosas ahí que los asombrarían. O eso espero, al menos. A mí me ocurrió, sin duda. Si me pidieran que lo caracterizara diría que, más que el expediente de un hombre sin escrúpulos, es el de alguien sin sentido moral. De modo que lo comprenderán si les digo que colaborar con él me producía un recelo considerable. Nuestra reunión tampoco hizo gran cosa por tranquilizarme.

Se quedó pensativo un momento, como absorto en sus recuerdos.

—No es fácil describir la impresión que me dio. En más de un sentido es bastante corriente. De voz suave; casi difidente en su comportamiento. Y la parte profesional de las cosas fue sobre ruedas. Lo encontré excepcionalmente rápido a la hora de entender lo que le decía. No tuve que repetir nada. Pero era como si hubiera una barrera entre nosotros. Algo real, pero transparente, como un cristal. Él estaba a un lado, yo al otro, y no existía la menor conexión entre nosotros. Ningún lazo humano. Al pensar en ello más tarde, comprendí que esta sensación se debía a su mirada. Sus ojos. Era como si estuvieran muertos.

Vane reflexionó sobre lo que acababa de decir. Se encogió de hombros.

—Debió de ser luego, mientras nos dirigíamos a Oxford, cuando hice algún comentario sobre mi coche. Era nuevo, como ustedes ya saben, y lo había comprado porque pensaba que sería fácil de mantener en Alemania y menos llamativo que un vehículo de fabricación británica. Así las cosas, se había producido un problema de poca importancia con el cambio de marchas y debí de expresar mi irritación por no poder conducir hasta Escocia el día siguiente, como era mi intención, sino que tendría que dejarlo en un taller de Oxford, o buscar alguna manera de llevarlo de nuevo a Londres, para que pudieran efectuar las reparaciones precisas en mi ausencia.

»Dijera lo que dijese, el caso es que Lang se ofreció a ayudarme. Dijo que pensaba pasar uno o dos días en la zona de Oxford, pero después de eso no tendría ningún inconveniente en llevar el coche a Londres. Lo peor de todo es que estuve a punto de rechazar su oferta, precisamente debido a la aversión que me inspiraba su persona. Pero mi reacción se me antojó desproporcionada, y al final accedí. ¡Ojalá le hubiera hecho caso a mi instinto!

Visiblemente turbado, miró fijamente por la ventana, donde podían verse luces

encendidas tras otros cristales al otro lado del patio.

—¿Qué sucedió? ¿La recogió en la carretera? —Habló sin mirar en rededor.

—Sí, en Henley. Estaba haciendo recados para su madre. Las tiendas estaban a tan sólo un par de kilómetros de distancia.

Con un suspiro, Vane se giró para encararlos de nuevo. Parecía estar más pálido que antes.

—El coche entró en mi taller de Londres, tal y como me había prometido. Cuando regresé de Escocia, Lang estaba ya en Alemania, instalándose. Yo ocupé mi puesto en Berlín ese mismo octubre. Pasaron más de dos años antes de que volviera a verlo.

—¿A pesar de que estuvo usted allí todo ese tiempo? —expresó su incredulidad Sinclair.

—Sí, pero entiendan que eso era lo acordado. No estaba previsto que nos encontráramos. Lang estaba destinado al área de inteligencia política y sus órdenes eran reclutar y controlar agentes, dirigirlos, como si dijéramos, y enviarme sus informes. Naturalmente, era importante que no tuviera ningún contacto con nuestra embajada en Berlín. Mi propio cargo oficialmente era el de diplomático con responsabilidades en el ámbito económico, y procuraba que nuestros caminos no se cruzaran. Me informaba por escrito.

—¿Lo llevaron sus responsabilidades a Múnich, por casualidad? —preguntó Sinclair.

—Casi seguro. —Vane vaciló. Se mordió el labio—. Miren, no hay motivo para que no les cuente qué hacía Lang para nosotros en Alemania, siempre y cuando sean discretos al respecto. Su misión específica consistía en cultivar contactos dentro del partido nazi. Es algo que tardábamos en hacer. Como otros, tendíamos a considerarlos escoria. Ahora parece que van a formar parte del próximo gobierno. O, Dios no lo quiera, terminar dirigiéndolo.

»Lang fue enviado a Berlín bajo la fachada de representante de una empresa textil austríaca. Su trabajo consistía en infiltrarse en círculos del partido con la intención de identificar a aquellos individuos que pudieran resultarnos útiles. Es un asunto delicado, para el que había demostrado estar altamente cualificado. Tenía buen ojo para seleccionar a la clase de personas a las que se podría comprar o persuadir para cooperar por otros medios, no todos indeseables, y que dejaré a su imaginación. —Vane hizo una mueca—. Baste decir que era implacable, algo de lo que ya nos habíamos dado cuenta en el pasado.

»Lo habíamos organizado para que la firma a la que supuestamente representaba tuviera lazos comerciales en Múnich, lo que le proporcionaba una excusa para ir allí y dejarse ver por las cervecerías, a fin de que su rostro se volviera conocido. —Reparó en la mirada que cruzaron sus visitantes—. ¿Por qué? ¿Es significativo eso?

—Para nosotros sí. —Sinclair asintió—. Dos de los asesinatos que mencioné

antes tuvieron lugar en la región de Múnich.

Vane encajó esta información con el ceño fruncido. No hizo ningún comentario.

—Bueno, eso valen nuestros planes. Les contaré ahora lo que ocurrió. Durante el primer año aproximadamente todo fue como la seda. Lang desempeñó su labor con la misma eficacia de siempre. A su debido tiempo se unió al partido y, tras identificar a varias figuras cuya amistad podría reportarle dividendos, empezó a cultivarlas. Prestó dinero a varias personas. Todo estaba saliendo según lo planeado. Pero entonces, a mediados del segundo año, su trabajo empezó a flojear. El cambio fue gradual, pero perceptible. Sus informes se volvieron irregulares... algo inusitado, era metódico hasta la obsesión... y cuando llegaban hasta mí mostraban indicios de una reducción de la actividad por su parte. Lo amonesté por escrito varias veces, sin resultado, y estaba empezando a pensar que sería necesario un encuentro vis a vis entre nosotros cuando me llegó un mensaje suyo, solicitando precisamente eso. Quería verme urgentemente.

Vane hizo un vago gesto de cansancio.

—Poco podía hacer salvo aceptar, de modo que nos reunimos en un pequeño hotel en el campo, en las afueras de Berlín, donde me dijo que quería interrumpir su misión y abandonar Alemania. Alegó la creciente sospecha de que habían vuelto a identificarlo como agente británico. Insistió en que corría peligro y dijo que no podía seguir adelante con el trabajo.

—¿Cuándo fue esto? —lo interrumpió Sinclair—. ¿Podría ser más preciso?

—A comienzos de junio de este año. ¿Le dice eso algo?

—Sí, el último en la cadena de asesinatos ocurrió en abril. Las autoridades bávaras tenían una pista y, en colaboración con la policía de Berlín, organizaron una campaña para identificar al asesino. Utilizaron los periódicos, entre otros medios. Lang debía de estar al corriente. —Sinclair hizo una pausa, curioso—. ¿Qué le pareció a usted su conducta? —inquirió.

Vane se encogió de hombros.

—En cuanto a su exposición como agente nuestro, distaba de estar convencido. Después de todo, sus actividades no estaban dirigidas contra el Estado. Pero algo me olía a chamusquina. Saltaba a la vista que estaba bajo presión. —Vaciló, mordiéndose el labio—. No fingiré que sentía simpatía por él. No me parecía menos extravagante que antes. Pero tampoco podía descartar la posibilidad de que estuviera derrumbándose, e inmediatamente después de nuestra reunión me puse en contacto con Londres y se decidió que lo retiráramos, al menos temporalmente. Difundió la noticia de que lo reclamaban en Viena con cualquier pretexto y salió de Berlín.

—¿Pero vino a Inglaterra? —El inspector jefe estaba escuchando atentamente.

—Sí, lo trajimos de vuelta aquí discretamente. Queríamos tenerlo cerca hasta decidir qué hacer a continuación. Aproveché la oportunidad para regresar yo también

a Londres. Tenía mi propia opinión sobre el tema y toda la intención de expresarla.

—¿Y dónde estaba Lang mientras tanto?

—En una clínica cerca de Lewes, en Sussex. Es un sitio con el que tenemos... relación. Recibió órdenes de tomárselo con calma unas semanas. Lo organizamos para que recibiera tratamiento durante su estancia allí.

—¿Para qué, exactamente?

—Los doctores descubrieron que sufría agotamiento nervioso, lo que no fue ninguna sorpresa. Habíamos visto ya a otros agentes reaccionar de forma parecida a los rigores de su trabajo. Es una profesión peligrosa, después de todo. Pero me interesaba más lo que tenía que decir al respecto su psiquiatra, un hombre llamado Bell. Estaba claro que Lang lo fascinaba. En su primer informe lo describió como un paciente inusual, un paciente cuya personalidad le resultaba perturbadora, pero difícil de penetrar. «Opaca», fue la palabra que empleó.

—¿Eso fue todo lo que dijo? —Sinclair frunció el ceño.

—En aquel momento, sí. Y puesto que no discrepó del diagnóstico general, Lang recibió tratamiento simplemente por tensión. Se le animó a relajarse. Por consejo de los médicos le proporcionamos un coche, y tengo entendido que pasó el tiempo conduciendo por la campiña.

—No me diga. —La frialdad había regresado a la conducta de Sinclair—. Bueno, me atrevería a decir que encontró tiempo para pasarse por Bognor Regis. Uno de los asesinatos mencionados tuvo lugar cerca de allí, como tal vez recuerde usted.

El gesto de Vane se crispó, pero no dijo nada. Transcurrido un momento, continuó:

—A su debido tiempo recibimos un informe completo de la clínica, que incluía las observaciones de Bell. Pese a lo reservado de su punto de vista, lo que tenía que decirnos nos pareció alarmante. Según él, no le cabía casi ninguna duda de que Lang padecía algún tipo de trastorno psicológico agudo, y nos advertía que tuviéramos prudencia en el trato con él.

—¡Por el amor de Dios! —Bennett se dio una palmada de impaciencia en la pierna—. ¿No podría haber sido más específico?

—Lo mismo pensé yo. De modo que lo llamé por teléfono para ver si podía averiguar algo más, pero se limitó a repetir lo dicho anteriormente: que Lang era una persona que haríamos bien en mantener a cierta distancia. Le pregunté a bocajarro si pensaba que era normal, y respondió que ésa no era una palabra que le gustara usar a la gente de su profesión, y que en cualquier caso no quería emitir ningún veredicto categórico, puesto que el paciente en este caso se había negado a que le practicaran un examen más minucioso.

Vane sonrió sin humor. Cruzó la mirada con el comisario adjunto.

—Tras descargar su conciencia, sin embargo, si era eso lo que estaba haciendo,

me informó de que varios aspectos de la conducta de Lang le habían dado motivos para preocuparse, señales delatoras las llamó, y una más que ninguna otra, la cual calificó de «falta de respuesta emocional adecuada», una condición que la mayoría de los psiquiatras consideraban imposible de tratar. Indiferencia extrema a las consecuencias de las acciones de uno sería otra forma de decirlo. Quienes exhibían estos síntomas con frecuencia no sentían culpa ni responsabilidad por lo que hacían, me dijo, añadiendo que era uno de los signos clásicos de la personalidad psicópata.

—¡Que me aspen! —Bennett no tenía palabras. Sinclair, por otro lado, no parecía asombrado.

—¿Y qué efecto, si es que lo hubo, tuvo eso entre sus colegas? —preguntó—. ¿Los cogió por sorpresa?

—Depende de a qué se refiera. —Vane lo observó—. Algunos de nosotros nos sorprendimos, sin duda. Y puesto que yo era la persona que había tenido que trabajar con él, sobre mí recayó la responsabilidad de proponer el cese de sus servicios. Armado con las palabras de Bell, insistí en que era un hombre en el que no podíamos seguir confiando y que había llegado la hora de cortar nuestros lazos con él para siempre. —Se rió con voz ronca—. Pensé que había hecho un trabajo convincente, pero pronto me desengañé. Mis argumentos no calaron en quienes importaban; ni tampoco, aparentemente, las opiniones de un psiquiatra cualquiera. Se me recordó que Lang era uno de nuestros mejores agentes, con un largo historial de logros a sus espaldas. En cuanto a sus defectos de personalidad, no eran ni más ni menos de lo que cabría esperar en alguien inmerso en una profesión tan dudosa.

Se dio la vuelta para mirar fijamente por la ventana. Transcurrieron unos momentos antes de que continuara. En el ínterin, Sinclair y Bennett cruzaron la mirada, pero ninguno de ellos se sentía con ánimos de hablar.

—Me atrevería a decir que no les resultará fácil encajar lo que les he contado. —Vane se dirigió a la oscuridad del exterior—. Quizá se pregunten incluso cómo nuestro servicio de inteligencia pudo llegar a emplear a semejante individuo. Me refiero, al margen del asunto de estos crímenes tan bestiales. Sólo puedo contestar dándoles los argumentos de quienes promocionaron su carrera en primer lugar y lo han abanderado desde entonces. Ellos dirían que la guerra cambió el mundo de formas que la gente de este país aún tiene que asimilar. En pocas palabras, se ha vuelto salvaje... ya no sirve de nada jugar según las reglas... y los hombres como Gaston Lang, así como los usos que se les pueden dar, son un mero síntoma de dicho cambio. No es una opinión compartida universalmente, todavía no, pero sí una que posiblemente vaya en auge como continúe la tendencia actual.

Se giró para encararlos de nuevo.

—¿Por dónde íbamos...? Sí, el futuro de Lang. Bueno, esa cuestión se zanjó enseguida. Se decidió enviarlo de regreso a Berlín. Se había descubierto que su

supuesto desenmascaramiento como agente británico era una sospecha infundada. Habíamos conseguido obtener información independiente al respecto. Por consiguiente, fue llamado a Londres, se le recordó que tenía una obligación para con nosotros y se le instruyó volver a Alemania sin demora para reanudar su misión.

—¿Y cómo reaccionó? ¿Acató la decisión?

—Eso parecía. No puso ninguna objeción, en cualquier caso. Pero al verlo, recordé nuestro encuentro en Woodstock y pensé que, más que nunca, no tenía ni idea de quién era realmente ni qué pasaba por su cabeza.

Vane reflexionó sobre sus propias palabras. Sacudió la cabeza.

—No obstante, parecía que los problemas se habían resuelto. Lang regresó a Lewes para hacer las maletas y preparar su marcha. Esperábamos recibir confirmación de sus planes de viaje. En vez de eso, dos días más tarde, recibimos por correo lo que venía a ser una carta de dimisión. Dijo haber cambiado de opinión y decidido que no podía seguir a nuestro servicio. Pensaba volver a Bruselas... allí tenía su base de operaciones... y dejaría el coche que le habíamos proporcionado en un taller de Dover. Donde, por cierto, fue recuperado más adelante. Las pesquisas realizadas en el despacho de billetes de ferry revelaron que un hombre que se ajustaba a su descripción había comprado un pasaje para cruzar el canal el día antes.

—¿Eso fue todo? ¿Me está diciendo que no se hizo nada por intentar detenerlo, o traerlo de vuelta? —Sinclair se mostraba incrédulo.

Vane se encogió de hombros.

—Por mucha influencia que creyéramos tener sobre él, había poco que pudiéramos hacer, en realidad. Después de todo, se puede llevar un caballo hasta el agua, pero nada más. No podíamos obligarlo a trabajar para nosotros. Y había otra consideración. Lang sabía mucho sobre nuestras actividades de espionaje; lo último que queríamos era enemistarnos con él. Al final, se decidió que más valdría dejarlo correr.

—¿De modo que no volvieron a tener contacto con él?

—Ninguno en absoluto, aunque lo intentamos. Pretendemos seguir adelante con la operación alemana y hay algunos aspectos de la misma que necesitaban clarificarse. Pero no ha dado señales de vida en Bruselas... ni en ninguna otra parte del continente donde podríamos haber esperado darle alcance.

—Lo que no es de extrañar, puesto que está claro que se quedó en Inglaterra. —El inspector jefe no intentó disimular su desazón—. Este hombre se ha burlado de usted, señor Vane. Con usted y con sus condenados colegas. ¿No ve lo que ha conseguido? Logró que lo sacaran de Alemania, sin dejar ni rastro. Es la segunda vez que salvan ustedes su miserable pellejo.

—Soy consciente de ello, inspector jefe. —Vane le sostuvo la acusadora mirada sin pestañear. Pero su pesar era visible.

—Necesito que me proporcione algunas fechas, señor. —Sinclair intentaba mantener su genio a raya—. ¿Cuándo ingresó en la clínica, y cuánto tiempo pasó allí?

—Llegó de Alemania hacia finales de junio y desapareció a mediados de agosto.

—El asesinato de Bognor Regis se produjo a finales de julio, cuando todavía era paciente. Pero el de Brookham fue en septiembre, mucho después de cuando se suponía que había vuelto a casa. ¿Por qué decidió quedarse en este país? ¿Sabría decirme eso? Y lo más importante... ¿dónde lo busco ahora? ¿Cómo encuentro a este hombre?

Vane se retrepó con un suspiro. La tensión de la larga tarde se reflejaba en sus rasgos pálidos. Al otro lado del escritorio, Bennett consultó su reloj de reojo. El comisario adjunto llevaba varios minutos intentando llamar la atención de su compañero —se proponía poner fin a la entrevista—, pero la mirada de Sinclair permanecía fija en la fotografía que Vane había sacado de su carpeta poco antes y les había entregado.

Se trataba de una instantánea corriente que mostraba a un hombre vestido con un abrigo y un sombrero de fieltro negros, de pie contra un fondo anónimo, la pared de un edificio, tal vez. Como si lo hubieran pillado desprevenido, había abierto ligeramente los ojos en el momento de sacar la foto, como dos agujeros negros sobre el blanco de su rostro bien afeitado. Gaston Lang, inexpresivo por lo demás, miraba fijamente a la cámara.

—Es la única que tenemos de él, me temo —se había disculpado Vane al ofrecerles la imagen—. Como pueden ver, no se lo esperaba. No es alguien a quien le guste posar para fotografías.

Había añadido una descripción de su objetivo, la cual el inspector jefe había anotado.

—Tiene cuarenta y pocos años, es de mediana estatura, delgado y en forma. Nervudo. Me dio la impresión de ser más fuerte de lo que aparenta. Pero su aspecto es anodino: pelo y ojos castaños, sin cicatrices u otras marcas que lo distingan.

—¿Marcas de nacimiento? —preguntó Sinclair, sin rodeos—. Sospechamos que podría tener una. Fue visto medio desnudo por el testigo de uno de sus asesinatos.

—No sé nada de eso... —Vane frunció el ceño—. Pero espere un segundo... deben de tener su historial médico completo en la clínica. Insistimos en ello.

Abrió su carpeta y rebuscó entre sus contenidos.

—Sí, aquí está... —Sacó una hoja de papel y la estudió—. Vaya, jamás... tiene usted razón. Está en la parte superior del pecho. Un hemangioma de gran tamaño.

Miró de soslayo a Sinclair, asintiendo con la cabeza.

—¿Qué más? ¿Se le ocurre a usted cualquier cosa poco común? ¿Cualquier peculiaridad que posea? —El tono del inspector jefe seguía siendo frío. Aunque había hecho un esfuerzo por moderar la brusquedad de su conducta, seguía sin mitigarse su

enfado. En su opinión, la historia que acababan de regalarles era lamentable.

—Aparte del hecho de que hable inglés con acento, ninguna. Sería fácil pasarlo por alto entre la multitud. De cerca, sin embargo, es otra cosa. Esa curiosa cualidad de la que les hablaba... una especie de falta de vida... es perturbadora.

Ante la pregunta crucial del posible paradero de Lang, Vane sólo pudo aconsejarles con reservas.

—Hace tres meses de su desaparición. Nadie sabe qué intenciones tenía. Casi lo único de valor que puedo decirles es que seguramente se haya cambiado el nombre. Ya no será Emil Wahl. Estará ocupado cubriendo sus huellas.

—¿Está usted seguro de eso? —había preguntado Bennett—. Que yo sepa, la policía alemana no ha identificado todavía al hombre que buscan. Y en nuestra prensa no ha habido nada que relacione las dos series de casos.

—Quizá no. Pero sus acciones dicen otra cosa. Sólo tienen que ver el cuidado que puso en hacernos creer que pensaba regresar al continente. ¿No es ésa la reacción de quien, al menos en su cabeza, es ya un fugitivo que intenta no dejar rastro alguno para sus perseguidores? —Vane frunció el ceño—. Dicho lo cual, otros aspectos de su conducta parecen por completo irracionales. Estoy pensando en esos dos asesinatos que cometió tras llegar aquí. Atentan contra toda lógica. ¿No se daba cuenta del peligro que correría si llamaba la atención sobre él? —Había mirado de reojo a Sinclair mientras hablaba, esperando tal vez alguna respuesta, pero el inspector jefe se había limitado a repetir la pregunta que ya había hecho antes.

—Lo que me interesa es por qué decidió quedarse aquí. ¿Por qué no se fue?

Parecía que Vane había estado enfrascado en la misma incógnita. De todos modos había respondido sin vacilar:

—Si quiere usted mi opinión... y no es nada más que eso... la respuesta es porque ya había decidido no volver a Europa bajo ninguna circunstancia. Allí es donde podía esperar que lo encontraran si se lanzaba una búsqueda a gran escala contra él. Su territorio particular, si lo prefiere. Era más seguro para él quedarse en Inglaterra, al menos a corto plazo.

—¿A corto plazo?

—Sí, no querría permanecer aquí por mucho tiempo... al menos, ésa es mi impresión. No es un país donde pueda sentirse como en casa. Dada su situación tal y como él la ve, posiblemente quiera mirar más lejos en busca de refugio. A algún lugar donde no conozcan su rostro. Otro continente, tal vez. Y ha tenido tiempo de sobra para organizar los preparativos que considerara necesarios. —Con un suspiro, Vane sacudió la cabeza—. Sólo puedo repetir lo dicho anteriormente. Me temo que llegamos demasiado tarde.

Sus palabras le arrancaron un gruñido al inspector jefe.

—Por si le interesa, me siento inclinado a darle la razón —dijo—. Pero ésa no es

una asunción que pueda hacer en estos momentos.

Hizo un ademán con la instantánea que tenía en la mano.

—Me llevaré esto, con su permiso. Quiero hacerla circular, junto con una descripción de Lang.

—Por favor. Y prometo peinar este expediente en busca de cualquier información que pudiera serles de ayuda. —Vane volvió a dar unos golpecitos en la carpeta. Vio cómo el inspector jefe guardaba la fotografía entre sus papeles. Bennett ya se había puesto de pie.

—Tendré que informar de esta reunión a mis superiores. —Vane se levantó a su vez—. Será mejor que les advierta ahora que no se tomarán bien lo que tengo que decirles. La idea de que Lang pueda ser llevado a juicio públicamente hará saltar todo tipo de alarmas. Algunas quizá lleguen hasta sus oídos. Vuelvo a pedirles que vayan con cuidado en este asunto.

Había formulado la última frase mirando a Sinclair, que todavía no se había incorporado. Comprendió su error demasiado tarde. La expresión del inspector jefe se había endurecido.

—Seré franco con usted, señor Vane. No siento la menor simpatía por sus colegas, ni por sus ansiedades. Se me ocurre, sin embargo, que pensarían de otro modo si se les proporcionara alguna idea de lo que podría conllevar esta investigación. Supongo que habrá partidarios de Lang entre ellos. —Levantó la cabeza.

Vane asintió.

—¿Incluidos quienes lo protegieron inicialmente? ¿Quiénes lo escondieron de la policía suiza hace años? —La mirada de Sinclair se había vuelto fría como el hielo.

—Algunos de ellos... sí.

—Bien. En tal caso puede empezar diciéndoles que los criminales sexuales de la calaña de Lang son la pesadilla de cualquier policía. Matan al azar, sabe usted, individualmente sus víctimas no significan nada para ellos, y esta ausencia de pauta hace que estén entre los más difíciles de rastrear. Lo único que buscan es una oportunidad.

El inspector jefe cerró su carpeta.

—Es un hecho que los hombres como él parecen actuar por compulsión... cualquier psicólogo podría decírselo... no pueden reprimirse, lo que explicaría esos aspectos irracionales de la conducta de Lang que mencionaba usted antes. Conforme pasa el tiempo, cualquier inhibición que pudieran sentir, incluso las inspiradas por la cautela, parece debilitarse, lo que resulta en un acortamiento de los intervalos entre ataques.

Sinclair se puso en pie. Empezó a abotonarse al abrigo.

—Estoy seguro de que sus colegas se preocuparán cuando les señale que han

pasado más de dos meses desde el asesinato de la niña de Brookham, mucho tiempo tratándose de asuntos como éste, y que dondequiera que esté Lang ahora, aquí o en el extranjero, lo más probable es que ya esté buscando una nueva víctima.

El inspector jefe hizo una pausa. Su interlocutor había palidecido.

—Por desgracia, también tendrá que decirles que no hay nada que yo, ni nadie, pueda hacer al respecto. Excepto rezar para que no la haya encontrado todavía.

El tiempo había escampado por fin —llevaba varios días lloviendo— y tras un bocado rápido en Midhurst, Sam Watkin se acercó en coche a la granja de Hobday, cerca de Rogate, para ver qué tal aguantaba el tejado que había arreglado. Al final se había encargado del trabajo personalmente, restaurando la chimenea y reemplazando las tejas rotas. También había parcheado el piso de abajo con un par de ladrillos nuevos, y se alegró de encontrar la estructura interior seca.

—¿Has visto eso, Sal? Creo que podría contratarme a mí mismo. Reparaciones y decoración.

Sólo se habían detenido lo justo para admirar su obra. Cuando se hubo asegurado de que todo estaba en orden, Sam montó de nuevo en su furgoneta. Tenía otro recado que hacer, un recado que no tenía nada que ver con su trabajo, pero era igual de importante. Al menos eso opinaba Ada.

—Ahora ve y asegúrate de visitar la granja de los Coyne, Sam. Quiero que Eddie tenga esta manta extra. Las noches son cada vez más frías. También le he envuelto una empanada de cerdo, un trozo de queso y una pastilla de jabón, por si le hace falta. Procura que le llegue todo.

Aunque era miércoles, y no uno de los días en que solía ir a la granja de los Coyne —eso era los martes y jueves— a Sam no le importó desviarse de su ruta. Sus planes para hacer la vida de Eddie un poco más llevadera habían tenido más éxito de lo que esperaba. Había algo acerca de su antiguo compañero de batalla —dignidad, tal vez, la forma en que salía adelante pese a todos los contratiempos— que atraía a las mujeres; a su faceta maternal. (O eso pensaba Sam). Sin duda había funcionado con Ada. Y no era la única.

El día después de su encuentro había recogido a Eddie en la obra y lo había llevado a cenar a casa, tal y como le prometiera. Por el camino le había dado la buena nueva acerca del granero vacío en la granja de los Coyne y cómo el señor Cuthbertson había accedido a dejarle dormir allí si quería.

—¿De verdad, Sam? —El rostro de Eddie se había iluminado como el de un muchacho, y Sam había comprendido cómo debía de aborrecer el tener que hacinarse en aquel cobertizo atestado con los demás hombres.

Al día siguiente había vuelto a recogerlo después del trabajo y lo había conducido por el camino que cruzaba la sierra hasta la granja. Le había enseñado el hueco en el seto que daba al huerto y el jardín amurallado de la cocina. Más allá se extendían las tierras de cultivo donde se levantaba el granero. Sam había abierto la puerta de dos hojas.

—Ea... esto es para ti. —Le había lanzado a Eddie la llave del candado—. Es una copia. Asegúrate de candar las puertas todas las mañanas cuando salgas a trabajar. Le

he dicho al señor Cuthbertson que le echarías un ojo al lugar.

Ahora, camino de Rogate, se detuvo en la obra el tiempo justo para explicarle su misión a Eddie y decir que iba a dejarle en el granero las cosas que le mandaba Ada.

—Es muy amable de su parte, Sam, pero no debería. Ahora tengo todo lo que necesito. Y más, gracias a vosotros. ¿Se lo podrías decir? —Pese a estar sucio y sudoroso (había estado dándole al pico en la cuneta, sacando piedras) Eddie sonreía de oreja a oreja. Parecía un tipo distinto.

—Díselo tú, Eddie. Yo no me atrevería. —Sam le guiñó un ojo y siguió conduciendo.

No debía ir muy lejos. La cuadrilla estaba avanzando a lo largo de la carretera y ahora estaba mucho más cerca del punto donde se cruzaba con Wood Way, y donde se había despejado una zona de grava para aparcar. En verano, los fines de semana, a veces estaba llena a rebosar, puesto que muchos excursionistas dejaban allí sus vehículos para adentrarse en las Downs. Aquel día sólo había otro coche en la explanada, un automóvil aparcado al fondo, medio oculto por las ramas de un roble frondoso.

Sam dejó su furgoneta al filo de la zona, cerca de la carretera, y subió caminando por Wood Way, sierra a través, con Sal pisándole los talones, cargando con el paquete de Ada debajo del brazo. Aunque había dejado de llover durante la noche, el aire seguía siendo húmedo y una nube gris flotaba baja sobre el valle.

Dentro del granero encontró varias goteras en el techo, pero ninguna encima de la esquina del fondo donde se había instalado Eddie. El primer día que vino con él, los dos habían puesto rápidamente manos a la obra para acondicionar el lugar. Era algo que le enseñaba a uno el ejército —cómo ponerse cómodo— y Eddie y él habían cruzado la mirada y sonreído al pasárseles lo mismo por la cabeza a los dos.

—Te hace recordar, ¿verdad? —La mirada de Eddie se veía ya más brillante mientras inspeccionaba su nuevo alojamiento.

Tampoco habían llegado con las manos vacías. Acordándose de las lámparas que había encontrado, Sam trajo con él una lata de aceite, además de un pequeño brasero, mientras que Eddie había acarreado junto con el resto de sus pertenencias el saco de hulla que le haría falta para encender un fuego.

—No te preocupes, Sam. Lo vaciaré todas las mañanas antes de irme. No quiero quemar el edificio, te lo prometo.

Había cumplido su palabra, vio Sam ahora. (Había divisado el brasero vacío de inmediato). De hecho, Eddie había dejado pocas huellas de su presencia. El montón de heno que le servía de colchón estaba pulcramente recogido en un rincón, pero las mantas y el resto de sus cosas no se veían por ninguna parte; debían de estar guardadas, quizá en uno de los armarios.

Cuando hubieron hecho todo lo que necesitaban en el granero, Sam sugirió que

dieran un paseo hasta Oak Green para que Eddie viera el lugar, sin imaginarse el agradable encuentro que los esperaba allí.

Al llegar al pequeño grupo de casas, la puerta de la tienda del pueblo se había abierto y Nell Ramsay había salido a la estrecha calle. Cuando vio a Sally, que caminaba bamboleándose junto a ellos, la niña había soltado un gritito de alegría y corrido a su encuentro.

Sam no se había fijado en que estaba con alguien hasta oír una voz de adulto a su espalda.

—Ya veo que no nos van a presentar, señor Watkin. —Una mujer se había acercado hasta ellos, risueña—. Soy la madre de Nell. Llevo meses oyendo hablar de usted y de Sally. Me alegra mucho que nos conozcamos por fin.

Morena como su hija, la señora Ramsay les había tendido la mano, y Sam vio inmediatamente a quién había salido Nell, tanto en su aspecto como en el desparpajo a la hora de tratar con la gente.

Tras enterarse de que venían andando desde la granja de los Coyne, la señora Ramsay había insistido en que las acompañaran y tomaran el té con ella y Nell antes de regresar. Sam había aceptado sin pararse a pensar, y luego se preguntó si la mujer se daría cuenta, como debería habérsela dado él, de lo incómodo que se sentía Eddie ante la idea. (Seguía vestido con la ropa de trabajo, cubierto de mugre y sin afeitarse). Pero la preocupación por su amigo estaba infundada.

Nada más llegar a la casa, una bonita vivienda de dos pisos a escasos minutos a pie de la aldea con un jardín que se extendía hasta el arroyo, la mujer le había enseñado el cuarto de baño a Eddie, diciendo:

—Estará usted deseando tener ocasión de asearse, señor Noyes. Por favor, no tenga prisa. Tomaremos el té en la cocina. Es cálida y acogedora, y Sally puede quedarse con nosotros.

Había deducido que Eddie se sentiría incómodo en su sala de estar, vestido como estaba, y había resuelto la situación elegantemente. Tal y como cabría esperar de una dama. (Una dama en condiciones, así las cosas. No como otras que podría nombrar Sam, de las que tantos aires se daban).

Durante los pocos minutos que estuvieron a solas le había hablado de Eddie. Por qué estaba quedándose en la granja de los Coyne. El motivo de que ofreciera un aspecto tan alicaído.

—Perdió su empleo sin razón, como le ocurre a tanta gente hoy en día. Es el tipo más valiente que me he echado a la cara. Le concedieron la Medalla del Ejército durante la guerra. Ahora tiene que aceptar el primer trabajo que encuentra. No me parece justo.

Sam había hablado con sentimiento. Pero la calidez de la respuesta de la señora Ramsay lo había sorprendido.

—Estoy completamente de acuerdo con usted, señor Watkin.

Cuando regresó Eddie —mucho más limpio, pero todavía cohibido y nervioso—, la mujer se había propuesto de inmediato hacerle hablar, preguntándole de dónde venía y cuál era su historia. Sam se había asombrado al ver lo deprisa que era capaz de romper el hielo. Pronto Eddie estaba charlando animadamente, hablándole de su hogar cerca de Hove, y de su madre y su hermana, la una aquejada de angina de pecho, la otra llorando aún la pérdida de su marido.

Al escucharlo, Sam había aprendido cosas nuevas sobre su antiguo compañero de fatigas, cosas que quizá nunca hubiera escuchado de no ser por el cordial interrogatorio de la señora Ramsay. Lo que Eddie había hecho era encargarse de cuidar de estas dos mujeres, perdiendo cualquier posibilidad de tener vida propia en el proceso. Sam estaba seguro de que la señora Ramsay también se había dado cuenta. En cualquier caso su mirada, al posarse en su rostro, estaba llena de comprensión.

Tampoco quiso oír ni hablar de ello cuando le dijo que planeaba acercarse a Oak Green de vez en cuando para comprar provisiones.

—No puede pasarse usted el día entero trabajando y no disfrutar de una cena decente por las noches. Aunque yo no esté aquí, Bess le preparará algo caliente.

—Por supuesto que sí, señora Noyes. —La cocinera de los Ramsay había sonreído alentadoramente. Se trataba de una mujer rolliza y rubicunda que había escuchado su conversación con ávido interés—. Usted asome la cabeza por la puerta de la cocina, que allí estaré.

El bueno de Eddie... no había sabido adónde mirar, con las dos consintiéndolo como gallinas a sus pollitos. Ninguna de ellas aceptó un no por respuesta.

Era casi de noche cuando partieron de vuelta a la granja de los Coyne. Nell había salido antes —para enseñarle el jardín a Sally, dijo— y habían rodeado la casa en compañía de la señora Ramsay hasta la parte delantera, donde vieron a la niña correteando entre las sombras, con Sal persiguiéndola esforzadamente.

Era la primera vez que Sam la veía sin el uniforme del colegio. Vestida con una falda de tela escocesa y un jersey de Fair Isle parecía más crecida. Pero los grititos atiplados que resonaban por el amplio césped seguían siendo los de una niña.

Al parecer su madre compartía sus pensamientos. Antes, Sam le había hablado de Rosie y Josh, los dos de él y Ada, y ahora la mujer lo miró con expresión melancólica.

—Qué rápido crecen —había suspirado.

Sam, sonriendo ante el recuerdo, consultó su reloj. Eran casi las cuatro. Nell volvería pronto de la escuela. Quizá se cruzaran con ella por el camino.

Sally y él habían subido a la sierra detrás de la granja después de cerrar el

granero. Sam había dejado el paquete de Ada en el lavadero roto, donde Eddie pudiera verlo.

—Lástima de empanada de cerdo, Sal —observó con pesar—. No nos hubiera venido mal, a ti y a mí. Dudo que a Eddie le quede hueco para más de un bocado.

No cuando la mayoría de las noches iba a cenar a Oak Green. Tras su inicial reluctancia a hacerse notar, había terminado haciendo acopio de valor y asomando la cabeza a la cocina de Bess, tal y como ésta le pidiera, y ahora era un visitante habitual de la casa. Sam le había tomado el pelo al respecto.

—Me parece que te ha echado el ojo.

Eddie se había limitado a reírse.

—Me gusta ir allí —reconoció—. Hacen que uno se sienta como en casa. — Aunque el pelo ralo de Eddie y su rostro surcado de arrugas conseguían que aparentara más años de los que en realidad tenía, había perdido su aspecto agobiado —. La otra tarde conocí al señor Ramsay. ¿Sabías que estuvo en el frente, al norte de nuestra posición, cerca de la costa? Lo hirieron dos veces. Tuvo suerte de volver a casa. Y esa Nell es un encanto. Viene y se sienta conmigo en la cocina cuando estoy allí, me hace toda clase de preguntas. Forman una familia estupenda.

Sam se alegraba por su antiguo compañero, pero no pudo evitar preguntarse si sus noches en Oak Green no harían que Eddie pensara en su propia vida, y en las oportunidades que había dejado escapar.

—Venga, no te acomodes, Sal, que nos vamos.

La había visto dando vueltas alrededor de un trozo de tierra mojada, disponiéndose a tumbarse. Mientras tanto él contemplaba fijamente el valle: había estado paseando la mirada a lo largo del arroyo, en busca de cualquier indicio de vida. En ese momento el silencio que los rodeaba fue roto por un coro de gritos alborotados. Al levantar la cabeza, Sam llegó a tiempo de ver un par de grajos que salían disparados de la linde del bosque.

Cuando volvió a mirar abajo se llevó una sorpresa: la figura de un hombre había aparecido en el corral a sus pies; estaba de pie en medio de la explanada de adoquines, mirando a su alrededor. Vestido con un traje de tweed, llevaba un par de prismáticos en una funda de cuero colgados de un hombro, y al fijarse en ellos Sam recordó algo.

¿No era ése el mismo tipo que había visto en la sierra de enfrente, al otro lado del valle, hacía un par de semanas? ¿El que había tomado por un observador de aves?

Al principio había asumido que el hombre debía de haber subido por Wood Way, se habría fijado en el hueco que había en el seto y decidiría ver adónde llevaba. Era algo que ocurría a menudo con los excursionistas. Usaban el sendero para ir y venir de las Downs, y a veces se extraviaban y llegaban a la granja.

Pero pronto quedó claro que el hombre no había llegado allí por casualidad. No a

juzgar por el interés que estaba prestándole al patio. Lo primero que hizo fue acercarse a un grifo que había en la pared junto a la puerta de atrás y abrirlo, aparentemente para comprobar si funcionaba. A continuación, cruzó el adoquinado para inspeccionar los establos, caminando aprisa, perdiéndose de vista durante varios minutos mientras recorría su interior.

Mientras lo observaba desde lo alto, se le ocurrió a Sam que el tipo debía de haber oído que la granja estaba a la venta y se había acercado a echar un vistazo. De hecho, estaba preguntándose si no debería bajar y ofrecerle ayuda —darle el nombre del señor Cuthbertson, por ejemplo— cuando ocurrió algo que borró de su mente cualquier posible idea de gesto amistoso.

Momentos antes, el hombre había vuelto su atención al granero. Tras encontrar las puertas candadas, había empezado a manipular el cerrojo, sopesándolo en la palma de la mano y examinándolo de cerca. Ahora, ante la incrédula mirada de Sam, sacó lo que parecía una navaja del bolsillo de su chaqueta y empezó a forzar la cerradura.

—¡Eh! —Sin saber siquiera si estaba al alcance del oído, Sam dio rienda suelta a su indignación—. ¡Deja eso! Vamos, viejita...

Sin esperar a que Sal se reuniera con él, emprendió la marcha pendiente abajo, dispuesto a tener unas palabras con el intruso. Le preguntaría qué tramaba. Sí, y le diría también que mantuviera las zarpas lejos de la propiedad ajena. Pero cuando hubo descendido de la sierra perdió de vista a la figura vestida de tweed, y para cuando llegó al patio —tan sólo había tardado unos minutos— el pájaro había volado. El patio de adoquines estaba vacío.

—¡Maldición! —Sam miró a su alrededor, frustrado. Vio que la puerta del jardín amurallado de la cocina estaba abierta. Al parecer el hombre se había ido por donde había venido.

Deteniéndose tan sólo para comprobar que el candado estuviera seguro, partió en pos de él, cruzando a la carrera el jardín y el huerto del otro lado, hasta atravesar el seto y salir a Wood Way.

Allí lo aguardaba una desilusión. Esperaba encontrar a su objetivo por allí cerca. En vez de eso vio que el tipo ya había puesto tierra de por medio entre ellos. Se hallaba cerca de lo alto del sendero, acercándose a la cresta de la sierra, contoneándose a largas zancadas, corriendo como loco.

—¡Eh! ¡Tú!

Sam volvió a gritar tras él, pero sin más resultado que antes. O bien el tipo no lo había oído, o prefería no darse la vuelta.

—Muy bien, como quieras. ¡Largo de aquí!

Mientras clamaba de frustración, lo distrajo en ese preciso momento la aparición de otra figura en el camino, delante del hombre, que reconoció. Era Nell.

Inconfundible con su sombrero blanco de colegiala y su túnica de gimnasia azul marino, acababa de coronar la sierra procedente de la carretera del otro lado, donde la dejaba el autobús. Ante los ojos de Sam, los dos se cruzaron sin detenerse. Instantes después el hombre se perdió de vista tras la cima de la colina.

Nell, entre tanto, estaba cada vez más cerca y empezó a correr al llegar a la parte más empinada de la cuesta, agitando los brazos.

—Hola, señor Watkin... hola, Sally.

Sin aliento, con las mejillas sonrosadas como manzanas, la niña llegó al lugar donde estaban y de inmediato se dejó caer al suelo, derregada. Los gañidos de bienvenida de Sally se vieron recompensados con un abrazo. Sam las observó, sonriendo.

—Pareces agotada —comentó.

—Lo estoy. Casi pierdo el autobús —jadeó Nell—. Tuve que perseguirlo una barbaridad. Todavía tengo flato. —Se aferró el costado—. Estábamos ensayando la función navideña. Voy a ser uno de los reyes magos. Tendré que ponerme barba y bigote. Mamá y papá se morirán de risa.

Sam esperó hasta que hubo recuperado el aliento antes de preguntarle:

—Ese tipo con el que te cruzaste por el camino...

—¿Al que le estaba gritando usted? —Nell lo miró a los ojos. El rubor empezaba a desaparecer de sus mejillas.

—¿Lo habías visto antes? ¿Por aquí, quiero decir?

—No, me parece que no... ¿por qué? —Se apartó el pelo de los ojos.

—Lo pillé curioseando por la granja, intentando colarse en el granero.

—Debía de remorderle la conciencia. Tendría que haber visto usted cómo me miró. —Soltó una risita.

—¿Te miró? ¿Cómo que te miró? —Las palabras hicieron fruncir el ceño a Sam.

—Oh, ya sabe... me miró. —Nell se había fijado en su reacción—. No fue nada... en serio. —Cambió de postura sobre las rodillas desnudas, volviéndose hacia Sal, que llevaba unos instantes ocupada olisqueando su mochila—. A ver, ¿qué te hace pensar que tengo algo para ti? —preguntó con voz seria.

A modo de respuesta, Sal meneó la cola aún con más empeño.

—No pensarás ni por un momento que pueda haber ahí una g-a-l-l-e-t-a para ti, ¿verdad?

La palabra deletreada fue recibida con un ladrido de entusiasmo.

—Ay, vale, lo confieso. Todavía me queda una miguita de pan de jengibre.

Sam vio cómo aparecía el bocado... y cómo desaparecía. Las arrugas habían abandonado su frente.

—¡Oh, Sally...! Por lo menos podrías hacer como que masticas. —Nell sacudió la cabeza en ademán de fingida desesperación. Empezó a recoger sus cosas—. Es una

suerte que el señor Noyes se pase después del trabajo. —Levantó la cabeza—. Bess bebe los vientos por él. Papá vino y se sentó con nosotros en la cocina la otra noche. Nunca habla de la guerra, sabe usted, pero los dos empezaron a contarse historias, cosas que les habían pasado, y yo me quedé allí sentada, calladita como un ratón, escuchando. El señor Noyes dice que su trabajo habrá acabado para Navidad y luego regresará a Hove. No sé qué hará Bess cuando se marche.

—Eddie os va a echar de menos a todos. —Sam la ayudó a ponerse de pie y le ajustó la mochila—. Me lo ha dicho él mismo.

—¿Sí? Bueno, nosotros también vamos a echarlo de menos. ¿A que sí, Sally? — Se agachó para plantar su beso de costumbre en la cabeza de la perra—. Espero que no desaparezca sin más cuando termine el trabajo, que venga a vernos de vez en cuando. Adiós, señor Watkin. —Le dedicó la sonrisa de su madre.

—Adiós, encanto.

Sam se quedó mirando cómo se alejaba, esperando hasta que la vio tomar la bifurcación de Oak Green. A continuación se dio la vuelta y, con Sally a su lado, empezó a andar, camino de la furgoneta.

—Conque la miró, ¿eh? —Sam seguía dándole vueltas a lo que le había dicho Nell. No le gustaba cómo sonaba. Como tampoco le gustaba la escena que había presenciado antes—. ¿Qué estaría haciendo, curioseando por el patio? ¿Qué te parece que pintaba él ahí, eh, Sal?

Por más que lo intentara no se le ocurría ninguna explicación.

Una cosa era segura, no obstante. Pensaba estar alerta por si volvía a ver a ese tipo. Le pediría a Eddie que hiciera lo mismo. Y si cualquiera de ellos lo pillaba husmeando en la granja de los Coyne otra vez, le cantarían las cuarenta.

Alto y claro.

Le dirían que se largara con viento fresco.

—Seré sincero contigo, John. Dudo que vayamos a echarle el guante. Aun suponiendo que siga en Inglaterra, ¿por dónde empezar? No tiene amigos, ni familia, ni ocupación reconocida como tal, y no hay nada que lo vincule a ninguna parte del país. Su forma de vida es un misterio. Por lo que al poli británico medio respecta, lo mismo podría ser de otro planeta.

Angus Sinclair apenas si le había dado tiempo a Madden a saludarlo y coger su sombrero antes de enfrascarse en un catálogo de quejas y autocríticas.

—Acabo de pasarme la mañana contándole a un grupo de policías hasta el cuello de trabajo que confío plenamente en que una búsqueda organizada nos dirá cuál es el paradero de Lang, cuando no lo creo ni por un momento.

El inspector jefe había llegado a Highfield en coche desde Guildford, donde se había celebrado a petición suya una conferencia de detectives veteranos de los cuerpos de Surrey y Sussex. No planeaba ver a Madden cuando salió de Londres esa mañana, pero a medida que la jornada se alargaba y su insatisfacción con lo que estaba haciendo aumentaba, la tentación de visitar a su viejo amigo y colega —la idea de encontrar al menos un oído comprensivo sobre el que volcar sus problemas— se había vuelto irresistible. Una llamada de teléfono a la granja había resultado en una invitación a almorzar, propuesta que Sinclair había estado doblemente encantado de aceptar cuando supo que Helen no los acompañaría.

—Se ha ido a Chiddingfold para encargarse de la operación de un amigo.

El inspector jefe no se hacía ilusiones sobre la reacción de la esposa de Madden ante un nuevo intento por su parte de implicar en la investigación aún más a su marido. Aparte, quería hablar libremente, algo que no sería posible de estar Helen presente. Así las cosas, su franqueza consiguió que incluso Madden expresara cierta preocupación por él.

—¿Deberías estar contándome todo esto, Angus? ¿No entra dentro de la Ley de Defensa Nacional?

—¡Maldita la ley, maldita la defensa y malditos los servicios secretos británicos, quienesquiera que sean! —Vigorizado por un güisqui cargado, Sinclair se mostraba más locuaz que nunca—. Gracias a ciertos individuos que jamás tendrán que responder de nada, un asesino sin escrúpulos fue soltado en sociedad hace años y ha gozado de la protección del servicio secreto de este país desde entonces. Esos hombres sabían que era un asesino y decidieron pasarlo por alto. Si por casualidad lo detienen en el extranjero, se armará un follón de Dios Padre y veremos las consecuencias. Rezo para que no me toque estar presente ese día.

El estado de ánimo del inspector jefe ya se había agriado a comienzos de esa semana al recibir de Philip Vane la información que éste había prometido extraer del

expediente confidencial de Gaston Lang. Por prolijo en detalles que resultara ser, había dejado a Sinclair con la sensación de tener entre manos una pastilla de jabón, demasiado resbaladiza como para asirla debidamente. Vane le había proporcionado una lista de los países en que había operado Lang, las fechas que había estado en cada uno y todos los alias que podría haber empleado en sus diversas misiones.

—Es como una guía de viajes de Europa central —les había comentado Sinclair a Bennett y Holly cuando fueron a ver cómo avanzaba la investigación—. Menudo tipo más ocupado ha sido nuestro señor Lang. Sin duda se ganaba el sueldo. A sus ojos, al menos. Pero aquí no hay nada que nos diga qué clase de persona es. Es un cascarón hueco. ¿Dónde están sus costumbres... sus manías?

—Austria, Checoslovaquia, Hungría, los Balcanes... hum. —El comisario adjunto había ojeado la lista—. ¿Qué piensa hacer con esto? —le preguntó a Sinclair.

—Para empezar me pondré en contacto con la policía de estos países, a ver si tienen algún registro de crímenes sin resolver parecidos a los nuestros. Ya han recibido nuestra solicitud anterior a través de la organización internacional, pero haré hincapié en el hecho de que podría haber estado en activo durante años. Luego enviaré una lista de alias a la organización, con la descripción física y la fotografía de Lang, junto con la petición de que las difundan. Pretendo tenderle una red por toda Europa y más allá. Cuanta más gente busque a este hombre, mejor. Habría que informar por separado a la policía alemana; tienen derecho a saber qué estamos haciendo.

—Sí, pero vaya usted con cuidado, inspector jefe. —Los temores de Bennett habían vuelto a aflorar a la superficie—. Creo que Vane está jugándose el cuello, dándonos esta clase de información. Bajo ningún concepto debemos revelar la conexión de Lang con nuestros espías. Recuerde que le dimos nuestra palabra.

—Esté usted tranquilo, señor, no pienso cruzar esa raya. Aunque, hablando de palabras dadas y recibidas, dudo que Vane y sus compinches las valoren demasiado, salvo como medio para engañar a los demás. —Sinclair frunció los labios con desagrado—. Y tendremos que indicarle a Berlín de alguna manera de dónde hemos sacado lo que les digamos. Sugiero que atribuyamos la fuente a confidentes. Después de todo, no se aleja tanto de la verdad.

—Vamos... ¿no está siendo usted demasiado severo? —Bennett lo miró—. Sabe Dios que no estoy defendiendo la forma en que nuestro servicio de inteligencia trató a Lang originalmente. Pero sus prioridades son distintas de las nuestras. Y sus problemas, bastante particulares. Demos gracias por no tener que lidiar con ellos. Ya escuchó usted lo que dijo Vane: se acabó el jugar según las reglas.

—Eso quieren hacernos creer. —El tono de Sinclair era frío—. No opino lo mismo.

Sir Wilfred suspiró. Miró de soslayo a Arthur Holly, esperando como de

costumbre recibir algún tipo de apoyo por su parte, pero enseguida comprendió que sus esperanzas eran vanas. El superintendente había sido informado de lo fundamental de su reunión con Vane. Había escuchado en silencio el relato de la entrevista por parte de Sinclair. Sólo al final había expuesto su punto de vista.

—Siempre he pensado que la responsabilidad era la base del servicio público, señor. —Refunfuñando de desaprobación, el superintendente había dirigido sus comentarios a Bennett—. Se nos concede cierta autoridad, y a cambio debemos rendir cuentas por cómo la ejercemos. Aquí no veo nada de eso. Estos hombres parecen creer que pueden manipular la ley como mejor sirva a sus intereses.

Desesperado, el comisario adjunto había cambiado de tema.

—Pensando más de puertas para adentro, inspector jefe, ¿qué se puede hacer en este país? Supongo que estará usted organizando una búsqueda aquí.

—Sí, pero sin demasiada convicción. El último asesinato se produjo a principios de septiembre, por lo que hace más de dos meses que no se han vuelto a tener noticias de él, por así decirlo. —Su propia elección de palabras le hizo torcer el gesto a Sinclair—. Es probable que ya haya abandonado el país. Pero no podemos estar seguros de eso, y debemos actuar asumiendo que todavía está aquí, hasta que se demuestre lo contrario. No creo que esa fotografía sirva de mucho. Si se ha dado a la fuga, como opina Vane, lo más probable es que haya alterado su aspecto. Pero la haré circular entre la policía de todo el país, junto con su descripción y una lista con los nombres que ha empleado en el pasado. Y pondré vigilancia en los puertos, naturalmente.

—¿Qué hay de la prensa? ¿Podemos usarla?

—No, no lo creo, señor. No en este caso. Sería como abrir la caja de Pandora. Es imposible saber lo que podría salir de ahí. Y desde un punto de vista eminentemente práctico, no nos hará ningún bien. Publicar la fotografía y la descripción de Lang en los periódicos solamente lo alertaría del hecho de que estamos tras su pista... algo de lo que aún no puede estar seguro. Recuerde que éste es un hombre que ha vivido en la sombra toda su vida. Nadie sabe mejor que él cómo cubrir sus huellas. Quiero que su cacería siga confinada a la policía tanto tiempo como sea posible. Y también quiero concentrar nuestra búsqueda en los condados donde Lang ha estado activo. Cabe la posibilidad de que haya residido en algún lugar de la zona comprendida entre Surrey y Sussex. John Madden, por ejemplo, opina lo mismo.

—¿Otra vez Madden? —Bennett se animó al escuchar el nombre, tan familiar—. ¿Qué tiene que decir al respecto?

—Muchas cosas, por lo visto. —El ceño de Sinclair, que éste llevaba frunciendo toda la mañana, se alisó por un momento, y la sonrisa que ocupó su lugar mostraba un atisbo de felicitación. El plan de mandar a Billy Styles a hablar con su antiguo mentor había dado por lo menos un fruto—. Aún no había tenido ocasión de

decírselo, pero John ha hecho una observación valiosa. Cree que Lang debió de explorar concienzudamente los alrededores de Brookham antes del asesinato. ¿Cómo si no podría haber sabido adónde llevar a la chica? No se tropezó con aquel sitio por casualidad. Si ha tenido tiempo de merodear por allí, es lógico suponer que podría haber estado viviendo en la zona. Alojado en un hotel o una pensión, quizá. Empezaremos por ahí. Es un trabajo para las fuerzas policiales del condado. Tengo una cita con detectives de Surrey y Sussex concertada para mañana.

Era esta reunión en Guildford lo que había agriado el humor de Sinclair esa mañana y lo había impulsado a buscar a Madden. Saber que no estaba siendo franco del todo con sus colegas no era algo que le gustara al inspector jefe, que no se molestó en disimular su desagrado.

—Tuvieron que darse cuenta de que no estaba contándoles todo lo que sabía. Cuando menos, debían de preguntarse de dónde había sacado toda esta información sobre los viajes por el extranjero de Lang.

—¿Preguntaron cuál era su ocupación?

—Lo hicieron. Les dije que no podía ayudarles. Aun así, el número de profesiones posibles de un hombre con tantos alias es limitado. Me atrevería a decir que ya han sumado dos y dos. Lo único que pude hacer fue enfatizar el aspecto policial de este asunto. Nuestra única preocupación es atrapar a un asesino, les dije, e hice hincapié en lo peligroso que es, muy diferente de la clase de criminales a los que debemos enfrentarnos habitualmente.

—Eso te preocupa, ¿verdad?

Se habían trasladado de la sala de estar al comedor, donde la señora Beck les había servido el almuerzo, y donde la apagada luz gris de aquel día otoñal que entraba por las ventanas se reflejaba fría en el mantel blanco de la mesa. Madden había dicho muy poco hasta entonces.

—Mucho. Lleva encima un cuchillo, y sabe usarlo. Esas pobres niñas a las que apuñaló no son sus únicas víctimas. Hace años mató a un detective, y Vane dio a entender que ha habido más bajas a lo largo de su carrera. Insisto en que esta búsqueda la realice la división de paisano. No quiero que algún poli de pueblo intente hacerse el valiente. Pueden empezar preguntando a los hoteleros y caseros, buscando a hombres solos que encajen con la descripción. Si fuera preciso realizar alguna entrevista, deberá haber al menos dos detectives presentes. Y tendrán que estar en guardia. Matará si tiene que hacerlo, si se siente amenazado. Ya lo ha hecho antes.

Dejando toda discreción a un lado, el inspector jefe se había enfrascado a continuación en un detallado relato de la visita que habían hecho Bennett y él al Ministerio de Asuntos Exteriores. Su discurso los llevó a través de un almuerzo y un café, y aún no había terminado cuando salieron a la terraza a tomar un poco el aire,

para encontrarse con una oleada de niebla escocesa que bajaba por la cordillera boscosa de Upton Hanger y se extendía por los jardines. El huerto que había al pie del césped había desaparecido ya, mientras que del gran sauce llorón que se levantaba cerca de allí, sólo unas pocas ramas desnudas resultaban visibles entre la cortina gris.

—De modo que así está la cosa, John. Y que me aspen si sé qué hacer a continuación.

Madden soltó un gruñido. Ajeno a la pátina blanca de gotitas de rocío que le cubrían el pelo y las cejas, había estado escuchando en torvo silencio.

—De modo que la marca de nacimiento que vio Beezy era real. ¿Has podido utilizar esa información?

—En realidad no. —Sinclair sacudió la cabeza—. Puesto que tiene la marca en el pecho, su ropa la cubre. Sin embargo, he decidido probar suerte. Vamos a enviar unos comunicados a todos los médicos de Surrey y Sussex, preguntándoles si han tratado recientemente a algún hombre con un antojo de gran tamaño... que no fuera paciente habitual, por supuesto... y advirtiéndoles que es peligroso. Helen podrá enseñarte el suyo cuando lo reciba, que será cualquier día de éstos.

El inspector jefe esperaba que su antiguo socio le proporcionara alguna solución a los problemas que lo acuciaban. Pero Madden sólo tenía una sugerencia que ofrecer, y eso, según él mismo reconoció, también era «probar suerte».

—Me llamó la atención lo que os contó Vane... que Lang era un observador de aves. Explica una cosa que me tenía desconcertado.

—¿De qué se trata? —Sinclair se enjugó el rostro húmedo con un pañuelo.

—Me preguntaba cómo habría descubierto Lang ese campamento de vagabundos cerca de Brookham, adonde llevó a la chica. Era improbable que se hubiera tropezado con él por casualidad. Ahora lo entiendo. Cuando fui allí al día siguiente el bosque estaba repleto de trinos. Recuerdo haber visto un martín pescador. —Madden entrecerró los ojos ante el recuerdo.

—¿Y crees que Lang había estado allí antes?

Madden asintió con la cabeza.

—Debió de pasar por Capel Wood antes y ver que era un lugar prometedor. Podría haber explorado fácilmente el arroyo. Cuando Billy Styles vino a verme no hace mucho hablamos de ello... de cómo el asesino parecía estar familiarizado con la zona. Nos preguntamos si no tendría algún hobby que lo llevara al aire libre. —Enarcó una ceja blanca a su compañero—. Podría ser una pista digna de seguir, Angus.

—No veo cómo. —El inspector jefe se rascó la cabeza.

—Estaba pensando en las sociedades... de observadores de aves, digo. Debe de haber varias, en ambos condados. Podrías pedirles que preguntaran a sus miembros, a ver si se han fijado en algún rostro desconocido en los campos, hombres que encajen

con la descripción. Podría encender alguna bombilla.

Sinclair soltó un gruñido. No parecía muy convencido.

—Bueno, supongo que es una posibilidad. Y puesto que estamos agarrándonos a un clavo ardiendo, de todos modos... —Cruzó la mirada con Madden y sonrió—. Te diré algo, voy a encargárselo a Styles. Lleva todo este tiempo en Guildford, sentado sin hacer nada.

Se quedaron en silencio mientras la niebla se espesaba a su alrededor. Un gemido escapó de los labios de Sinclair.

—Maldita sea, no es suficiente. Nos hará falta algo más que suerte para atrapar a este hombre. ¿No podemos hacer nada más?

El silencio que fue la única respuesta de Madden parecía más elocuente que cualquier palabra, y para el inspector jefe su sombría mirada abstraída era una confirmación de sus peores temores, que expresó ahora, ronca de rabia la voz ante la necesidad que sentía de decirlo:

—¿Tendremos que esperar a que mate de nuevo?

Oscurecía —eran casi las cinco— cuando Eddie Noyes abandonó la obra, diciendo adiós con la mano a los McCarthy, Pat y Jimmy, los dos de County Mayo, pero no emparentados, decían, quienes se habían convertido en amigos especiales suyos, y respondiendo también a las manos levantadas de algunos de los otros.

Al ser viernes, al término de su larga jornada laboral, los hombres habían tardado más de lo normal en recoger sus herramientas y poner las cosas en orden antes de irse. La última tarea de Eddie había consistido en colocar las señales móviles a ambos lados de la franja de carretera donde estaban trabajando, advirtiendo a los conductores que aminoraran, que la superficie que tenían por delante estaba en obras. De dos metros de alto y forjadas en cemento, eran difíciles de maniobrar, pero había aprendido a volcarlas por el centro y llevarlas rodando hasta el lugar deseado.

Al principio no le había resultado sencillo, encajar. Los demás lo habían marcado como forastero, alguien que no estaba acostumbrado al trabajo físico, y había tenido que demostrar su valía los primeros días ocupándose de algunas de las labores más arduas y sucias —desmenuzando el asfalto viejo con el martillo pilón, por ejemplo, y mezclando y vertiendo alquitrán— antes de que lo aceptaran como uno de ellos.

Pero era un grupo de buenos tipos, una decena de hombres en total, la mitad de ellos irlandeses, y su camaradería le había recordado a Eddie el tiempo pasado en el frente. Hasta el capataz, Joe Harrigan, que era la viva imagen de su primer sargento, un irlandés ceñudo de Donegal, el mayor bastardo que se había echado a la cara, pero que aun así sabía cuidar de sus hombres. Dooley, se llamaba. Jack Dooley. Un mortero alemán había acabado con él en Mons.

Eddie se había unido a la cuadrilla meses atrás, cuando estaban trabajando en un tramo de carretera próximo a Hove, donde vivía. Al enterarse de que buscaban mano de obra, había aprovechado la oportunidad y hablado con Harrigan, que no le había dejado ninguna duda sobre lo que se esperaba de él.

—No me parece a mí que estés a la altura —le había dicho bruscamente, comentario que Eddie pensó que se refería a su baja estatura... y quizá a la suavidad de sus manos, que el capataz había puesto encima de su palma callosa y examinado con ojo crítico—. Pero voy a darte una oportunidad. Nada de favores, eso sí.

Tras ser incapaz de encontrar un empleo estable desde que perdiera su trabajo de viajante en diciembre, estaba dispuesto a aceptar cualquier oferta. La carga de cuidar de su madre y su hermana, que compartían la casita donde vivían en Hove, era muy pesada, y el miedo a hilarles rara vez estaba lejos de sus pensamientos.

Carretera adelante, Eddie había llegado al punto donde se cruzaba con el sendero que cruzaba la sierra hasta la granja de los Coyne. Transitado por los excursionistas durante las apacibles semanas de otoño, estaba desierto ahora que se acercaba el

invierno. Al mirar atrás, vio que sus compañeros habían recogido las herramientas y se alejaban en fila india en dirección contraria, hacia el cobertizo de hierro ondulado a un kilómetro de distancia que contenía el cubículo que hacía las veces de despacho de Harrigan, espacio de almacenamiento para su equipo y unos pocos metros cuadrados de tierra desnuda donde aquellos miembros de la cuadrilla que habían decidido ahorrar dinero y dormir incómodamente, en vez de buscar alojamiento económico en la vecindad —Eddie se había contado entre ellos— extendían sus petates por las noches.

Eran estas largas horas de oscuridad, pobladas por los ronquidos y los gruñidos apagados de los hombres, lo que peor había sobrellevado. Insomne en medio de los cuerpos hacinados, respirando el aire fétido, había sentido flaquear su espíritu; todas las mañanas debía recurrir a un esfuerzo de voluntad para levantarse y afrontar el nuevo día.

Aun así, cuando surgió la oportunidad de escapar de este purgatorio, había vacilado, temeroso de que los demás se tomaran a mal su buena fortuna. Pero descubrió que los había juzgado mal. Entre risas, había visto cómo Pat McCarthy le imploraba a Eddie en tono de guasa que le escupiera en la mano, por si acaso su suerte era contagiosa. Como un solo hombre le habían insistido para que no dejara escapar este regalo caído del cielo.

Al pensar en cómo habían cambiado sus circunstancias desde la inesperada aparición de Sam Watkin, la sonrisa de Eddie se ensanchó. (Acudió a su mente la imagen de una piedra al caer en un charco estancado). Recordó con deleite el momento en que la furgoneta verde había aparcado a su lado en la carretera y había escuchado el jovial saludo de su conductor.

«¡*Salve, Eddie!*».

La oleada de alegría que había experimentado en aquel instante provenía de otra época —de los peores días de la guerra— cuando la nariz torcida de Sam era como un símbolo de la pugnacidad de su propietario, su negativa a rendirse a lo que fuera que le pusiese la vida por delante, y en medio del horror cubierto de barro en que se había convertido su día a día, su espíritu, como si de alguna antigua magia tribal se tratara, había lanzado su hechizo todo alrededor de él.

«¡*Salve, Eddie!*».

Todo lo que había ocurrido desde su último encuentro —su traslado a la granja de los Coyne y la amabilidad que había recibido de manos de la familia Ramsay— se le antojaba a Eddie una extensión de este maravilloso poder que poseía su antiguo camarada, y su estado de ánimo había respondido elevándose, dándole nuevo brío. Una vez más había reanudado su larga lucha por escapar de lo que consideraba la mano muerta del pasado, una fuerza misteriosa que amenazaba siempre con arrastrarlo al fondo de un pozo siniestro.

Durante años lo había acosado una sensación de inercia, una falta de voluntad que le había impedido no sólo disfrutar al máximo de la vida, sino aprovisionarse adecuadamente para el futuro, además. Inconsciente del hecho de que su aflicción era algo que compartía con otros supervivientes de las trincheras, hombres que se contaban por miles, Eddie la había atribuido a un evento en particular: creía que radicaba en el momento en que había sufrido la herida casi mortal que había puesto fin a su carrera militar.

Aún podía recordar el impacto de la bala del francotirador cuando lo golpeó como un puño de hierro, perforándole la caja torácica y sembrándole de esquirlas de hueso uno de los pulmones. Nítidos también en su memoria estaban los minutos siguientes. Con las voces de los hombres a su alrededor apagándose en sus oídos, había yacido mirando fijamente al cielo, cada vez más oscuro, aguardando el olvido. Sabiendo que su hora había llegado.

Y aunque la convicción había resultado ser falsa, su recuerdo había regresado como un eco espectral cuando recuperó el conocimiento días después, en un pabellón de hospital, y descubrió lo que había sido de él en el periodo intermedio.

—Tú eres el tipo que regresó de entre los muertos —le había dicho con una sonrisa el médico al mando—. Te habían cargado ya en la carreta de los fiambres cuando uno de los enterradores vio cómo te temblaba el párpado. Menos mal que lo hizo, de lo contrario ahora estarías criando malvas.

Durante su lenta convalecencia —se había pasado semanas sumido en un estado casi onírico, indiferente a su futuro, impasible incluso al conocimiento de que no iba a volver al frente— se había instalado en su interior un talante fatalista que poco había cambiado con el paso de los años, y que emanaba de la creencia, ya arraigada en su mente, de estar viviendo de prestado.

Tras coronar la sierra, Eddie avivó el paso. Los largos crepúsculos del verano eran cosa del pasado y la noche caía enseguida en esta época del año. Pero el cielo se había despejado tras un conato de lluvia y en los últimos días se había levantado una luna nueva que más tarde le iluminaría el camino hasta Oak Green.

Tímido al principio a aceptar la invitación que se le extendía, había aprendido a deleitarse en las horas que pasaba en la cocina de los Ramsay, donde la calidez de su recibimiento era como un reproche a la melancolía que tan a menudo lo afligía.

Sentía incluso a su extraña manera que se había convertido en miembro de la familia, en parte de la casa al menos, tan aceptada su presencia en la cocina por las noches que cuando la señora Ramsay se asomaba, como siempre hacía, para cruzar unas palabras con él, se sentaba —en contrapunto a su acción de ponerse de pie— y empezaba a hablar de inmediato sobre lo primero que le venía a la mente, como si cualquier conversación que hubieran estado manteniendo antes se hubiese

interrumpido, sin perder tiempo en formalidades y abordando cualquier tema sin andarse por las ramas.

A menudo le pedía consejo, y su sonrisa y la campechanería de su conducta hacían que Eddie se sintiera tan cómodo que se descubría tratando toda clase de temas, cosas algunas de ellas de las que en realidad sabía muy poco. A nadie parecía importarle.

—Qué buena idea, señor Noyes. Creo que seguiré su consejo.

A continuación se volvía hacia Bess y le preguntaba qué pensaba ella, y la cocinera de los Ramsay, quien evidentemente conocía bien a su señora, ofrecía también su sincera opinión, intentando mientras tanto cruzar la mirada con Eddie para poder compartir un guiño de complicidad.

Lo que Sam había dicho en broma era verdad —Bess parecía sentir debilidad por él— pero hasta la fecha se había manifestado únicamente en los coloretes con que recibía su llegada todas las noches, con su ancho rostro iluminándose como una lámpara en cuanto él asomaba la cabeza por la puerta. Sin saber muy bien cómo reaccionar ante este despliegue de afecto —las peculiares circunstancias de la vida de Eddie le habían dejado poco lugar para la experiencia con las mujeres— había recurrido a tratarla como a una compañera, con lo que ella parecía darse por satisfecha.

Lo que preocupaba a la señora Ramsay en estos momentos —la noche pasada había vuelto a sacar el tema— era si debería seguir permitiendo que su hija volviera sola a casa desde la escuela.

Las horas de luz, cada vez menos, eran uno de los motivos por los que estaba pensando en poner fin a esa costumbre, más el hecho añadido de que ahora que el otoño ya casi se había acabado y llegaba el invierno, el camino que llevaba a Nell hasta Oak Green desde la parada de autobús se veía cada vez más desierto.

—Sólo tarda diez minutos, pero es un paraje tan solitario. De verdad creo que debería acabar con esto... por lo menos hasta la primavera... pero Nell no quiere ni oír hablar de ello. Está en esa edad cuando no quiere que sigan tratándola como a una niña, y ha logrado que su padre se ponga de su parte. ¿A usted qué le parece, señor Noyes?

Aunque secretamente Eddie estaba de acuerdo con la señora Ramsay —la mayoría de los días no veía ni un alma en el sendero cuando caminaba de regreso al granero después del trabajo—, se sentía remiso a decirlo. Desde que se conocieron, Nell se había comportado con él como si fueran amigos de toda la vida, confiando en él con un candor que haría que cualquier palabra dicha a espaldas de ella fuese como una traición a su camaradería.

Y aunque reconocía que su extraversión probablemente era una copia inconsciente de la personalidad de su madre, le costaba resistirse a ella, tanto como a

su capacidad de vivir el momento, una bendición que a él le estaba negada, y quizá a todos los adultos, pero que Nell exhibía aún con una naturalidad que conquistaba a todos los que la conocían.

Algunas semanas antes, cuando todavía sentía reparos al aceptar la invitación ofrecida —sólo había estado en la casa dos veces, dejando un lapso de varios días entre visita y visita—, la niña había bajado caminando por la carretera desde la parada de autobús camino de regreso de la escuela a fin de insistirle nuevamente en nombre de su madre para que fuera a visitarlos.

Una vez entregado su mensaje, Nell se había quedado viendo trabajar a los hombres —estaban alquitranando un tramo de vía cuando llegó—, haciéndoles preguntas a su desenfadada manera, dando por sentado que se tomarían a bien su curiosidad, como así fue, hasta tal punto que incluso el viejo Harrigan había prescindido del ceño fruncido con que recibiera la aparición de su delgada figura entre los atareados obreros, arrogándose la tarea de iniciarla en los misterios de la pavimentación de carreteras.

A partir de entonces los hombres esperaban su visita todas las tardes, levantando la cabeza de su trabajo cuando el autobús procedente de Midhurst pasaba junto a ellos para saludar con la mano al risueño rostro pegado a la ventanilla.

«Mirad, ahí está Nell», se avisaban unos a otros. «¡Hola, Nell!».

Ese mismo día, al pasar la niña, Pat McCarthy se había quitado el sombrero y ensayado una honda reverencia, ante lo cual Nell, entre risitas, había respondido a su saludo agitando la mano igual que la reina, consiguiendo que la cuadrilla entera estallara en sonoras carcajadas.

Eddie, sonriéndose ante el recuerdo, apretó aún más el paso. Estaba impaciente por llegar a Oak Green. Hacía quince días, el señor Ramsay había mencionado que entre sus clientes se contaba una gran empresa de artículos de escritorio con sede en Chichester y clientes en varias ciudades costeras del sur, y que si Eddie quería podría interesarse discretamente cuando surgiera la oportunidad de que lo contrataran como viajante.

Desde entonces había sido informado por la señora Ramsay de que su marido estaba encargado actualmente de revisar los libros de cuentas de esa misma empresa y esperaba tener noticias para él a finales de esa semana.

Eddie se miró mientras recorría el sendero a paso vivo y ensanchó la sonrisa. Sería difícil imaginar algo menos parecido a un viajante que su figura. Cubierto de mugre tras la jornada de trabajo y vestido con sus ropas más viejas y raídas, parecía un vagabundo por encima de cualquier otra cosa.

Pero antes de acercarse a Oak Green quería parar en el granero para asearse y cambiarse de ropa. Era algo de lo que se enorgullecía ahora, ponerse presentable. Lo consideraba un símbolo de su recién encontrada determinación por rehacer su vida,

por liberarse de la sombra que flotaba sobre él desde la guerra.

Últimamente había empezado a preguntarse si la depresión que padecía no sería una enfermedad real, una condición sobre la que no tenía ningún control, pero para la que podría haber cura; pensamientos que lo asaltaban sobre todo al final del día, cuando, tras regresar de la cálida cocina de Oak Green, se disponía a dormir, encendiendo primero el brasero que le había dado Sam, echando a continuación sus mantas encima del colchón de heno que habían preparado juntos.

Tendido en la fría oscuridad perfumada, en un silencio roto tan sólo por el arrullo de las palomas adormecidas y el deambular de los ratones entre la paja, lo maravillaba la transformación que ya se había operado en él: el espíritu de resistencia que Sam había ayudado a encender en él, y el mundo de pequeños placeres al que se habían abierto sus ojos desde entonces.

Con el descubrimiento de ambos había llegado el florecimiento de una nueva esperanza.

Tras deslizarse por el hueco en el seto, Eddie sorteó de un salto la zanja que había al otro lado y cruzó el huerto donde la dulce fragancia de las manzanas caídas, sin recoger desde el abandono de la granja, flotaba pesadamente en el aire inmóvil.

El jardín amurallado de la cocina estaba sólo unos pocos pasos más adelante, y tras cruzar la verja de madera atravesó la explanada de antiguos arriates, cubiertos ahora de malas hierbas, por un sendero de grava cuyos bordes apenas si lograba distinguir a la luz decreciente, pero que conocía de memoria.

Otra verja sita en el lado opuesto del parterre rectangular daba acceso al patio, y allí Eddie se detuvo un momento, atraída su mirada por la visión de la luna, que se elevaba como una hoz dorada sobre el perfil del granero. La luz que proyectaba era tenue aún, pero una vez cayera la noche —y ya no tardaría mucho— proporcionaría iluminación de sobra para su paseo campo a través.

Siguió adelante, y había cubierto quizá la mitad del patio cuando notó que había algo extraño en las puertas del granero. La creciente penumbra, ni de día ni de noche, le impedía ver con claridad, pero enseguida comprendió qué era lo que le había llamado la atención. Aunque las puertas estaban cerradas, como deberían, señalaba la rendija entre ellas un fino hilo de luz procedente del interior.

Eddie se detuvo. Lo primero que pensó fue que Sam se habría dejado caer para hacerle una visita, pero descartó esa idea de inmediato. Hoy era viernes —no uno de los días en que solía frecuentar la granja de los Coyne, que era los martes y jueves— y además, no había ni rastro de su furgoneta en el aparcamiento junto a la carretera.

Recordó entonces otra cosa. Hacía tan sólo unos días Sam le había hablado de un encuentro que casi había tenido con un hombre al que había pillado fisgoneando por el patio. Había intentado llamarle la atención, se acordó ahora Eddie, pero el tipo

había puesto pies en polvorosa.

—Era más o menos de mi misma estatura y estaba vestido todo encopetado. — Sam había fruncido el ceño mientras recordaba el incidente. Saltaba a la vista que había algo en él que lo molestaba—. No me gustó su pinta, ni tampoco su forma de actuar, así que si ves a alguien así deambulando por el lugar, dile que se largue con viento fresco.

Alerta ahora, Eddie cruzó el patio, con los tacones de sus botas repicando en los adoquines. Al llegar al granero vio que el cerrojo de las puertas estaba descorrido y el candado, que de alguna manera se había abierto, colgaba laso de él.

Abrió las puertas y se asomó al interior. Una luz brillaba al fondo del granero, pero no pudo ver de dónde venía.

—¿Quién anda ahí? —llamó en voz alta.

El silencio recibió sus palabras.

—Sal. Sé que estás ahí.

Una vez más, no hubo respuesta. Eddie aguzó el oído, intentando percibir cualquier posible sonido del interior, pero no oyó nada. El silencio era absoluto.

Sin perder más tiempo, entró y cruzó el amplio pasillo formado por las vallas, apiladas unas encima de otras a sus costados hasta superar la altura de su cabeza. Al final de este pasadizo artificial, el resto de los contenidos del granero —muebles envueltos en lonas y aperos de labranza— se habían guardado al azar, convirtiendo la zona, embozada ahora en las sombras, en una pista de obstáculos entre los que hubo de abrirse camino hasta la parte posterior del edificio.

Lo esperaba otra sorpresa. La fuente de luz resultó ser una de las lámparas de aceite que él mismo usaba. Colgaba de un clavo en la madera sobre la esquina donde dormía, un sitio donde él jamás la habría puesto. Sam y él habían convenido que las dos lámparas y el brasero deberían estar bien lejos de la cama de paja por temor a empezar un incendio.

Del intruso en sí no había ni rastro. Con toda la parte posterior del granero iluminada, Eddie podía ver que estaba desierto. Pero si su visitante había tomado las de Villadiego, saltaba a la vista que no había estado ocioso.

El montón de heno que le servía de colchón había sido agrandado a más del doble de su tamaño y ocupaba toda la esquina. Vio una horca que debía de haberse empleado a tal efecto, tirada en el suelo junto a él, con las púas vueltas hacia arriba como si la hubieran soltado precipitadamente.

Eddie se rascó la cabeza. A primera vista parecía como si quienquiera que hubiese entrado estuviera buscando un lugar donde pasar la noche. Pero eso no tenía sentido. O mejor dicho, no encajaba con la imagen que se había formado Sam del supuesto intruso, al que había calificado de tipo «encopetado».

Se encogió de hombros. No tenía sentido devanarse los sesos al respecto. Estaba

claro que el hombre se había marchado corriendo. La incógnita se quedaría sin respuesta. Lo único que podía hacer era contarle a Sam lo que había encontrado y dejar que fuera él quien decidiera qué hacer a continuación.

Mientras tanto, pensó que lo mejor sería comprobar sus pertenencias para ver si seguían todas allí. Ordenado por naturaleza, había colocado sus artículos de baño en la pequeña alacena de debajo del lavadero que le proporcionara Sam, mientras que su petate y sus mudas de ropa estaban guardados en un alto armario de caoba, despojado de su funda de lona, que se levantaba prácticamente al alcance de la mano.

Se dirigió primero al lavadero, pero al agacharse para abrir las puertas de la alacena lo asaltó un presentimiento que hizo que se le erizara el vello sobre la nuca. La sensación era espeluznante, pero no desconocida. La misma impresión lo había visitado durante la guerra, segundos antes de que le dispararan, cuando supo instintivamente, pero demasiado tarde, que los ojos de un francotirador estaban puestos en él.

Giró sobre los talones.

La figura de un hombre había aparecido a su espalda, como por arte de magia. Medio oculto en las sombras, estaba de pie al filo del círculo de luz que proyectaba la lámpara, en uno de los estrechos pasillos que conducían a las pilas de muebles almacenados.

—¡Conque ahí estás! —Enfadado por el susto que se había llevado, Eddie dio rienda suelta a sus sentimientos—. ¿No me has oído llamar?

El hombre no respondió. Bien vestido, llevaba puesto un abrigo de tweed y un sombrero flexible del mismo material calado en la frente.

—¿Qué pasa contigo? —El tono de Eddie se endureció más aún—. ¿Estás sordo?

Esta vez provocó una respuesta, aunque no la que esperaba. El hombre se movió, saliendo a la luz, ofreciéndole a Eddie una imagen más clara de su rostro, pálida bajo el ala de su sombrero y carente de expresividad.

—A ver, ¿qué haces tú aquí?

Eddie frunció el ceño. Aquí había algo que no encajaba. Estaba claro que el tipo llevaba los últimos minutos escondido en las sombras, sin querer que lo descubriera. Fácilmente podría haberse escabullido en ese tiempo, salir del granero y escapar, pero en vez de eso había decidido mostrarse.

—¿No sabes que esto es propiedad privada?

Hasta ese momento el hombre no había reaccionado a las palabras que se le dirigían. Era como si no estuviera escuchando. Pero sus ojos, agudos tras unas gafas con montura dorada, no paraban quietos. Estaba estudiando a Eddie atentamente, examinándolo de la cabeza a los pies, y por fin habló:

—¿Quién eres? —preguntó. Su voz era baja y ronca, el acento gutural y de tinte extranjero.

—Quien sea yo da igual. —Eddie hervía de rabia. La desvergonzada mirada a la que estaba siendo sometido le había hecho sentir consciente de su apariencia: de sus ropas raídas y su cuerpo sin lavar. Era más que posible que el tipo lo hubiera tomado por un vagabundo, lo que explicaría su aparente falta de preocupación al ser descubierto invadiendo propiedad privada—. Eres tú el que está infringiendo la ley. Tengo la firme intención de echarte a la policía encima.

Ante la palabra «policía», la actitud del hombre cambió. Fue como si se crispara, y cuando sus miradas se cruzaron por primera vez, Eddie sintió una punzada de alarma. Hasta entonces la conducta del hombre le había parecido sencillamente peculiar. Ahora, al fijarse en aquellos ojos ligeramente hundidos que reflejaban la luz de la lámpara en destellos amarillos, presintió algo más, algo que no podía nombrar e hizo que se le volviera a poner de punta el vello sobre la nuca.

Apenas si tuvo tiempo de notar su reacción cuando el hombre se movió de nuevo, deslizándose a su derecha y girándose para que la lámpara quedara a su espalda. A Eddie, la maniobra le pareció hostil: ahora la luz le daba en los ojos. Pero ya se había enfrentado antes a situaciones parecidas, una larga cadena de confrontaciones que empezaba en el patio de la escuela y continuaba tras su enrolamiento en el ejército, cuando había tenido que hacerse un hueco en la dura sociedad de los barracones. Como era bajito, algunas personas pensaban que podían ningunearlo, y ya de pequeño había aprendido que la única forma de hacerse valer era plantarles cara.

—Mira, ya me estás hartando, quienquiera que seas —declaró rotundamente. *¿Qué hacía un extranjero curioseando en graneros ajenos?*—. Es el último aviso. O te largas ahora, o sabrás lo que es bueno.

A fin de respaldar sus palabras con hechos dio un paso adelante, acortando la distancia que los separaba, mirando fijamente a los ojos al intruso. Aunque el tipo no había amenazado con ponerse violento —en todo momento había permanecido de pie con las manos hundidas en los bolsillos de su abrigo— su actitud implicaba desafío, y Eddie se alegró de ver cómo eso cambiaba ahora.

El hombre dio un paso atrás, levantando la mano derecha en señal de rendición. Se giró y empezó a alejarse en dirección a las puertas. Aliviado al ver que la crisis había terminado, Eddie se relajó. La tensión de los últimos minutos lo había mantenido en vilo, tirantes como cuerdas de arco sus músculos. Ahora dejó que se aflojaran, cambiando el peso del cuerpo nuevamente sobre los talones, y fue incapaz de reaccionar cuando el hombre atacó.

Sin previo aviso el desconocido giró de pronto en redondo, levantando la mano izquierda y descargándola como un boxeador contra el flanco desprotegido de Eddie. Tan veloz fue su acción que Eddie sólo percibió un atisbo del cuchillo que empuñaba antes de sentirlo enterrado en su carne. Pero la fuerza del impacto le cortó la respiración, y cuando se retiró la hoja, para volver a penetrar una segunda vez, bajo

sus costillas, un dolor como jamás había experimentado se propagó por sus entrañas.

Cayó de rodillas, incapaz de mantener el equilibrio, y se desplomó como un árbol talado hacia delante, de bruces. Poco menos que paralizado por los golpes, pensó por un momento aturdido que había vuelto a las trincheras y yacía en el fango después de que lo alcanzara la bala del francotirador. Su cabeza se despejó a continuación y comprendió lo que había ocurrido, aunque no por qué.

El suceso lo superaba. No lograba encontrarle sentido. Sólo una cosa era segura, lo supo sin lugar a dudas mientras yacía allí, inmóvil. Esta vez no cabía la menor duda. Estaba perdido sin remisión.

El suelo del granero distaba apenas unos centímetros de su mirada fija, y en la periferia de su visión detectó un par de zapatos que lo apuntaban. Ante sus ojos, uno de ellos se apartó, para luego echársele encima, acelerando. Sus sentidos, ahogados en el torrente de dolor que se extendía como un incendio por el centro de su estómago, apenas si registraron el violento puntapié contra su costado.

Oyó un gruñido en lo alto, seguido de palabras pronunciadas en otro idioma. Bruscas y enfadadas, sirvieron para despertarlo justo cuando empezaba a perder el conocimiento. Unas manos asieron sus ropas y lo siguiente que supo fue que lo habían levantado y dado la vuelta, con el granero girando vertiginosamente ante sus ojos mientras rodaba de espaldas.

Una vez más estuvo a punto de perder el sentido: el dolor que estallaba en su interior no parecía tener fin. Pero cuando recuperó la lucidez —ahora tenía la mirada fija en el techo— percibió actividad no muy lejos de donde se encontraba, y al girar la cabeza una fracción pudo distinguir la figura de su asaltante, que le había dado la espalda y estaba despejando un camino entre las montañas de muebles almacenados, retirando lonas sueltas y cambiando de sitio algunos de los objetos de menor tamaño.

Justo a sus pies vio la horca tirada junto al montón de heno, pero estaba demasiado lejos, y realizar cualquier esfuerzo físico escapaba a sus posibilidades, de todas maneras.

O eso pensaba, hasta que oyó regresar al hombre y con los párpados entrecerrados lo vio agacharse para agarrarle las piernas. Parecía que su agresor estaba empeñado en arrastrar su cuerpo a otro sitio, pero su primer intento por tirar de él se vio frustrado por las bolas que llevaba puestas Eddie, que le impidieron asir firmemente sus tobillos. Refunfuñando, el hombre desató los cordones y tiró las botas a un lado. Se había quitado el abrigo y el sombrero —hasta ahí podía ver Eddie entre la niebla de dolor que lo envolvía—, pero por lo demás era sólo una silueta recortada contra el fulgor de la lámpara a su espalda cuando afianzó su presa y echó el peso del cuerpo hacia atrás.

Ese era el momento que Eddie estaba esperando. Con las fuerzas que le quedaban, zafó el pie derecho de los dedos que lo sujetaban y lanzó una patada con todas sus

energías, alcanzando al hombre de lleno con el talón en la frente y enviándolo trastabillando hacia al ras. Su desesperado esfuerzo se vio recompensado por un grito de dolor cuando el hombre rodó para liberarse de los dientes vueltos hacia arriba de la horca, palpándose la espalda y maldiciendo.

Eddie no podía hacer nada más. Agotado ahora y extrañamente en paz, vio cómo su atacante se ponía en pie tambaleándose y, con la horca firmemente sujeta en sus manos y lista para golpear, se cernía sobre él.

Se preparó para el golpe mortal que sabía que se avecinaba, decidido a no gritar. Pero al final se le perdonó esta última prueba de valor.

Mientras miraba sin pestañear a la figura que señoreaba sobre él, se desvaneció su consciencia, y la luz que lo cegaba por fin se apagó.

—Ojalá tuviera mejores noticias para ti, John. Cualquier noticia, en realidad. Hemos mirado en los hoteles y las pensiones, pero no hay ni rastro de él. —El tono entrecortado de Angus Sinclair no lograba disimular el cansancio que destilaba su voz. Al otro extremo de la línea telefónica, Madden escuchaba con el corazón en un puño—. La búsqueda continúa, y pretendo extenderla a los países vecinos. Rezo para no estar perdiendo el tiempo.

Había transcurrido más de una semana desde que el inspector jefe se sincerara durante su reunión; no habían vuelto a hablar desde entonces.

—¿Y no se sabe nada del extranjero?

—Nadie ha visto nada, si te refieres a eso. Pero los suizos han estado muy vivos. La policía ginebrina ha confirmado que allí buscan a Lang por dos asesinatos. Ha pasado tanto tiempo que los casos habían quedado archivados, pero ahora están ansiosos por ponerle las manos encima.

—¿Saben algo de su relación con el espionaje? —preguntó Madden.

—No han dicho nada. Pero han prometido enviarnos información sobre él, así que habrá que esperar a ver. También hemos estado en contacto con la policía belga. Lang... o Wahl, como se hacía llamar... tenía un pisito en Bruselas. Lleva vacío desde que se fue a Alemania, pero había acordado con su portera que ésta le echara un ojo. Hace casi un año que la mujer no sabe nada de él. Por lo visto, Vane tenía razón: se ha largado.

—¿Registraron el piso?

—Así es. No se han encontrado pruebas que lo incriminen ni tampoco nada que nos indique la clase de persona que era, cuál podía ser su negocio. Nuestros amigos de la Sûreté sintieron curiosidad por su historial, naturalmente, pero no pude ayudarles. —La risita de Sinclair tenía un timbre hueco—. Dos puntos interesantes, sin embargo. En Bélgica no se han producido asesinatos con su impronta. No era tan tonto como para ensuciar el plato donde comía.

—¿Dos cuestiones, has dicho...?

—Sí, hallaron varias obras sobre ornitología en sus estanterías. De modo que lo de observar aves queda confirmado. Le he pedido a Styles que pregunte por las asociaciones, por cierto, como me sugeriste. Todavía sin resultados. Pero la esperanza es lo último que se pierde. —El suspiro del inspector jefe parecía sugerir lo contrario—. ¿Le darás recuerdos a Helen?

La llamada llegó a mitad del almuerzo y Madden sintió alivio al no tener que referir su contenido a su esposa, que se había ido en coche a Londres esa mañana en respuesta al ruego de su tía Maud, una dama octogenaria, que se había caído y hecho daño en la cadera la noche anterior y necesitaba consuelo.

Plenamente consciente del efecto que surtía sobre Helen su implicación en el caso, su sentimiento de culpa se agravaba por saberse en deuda con ella. A su regreso de la guerra, destrozado —mentalmente, al menos—, sabía que la profunda felicidad que había encontrado, su integridad restaurada, se debían a la seguridad del amor que ella le había proporcionado, hecho que había reconocido abiertamente acatando sus deseos y rompiendo con su pasado.

Pero el brutal asesinato con el que se había tropezado era una llamada a la que no podía hacer oídos sordos. El instinto del cazador, latente en él durante tanto tiempo, había vuelto a despertar, y con el transcurrir de las semanas, cuando la investigación policial parecía no estar más cerca de su objetivo que al principio, había comprendido que no hallaría la paz hasta que el hombre que había reducido a pulpa el rostro de Alice Bridger pudiera pagar por ello.

Como a su antiguo jefe, lo atormentaba una ansiedad en particular: que cuanto más tiempo anduviera suelto el asesino, más probabilidades había de que atacara de nuevo. Pero cuando la noticia de una nueva tragedia llegó a sus oídos al término de ese mismo día, lo hizo de un lugar que no se esperaba.

—Fue Molly Henshaw la que lo encontró, señor. Estaba llevándole la comida todos los días. Después de que su esposa se fuera, esto es...

—¿La señora Bridger abandonó a su marido? —Madden estaba teniendo problemas para asimilar lo que le contaba Will Stackpole. El alguacil de Highfield, más alto de lo normal con el casco puesto, se erguía como una columna en medio del neblinoso camino de entrada frente a la casa. Un poco al margen había aparcado un viejo Morris, con el capó levantado. Billy Styles estaba apoyado en el guardabarros, escudriñando el motor.

—Abandonado tal cual, no, señor. No lo ha dejado. Pero dijo que no podía seguir viviendo en esa casa, no sin la niña, no con tantos recuerdos. De modo que se fue a vivir con su hermana en Liphook. Bridger se quedó. Tenía su trabajo, supongo, aunque ahí tampoco le estaban yendo muy bien las cosas. Había empezado a beber. En cualquier caso, el granjero para el que trabajaba se libró de él no hace mucho, y después de eso se vino abajo, me contó Molly. Estaban intentando conseguir que su esposa volviera, o que él se fuera, pero supongo que Jim ya había tomado una decisión para entonces. Pobre Molly. ¡Encontrarse a un hombre colgado de sus propias vigas! Eso no estuvo bien... debería haber pensado lo que hacía... quién iba a encontrarlo.

Sin palabras, Madden clavó la mirada en el suelo. Había regresado hacía un momento, tras recoger a Rob del colegio, a tiempo de recibir una llamada de Helen, que telefoneaba para informar de que la tía Maud estaba siendo difícil y no podría volver hasta el día siguiente. Al colgar el auricular había oído el sonido de un coche que se acercaba, con el motor esforzado.

—Los Henshaw han enviado aviso a su esposa. Viene de camino. Dejé a Bert Thomas, de Craydon, encargado de todo.

Madden sacudió la cabeza con impotencia. En su mente estaba el recuerdo del cuerpo de la niña despatarrado a orillas del arroyo mientras el trueno restallaba en lo alto. Al cruzar la mirada con el alguacil, vio que compartían el mismo pensamiento amargo.

—Nunca es sólo la víctima, ¿verdad? —El gruñido de Stackpole surgió del fondo de su pecho—. Es todo lo demás que lo acompaña, el dolor que siembra, el daño que hace... ¡Qué no daría por retorcerle el pescuezo a ese bastardo!

El sonido de pasos que se acercaban sobre la grava hizo que Madden levantara la cabeza.

—¿Cómo es que estás aquí, Billy?

—Por casualidad me encontraba en Albury, señor. —El sargento se limpió los dedos manchados de aceite en un trapo—. Oí que había problemas en Brookham, así que me acerqué en coche... y vi a Will.

—Bert Thomas me había telefoneado antes —explicó Stackpole—. Conseguí que me llevara en la furgoneta de reparto, pero cuando llegué allí no había gran cosa que pudiera hacer.

Los tres hombres se quedaron callados unos instantes. Luego, Madden se puso en movimiento.

—Venga, pasad adentro, los dos. Tomaremos algo juntos.

—Para mí no, gracias, señor. Debería emprender el regreso. —La mirada de Stackpole seguía viéndose sombría bajo su casco.

—Por lo menos deja que te lleve al pueblo, Will.

—Si no le importa, señor, prefiero ir andando. —El alguacil enderezó la espalda—. Sí, un poco de aire fresco me vendrá bien. —Estrechó la mano de Madden y le dio una palmadita en el hombro a su colega—. Gracias por el paseo, Billy. Nos volveremos a ver pronto.

Giró sobre los talones y empezó a cruzar el camino de entrada. Madden se quedó mirando cómo su figura desaparecía en la oscuridad amortajada de niebla.

—¿Albury? —Miró inquisitivamente a Billy de reojo.

—Fui allí a hablar con un observador de aves, señor. Fue idea suya, creo. —El sargento sonrió. Se había mantenido intencionadamente al margen mientras los dos veteranos hablaban, presintiendo que querrían compartir su pesar en privado. Pero no se le había escapado la expresión torturada que había cruzado el rostro de Madden cuando oyó lo que el otro tenía que decirle.

—El señor Sinclair me contó que estabas encargándote tú de esa línea de investigación. ¿Has tenido suerte?

—Todavía no. Hemos recibido numerosos informes de desconocidos avistados

aquí y allá, pero nadie ha podido identificar a Lang. He estado paseándome por ahí, observando la campiña. —El sargento sonrió—. Se lo aseguro, no creo que vaya a ir muy lejos en un futuro cercano. —Indicó el Morris con la cabeza—. El Yard me dio eso cuando fui a Henley. Esta mañana empezó a fallar. Will y yo tuvimos suerte de llegar hasta aquí.

Aparentemente ajeno a la niebla, cada vez más espesa, Madden se quedó parado, ceñudo.

—Pasa aquí la noche —dijo de repente—. No, en serio, Billy. Helen está fuera. Me alegraré de tener compañía. Igual que los niños. Pediré que venga alguien del pueblo a mirar tu coche por la mañana.

—Bueno, si está seguro de que no es molestia, señor. —El sargento aceptó la invitación encantado. Sabía que su antiguo jefe no querría estar solo. No esa noche.

—Al contrario. —El ceño que ensombrecía la frente de Madden se alisó—. Tu presencia será celebrada por todos y cada uno. Rob tiene una larga lista de preguntas que hacerte, lo sé, y por lo que a Lucy respecta, tu mera presencia hace que cualquier día sea festivo. Se pondrá como unas castañuelas.

—No podemos hacer gran cosa por ahora, Sal. Salvo esperar a ver qué pasa. Aunque una cosa me desconcierta. Si Eddie tiene algún problema, ¿por qué no se ha puesto en contacto conmigo?

Preocupado, Sam volvió a consultar su reloj. Pasaban de las diez y seguía sin haber ni rastro del cliente que el señor Cuthbertson le había pedido que viera. Sal y él habían llegado en coche a Tillington temprano esa mañana; a una granja en las afueras de Petworth, por la que un comprador en potencia había mostrado interés.

Era un aspecto del negocio del que el señor Cuthbertson generalmente se encargaba personalmente, pasear a los clientes por las propiedades. Pero esa mañana tenía cita con el dentista: inaplazable, además.

—Es una muela del juicio, Sam, y me la tienen que extraer cuanto antes. —El señor Cuthbertson había telefoneado la noche pasada, sonando extraño al aparato, como si no le cupiera la lengua en la boca. Decía tener la mandíbula como un globo—. El tipo se llama Hitchens. Habría aplazado la cita, pero viene de Horsham, y su esposa viaja con él, para poder ver la casa. Se diría que está dispuesto a hacer una oferta. No quiero desalentarlo.

Sam le había asegurado a su jefe que no había ningún problema, aunque en realidad ir a Tillington esa mañana era un inconveniente, puesto que generalmente pasaba los jueves al otro lado de Midhurst, visitando propiedades al oeste de la ciudad, entre ellas la granja de los Coyne.

Pero sabía que no le quedaba otro remedio y ya había decidido ajustar el itinerario de la tarde cuando surgió otro imprevisto.

—Perdone que lo llame tan temprano, señor Watkin... encontré su número en la guía... pero estamos un poco preocupados por su amigo, el señor Noyes. ¿No sabrá usted dónde está, por casualidad?

Si Sam se había sorprendido al oír la voz de la señora Ramsay al otro lado de la línea esa mañana, lo que dijo durante los siguientes diez minutos lo había dejado rascándose la cabeza de perplejidad. Al parecer Eddie se había esfumado. Más aún, se había ido sin decirle nada a nadie.

—Esperábamos verlo el viernes por la noche, pero no vino, lo que nos extrañó porque sabía que podríamos tener buenas noticias para él. Verá usted, el señor Ramsay le ha mencionado su nombre a una firma con la que hace negocios en Chichester, y el viernes mismo escuchó personalmente que estaban interesados en conocer a Eddie y quizá incluso ofrecerle un empleo. Nos quedamos tan desconcertadas por su plantón, Nell y yo, que el domingo nos acercamos dando un paseo a la granja de los Coyne. Allí no había ni rastro de él, y cuando Nell volvió del colegio ayer no estaba trabajando en la carretera con los demás hombres, así que

desanduvo el camino desde la parada del autobús y habló con el capataz, el señor Harrigan, quien dijo que Eddie no había ido a trabajar aquel día y que no sabía dónde estaba.

La señora Ramsay apenas si se había detenido a coger aliento mientras desgranaba su relato, y su preocupación por su antiguo camarada había conmovido a Sam. Se preguntó, no obstante, si la mujer no estaría haciendo una montaña de un grano de arena. A él la situación no le parecía tan grave.

—La única explicación que se me ocurre es que se haya ido a casa a pasar el fin de semana... a Hove, me refiero... y el hecho de que no haya regresado sugiere que podría deberse a alguna emergencia familiar. ¿No cree que sea posible? Pero quiero que sepa lo de Chichester. Significaría tanto para él si lograra encontrar un trabajo como es debido. Esperaba que supiera usted decirme cómo ponernos en contacto con él.

Los pensamientos de Sam habían seguido unos derroteros similares mientras hablaba la mujer. Pero antes había tenido que explicar que sólo tenía una dirección de Eddie en Hove. Los Noyes habían desconectado su teléfono hacía tiempo para ahorrar dinero.

—Le diré lo que puedo hacer. Voy a enviarles un telegrama. Si Eddie está allí me llamará a casa. Si no, quizá su madre o su hermana nos puedan ayudar.

Le dijo que se acercaría a la granja de los Coyne más tarde —después de terminar el encargo de Tillington— y le haría saber lo que averiguara.

—¿Lo hará, señor Watkin? Se lo agradecería tanto. Es que estoy preocupada por él, no sé por qué. Esta tarde tengo partida de bridge, por desgracia, pero Bess estará en casa. Le puede dejar cualquier mensaje para mí.

La visita de la señora Ramsay había llegado cuando Sam se disponía a salir, y había conducido los dos kilómetros extra aproximados hasta Petworth a fin de enviar el telegrama desde la oficina de correos de allí. Si Eddie, o su hermana o su madre, llamaba a lo largo de la mañana, Ada cogería el teléfono.

Cuantas más vueltas le daba, no obstante, más probable le parecía que la señora Ramsay tuviera razón. Eddie se había ido a casa por el motivo que fuera y se había entretenido allí. Si bien era extraño que no hubiera avisado con antelación a los Ramsay, sobre todo en vista de ese asunto de Chichester, cabía dentro de lo posible que hubiera tenido que partir a toda prisa. Para coger el tren o el autobús, por ejemplo.

Lo que más le preocupaba a Sam era escuchar que Eddie no se había molestado en informar a Harrigan de que quizá no fuera a aparecer por el trabajo el lunes. Era impropio de él. Estaba claro que iba a tener que dar unas cuantas explicaciones.

—Es posible que haya motivos para preocuparse —le dijo a Sal, que estaba tumbada a su lado en la furgoneta, encima de su mantita—. Pero no podremos hacer

gran cosa al respecto hasta que sepamos qué ha estado haciendo Eddie.

Habían aparcado frente a la verja que conducía a la granja para poder divisar al cliente cuando llegara. La noche anterior había sido fría y una espesa niebla lo había recibido al salir de casa esa mañana. Este tal Hitchens sin duda se demoraría al provenir de Horsham, y con este tiempo era fácil que no viera la entrada de la granja y se pasara de largo.

Sam se sopló los dedos. Deseaba haber salido con algo más cálido que la vieja chaqueta de pana que llevaba puesta. Pero se animó al pensar que pararía en casa camino de regreso a Midhurst por si Ada había tenido noticias de Hove, y podría coger su abrigo antes de volver a salir.

Era un día frío, y a menos que la niebla se despejara más tarde, permanecería así.

Incomunicado desde el día anterior, Billy llamó al Yard después de desayunar para informar de su paradero, tan sólo para descubrir que Sinclair no estaba en su mesa y que todas las llamadas relacionadas con el caso Lang estaban siendo transferidas al superintendente Holly.

—El señor Sinclair bajó a Sussex ayer para ver al jefe de policía. Tienen que decidir hasta cuándo merecerá la pena seguir con esta búsqueda. Lo pilló la niebla y decidió pernoctar en Chichester. Será mejor que me diga por dónde piensa andar hoy, sargento. Es posible que quiera ponerse en contacto con usted.

Billy explicó que todavía no estaba seguro.

—Mi coche se estropeó ayer, señor. El señor Madden tuvo la amabilidad de dejarme pasar la noche en su casa. Ahora lo están arreglando.

Avisado por teléfono, el mecánico del pueblo, un hombre llamado Pritchard, había aparecido en la casa poco después del amanecer y se había ido poco después al volante del Morris de Billy, traqueteando por el camino de entrada en primera, prometiendo llamar cuando hubiera evaluado la gravedad del problema.

La noticia del suicidio de Fred Bridger ya había llegado a oídos de Londres, y el superintendente habló apasionadamente de la tragedia.

—Pobre tipo. Espero por Dios que no pensara que le habíamos fallado. Como mínimo debía tener esperanzas de ver cómo se hacía justicia.

Le pidió a Billy el número de teléfono de los Madden.

—Te llamaré allí si surge cualquier cosa. Ah, y saluda a John de mi parte, ¿quieres? Han pasado muchos años. Agradécele toda su ayuda. Me atrevería a decir que quiere ver a este diablo capturado tanto como nosotros.

De lo que no cabía ninguna duda. La preocupación de Madden por el caso era visible, y la noche pasada le había proporcionado al sargento un atisbo del presentimiento que lo atenazaba.

—No tiene sentido que nos engañemos. Es muy posible que este hombre jamás sea aprehendido. Tendemos a asumir que los asesinos como Lang se delatan solos. Que no pueden andar sueltos por la sociedad mucho tiempo. Pero él no es como los demás. Hace tiempo debió de aprender a ocultar sus huellas. Su profesión tuvo que enseñárselo.

Era la primera noticia que tenía Billy de que su antiguo jefe conocía la verdadera identidad de su objetivo.

—Si desaparece ahora podrían pasar años antes de que la policía vuelva a saber de él. Ha tenido tiempo de sobra para planear un nuevo futuro. Y ahora tiene el mundo entero a su disposición para desaparecer.

Madden no se sinceró hasta más tarde, cuando los dos hombres estaban sentados

a solas junto al fuego mortecino en el salón, con la casa callada a su alrededor. Antes, había parecido sumamente dispuesto a ahogar su ansiedad en la alegría que la inesperada llegada de Billy había producido en sus hijos, quienes habían logrado, ante la ausencia de oposición firme por parte de su progenitor, quedarse levantados hasta mucho después de la hora a la que solían acostarse.

Tal y como predijera su padre, era Lucy la que más se había entusiasmado con la presencia del sargento. Inamovible en la devoción que había decidido profesarle, lo había mantenido a su lado durante toda la prolongada y bulliciosa cena compartida por todos ellos en la mesa de la cocina, y cuando acabó había insistido para que la acompañara a la planta de arriba para los últimos rituales solemnes de su jornada.

El sargento había observado mientras la pequeña se lavaba la cara y se cepillaba los dientes, y antes de arroparla había escuchado sus plegarias y escuchado su nombre entre aquellos para los que la niña pedía bendición.

Al contemplar su pequeña figura arrodillada, con la cabellera dorada como su madre, poseedora en parte de la misma intensidad que él siempre había percibido en Helen, esa capacidad de feroz apego, había recordado la imagen del rostro de Madden no mucho antes, mientras observaba a su hija a la mesa, empañada la ternura de su expresión por otra emoción que Billy había reconocido como pesar, y que lo había desconcertado hasta comprender que no era el radiante semblante vuelto hacia él lo que estaba viendo Madden en esos momentos, sino la casa de campo ahora vacía en Brookham y las vidas que había contenido en su día, tan salvajemente destrozadas.

Desde su dormitorio en el piso de arriba Billy pudo oír cómo sonaba el teléfono y se preguntó si sería Pritchard, que llamaba a propósito de su coche. El mecánico había telefoneado hacía una hora con la desalentadora noticia de que no sólo el embrague del Morris estaba defectuoso —algo que el sargento había deducido por su cuenta— sino que también había problemas con la caja de cambios.

—No creo que esté listo antes de esta tarde como muy pronto, señor. Y aun así no iría yo demasiado lejos, no sin antes darle un buen repaso general.

Inmovilizado a la fuerza, Billy había dedicado la mañana al papeleo, redactando para los archivos del Yard breves informes de la serie de entrevistas que había llevado a cabo entre la fraternidad de observadores de aves. Era un ejercicio desmoralizador. La caza de Gaston Lang no había reportado dividendos hasta la fecha, y sentado delante de la ventana paseando la mirada por el jardín el sargento había descubierto su talante pesimista reflejado en la melancólica escena del exterior, donde la niebla pertinaz ocultaba todo rastro de la cordillera boscosa al otro lado del arroyo y el cielo se escondía tras un manto de nubes bajas.

Tampoco le había levantado el ánimo otra llamada de teléfono anterior, una de la que le había informado Mary, que había subido las escaleras para golpear su puerta

con los nudillos. Helen Madden, que llamaba desde Londres para informar al personal de servicio de sus movimientos, había descubierto su presencia en la casa, y con Madden ausente —estaba llevando a los niños a la escuela— había recaído sobre Billy la tarea de darle la noticia del suicidio de Bridger.

—¡Ay, qué espanto! Esa pobre familia...

Aun alarmada como estaba, el primer pensamiento de Helen había sido para su marido.

—Esto preocupará terriblemente a John. Hazle ver que no es responsabilidad suya.

Le había dicho que regresaría a la hora del almuerzo, si se lo permitía la niebla, y esperaba que él no se hubiera ido para entonces.

El teléfono había dejado de sonar abajo y acto seguido Billy oyó el sonido de pasos apresurados en el pasillo. Llamaron a la puerta, que se abrió para revelar la figura de la doncella de los Madden, sonrojada y sin aliento.

—Ve con cuidado, Mary. —El sargento sonrió. Eran viejos amigos—. Conseguirás que te dé un infarto si subes corriendo esas escaleras. ¿Es para mí esa llamada?

—Sí... —Jadeando, la mujer asintió—. Y será mejor que corras tú también. Es un tal señor Holly, de Scotland Yard. Dice que no puede esperar.

El teléfono estaba en el estudio. Billy bajó las escaleras aprisa. Al coger el auricular oyó el sonido de un coche en el camino de entrada y vio por la ventana que Madden acababa de regresar.

—Styles al habla, señor.

—¡Ah, sargento! —resonó en sus oídos la voz ronca de Holly—. Gracias a Dios que doy con usted. Han visto a Lang.

—¡Visto! ¿Dónde, señor?

—En Midhurst. Ayer lo trató un médico de allí. Tenía una herida en la espalda. Eso hizo que tuviera que quitarse la camisa, y la enfermera se fijó en su marca de nacimiento. Llamó a la policía esta mañana y mandaron a alguien para enseñarle su fotografía. Identificó a Lang sin lugar a dudas. —La habitual calma del superintendente lo había abandonado. Su voz atronaba en la línea—. Acabo de hablar con el señor Sinclair en Chichester. En estos momentos se dirige a Midhurst, y quiere que usted se reúna con él allí.

Mientras Holly hablaba la mirada de Billy se había posado en un mapa enmarcado que colgaba en la pared junto al escritorio. Mostraba Surrey y los condados adyacentes. Podía ver Midhurst señalado. No estaba lejos, justo en la divisoria con Sussex. Se dio cuenta de que Madden estaba de pie en el umbral, observándolo.

—Señor, mi coche está en el taller todavía. —Billy habló para el teléfono, pero

cruzó la mirada con Madden e hizo un gesto con el puño cerrado—. Tendré que ir en tren.

—Haga lo que mejor le parezca, sargento. Pero preséntese allí.

La línea enmudeció. Billy se levantó de un salto. Su corazón latía desbocado.

—Era el señor Holly, señor. Han visto a Lang en Midhurst. Fue esa marca de nacimiento suya. —Billy sonrió—. Tengo que bajar ahí de inmediato. ¿Sabe si hay algún tren...?

Se interrumpió, silenciado por la expresión de Madden.

—¿Has dicho Midhurst?

El sargento asintió con la cabeza. La actitud de su interlocutor, la intensidad de su mirada, lo habían paralizado.

—¿Lo reconocieron? —preguntó en voz baja Madden.

—Eso dice el señor Holly. La enfermera de un médico lo identificó. Le enseñaron su fotografía.

—En tal caso, al diablo con el tren. —Las palabras, más bien un gruñido, consiguieron ponerle los pelos de punta a Billy—. Te llevaré allí yo mismo.

Tras dejar su furgoneta en el aparcamiento, vacío por lo demás, de Wood Way, Sam bajó a paso vivo la carretera desierta donde estaban trabajando los hombres. Al pasar por allí había esperado ver la figura de Eddie entre ellos. Siempre cabía la posibilidad de que su amigo hubiera regresado durante la noche. Pero su mirada se había cruzado con la de Harrigan, y el capataz estaba esperándolo, con los musculosos brazos cruzados, fruncido el ceño.

—¿Y bien, dónde está? ¿Se sabe algo? —El irlandés no se molestó en explicar a quién se refería. Tras él, los demás integrantes de la cuadrilla se acercaron para oír lo que estaban diciendo. Acababan de terminar de asfaltar un tramo de carretera y el olor a alquitrán caliente flotaba pesado en el aire.

—No tengo noticias, si te refieres a eso. —Sam no le veía sentido a andarse por las ramas—. Pero le he enviado un telegrama a la familia, por si tuvo que ir a casa por algún motivo. Sigo aguardando respuesta.

Había vuelto de Tillington un poco después de mediodía para descubrir que todavía no había habido respuesta de Eddie, ningún mensaje de Hove, y se había entretenido lo justo para engullir un emparedado y compartir un trozo de queso con Sal.

—¿Qué habrá pasado? —Ahora era Ada la que empezaba a alarmarse. Había salido a la furgoneta con él cuando se fue, con la frente arrugada de preocupación—. Qué cosa más rara. Irse así, sin una palabra.

Tenía razón, naturalmente, Sam se daba cuenta. ¿Pero no era un hecho que estos aparentes misterios de la vida solían tener las explicaciones más sencillas? Sin olvidar, además, que la gente a veces actuaba de forma extraña por los motivos para peculiares. Ambas posibilidades se le habían ocurrido a lo largo de la mañana y estaba listo para tener en consideración cualquiera de ellas.

Lo que no estaba dispuesto a aceptar, sin embargo, de lo que no pensaba formar parte, era la sugerencia que podía oír saliendo de los labios de Harrigan ahora.

—Lo tenía por un tipo serio, alguien en quien se podía confiar. —Corpulento, y con un bigote que hacía juego con sus cejas oscuras, el capataz se mostraba enojado—. No parecía de esos que lo dejan a uno en la estacada.

—A ver, no tienes motivos para decir eso. —Sam le plantó cara directamente—. No hasta que conozcamos los hechos. —Le alegró oír el murmullo de aprobación que evocó su desafío en los hombres que los rodeaban.

Harrigan soltó un gruñido.

—Bueno, ya veremos. —Su mirada seguía siendo hostil. No parecía convencido.

—¿Cuándo lo viste por última vez? —Sam mantuvo la mirada fija en su interlocutor.

El capataz se encogió de hombros.

—El viernes por la tarde, al salir del trabajo, como siempre.

—¿Mencionó si tenía algún plan para el fin de semana?

Harrigan apuntó con la cabeza en dirección a uno de los hombres que tenía cerca, un muchacho de rizos rubios y mejillas hirsutas. Sam lo reconoció como uno de los camaradas de Eddie. Un tipo llamado Pat McCarthy.

—Nada especial. —Pat se encogió de hombros—. Dijo que a lo mejor venía con nosotros a tomar algo el sábado por la noche. Hay un pub en Elsted al que solemos ir. Pero no apareció.

—Mandé a Pat al granero donde duerme Eddie cuando no vino a trabajar ayer. —Harrigan indicó la cordillera boscosa que discurría paralela a la carretera—. Las puertas estaban cerradas. No había nadie en los alrededores. ¿Verdad? —Miró al joven, que asintió con la cabeza.

—Las aporreé y todo.

—Bueno, ahora iba para allá. —Sam había recuperado la calma—. Tengo una llave del granero. —Se palpó el bolsillo del abrigo—. Echaré un vistazo dentro. Después me acercaré a Oak Green. Allí hay una señora que conoce a Eddie. También ella está preocupada.

—¿No será la madre de Nell? —El rostro de Harrigan había perdido su ceño malhumorado. Sam vio que su beligerancia sólo era una máscara; estaba tan preocupado como los demás—. La niña estuvo aquí ayer, preguntando por él.

—Sí, es la señora Ramsay. —Sam paseó la mirada por el corro de hombres—. Volveré luego —les prometió—. Seguimos aguardando noticias de Hove. Con suerte tendré algo que deciros.

Vio la duda en sus ojos.

—Escuchad, tiene que haber una explicación —insistió—. La gente no desaparece sin más. Ya aparecerá. Acordaos de lo que os digo.

—Venga, viejita, no te rezagues...

Sam llamó a Sally desde la cresta de la sierra. Todavía estaba algo atrás, subiendo fatigosamente por el camino. El pobre bicho empezaba a acusar el frío, que se le metía en las articulaciones. Pero por una vez Sam no tenía paciencia.

—Vamos...

Sin esperar a que le diera alcance, emprendió el descenso de la larga pendiente, volviendo la mirada automáticamente en dirección a la granja de los Coyne, visible ahora a pesar de la niebla que seguía aferrándose al suelo, difuminando los contornos del paisaje y silenciando el bosque, por lo general rebosante de trinos, que acababa de atravesar. Todavía no se había disipado el manto de nubes y Sam dudaba que fueran a ver el sol ese día.

Cuando llegó al hueco en el seto volvió a detenerse, pero era evidente que Sal caminaba a su ritmo. Podía verla a cierta distancia atrás en el sendero, con el hocico enterrado en una pila de hojas. Sin perder más tiempo, Sam atravesó el seto y cruzó el jardín amurallado hasta llegar al patio de la granja al otro lado.

Al hablar con Harrigan y los demás le había sorprendido comprender lo que estaban pensando. Que este tipo que tan bien les caía y con el que contaban, al que habían tratado como uno de ellos, había cogido y se había largado sin una palabra, dejándolos con la duda de lo que habría sido de él. Sam se dijo que estaban equivocados —conocía a Eddie demasiado bien, sabía que él jamás haría algo así— pero mientras cruzaba el patio a paso vivo en dirección al granero podía sentir mariposas de nerviosismo en el estómago. Era imposible saber qué encontraría dentro.

El candado lo demoró. Por un momento pensó que estaba atascado, el mecanismo se negaba a ceder, y necesitó varios intentos, metiendo y sacando la llave y meneándola dentro, para lograr que el muelle saltara en su interior y se abriera como un resorte el brazo curvado.

Aun con la puerta de doble hoja abierta de par en par el interior seguía estando tenuemente iluminado —la claridad gris del exterior proporcionaba escasa visibilidad—, y para cuando Sam se hubo abierto paso entre las vallas amontonadas y los muebles tapados con lonas hasta donde se alojaba Eddie, al fondo del granero, se encontró envuelto en una plomiza luz crepuscular.

No supuso ninguna diferencia para su misión. Lo que había venido a buscar no estaría a la vista.

Pero sabía por dónde comenzar su búsqueda, y sin demora acudió directamente al alto armario de caoba que se levantaba cerca de la parte trasera del edificio, el mismo mueble del que había sacado el espejo de Eddie. Su cubierta de lona seguía estando retirada, lo que le permitió abrir las puertas sin estorbos. Al ver lo que contenía, un suspiro de alivio escapó de sus labios.

Había encontrado lo que buscaba: el petate de Eddie. Las mantas estaban pulcramente guardadas en una de las baldas que ocupaban la mitad del armario. (La otra mitad estaba dedicada a las perchas). Sus mudas de ropa estaban arregladas en un estante distinto.

No se había largado sin decirles nada. Allí estaba la prueba. No había ido a ninguna parte.

Salvo puede que a Hove a pasar el fin de semana, como sugiriera la señora Ramsay. Pero Sam no podía hacer nada al respecto, tan solo aguardar su regreso y la explicación de su repentina partida, pues estaba seguro de que la habría.

Aliviado, se demoró un momento más para mirar a su alrededor. Ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra podía distinguir detalles familiares, y vio

de inmediato que Eddie había estado haciendo algunos cambios en su morada. Su cama de heno ocupaba ahora más del doble que el colchón original que él había apilado con forma rectangular, de tal modo que su petate encajara limpiamente encima. Ahora se extendía en un triángulo de gran tamaño en la esquina del granero.

Y no era eso todo. El espejo se había movido. (El que rescatara Sam). Antes estaba apoyado en la pared del fondo, detrás del viejo lavamanos que Eddie podría utilizar cuando se afeitara. Ahora se erguía en la esquina donde estaba la cama, reflejando el heno esparcido enfrente de él; pero poco más.

Sam se rascó la cabeza.

¿Qué sentido tenía colocarlo ahí?

Le pareció ver una explicación entonces, si bien era una que le hizo fruncir el ceño. Una de las lámparas de aceite que había encontrado para Eddie colgaba de un clavo sobre la cama de paja, y lo que disgustaba a Sam era que los dos habían acordado desde el principio, cuando Eddie estaba instalándose, que sería peligroso ponerlo allí puesto que sólo hacía falta que se resbalara del clavo y se cayera encima del heno que había debajo para que todo fuera pasto de las llamas: paja, vallas, muebles, granero. El lote al completo.

Y sin embargo allí estaba, justo donde habían decidido no ponerlo, y lo único que se le ocurría a Sam era que tuviera algo que ver con el espejo y su nuevo emplazamiento. Posicionados como estaban ambos, la luz de la lámpara se reflejaría más ampliamente, iluminando la zona donde se había reunido la paja. Aunque para qué querría Eddie hacer algo así, no lo entendía.

Sam chasqueó la lengua con impaciencia. Estaba harto de intentar adivinar lo que significaba. Si había algún enigma, su solución debería esperar hasta que volviera su camarada. Lo que más le preocupaba era la lámpara. ¿Debería dejarla donde estaba, o trasladarla a un lugar seguro?

Sólo hicieron falta unos momentos de recapitación para convencerlo de que lo mejor sería dejarlo todo tal y como estaba. No quería que Eddie pensara que lo estaba controlando. No había ningún peligro con la lámpara apagada. Ya hablaría tranquilamente con su compañero a su vuelta.

Se dio la vuelta dispuesto a irse, pero en ese preciso instante tropezó con algo que había en el suelo; miró abajo y vio que era una bota de trabajo. Otra yacía a su lado. Sam se puso en cuclillas y las cogió. Eran viejas, desgastadas por el uso, y supuso que debían de ser de Eddie. Una de ellas tenía el cordón roto.

Renovada su perplejidad, las examinó, primero una, luego la otra, como si las suelas raídas y el cuero rasguñado pudieran ofrecerle alguna respuesta a la incógnita a la que se enfrentaba.

¿Se habría marchado Eddie corriendo? Sam se lo imaginó quitándose las botas a tirones, rompiendo un cordón en el proceso, dándose prisa por coger un autobús o un

tren. (Sí, pero eso seguía sin explicar el problema que le había molestado antes. ¿Cómo podría haber recibido Eddie llamada alguna, aislado como estaba en la granja de los Coyne?).

Una sensación de intranquilidad comenzaba a adueñarse de Sam; era como una piedra helada en la boca del estómago. Algo olía mal. El mismo silencio del granero parecía contener un secreto. Era como si todos los detalles en los que se había fijado... el espejo, el heno, la lámpara... y ahora las botas, tiradas descuidadamente en el suelo del granero de una forma que parecía contrastar con la pulcritud natural de Eddie, fueran las pistas de un misterio que aún había de desvelarse.

Acuclillado, escudriñó la penumbra a su alrededor, buscando algún indicio más que arrojara luz sobre aquel asunto. Arrugando la nariz ante el olor mohoso que emanaba del suelo cubierto de tierra, se agachó aún más para mirar debajo del lavadero, y al hacerlo oyó un tenue sonido a su espalda y sintió calor en la nuca.

Sobresaltado, giró sobre los talones.

La negra nariz mojada de Sal estaba a pocos centímetros de la suya. Su lengua rosa le tocó la mejilla.

—¡Por todos los santos! ¿Es que quieres que me dé un infarto, viejita? —Le acarició la cabeza—. Mira que asustarme así.

Sal meneó la cola y se dio la vuelta para husmear algo que había en el suelo. Sam observó a la perra mientras ésta seguía el rastro que hubiera percibido en la polvorienta superficie cubierta de paja hasta el lugar donde se almacenaban los muebles.

—Bueno, ya está bien. —Sam se incorporó, gruñendo por el esfuerzo. Se tomó un momento para masajearse los muslos acalambrados—. Aquí no vamos a encontrar ninguna respuesta —observó tras la figura de Sal, que seguía alejándose—. Será mejor que volvamos a Oak Green.

Estaba impaciente por telefonar a Ada y ver si se sabía algo de Hove. Si Eddie estaba allí, y si no, si su hermana y su madre conocían su paradero. Todavía abrigaba la esperanza de que todo este asunto pudiera resolverse en un abrir y cerrar de ojos.

Iras echar un último vistazo en rededor, reparó en una horca tirada en el suelo junto a la pared del fondo, y comprendió que Eddie debía de haberla usado para apilar el heno de su ahora agrandado colchón. Su aparición hizo que Sam volviera a fijarse en la masa de tallos de hierba secos que ocupaban la esquina; sacudió la cabeza, desconcertado.

—No tiene sentido.

Dijo las palabras en voz alta, se dio la vuelta dispuesto a irse, sorteando los muebles camino del lugar donde se amontonaban las vallas, silbando para Sal sobre la marcha. No había ni rastro de ella cuando llegó allí, de modo que regresó, llamándola por su nombre.

—¡Sally! ¿Dónde te has metido?

Al mirar a su alrededor, la vio a un lado del granero. Estaba olisqueando algo; un objeto bajo y alargado, seguramente un baúl, cubierto con una lona como el resto.

—¿Qué has encontrado ahí? ¿No irás detrás de una rata?

Silbó de nuevo, pero Sal no le prestó atención, sino que se quedó obstinadamente donde estaba, paseando el hocico arriba y abajo a lo largo del baúl, hasta que al final Sam tuvo que ir allí y llevársela a rastras.

—No podemos entretenernos aquí, viejita. —Le tiró del collar—. No hay tiempo que perder. Debemos encontrar a Eddie.

Sinclair hizo una pausa en la puerta abierta y observó la escena que tenía ante él.

Cerca de una veintena de detectives se agolpaban en una sala que podría albergar cómodamente la mitad de esa cifra. Algunos habían encontrado sillas, pero la mayoría estaban de pie o sentados en el canto de las mesas. En la esquina del fondo se había hecho sitio para un mapa a gran escala de la ciudad de Midhurst, apoyado en un caballete. El runrún de conversación, lo suficientemente alto como para oírse en el piso de arriba, de donde acababa de llegar Sinclair, se redujo a un murmullo cuando los más próximos a la puerta repararon en su presencia y la del oficial que lo acompañaba, un inspector uniformado que respondía al nombre de Braddock, quien estaba al mando de la comisaría de Midhurst.

—Presten atención, todos.

El acompañante de Sinclair emitió la orden con voz clara, y se hizo el silencio.

—Seré breve con las presentaciones. Para los recién llegados, éste es el inspector jefe Sinclair, de Scotland Yard. Se encarga de la investigación de los asesinatos de las niñas, y es a petición suya que hemos estado realizando la búsqueda de este tal Lang por todo Sussex. Según la información recibida esta mañana, ahora parece probable que esté viviendo aquí, en Midhurst, o en los alrededores. A partir de este momento, el señor Sinclair dirigirá la búsqueda, y ustedes recibirán sus órdenes de él. Señor...

Se giró hacia el inspector jefe.

—Gracias, señor Braddock. —Sinclair asintió con la cabeza en su dirección. Caminó a paso vivo hasta el frente de la sala y se situó junto al caballete. De la pared a su espalda colgaba una copia del póster que se había enviado a todas las comisarías de policía. Sacada a partir de la granulosa instantánea que les proporcionara Philip Vane, mostraba una imagen agrandada del rostro de Gaston Lang; el proceso de ampliación prestaba un fuerte énfasis a los rasgos del hombre buscado, acrecentando su palidez y transformando sus ojos, ligeramente entreabiertos, en túneles oscuros.

—También yo intentaré ser breve en mis observaciones. —Sinclair miró a los detectives reunidos—. Si bien tenemos motivos para creer que Lang está en los alrededores, no tenemos claro en absoluto hasta cuándo piensa quedarse. De hecho, ya podría estar preparándose para partir, y aunque no sea así, no pasará mucho tiempo antes de que la búsqueda que estamos a punto de lanzar sea de dominio público, y sabrá que está en peligro. De modo que el tiempo es oro.

Mientras hablaba se había abierto la puerta y habían entrado más hombres. Poniendo freno a su impaciencia, el inspector jefe esperó hasta que se hubo apagado el arrastrar de pies. Acompañado de un escuadrón de agentes de paisano, había llegado de Chichester hacía tan sólo una hora, entorpecido su viaje en coche desde las Downs por culpa de la persistente niebla. Antes de partir había hablado por teléfono

con el jefe de policía de Sussex para reclutar más refuerzos. Estos, impedidos por el mismo problema que había alargado su viaje, habían arribado a Midhurst de uno en uno y en parejas, convocados de las ciudades vecinas, llenando la pequeña comisaría con el sonido de voces y el tabaleo de zapatos sobre suelos de madera desnudos. Sinclair, obligado a esperar hasta que se hubieran reunido sus fuerzas, había aprovechado el tiempo para formular un plan, el cual se disponía a revelar ahora.

—Puesto que no tenemos ni idea del paradero exacto de Lang... y puesto que los hoteles y pensiones de Midhurst ya se han comprobado, así como otros por todo el país... mi intención es registrar la ciudad misma, rastrillarla con un peine de dientes finos. Les daré los detalles en su debido momento. Antes, les diré lo que sabemos.

Una vez más lo interrumpió la puerta al abrirse; quienes estaban pegados a ella tuvieron que hacer sitio, con la consiguiente agitación y arrastrar de pies. El inspector jefe lanzó una mirada penetrante al fondo de la sala. Sus ojos se abrieron de sorpresa al ver a Madden, que en esos momentos estaba deslizándose sigilosamente detrás de Billy Styles. Pestañeando, continuó:

—El hombre que creemos que es Gaston Lang se presentó en la consulta de un médico llamado Driscoll aquí en Midhurst ayer requiriendo tratamiento para una herida que tenía en la espalda. Llegó hacia el final de la hora de consulta, justo antes de mediodía, explicando que era nuevo en la región, extranjero, de hecho, y que estaba de excursión a pie. Su problema, que el doctor examinó brevemente antes de encargarse de ella, era una pequeña herida en la espalda, un corte bastante feo, que no había podido curarse él mismo, puesto que se hallaba en un lugar demasiado incómodo. Durante el transcurso de la breve, brevísima conversación... el hombre no estaba dispuesto a charlar, dijo Driscoll... declaró haber sufrido la herida al tropezar y caerse de espaldas encima de una horca que casualmente estaba tirada en el suelo detrás de él.

El murmullo de incredulidad que recibió estas palabras encontró su eco en las cejas enarcadas del inspector jefe.

—Sí, mi reacción fue la misma. Pero, curiosamente, el doctor Driscoll dice que a juzgar por el aspecto de la espalda del hombre, probablemente fuera verdad. Había dos magulladuras distintas, y una tercera donde la piel ha sido traspasada, todas en línea recta. Bien podrían haber sido causadas por los dientes de una horca. Cómo recibió esta herida no es un misterio en el que pretenda indagar. Baste decir que la herida requirió desinfectante y vendas. Driscoll tenía prisa... debía hacer una ronda por las casas... y dejó al paciente al cuidado de su enfermera con instrucciones de obtener de él los detalles necesarios y decirle que tendría que volver en tres días para cambiar el vendaje. Fue entonces cuando la historia dio un giro interesante.

Sinclair paseó la mirada por el mar de rostros que tenía delante hasta cruzarla con Madden al fondo de la sala. Más alto que los demás, su antiguo compañero estaba de

pie con los brazos cruzados, inexpresivo.

—Lang... lo llamaremos Lang... había tenido que quitarse la camisa para que lo trataran y el médico lo había dejado detrás de un biombo en su oficina, donde atendía a los pacientes, para que se vistiera, mientras él salía. No había tenido ocasión de ver a Lang de frente puesto que había estado tendido boca abajo durante la operación. Pero su enfermera... la señora Hall... lo vio de refilón mientras se vestía y se fijó en una marca de nacimiento de gran tamaño que tenía en la parte superior del pecho.

Aquellas palabras despertaron un murmullo renovado en su público.

—Como estoy seguro que saben todos ustedes, el hombre que buscamos luce precisamente la misma marca. Lo que quizá no sepan es que se han enviado avisos a todos los médicos de Surrey y Sussex, solicitándoles que estén atentos por si aparece algún paciente desconocido con una marca de nacimiento. Los comunicados empezaron a repartirse la semana pasada. Por desgracia, el dirigido al doctor Driscoll llegó a su consulta con el correo de esta mañana. Lo abrió la señora Hall... el doctor había salido temprano para atender una urgencia... y recordaba lo que había visto. Puesto que estos comunicados incluían el aviso de que el hombre buscado era peligroso, tuvo la sensatez de llamar a la policía de inmediato, en vez de esperar a que regresara su jefe. El señor Braddock personalmente acudió a la consulta para verla con el sargento detective Cole, al que estoy seguro que todos conocen.

Indicó con la cabeza a un hombre que estaba de pie al frente de la multitud de detectives antes de volverse hacia Braddock, situado a su lado.

—¿Por qué no sigue usted, inspector?

Braddock se aclaró la garganta. Era cincuentón y estaba quedándose calvo, pero tenía la mirada alerta y el aire vigoroso de alguien más joven.

—Resulta que el doctor Driscoll es mi médico y los conozco bien a él y su enfermera. La señora Hall fue jefa de sala en el hospital de Chichester antes de trasladarse aquí. Es una mujer sensata y con las ideas claras. Cuando le enseñamos la fotografía de Lang se tomó su tiempo para estudiarla y dijo que se trataba de él, sin lugar a dudas, aunque parecía diferente. Llevaba gafas, dijo, y tenía el pelo más largo, y peinado hacia atrás en un estilo distinto. Pero dijo que era Lang, desde luego.

—¿Le dio algún nombre, señor? —La pregunta provino del público apelotonado.

—Así es. Pero no el suyo. Hendrik de Beer es lo que puso en el formulario para pacientes que se le encargó rellenar. Se escribe de, e, y luego Beer, como «cerveza», lo que me atrevo a decir que no se les olvidará —el inspector se permitió una sonrisa — pero será mejor que lo apunten de todos modos. —Hizo una pausa mientras susurraban las libretas—. Por anticiparme a su próxima pregunta —continuó—, les diré que sí, también dejó una dirección, pero de Ámsterdam. Como ha explicado el señor Sinclair, afirmó ser una especie de turista y le dijo a la señora Hall que estaba de paso en la zona, aunque no dijo adónde se dirigía.

Cruzó la mirada con Sinclair, que asintió con la cabeza. Fue el inspector jefe quien retomó la historia.

—Ya he encargado contactar con la policía de Ámsterdam, pero estoy casi seguro de que descubriremos que no han oído hablar de él o que la dirección dada resulta ser falsa. No es holandés, por cierto, se hace pasar por belga, pero no profundizaré ahora en su historial, salvo para recalcar que se habría visto obligado a elegir un alias extranjero durante su estancia aquí porque, pese a hablar inglés con fluidez, tiene acento. Téngalo en cuenta cuando empiecen a buscarlo, lo cual será pronto.

—Disculpe, señor. —Otra voz surgió de la multitud—. ¿Cómo sabemos que el nombre que le dio a la enfermera es el que está usando aquí?

—Buena pregunta. —Sinclair se giró en esa dirección—. En cuanto el señor Braddock me informó de su hallazgo... por casualidad me encontraba en Chichester esta mañana... convinimos en que el primer lugar a investigar sería la oficina de correos. Si Lang llevaba algún tiempo residiendo en la localidad... y tenemos motivos para creer que hace meses que está en Inglaterra... es probable que haya utilizado el servicio de lista de correos para recibir cualquier carta remitida a su Nombre. Resultó ser un acierto. ¿Sargento Cole?

Sinclair cruzó la mirada con el hombre que estaba de pie a su lado.

—Tiene usted razón, señor.

Cole, una figura robusta de traje color mostaza, se giró para encararse con su público. Levantando la voz, se dirigió a la sala atestada.

—Después de que el señor Braddock hablara con el inspector jefe me mandó a la oficina de correos. Allí nadie pudo reconocer a este tal Lang a partir de su foto, no al principio, pero cuando mencioné el nombre que había dado... De Beer... el empleado del mostrador se acordó. Luego le echó otro vistazo al póster y dijo que sí, que podría tratarse de él, aunque parecía cambiado. Si recordaba el nombre era: a, porque era extranjero, y b, porque había estado yendo tres veces a la semana, puntual como un reloj, a lo largo del último mes preguntando si había llegado algo para él. Lo cual no era el caso, no hasta el pasado miércoles, cuando por fin llegó algo. Un paquete pequeño, dijo el empleado. —Miró de soslayo a Sinclair, que asintió con la cabeza.

—Gracias, sargento. —El inspector jefe continuó—: Comprenderán ahora por qué pensamos que este hombre ha estado residiendo en la localidad, en vez de estar simplemente de paso. Sin embargo, como decía, es posible que esté a punto de irse. Nuestros motivos para suponerlo se basan en algo que le dijo a la señora Hall. Cuando se le informó de que tendría que volver para que le cambiaran las vendas, Lang dijo que le sería imposible, puesto que regresaba a casa, pero se encargaría de ello una vez de vuelta en Ámsterdam.

Sinclair hizo una pausa. Su expresión era meditabunda.

—Ahora bien, es cierto que podría haber mentido acerca de su partida, aunque no

veo ninguna razón para ello. ¿Por qué no volver y hacer que le cambiaran las vendas, si es necesario? Nada se lo impide, a menos que se vaya a ir de verdad. Y luego está la cuestión de este correo que estaba esperando... con impaciencia, al parecer. Se diría que su decisión de marcharse bien pudiera estar relacionada con la llegada de este paquete. En cualquier caso, me propongo interpretar la situación así y asumir que tenemos muy poco tiempo para ponerle las manos encima. Lo que nos lleva a la cuestión de los medios...

Miró a su alrededor: volvió a cruzar la mirada con Madden.

—Lo que nos interesa, naturalmente, es su dirección o, si no es posible, cualquier pista sobre sus movimientos, dónde podrían haberlo visto en Midhurst o alrededores durante las pasadas semanas y meses. Estas pesquisas han comenzado ya. Tres de los cuatro detectives asignados aquí partieron antes, uno a tomar declaración detallada al doctor Driscoll y la señora Hall, los otros dos a visitar agentes inmobiliarios locales para preguntar por pisos o casas alquilados a hombres solteros en los últimos meses. Puesto que sabemos que Lang no ha estado quedándose en ningún hotel o pensión, ésta es una vía que hay que explorar. Pero es sólo el comienzo. Debemos extender nuestras redes. En el transcurso de las próximas horas visitarán ustedes comercios y oficinas, enseñando la fotografía de Lang y preguntando por De Beer a todo el que se encuentren. Es importante que cubramos la ciudad sistemáticamente, calle a calle, para lo que contarán con la ayuda del sargento Cole, que asignará una pareja de detectives a cada distrito a registrar, y al que habrán de presentar sus informes, y de miembros de la fuerza uniformada, que los acompañarán. Sin duda, esto causará algún revuelo, pero es inevitable. Es la forma más rápida de lograr resultados. Y el tiempo, como he dicho antes, es oro.

El inspector jefe se quedó callado. Pero era evidente por su ceño fruncido que no había acabado, y tras una breve pausa continuó, hablando con voz alterada.

—Una última palabra. Soy consciente de que la mayoría de ustedes tienen la sensación de no haber recibido toda la información: de que desde que se lanzó está búsqueda, tanto aquí como en Surrey, hay preguntas sobre este hombre que no han encontrado respuesta. Preguntas que tenían ustedes todo el derecho del mundo a hacer a sus superiores. Sólo puedo pedirles disculpas y decir que, nuevamente por motivos que no puedo desvelar, esto ha sido inevitable. Sin embargo, hay una cuestión que me gustaría recalcar: tiene que ver con la advertencia que ya han recibido todos los implicados en esta operación, relativa al peligro que supone Lang. Me refiero al peligro que supone para ustedes.

Una vez más Sinclair hizo una pausa, dando tiempo a que pudieran asimilar sus palabras.

—Es posible que en el transcurso de esta jornada, uno o más de ustedes se encuentren con este hombre, o con alguien que se le parezca, y al que piensen que

podría valer la pena interrogar. En tal caso... NO bajen la guardia. —Las palabras restallaron como un látigo en boca del inspector jefe, provocando que varios miembros de su público se sobresaltaran, sorprendidos—. Lang no es sólo un delincuente sexual, como tampoco son únicas víctimas estas pobres niñas. Es un criminal de una clase que ninguno de nosotros se ha encontrado antes, un criminal que probablemente no se sorprenda al verse acosado y pueda parecer incluso que quiere cooperar. No se dejen engañar. Porta un cuchillo, y puedo decirles que lo ha usado antes, sobre un detective, además, con consecuencias funestas. Puesto que su arresto significa casi seguro la pena de muerte, no se detendrá ante nada para evitar su captura.

La mirada del inspector jefe se fijó nuevamente en el fondo de la sala, donde Madden estaba en pie de brazos cruzados. Le pareció a Sinclair que su antiguo socio asentía con la cabeza.

—Lo diré una vez más, y les insto a recordarlo. Tengan cuidado.

Sonó el teléfono y Braddock lo descolgó.

—Es para usted, señor. —Dejó el auricular encima de la mesa enfrente de él, se levantó, dejando la silla libre para Sinclair, y rodeó el escritorio para sentarse junto a Madden, que en esos momentos estaba ocupado leyendo la declaración detallada del doctor Driscoll y su enfermera que el detective enviado a entrevistarlos había entregado antes. Mientras Sinclair empezaba a hablar por teléfono, llamaron a la puerta y entró un alguacil con una bandeja en la que hacían equilibrios tres humeantes tazas de té y un plato de emparedados. A un gesto de su superior dejó la bandeja encima de la mesa y salió, cerrando la puerta sin hacer ruido a su espalda.

—Gracias, Arthur, eso está claro... Hablaré contigo más tarde.

Sinclair colgó el teléfono. Miró a los otros dos.

—Era el superintendente Holly. Dice que todos los puertos han recibido aviso de estar atentos por si aparece Lang. Les hemos informado de los cambios operados en su aspecto; ya tienen copias del póster.

—¿Y si sólo está cambiando de base? —Braddock había vuelto a ponerse de pie. Le ofreció una de las tazas a Madden, que sacudió la cabeza; estaba enfrascado en las declaraciones.

—Es posible, lo reconozco. Pero lo más probable es que quiera irse. Salir de Inglaterra. Aquí no encaja. No puede disimular el hecho de que es extranjero. Querrá ir a alguna parte donde no llame tanto la atención.

Sinclair empezó a incorporarse, pero Braddock lo interrumpió con un gesto.

—Puede quedarse usted, señor. Y coja un bocadillo, si le apetece. Seguramente sea el único almuerzo que tengamos hoy. —Siguiendo su propio consejo, el inspector de Midhurst cogió una de las tazas de té y dejó un emparedado en el platillo antes de volver a sentarse junto a Madden—. Este correo que esperaba Lang... ¿qué cree

usted que era?

—Documentos de viaje de algún tipo, quizá. —Sinclair se encogió de hombros. Miró a Madden de reojo—. ¿A ti qué te parece, John?

La inesperada aparición de su antiguo socio había pillado al inspector jefe por sorpresa y seguía intentando formarse una opinión sobre sus implicaciones, ninguna de las cuales lo tranquilizaba. Con independencia de cuál fuera su conexión en el pasado, la presencia de un civil en medio de una operación policial tan delicada... y secreta... encajaba mal con las regulaciones vigentes, y si bien Sinclair sabía que las reglas podían estirarse si era preciso para incluir a un hombre de la reputación de Madden, también era incómodamente consciente de que esto distaba de ser el fin de la historia.

Había otro aspecto a tener en cuenta, además, uno que no podía pasar por alto y que había sacado a colación inmediatamente después de saludar a su antiguo colega al término de la reunión en la planta de abajo y averiguar cómo habían llegado juntos Styles y él.

—¿Sabe Helen que estás aquí?

Al enterarse por Madden de que su esposa había pasado la noche en la ciudad y todavía no había vuelto a Highfield cuando partieron, y que por tanto había tenido que dejarle una nota explicando su ausencia, Sinclair había enarcado las cejas en silencio por todo comentario, mientras reflexionaba sobre la casi absoluta certeza de que cuando llegara la hora de saldar cuentas, sería él quien pagara el pato. Dado lo mucho que había consultado a su antiguo compañero en el transcurso de la investigación, sin embargo, no podía quejarse, y el inspector jefe era lo suficientemente sincero como para reconocer la seguridad que le proporcionaba la familiar figura sentada enfrente de él, cuya opinión deseaba escuchar una vez más.

—¿Documentos de viaje? —El ceño fruncido de concentración de Madden se alisó un momento cuando levantó la cabeza—. Sí, yo diría que sí, Angus. Papeles que corroboren su nueva identidad... un pasaporte, tal vez. Él sabría dónde conseguir que se los falsificaran, ¿verdad? Aquí no, quizá, pero sí en el continente.

—¿Por qué dice usted eso?

Inevitablemente, la pregunta provino de Braddock, que se había dado cuenta de que estaban hablando de cosas de las que él no estaba enterado. El jefe de policía de Midhurst no se había mostrado inclinado a cuestionar la presencia de Madden. Al contrario, su expresión se había animado cuando los presentaron y le estrechó la mano.

—Conozco bien su nombre, señor. Esperaba que nos conociéramos algún día.

Pero ahora Sinclair veía en su ceño fruncido que se sentía excluido, lo que le llevó a tomar una decisión rápida.

—Inspector, le voy a decir algo que no debería. Pero tendrá usted que guardárselo

para sí, ahora y en el futuro. Como quizá haya deducido ya, Lang no es un delincuente sexual ordinario. De hecho, ha sido un agente empleado en el extranjero por los servicios de espionaje, y con gran éxito. Ya he recalcado lo peligroso que es, pero hay que tener en cuenta otra faceta suya: su talento para camuflar su identidad. Ha usado muchos alias en el pasado por motivos de trabajo: está acostumbrado a hacerlo. Estoy seguro de que habrá alterado su aspecto. Por eso estamos tratando esta investigación con carácter de urgencia. Si se nos escurre entre los dedos ahora, sabe Dios cuándo podremos, nosotros o cualquier otro, volver a dar con su pista.

—¡Dios todopoderoso! —La exclamación de Braddock fue involuntaria. Sacudí la cabeza, apesadumbrado—. Empezaba a extrañarme... y pensar que lleva meses paseándose por Midhurst. ¡Pero si hasta me lo podría haber cruzado por la calle!

La confirmación de la presencia del hombre buscado en el vecindario no había tardado en producirse tras la salida de los equipos de búsqueda. En cuestión de veinte minutos, había llegado a la comisaría la noticia de que un hombre que se correspondía con la descripción de Lang, un extranjero, había comprado puros en un estanco no muy lejos de la oficina de correos en varias ocasiones. Aunque la joven que trabajaba detrás del mostrador allí no pudo identificarlo con garantías a partir del póster, dijo que se parecía a la fotografía, y añadió que le había parecido un cliente desagradable.

«Por cómo me miraba», según sus propias palabras.

A continuación, poco después, se había recibido un segundo mensaje: el propietario de una papelería había reconocido los rasgos del póster como pertenecientes a un hombre al que le había vendido herramientas de dibujo —cuadernos y lápices— hacía unos tres meses.

—Recuerda que el tipo regresó hace dos semanas. Se les habían acabado los cuadernos que quería, pero cuando el dueño le preguntó su nombre y dirección para poder avisarle cuando repusieran los artículos, este hombre, Lang, dijo que planeaba regresar pronto a Holanda y conseguiría allí lo que necesitaba.

Había llevado la información a la planta de arriba Billy Styles, que estaba ayudando al sargento Cole en la sala que tenía el DIC abajo. Conforme se acercaba la hora del almuerzo y las tiendas empezaban a cerrar para la reglamentaria pausa de mediodía, los hombres habían comenzado a regresar a la central. Entre ellos se contaban los dos detectives locales enviados a inspeccionar las listas de agentes inmobiliarios, pero ninguno de ellos había vuelto con información relevante.

—Han arrendado pocas viviendas a hombres solteros, y ninguno extranjero.

—¿Eso sólo en la ciudad, o también en las afueras? —Fue Sinclair quien formuló la pregunta.

—Las dos cosas, señor. Las tres firmas tienen casas de campo alquiladas en sus libros, pero ninguna reciente, y ninguna a solteros.

Sinclair había hecho una mueca al escuchar las noticias, y al consultar su reloj ahora y ver que era más de la una, otro espasmo de descontento surcó sus rasgos. Estaba muy bien saber que iban por el buen camino —que Lang estaba allí, o cerca— pero permanecía provocadoramente fuera de su alcance, y al inspector jefe lo torturaba la idea de que la presencia de tantos policías encargados de rastrear la ciudad pronto se hiciera notar y, por tanto, no pasara mucho tiempo antes de que su objetivo se sacudiera el polvo de Midhurst de los talones.

Mientras tanto, la hora del almuerzo se les echaba encima, y los equipos de detectives estaban regresando a la comisaría, señalada su presencia por el ruido cada vez más alto que procedía de la planta de abajo, voces y pasos que resonaban en el hueco de la escalera. El inspector jefe miró por la ventana que tenía a su espalda y se asomó a la plaza del mercado, llena de puestos y repleta de compradores cuando llegaron esa mañana, pero ahora casi desierta. Al darse la vuelta, descubrió la mirada expectante de Braddock fija en él. Madden seguía estudiando las declaraciones manuscritas que le habían suministrado.

—¿Qué ocurre, John? ¿Qué sucede?

Los años pasados juntos le habían enseñado a Sinclair a interpretar la expresión de su antiguo colega. El familiar ceño de preocupación de Madden había sido reemplazado por otro gesto: la frente arrugada, aún, pero acompañada de una mirada de perplejidad. Sus dedos acariciaban la cicatriz que tenía en la cabeza.

—Este libro que Lang llevaba con él... está en la declaración de la enfermera...

—¿El manual sobre aves? Sí, lo había visto. ¿Qué pasa con él?

Cuando Madden abrió la boca para responder, los interrumpió el sonido de pasos que se acercaban aprisa por el pasillo, y luego, casi inmediatamente, una rápida llamada a la puerta, que se abrió de golpe.

—¡Señor! —Billy Styles apareció ante ellos, jadeando.

—¿Qué sucede, sargento? —Sinclair levantó la cabeza.

—Dos de los hombres que acaban de volver... han hablado con un boticario... —Billy pugnaba por recuperar el aliento—. Dice que Lang estuvo ayer en su farmacia... sobre mediodía... debió de ser después de que viera al médico...

—¿Sí? ¿Qué tiene que ver? —saltó involuntariamente el inspector jefe. La expresión que lucía el joven le había provocado un escalofrío—. Ya sabemos que está aquí...

—No se trata de eso, señor... es lo que buscaba, lo que compró...

Billy tragó saliva. Miró a Madden a los ojos.

—Era un bote de cloroformo.

Con un gemido, Sam colgó el auricular.

Había estado contemplando fijamente el cuadro que colgaba de la pared mientras hablaba: en él, dos caballos pastaban en un verde prado. Poco dispuesto a moverse todavía, dejó que su mirada pasara por la pequeña sala de estar, la cual, a juzgar por el costurero que había encima del sofá, con un paño de material azul sobresaliendo bajo la tapa, y un escritorio de delicado diseño, debía de pertenecer a la señora Ramsay. Le llamó la atención un dibujo a pastel de una niña morena y sonriente, de uno o dos años de edad. Nell de bebé, supuso.

—¡Ay, Dios! —La exclamación escapó de sus labios.

Suspirando, se puso de pie. Las cortinas con estampados florales retiradas de una ventana de guillotina mostraban un atisbo del jardín, y Sam se quedó unos momentos contemplando un estanque de nenúfares cuya superficie inmóvil, como una mortaja gris, reflejaba el ciclo nublado.

—¿Y ahora qué? —Lo dijo en voz alta, concedor de la respuesta, pero reticente a aceptarla todavía.

Salió de la habitación y cruzó el pasillo hasta la cocina, en la parte trasera de la casa, donde Bess, la cocinera de los Ramsay, lo esperaba. Sonrojada y nerviosa, había estado aguardando su llegada, y Sam había visto su cara roja en la ventana de la cocina mientras quitaba el pestillo de la verja de atrás. Antes de que Sal y él hubieran cruzado el patio de ladrillos, la puerta se abrió de par en par y apareció la rolliza figura de Bess, vestida de blanco.

—Ay, Sam, dime... ¿se sabe algo?

Su señora le había dado instrucciones de enseñarle el teléfono para que pudiera llamar a Ada. De nuevo en la cocina, la encontró esta vez pelando guisantes en la mesa, y supuso que había estado intentando mantenerse ocupada hasta su regreso. Su expresión se demudó al reparar en la de él.

—Ada ha hablado con la hermana de Eddie. Llamó hace una hora. Recibieron una postal suya hace una semana, dijo, pero en ella no mencionaba nada de ir a casa. No saben dónde está.

—¿Pero cómo puede haber desaparecido sin más? No tiene sentido. —Los campechanos rasgos de Bess aparecían desfigurados de preocupación. Parecía estar al borde del llanto. Sam sólo pudo sacudir la cabeza.

Había estado reflexionando sobre el asunto, no obstante, dándole vueltas en su cabeza. El proceso había comenzado antes incluso de su llegada a Oak Green. Mientras caminaba desde la granja de los Coyne, soplándose los dedos contra el frío cortante, que había regresado al entrar la tarde, se le había ocurrido que a Eddie debía de haberle pasado algo, o bien camino de Hove, si es que había decidido ir a casa,

después de todo, o en alguna otra parte. Que podría haber resultado herido en un accidente, golpeado por un coche, quizá, o lastimado de cualquier otro modo, y ahora estaría convaleciente en el hospital. Inconsciente, sin duda, pues de lo contrario le habría dicho a alguien quién era, y la policía se habría puesto en contacto con su familia.

Al principio Sam había rehuido esa idea. No había perdido la esperanza de que el misterio se pudiera resolver cuando hablara con su esposa; que ésta habría recibido noticias de Hove relacionadas con el paradero de Eddie. Pero tras acabar de escuchar lo peor, se veía obligado a retomar su anterior razonamiento, por preocupante que fuera. Se daba cuenta de que había que agarrar el toro por los cuernos.

—¿Cuándo esperas que llegue a casa la señora Ramsay, cariño? —Le planteó la pregunta a Bess con delicadeza. No quería compartir sus temores con ella. La pobre ya estaba bastante preocupada. Saltaba a la vista que se había encariñado de Eddie, lo cual podría ser una simple fantasía por lo que a su antiguo camarada respectaba, pero no por eso era menos real para ella. Bess estaba sentada ahora, mirando fijamente la fuente de guisantes pelados que tenía delante, con el brillo de las lágrimas contenidas resplandeciendo en sus ojos—. Me dijo que estaría jugando al bridge.

—Es verdad... —Bess volvió en sí con un medio sollozo. Se recogió un mechón de pelo bajo la gorra blanca—. Ha ido a Petersfield. Me dijo que intentaría volver no muy tarde...

Sam soltó un gruñido. Esperaba que la señora de la casa estuviera allí, bien para compartir su carga de preocupación o, mejor todavía, para decirle que sus temores eran infundados. Pero vio que debería actuar por su cuenta.

—¿Puedo usar el teléfono otra vez? —Se puso de pie—. Si no es molestia.

—¿El teléfono? Sí, claro... pero, ¿por qué? —Bess lo miró, pestañeando—. ¿Para qué, Sam?

—Lo siento, cariño. Alguien tiene que hacerlo. —No podría seguir ocultándole su preocupación, y con un suspiro estiró el brazo por encima de la mesa para darle unas palmaditas en el hombro—. Hay que averiguar si le ha ocurrido algo a Eddie. Voy a llamar a la policía.

Billy se sirvió un bocadillo de paté de pescado —eran los únicos que quedaban— y volvió a llenarse la taza de la tetera. El despacho del Dic, que hacía diez minutos estuviera abarrotado de agentes de paisano, se hallaba ahora desierto. Sólo el sargento Cole seguía allí, atareado clavando chinchetas de colores en el mapa de Midhurst, señalando aquellas zonas de la ciudad cubiertas ya por los equipos de detectives, cuya breve hora del almuerzo acababa de terminar y cuyas tareas revestían un carácter de urgencia que no hacía falta recalcar.

La noticia que Billy se había apresurado a llevar a la oficina de la planta de arriba había puesto al inspector jefe en acción. Tras preguntar por sus opiniones a Braddock y Madden y descubrir que compartían su punto de vista, había telefoneado a Bennett en Scotland Yard con una nueva propuesta, radical.

—Debemos hacerlo público, señor. Hay que asegurarse de que los periódicos de mañana se hagan eco de esta investigación, sobre todo del hecho de que buscamos a un extranjero, y proporcionen la descripción de Lang. Tengo que hacerlo: creo que así sólo lo asustaremos. Pero mejor eso que otra niña muerta.

Billy se había quedado observando junto a la puerta abierta, aparentemente olvidada su presencia por Sinclair, que estaba escuchando lo que Bennett tenía que decirle, con el ceño fruncido, apretado el puño encima del secante enfrente de él.

—Sí, señor, todos los periódicos nacionales, y el señor Braddock y yo hablaremos con los editores locales aquí en Sussex. —Se produjo una pausa mientras el inspector jefe tamborileaba con los dedos encima de la mesa. Volvió a hablar—: Parece improbable, lo reconozco.

Pero nadie puede adivinar los pensamientos de alguien así. Hay que tomarse la información en el sentido literal: debemos asumir que planea atacar de nuevo.

Cuando terminó la llamada, momentos más tarde, Sinclair se había vuelto hacia Madden.

—Bennett se preguntaba si Lang decidiría realmente arriesgarse ahora, justo cuando estaba a punto de irse. ¿Tú qué opinas, John?

Billy oyó gruñir a Madden. Había visto fruncir el ceño a su antiguo jefe.

—No estoy seguro, Angus. A juzgar por lo que te dijo Vane, es como si a Lang cada vez le costara más controlarse. ¿No es ése el motivo de que abandonara Alemania tan apresuradamente? Lleva reprimiéndose desde lo de Brookham, pero no debe de haber sido fácil. Ahora que se va debe de pensar que puede permitirse el lujo de correr riesgos. Quizá lo vea incluso como una ventaja. Puede dejar a la policía investigando otro de estos crímenes, buscando al asesino en Inglaterra, mientras él escapa.

En el silencio siguiente, la mirada del inspector jefe había recaído sobre Billy, que

todavía estaba de pie en la puerta.

—¿Puedo hacer algo, señor?

—Dígale a Cole de mi parte que mantenga a los hombres en ello. La búsqueda continuará según lo previsto. Cualquier avistamiento de Lang deberá reportarse de inmediato. Tienen que recibir respuesta sin demora.

Billy ya había transmitido el mensaje; se acercó ahora al mapa para inspeccionarlo y ver cuánto se había progresado. Como ondas en propagación, el círculo de chinchetas rojas estaba acercándose a las afueras de la ciudad. Billy se agachó para leer los nombres que anunciaban el comienzo de la campaña: Beggars Corner, June Meadows, Nine Acres, Guillard's Oak. Hasta el momento había encontrado poco de provecho que hacer. Su posición como oficial de Scotland Yard lo apartaba de los demás —a sus ojos, al menos— y se había visto obligado a esperar de brazos cruzados mientras sus tareas recaían sobre hombres que se conocían bien entre sí y estaban familiarizados con la ciudad.

Había otra cosa que lo molestaba: el recuerdo de la reacción del inspector jefe cuando Madden y él se presentaron ante él esa mañana. Por un momento había parecido contrariado, o desaprobador en cualquier caso, y Billy había sentido la censura de Sinclair dirigida directamente contra él.

—¿Dice usted que se le averió el coche? —El inspector jefe había conseguido que la pregunta sonara como un reproche, mientras miraba de reojo a Madden, que estaba conversando con Braddock—. ¿No podría haber encontrado usted otra manera de llegar hasta aquí?

La idea de que su superior podría no haber querido ver a su antiguo colega jamás se le había pasado por la cabeza a Billy, y si bien en circunstancias normales el estatus civil de Madden habría supuesto un problema, la escena que acababa de presenciar entre los dos hombres, cuando el inspector jefe había recurrido a su viejo amigo con tanta naturalidad como si todavía trabajaran juntos, parecía contradecir esa posibilidad. De modo que, ¿a qué venía todo esto?

El sargento seguía dándole vueltas al enigma cuando vio cómo se abría la puerta y entraba Madden.

—¡Ah, Billy! Ahí estás... —Llevaba puesto el abrigo y el sombrero en la mano.

—¿Se va usted, señor? —Billy dejó su taza encima de la mesa.

—Sí, tengo que regresar. Este asunto podría llevar algún tiempo. Helen estará preocupada. —Entró en la sala—. Pero antes quería hacer una cosa. A lo mejor tú puedes echarme una mano. Sería más fácil si lo convirtiéramos en un asunto policial. ¿Estás ocupado?

—Todo lo contrario. —Billy sonrió.

—No quiero molestar al señor Sinclair. Está desbordado. El señor Braddock y él están redactando un comunicado que enviar a la prensa. Pero hay una cosa que habría

que comprobar... —Vio que Cole se había apartado del mapa y lo estaba observando con curiosidad—. Me llamo Madden, sargento. —Se acercó, tendiéndole la mano—. Era policía.

—Lo sé, señor. —Cole sonreía de oreja a oreja—. Se ha corrido la voz por toda la comisaría. Todos nos acordamos de Melling Lodge. ¡Señor, menudo asunto!

Se estrecharon la mano.

—El sargento Styles trabajó conmigo en aquel caso. Éramos socios.

La satisfacción de Billy al escuchar esa palabra se acentuó al fijarse en la mirada que recibió del poli de Midhurst, y su gruñido de reconocimiento, por remiso que fuera.

—¿Puedo hacer algo por usted, señor? —preguntó Cole, y Madden asintió con la cabeza.

—Necesito direcciones. —Señaló el mapa—. ¿Sabría decirnos dónde está la biblioteca?

Por el camino, Madden explicó lo que tenía en mente.

—Creo que Lang podría haberse pasado ayer por la biblioteca. ¿Has leído la declaración firmada por la señora Hall, la enfermera del médico? Me refiero al testimonio completo. El que dio más tarde al detective inspector Braddock.

Billy negó con la cabeza. Estaban cruzando a paso vivo la plaza del mercado, pasando frente a una antigua picota con cepo, con las manos hundidas en los bolsillos de sus abrigos para resguardarlas de la niebla helada que llevaba todo el día atenazando la campiña. El sargento Cole les había dicho que la biblioteca se encontraba a escasos minutos a pie de distancia.

—Se le pidió que recordara todos los detalles que pudiera acerca de Lang y mencionó un libro que tenía con él, en su regazo, mientras estaba sentado en la sala de espera. Entró con él a la consulta cuando lo llamaron; más tarde se fijó en él encima de la mesa y echó un vistazo al título. Tenía algo que ver con los pájaros, dijo, y creía que el nombre del autor podría ser Howard, aunque seguramente era Coward. T. A. Coward. Sus obras son muy conocidas. *Aves de las islas británicas*. Tenemos un conjunto de ellas en casa. Eran del padre de Helen.

Madden se había detenido un momento para mirar un cartel. Siguiendo las indicaciones de Cole, habían dejado la plaza y llegado a una calle curva de casas de madera, algunas de ellas aún con las estrechas ventanas esmeriladas de otra época.

—Cuando leí lo que había dicho, me pregunté qué estaría haciendo con él. Lang, quiero decir.

Billy se rascó la cabeza.

—Bueno, sabemos que le gusta observar a las aves, señor...

—Sí, pero quiero decir qué estaría haciendo con él allí. En la consulta del médico.

—Madden hizo un gesto mientras continuaban.

—A lo mejor se lo llevó para mirarlo mientras esperaba. —Billy seguía sin entender adónde pretendía ir a parar su antiguo jefe.

—No es eso lo que dijo la enfermera. Es un testigo atento. Dijo que lo tenía con él. A mí eso me sugiere que lo había traído con otra intención. Pero si pensaba salir a pasear por la campiña más tarde y lo necesitaba, ciertamente lo habría dejado en su coche. La consulta de Driscoll no está lejos de aquí... se encuentra en la carretera de Petersfield. Lo miró en el mapa. La señora Hall cerró la puerta con llave cuando él se fue... las horas de consulta habían terminado... y lo vio alejándose a pie en dirección a North Street. Es la calle principal. Se dirigía al centro de la ciudad.

—Donde paró en la farmacia —recordó Billy, con un estremecimiento.

Madden frunció el ceño.

—Sí, pero todavía llevaba el libro encima, ésa es la cuestión, y me pregunté adónde habría ido a continuación, y si podría haber sido aquí.

Habían llegado a su destino, otro edificio de vigas de madera, pero éste con una placa de bronce junto a la puerta que lo proclamaba Biblioteca Pública de Midhurst. Cuando Billy probó el picaporte, encontró la puerta cerrada con llave. Todavía no eran las dos.

—Verás, no tenía ningún motivo para no apuntarse a la biblioteca. —Madden se sopló los dedos—. No es que la policía anduviera tras sus pasos. Por lo que a él respectaba, usar un nombre falso era una simple precaución. Si quería echarle el guante a algún libro de referencia, éste era el lugar más indicado. Puede que ayer viniera a devolver uno. Después de todo, está a punto de irse. O eso parece.

Mientras estaban allí de pie, las luces tras las ventanas de la biblioteca se habían encendido. Billy vaciló un instante más.

—Pero, ¿por qué molestarse, señor? ¿Un hombre como Lang? ¿No birlaría el libro y punto?

—Oh, no, no lo creo —se apresuró a responder Madden—. Su objetivo en la vida es evitar llamar la atención. Si sacó el libro en préstamo, lo más probable es que lo devolviera.

—De modo que, si es socio, tendrán su nombre. O mejor dicho, el de De Beer. ¿Es eso lo que está usted pensando, señor?

—Más que eso. —La voz de Madden se había endurecido—. Habrá tenido que dejar una dirección. Y si bien es posible que sea falsa, me siento inclinado a dudarlo. Es el tipo de cosas que sólo consiguen generar preguntas. Enarcar cejas. Si salen a la luz, quiero decir. No, si se apuntó a la biblioteca... aunque sea mucho suponer... creo que les proporcionaría su dirección real. Pero pronto lo averiguaremos...

Billy comprobó el fichero por segunda vez, hojeando las tarjetas con los dedos,

mirando ahora en la b.

—Nada, señor. No está aquí.

Ya habían consultado la d.

—No hay ningún De Beer.

Madden soltó un gruñido. Estaba de pie junto a la mesa con los brazos cruzados, observando. Billy vio la decepción reflejada en su rostro.

—¿Cree usted que podría haber empleado otro nombre? —preguntó, pero Madden sacudió la cabeza.

—Lo dudo. Tener una identidad falsa ya es complicado; es algo que debe tenerse en cuenta constantemente. Una segunda sólo agravaría el problema. Sé que Lang está acostumbrado a hacer esto, pero dudo que quisiera correr riesgos innecesarios. Y como dije antes, no ha tenido motivos para sentirse amenazado.

Aunque la biblioteca no había abierto aún —al parecer la hora señalada eran las dos y cuarto— habían sido admitidos después de que Billy llamara a la puerta con los nudillos, por una mujer abrazada a una pila de libros. Amable, pero de aspecto agobiado, había dicho ser la señorita Kaye y les informó de que no era ella quien estaba al mando allí, sino que su papel era el de mera ayudanta de la directora de la biblioteca, una tal señorita Murdoch.

—Agatha no está, me temo. Se ha ido a Chichester a pasar el día con su madre. La pobre señora no se encuentra bien. Me ha dejado encargada de administrarlo todo lo mejor posible.

Delgada, con el pelo rojo recogido en un moño en la nuca y los ojos verdes que pestañeaban tras sus gafas, los había guiado a través de una portilla levadiza en el mostrador hasta un escritorio sobre el que se levantaba un pequeño armario de madera, con cajones.

—Ese es nuestro archivo de socios. Por favor, examínenlo. —Las gafas con montura de carey que colgaban del puente de su nariz le conferían aspecto de lechuza. Había declinado la oferta de Billy de inspeccionar su orden de registro—. Pero deberán disculparme. He venido pronto para recoger.

Madden consultó su reloj.

—Lo siento, Billy, te he arrastrado hasta aquí para nada. Tengo que irme.

Al mirar a su alrededor, vio que la señorita Kaye se acercaba de la dirección de las estanterías cargada con una pila de periódicos viejos, y levantó la portilla de madera del mostrador para franquearle el paso. Sonriendo a modo de agradecimiento, la joven dejó su carga en un gran cesto de mimbre rebosante ya de papeles viejos tras el escritorio.

—¿Han tenido suerte? —les preguntó.

—Me temo que no. La hemos molestado para nada. Pero gracias igualmente. —Madden sonrió a su vez.

—¿Y quién es este hombre al que buscan? —preguntó la señorita Kaye, mientras Billy se levantaba de la mesa. Parecía remisa a dejarles partir.

—Un extranjero llamado De Beer —respondió Madden—. Pensábamos que podría haberse apuntado recientemente a la biblioteca. Pero su nombre no figura en el índice. —Hizo una pausa, como si reflexionara—. El sargento Styles tiene una fotografía suya. ¿Le importaría echarle un vistazo?

—Desde luego. —Ansiosa, se giró hacia Billy, que ya había sacado el póster del bolsillo de su chaqueta y estaba desdoblándolo encima del escritorio. Pero tras estudiarlo unos segundos, la mujer sacudió la cabeza.

—No, me temo que no. No recuerdo haberlo visto. —Parecía decepcionada por haberles fallado, y al ver su reacción, Billy sonrió. No era la primera vez que observaba el efecto de la personalidad de Madden sobre un testigo, aunque sus recuerdos de dicho fenómeno se remontaran muchos años en el pasado. Su antiguo jefe poseía una cualidad especial, una suerte de gravedad, tal vez, un profundo pozo de seriedad, que parecía provocar una respuesta en los demás. Como si aceptaran sin preguntas la importancia de lo que les pedía y la necesidad de ayudar.

—Si estuvo aquí habría sido ayer, justo antes de la una. —Madden sonrió de nuevo, alentándola, pero la señorita Kaye sacudió la cabeza.

—Tendrían que preguntarle a Agatha, me temo. La señorita Murdoch. Se pasó toda la mañana aquí, trabajando detrás del mostrador. Yo estuve más que nada entre las estanterías, recogiendo libros. —Indicó las baldas—. ¿Pero por qué ayer, en particular?

—Creemos que piensa marcharse del distrito. —Madden se abotonó el abrigo y asintió con la cabeza para Billy, que había doblado el póster y se lo había vuelto a guardar en el bolsillo—. Fue visto con un libro que podría haber sido sacado en préstamo de una biblioteca.

Se me ocurrió que podría haber venido aquí a devolverlo, pero al parecer me equivocaba. Gracias de nuevo.

Levantó la portilla del mostrador para Billy, que asintió a modo de agradecimiento y lo siguió. Cuando se dirigían a la puerta, la mujer volvió a hablar:

—¿Dice usted que piensa marcharse?

—Sí, eso creemos... —Madden hizo una pausa. Billy estaba a su lado.

—Entonces se lo podría haber dicho... a la señorita Murdoch, me refiero. —Continuó, vacilante—: ¿Podría haberle dicho que se iba?

Madden se la quedó mirando fijamente un momento. Parecía sorprendido.

—No se me había ocurrido —admitió—. Debería haberlo pensado. Tiene usted razón... eso es exactamente lo que habría hecho. —Para Billy, añadió—: Querría que el nombre de De Beer se borrara de su lista de socios.

—Lo pregunto porque si estuvo aquí ayer, y le dijo eso a Agatha, ésta habría

sacado su ficha del índice para romperla. Decapitación, lo llama ella. —La señorita Kaye sonrió.

—Sí, por supuesto, ya veo. —Madden sacudió la cabeza, apesadumbrado—. De modo que llegamos un día tarde.

—Oh, no... no necesariamente. —Los ojos verdes de la señorita Kaye resplandecieron. Se le había iluminado el rostro—. Si Agatha rompió la ficha, los trozos todavía estarán aquí, con los papeles para tirar. —Señaló el cesto de mimbre a su espalda—. Sólo se vacía una vez a la semana.

Fue Billy el que encontró el primer pedazo. Revolviendo en un montón de periódicos viejos, levantándolos uno por uno para zarandearlos, fue recompensado por la aparición de un trocito de cartón, pautado con rayas azules como las tarjetas que había visto en el fichero, que se deslizó entre las páginas de uno de ellos.

—¡Señor! ¡Tengo la mitad!

Su mirada había recaído en las letras «eer», escritas con pulcra caligrafía en la parte superior de la ficha, justo junto al lado roto. En la línea inferior se leía la palabra «view» encima de las letras «ane». Al pie era visible una d solitaria. Le entregó el papel a Madden.

Los dos estaban de rodillas a ambos lados de una montaña de diarios y revistas antiguas mezcladas con jirones de papel. A sugerencia de la señorita Kaye, Billy había sacado el cesto de mimbre de detrás del mostrador y volcado su contenido en un espacio despejado en el suelo junto a las estanterías.

—Aquí hay más sitio.

Sonrosada de emoción, se había quedado mirándolos hasta que unos golpes con los nudillos le recordaron que era hora de abrir la biblioteca y fue a la puerta, admitiendo a dos señoras mayores a las que les había explicado brevemente lo que ocurría dentro, y quienes ahora se hallaban a escasa distancia, contemplando boquiabiertas cómo los dos hombres revolvían los papeles.

—Ane... —Con el ceño fruncido, Madden convirtió las letras en una palabra—. Podría ser «lane». Y «view» tiene un apóstrofe al final. Debe de tratarse del nombre de una casa.

Mientras él dejaba el trozo de tarjeta a un lado, la señorita Kaye soltó un jadeo. Estaba en pie junto a él, agachada.

—¡Ahí!

Señaló con el dedo, y Madden distinguió una esquinita de cartón blanco que asomaba bajo el canto de una hoja de papel carbón. La sacó. Cogió la otra mitad de la tarjeta y unió los bordes irregulares. Billy lo observaba con la respiración agitada.

—Nos hará falta usar su teléfono, señorita Kaye —dijo con calma Madden.

Entregó cuidadosamente las secciones unidas a Billy, que las recibió con dedos

temblorosos. Apenas capaz de dar crédito a sus ojos, el sargento leyó lo que había escrito en ellos:

H. de Beer,
«Downsview»,
Pit Lane,
Cerca de Elsted.

—Correcto, inspector. Acabemos con esto.

Sinclair asintió con la cabeza para Braddock, y el policía de Midhurst gruñó a modo de respuesta. Se giró hacia el sargento Cole, de pie a pocos pasos de distancia, en la linde del bosque, junto a los demás, e hizo un gesto con la mano. El sargento murmuró algo a los hombres, que emprendieron el descenso de la pendiente.

—No parece que nos haya visto —musitó Braddock. Se caló la gorra en la cabeza—. Cuando oigan mi silbido, significará que avanzamos. —Partió en pos de los hombres.

Sinclair inspiró hondo y expulsó el aire despacio. Vio cómo los hombres se dividían en dos grupos, con uno de los grupos dirigiéndose hacia la parte delantera de la casa de campo, cercada en tres lados por un seto de tejo tan alto como una persona, y el otro asumiendo posiciones en la parte posterior, detrás de un cobertizo de madera. Ocho en total, incluían cinco detectives —los hombres que estaban más cerca de la comisaría cuando se recibió la dirección de Lang— y tres oficiales uniformados. La fuerza se había reunido apresuradamente a orden de Sinclair y apelotonado en un par de coches. Pero no antes de que dos de los detectives, los más experimentados, se equiparan con revólveres.

—No tengo motivos para creer que Lang lleve encima una pistola —había dicho el inspector jefe a sus colegas de Midhurst—. Pero no pienso correr ningún riesgo.

Recordando ahora sus propias palabras, miró de soslayo a Madden, que estaba de pie junto a él, con Billy Styles a su lado. Antes de salir de Midhurst había solicitado, y recibido, de su antiguo socio la promesa explícita de no implicarse en la operación policial que estaba a punto de llevarse a cabo.

—No hace falta que te preocupes, Angus. —Madden se había mostrado divertido—. Es lo último que me apetece. Tú enséñame a este hombre esposado. Es lo único que pido.

Tranquilizado, pero remiso a dejar nada al azar, Sinclair había buscado un momento a solas con el más joven de los dos.

—No te separes del señor Madden ni un momento —le había advertido a Billy—. No debe ponerse en peligro. ¿Me he explicado con claridad?

Al bajar las escaleras del despacho de Braddock, el inspector jefe había encontrado a su antiguo colega esperando en la sala del DIC con los detectives ya reunidos allí. La noticia de cómo se había adquirido la dirección de Lang ya había llegado hasta sus oídos pero, aparentemente ajeno a las miradas de soslayo lanzadas en su dirección, Madden se había quedado de pie con los brazos cruzados enfrente del póster del hombre buscado, con la mirada fija en el espectral semblante blanco de ojos cavernosos.

Sabedor de que sólo una orden directa por su parte evitaría que los acompañara, Sinclair había optado por la segunda mejor solución y sugerido que viajaran juntos en el coche de Madden, llevándose con ellos a Braddock y Styles. Siguiendo la cola del convoy, habían conducido hacia el oeste fuera de la ciudad, siguiendo los carteles de Petersfield, pero pronto giraron al sur por una carretera secundaria que bajaba por un valle sobre el que señoreaba una larga cordillera boscosa. La dirección proporcionada por los archivos de la biblioteca no había sido difícil de localizar. Pit Lane, un mero sendero en el mapa de los servicios de cartografía, había conducido en su día a una mina de creta, ahora abandonada. Se encontraba al pie de las Downs, a menos de dos kilómetros de la aldea de Elsted.

—Uno de mis muchachos cree conocer la casa. —Braddock se había inclinado desde el asiento trasero para murmurar al oído de Sinclair—. Tiene una chica en Elsted. La vieron una vez mientras paseaban. Le dijo que pertenecía a una anciana que había tenido que ingresar en una residencia y se ofrecía en alquiler. De eso hace seis meses.

—¿Por qué no figuraba en las listas de los agentes inmobiliarios? —había preguntado Sinclair.

—No estoy seguro, pero puede que la mujer la anunciara de manera particular, en algún periódico. ¿Y ahora qué pasa?

El inspector había fruncido el ceño cuando los coches que tenían delante se detuvieron; al parecer había un obstáculo. Estaba a punto de salir para investigar cuando el convoy reanudó la marcha y vieron que había obras en la carretera. Un grupo de hombres armados con picos y palas estaban de pie en la cuneta mientras uno de ellos daba paso a los vehículos. Se habían quedado mirando fijamente los uniformes de policía visibles a través de las ventanillas.

Dos kilómetros más adelante los coches habían vuelto a aminorar, esta vez para salir de la carretera asfaltada y tomar un estrecho sendero cuajado de baches, sin más indicación que un letrero blanco en el que se leía el nombre de «Downsview», acompañado de una flecha. Atravesaba una depresión en la sierra, al otro lado de la cual podía verse una casa de campo situada algo más abajo en la ladera. De ladrillo, al estilo de la región, daba a una vasta extensión de pastos ondulantes que llegaban hasta las lejanas Downs, cuyas redondeadas crestas verdes quedaban ocultas por la niebla y las nubes bajas.

Los coches habían aparcado antes de llegar a la casa, en la linde de arboles, y Sinclair se había apeado con Braddock para estudiar la situación. De inmediato habían reparado en una voluta de humo que salía de la chimenea en el tejado. Sinclair había ordenado a los hombres salir y reunirse al filo de la arboleda. Mientras lo hacían se había encendido una luz en la parte de atrás de la casa de campo y la figura de un hombre se había dejado entrever por la ventana.

—Entraremos por ambos lados, delante y detrás. —A un cabeceo de Sinclair, Braddock había emitido las órdenes necesarias a sus hombres—. Nada de hablar hasta que esto haya terminado. Ni una palabra... ¿está claro? Cuando toque el silbato, muévanse. Y no se molesten en llamar a la puerta. Entren y agárrenlo.

Al ver ahora cómo los hombres de abajo ocupaban sigilosamente sus posiciones, Sinclair sintió cómo se le aceleraba el pulso. Una mirada de reojo a Madden lo mostró igualmente tenso, con la mirada fija, entornados los ojos. Los hombres en la parte posterior de la casa estaban ya en sus puestos; el resto, dirigidos por Braddock, caminaban a hurtadillas junto al costado de la casa, con las cabezas agachadas. Cuando llegaron a la esquina del seto, giraron a la derecha y desaparecieron.

—Es la hora... —El inspector jefe se descubrió sin aliento de repente—. ¿Deberíamos acercarnos un poco más?

Deliberadamente, sin prisa, bajaron por la cuesta de hierba hasta donde el sargento Colé y dos de los detectives estaban escondidos tras el cobertizo detrás de la casa. El sargento estaba espiando por la esquina. Al oír sus pasos miró atrás, con un brillo de anticipación en los ojos.

—Ni rastro de él —susurró—. Pero la luz sigue encendida dentro.

En ese momento hendió el silencio el pitido estridente de un silbato de policía. Colé reaccionó como un perro de presa liberado de su correa.

—¡Vamos! —gritó, saltando hacia delante.

—Hace menos de una hora... está usted seguro, ¿verdad, señor Meadows?

Teléfono en mano, Sinclair dirigió su pregunta a la figura derrengada en el sofá. Tras recibir un asentimiento de cabeza por toda respuesta, habló para el auricular:

—No ha tenido tiempo de ir a ninguna parte, Arthur. A los puertos del canal no, desde luego, y tampoco a Southampton. Pero quiero que estén todos alerta... Sí, soy consciente de que ya se ha hecho hoy. Pero éste es un aviso concreto. Sabemos que está en camino. Y quiero que se propague. Bristol. Liverpool. Dondequiera que pueda conseguir un pasaje.

El inspector jefe hizo una pausa para escuchar, mordiéndose el labio y mirando a hurtadillas de Madden, que se encontraba cruzado de brazos junto a la chimenea, con el ceño cincelado de arrugas. A su lado, Billy Styles estaba de rodillas ante el hogar: removiendo cuidadosamente las cenizas en la rejilla aún humeante, aunque con pocas esperanzas de encontrar nada. Ni rastro de su presa, ni una sola pieza de evidencia física que se pudiera relacionar con Gastón Lang, se había encontrado todavía: ni en la sala de estar, donde se hallaban, ni en ninguna otra parte de la casa, que todavía resonaba con los pasos de los detectives. Lo único que sabían a ciencia cierta era que Lang en persona había estado allí no hacía ni una hora. Y ahora se había ido.

—Sí, el señor Henry Meadows... —Sinclair había empezado a hablar de nuevo.

Miró de reojo al hombre del sofá, quien, en pleno proceso de intentar meterse los faldones de la camisa dentro de los pantalones, se incorporó a medias, como si respondiera a su nombre—. Trabaja para un procurador de Midhurst llamado Bainbridge.

La dueña de la casa de campo es cliente de Bainbridge y éste estaba encargado de la cesión. Se anunció en un periódico local. Lang, o De Beer, como ellos lo conocían, se presentó en el despacho sin avisar... esto fue a comienzos de agosto... e hizo una oferta. Al parecer a Bainbridge no le hacía mucha gracia el asunto... Lang no tenía referencias... pero tras hacer una oferta en efectivo y acordar una fianza dejó que se la quedara. El viernes Lang llamó por teléfono y anunció que se iba. Aunque había pagado hasta finales de año, no pidió que se le devolviera ningún dinero. Pero Bainbridge pensó que lo mejor sería enviar uno de sus empleados igualmente para hacer inventario. Meadows dice que supuestamente debían hacerlo juntos, pero cuando llegó aquí Lang informó de que partía de inmediato y tendría que encargarse solo. Estimo que lo perdimos por media hora, no más.

La amargura del mal trago que había tenido que apurar se reflejaba en la expresión tensa del inspector. Enfadado y contrariado, había necesitado todo el autocontrol que pudo reunir para manejar al desventurado Meadows, quien, estupefacto por la inesperada irrupción de detectives en la casa de campo y el trato brusco que había recibido, había demostrado ser un testigo de valor limitado.

—Este coche en el que se fue... ¿cuál era? —Casi antes de que el empleado hubiera recuperado la calma, Sinclair había empezado a presionarlo—. ¿Qué modelo?

—Lo siento, señor. La verdad, no sabría decirlo...

Meadows, rubio y gordinflón, había sido llevado al sofá y se le había ofrecido un vaso de agua, pero ni una cosa ni otra le habían templado los nervios. Descubierta en la sala de estar por los detectives que habían entrado en tropel por la puerta principal, fue tirado al suelo y mantenido inmóvil allí varios segundos, y aunque pronto comprendieron que no era su hombre, la experiencia lo había dejado poco menos que sin habla durante unos valiosos minutos, mientras el inspector jefe deambulaba de un lado para otro, expectante.

—Yo nunca he tenido coche, sabe usted. Me muevo en bici...

Jadeando todavía, Meadows había hecho una pausa para arreglarse la corbata, torcida durante la refriega, y había tardado en fijarse en la mirada iracunda de Sinclair.

—Era negro, eso sí... el coche, quiero decir. El señor De Beer lo había sacado del garaje. Estaba guardando la maleta cuando llegué, metiéndola en el asiento trasero.

—Esa maleta que dice... ¿podría describirla? ¿Tamaño... color... algo?

Las carnosas mejillas de Meadows se habían puesto más coloradas aún. Con los ojos anegados de lágrimas, había mirado fijamente a su torturador.

—A lo mejor era marrón, señor, pero no estoy seguro. Sólo era una maleta...

Sinclair había compartido ya esta información con el superintendente Holly en Londres, solicitando que se transmitiera a las autoridades portuarias, incluidos los oficiales de aduanas.

—El coche está claro que es un sedán de cuatro puertas, aunque eso no sea de gran ayuda.

Mirando su reloj de soslayo ahora, puso fin a su conversación.

—Debo encontrar a este tal Bainbridge, el procurador de Midhurst, y contarle lo ocurrido. Quizá tenga más información. Estaremos allí un rato. Quiero que un equipo forense registre la casa. Al parecer Lang la ha dejado limpia. Pero podríamos encontrar una huella en alguna parte.

Cuando colgaba el teléfono, entró Braddock. Se había acercado al garaje para ver si su presa se había dejado algo allí. Una rápida sacudida de cabeza le indicó a Sinclair que su búsqueda había sido infructuosa.

—No hace falta que se quede usted, inspector. —Sinclair sacó su pipa y su tabaco—. Puede llevarse a los oficiales uniformados si quiere. Pero devuelva el coche, si no le importa. Lo necesitaremos más tarde.

Meadows se revolvió incómodamente en el sofá.

—¿Qué hay de mí, señor? ¿Puedo irme? Debería informar al señor Bainbridge.

—Podrá hacerlo dentro de un momento, cuando lo llame por teléfono. Pero ahora mismo lo quiero a usted aquí. Quizá se acuerde de algo útil.

El inspector jefe no había pretendido que sus palabras sonaran tan duras, pero Meadows se ruborizó al oírlas y su desdicha pareció incrementarse. Ajeno a ello, Sinclair cruzó la mirada con Madden e indicó la puerta principal, invitándolo a salir al jardín.

—Lo teníamos, John. Y ahora, Dios santo, lo hemos perdido. —Esperando sólo a que la puerta se cerrara tras ellos, Sinclair dio rienda suelta a su frustración.

—No lo des por sentado, Angus. —Al ver la preocupación en el rostro de su amigo, Madden intentó apaciguarlo—. Quizá consigan echarle el guante en algún puerto.

—Lo dudo mucho. Ahora no intentará irse. Sabe que lo buscamos.

—¿Estás seguro de eso?

Sinclair se encogió de hombros.

—Ya has oído lo que dice Meadows. No quería perder ni un momento. Se iba.

Cabizbajo, el inspector jefe estudió el trocito de jardín que tenían ante ellos. A la mortecina luz del atardecer, gris como el plomo, el césped mojado, bordeado de arbustos y arriates, ofrecía un aspecto húmedo e inhóspito. Llevaba unos minutos manipulando su bolsa de tabaco, intentando llenar la pipa, pero como si incluso esta simple tarea lo derrotara, abandonó el esfuerzo y volvió a guardárselo todo en el

bolsillo.

Madden soltó un gruñido.

—¿Crees que sabe lo de la búsqueda realizada en Midhurst?

—Es la explicación más evidente, ¿no? —Sinclair hizo una mueca—. El rumor habrá corrido como la pólvora. Quizá estaba allí, incluso, en la ciudad. Tiene una suerte endiablada, este hombre. —Sacudió la cabeza con amargura—. Desde ayer lleva un frasco de cloroformo en el bolsillo. ¿Significa eso que tenía una víctima en mente? ¿O es una simple precaución? Sea como sea, sólo puedo esperar que lo hayamos asustado. Pero ahora no me lo imagino cayendo en ninguna trampa. Gastón Lang no. Encontrará otro sitio donde ocultarse y esperar a que pase la tormenta. Cazarlo dependerá de otros. Si es que alguien lo consigue algún día.

Levantó la mirada por encima del seto y la dirigió a las lejanas Downs.

—No siento simpatía por la horca. Es una práctica bárbara. Pero nunca ha habido otro hombre al que tuviera tantas ganas de ponerle las manos encima. Sí, y al que esperara ver columpiándose. Pero ahora dudo que nos lo echemos a la cara. Hemos perdido nuestra oportunidad, y no tendremos otra. Se ha esfumado para siempre.

Sam se dio la vuelta en la verja y silbó.

—Venga, Sally. Date prisa, viejita.

La perra vaciló en el umbral iluminado, remisa a abandonar el calor de la cocina. Tras ella Sam podía ver la figura ansiosa de Bess. El rostro sonrosado de la cocinera, aún más colorado de lo normal a causa de las lágrimas que había derramado, irradiaba preocupación como una baliza de alarma.

—Nos harás saber lo que digan, ¿verdad, Sam? —lo llamó.

—Por supuesto que sí, cariño. Es más, haré que se pongan en acción. Eso también se lo puedes decir a la señora Ramsay. —Sam se dio una palmada en el muslo—. Ya está bien, Sal. ¡En marcha!

Oscurecería en menos de una hora y quería acercarse al granero otra vez mientras aún hubiera algo de luz para orientarse.

—¡Sally!

Por fin el animal se movió, cruzando el patio a regañadientes, con ese paso renqueante que indicaba que su artritis debía de dolerle, pobrecita, siguiéndolo afuera. Sam se despidió por última vez con la mano de Bess, cerró la verja tras ellos, y se alejó a paso vivo.

Aún furioso.

Su intento por telefonar a la policía de Midhurst para ver si tenían alguna noticia sobre Eddie había sido un fiasco, atendida su llamada por un poli bisoño —al menos, ésa era la impresión que daba— que no parecía saber ni qué día de la semana era. Y cuando Sam exigió hablar con alguien más veterano le habían dicho que no había nadie disponible en esos momentos.

—Han salido todos —había dicho el tipo, dejando a Sam poco menos que estupefacto.

—Estoy intentando denunciar la desaparición de una persona —había rugido al auricular—. De alguien que podría haber resultado herido en un accidente. ¿No tienen listas?

Si las tenían, nadie le había hablado de ellas al joven, por lo visto.

—Tendré que consultar a alguien al respecto —había dicho, sonando inseguro—. Si me pudiera usted dejar su número, señor...

—Da igual. Iré en persona.

Sam había colgado el teléfono de golpe, para luego arrepentirse. Sin duda el joven policía estaba haciendo todo lo posible, pero hasta donde habíamos llegado, dejando las comisarías de policía en manos de niños de pecho.

Y seguía sin tener noticias de Eddie.

La rabia de Sam se alimentaba parcialmente de miedo. Mientras hacía la llamada

a la policía se había acordado de un detalle de su visita al granero. Algo que le provocó un escalofrío.

Las ropas de trabajo de Eddie... ¿dónde estaban?

Había encontrado sus botas, sí, las dos, tiradas en el suelo del granero, como si se las hubiera quitado allí mismo. Como si Eddie hubiera tenido prisa por ir a alguna parte. Recordó que el cordón de una estaba roto.

¿Pero dónde estaba su ropa sucia?

No se habría quitado sólo las botas. No se habría ido a Hove, ni a ninguna otra parte, vestido con el mismo atuendo mugriento que llevaba todos los días al trabajo. Sam había visto ropa limpia en el armario. Pero ahora recordaba claramente que no había habido ni rastro de las otras.

Lo que no quería decir que no estuvieran en alguna parte. (Sam de inmediato había buscado tranquilizarse). Encajonadas en algún rincón, tal vez, o en la pequeña alacena que había debajo del lavamanos. Pero era algo que tenía que averiguar... aunque sólo fuera para su tranquilidad. Porque si la ropa realmente no estaba, Eddie no podría haberse ido a ninguna parte, lo que significaba que le habría ocurrido algo de verdad, algún accidente, y podría haber ocurrido más cerca de lo que nadie pensaba. En el granero mismo, quizá, o en sus alrededores.

Puesto que la luz estaba apagándose aprisa ahora, tenía que ponerse en marcha, y tras finalizar su llamada abruptamente, Sam se había apresurado a volver a la cocina, donde había descubierto que también Bess estaba preocupada por la proximidad del ocaso, si bien por otra razón.

—Nell tendría que haber vuelto ya.

Estaba de pie junto a la ventana, mirando en dirección al camino que cruzaba los campos desde Wood Way.

—Se habrá retrasado el autobús. Ahora los días son tan cortos...

Sam le había dicho que se iba, pero no por qué. Este era un temor que no podía compartir con ella.

—¿Has hablado con la policía? —le había preguntado Bess. Cuando se giró hacia él, Sam vio que había estado llorando—. ¿Te han dicho algo?

Sam había sacudido la cabeza.

—Algo ocurre en la comisaría... está patas arriba. Tendré que ir en persona. Lo haré camino de casa.

Se daba cuenta de que la mujer esperaba que se quedara más tiempo. Pero él ya se había puesto el abrigo.

—No te preocupes por Nell —le había dicho mientras abría la puerta de servicio y llamaba a Sally—. Estaré atento por si la veo. Me coge de paso.

Avanzaba aprisa ahora por el sendero, levantando la mirada de reojo al cielo cubierto de gris y preguntándose hasta cuándo duraría la luz diurna. Podría encender

una de las lámparas de aceite, si hacía falta, si tenía que realizar una búsqueda, pensó, arrebujándose en su abrigo. Se había levantado un poco de viento en la última hora. Con el tiempo dispersaría la bruma y la niebla, pero por ahora tan sólo acrecentaba el frío cortante, y Sam se alegró de haber podido parar en casa antes a su regreso de Tillington y recoger el abrigo. Era el mismo que lo había acompañado durante la guerra, pero mejor ahora que Ada le había puesto las manos encima. Había cosido un forro grueso acolchado en el interior y una vez abotonado, como estaba ahora, lo resguardaba incluso del tiempo más inclemente.

Sam se detuvo para mirar atrás y vio que Sal ya se había quedado rezagada.

—¡Venga, viejita!

Estaba teniendo un mal día —era el frío, que le agarrotaba las articulaciones todavía más de lo normal— y lo estaba capeando de la única forma que sabía, tomándose lo con calma.

Siguió adelante y apretó el paso. Ya podía ver la cima de Wood Way, donde atravesaba los árboles en la sierra, pero todavía no había ni rastro de Nell. Se encontraba cerca del punto en que los dos senderos se cruzaban, y donde una pequeña arboleda le bloqueaba la vista por unos momentos. Al salir de ella miró camino arriba y la vio ahora, bajando de la sierra, con su sombrero escolar blanco oscilando arriba y abajo, caminando aprisa, medio rompiendo a correr al acercarse al lugar donde el hueco que había en el seto conducía a la granja de los Coyne.

La saludó con la mano, y la niña le devolvió el gesto.

Al mirar a su alrededor en busca de Sal, vio que se había detenido a cierta distancia para husmear un arbusto; tomándose un respiro. Sam sonrió. Decidió dejarla a su aire. Ya le daría alcance cuando quisiera.

Se giró de nuevo, reanudó el paso... y se quedó paralizado.

No había ni rastro de Nell. Se había esfumado.

Sin dar crédito a sus ojos, se quedó mirando fijamente.

Hacía tan sólo un momento estaba brincando sendero abajo en dirección a él.

Entonces se fijó en algo más. Escudriñando con los ojos entornados en la penumbra, vio que había un objeto tirado en el suelo más adelante: una forma blanca y redonda.

El sombrero de Nell.

Apenas si tuvo tiempo de asimilar el hecho. Un instante después, el sonido de un grito llegó a sus oídos. Aunque tenue, y acallado enseguida, el alarido bastó para romper el hechizo que lo mantenía petrificado en el sitio. Y para hacerle entrar en acción.

—¡Nell! —Rugió su nombre en respuesta.

El sombrero yacía junto al hueco en el seto, y Sam corrió como un poseso hacia él, cargando sendero arriba, gritando su nombre sobre la marcha.

—Nell... ¡Nell!

Madden metió el coche marcha atrás en el camino gredoso hasta apuntar en la dirección adecuada y agitó la mano para Billy Styles, que estaba de pie cerca. Bajó la ventanilla.

—Casi se me olvida. ¿Querrás hacerme un favor, Billy? Cuando tengas ocasión, llama a Helen y dile que voy para casa. Estará preocupada.

—Sí, desde luego, señor. —El sargento sonrió.

—No sé dónde terminarás pasando esta noche, pero si puedes regresar a Highfield, habrá una cama esperándote.

—Gracias, señor. Si no esta noche, mañana. Tengo que recoger ese coche.

Con un último gesto de la mano, Madden partió. Se había quedado todo lo posible, esperando por lo menos que se descubriera alguna pista sobre el paradero de Lang, ofreciendo mientras tanto todo el apoyo moral que pudo, escuchando mientras Sinclair telefoneaba a Bainbridge, el procurador de Midhurst que había llevado el alquiler de la casa de campo, pero viendo a juzgar por su expresión antes incluso de que la conversación acabara que no había nada que descubrir por esa parte.

—Al parecer Lang le soltó una historia. Le dijo que hacía poco que había vuelto de Batavia, donde había trabajado para una empresa de cauchos, e iba a pasar unos meses en Inglaterra antes de regresar a Holanda. Dijo ser aficionado a observar las aves y estar escribiendo un tratado sobre las costumbres migratorias de ciertas especies del norte de Europa. Ni siquiera eso bastó para persuadir a Bainbridge, a quien le había caído mal instintivamente, por lo que añadió algo acerca de haber perdido a su esposa en el este por culpa del cólera y estar buscando un lugar apartado donde llorar su muerte. Se diría que nuestro amigo se equivocó de vocación: tendría que estar escribiendo novelas románticas. Bainbridge dijo que se resistió hasta que Lang le propuso alquilar el lugar hasta finales de año, en efectivo y por adelantado. Era una oferta imposible de rechazar. Su clienta es una viuda que necesita el dinero.

Sinclair le había pasado el teléfono a Meadows cuando acabó, pero el empleado sólo había cruzado unas pocas palabras con su jefe, que ya había sido informado de la situación por el inspector jefe.

—El señor Bainbridge dice que debo quedarme mientras me necesiten, señor —le había dicho a Sinclair con tono de resignación al colgar el auricular—. De todas formas, tendré que echar la llave.

—No hace falta que se preocupe por eso, señor Meadows. Nosotros nos encargaremos. —El inspector jefe había superado su enfado con el empelado. Se arrepentía de su anterior brusquedad—. Puede irse ahora. Tiene usted su bicicleta, ¿verdad?

—Oh, sí, señor.

—En tal caso lo mejor será que se ponga en marcha. Anochecerá enseguida.

—Bueno, si está usted seguro, señor... —Meadows ya estaba buscando su abrigo y su maletín.

La luz comenzaba a irse cuando Madden se acercó con Billy al lugar donde había dejado el coche aparcado, cerca de lo alto de la sierra arbolada, con los dos caminando a paso vivo en medio de la brisa fría que soplaba. Al mirar de reojo, Billy vio el familiar ceño de desasosiego en el semblante de su antiguo jefe.

—No se preocupe usted, señor. Lo encontraremos.

—Eso espero, Billy. Eso espero. —Madden se había detenido junto a su coche, sonriendo ahora—. En fin, por lo menos dejaré de ser un problema para ti.

—¿Señor?

—Tengo la impresión de que no me quitas la vista de encima, sargento Styles. ¿Te ha dado Sinclair alguna orden a tal efecto?

Billy había sonreído, pero no dijo nada.

—Bueno, los dos podéis quedaros tranquilos. Ya me voy. —Madden había soltado una risita.

Al acercarse ahora a la cima de la sierra, sorteando con cuidado los baches del sendero, distinguió la figura de Henry Meadows. El empleado subía empujando su bicicleta por la pendiente, que se volvía más pronunciada en los últimos veinte metros. Corpulento, enfundado en su abrigo, y con la carga añadida de su maletín, sujeto en una cesta en la parte trasera de su bici, estaba sudando horrores para completar el ascenso. Al oír el sonido del coche detrás de él, salió de la carretera. Madden frenó.

—¿Quiere que lo lleve, señor Meadows? Voy a Midhurst.

—Oh, cielos, señor... gracias. —La expresión de sufrimiento que lucía el empleado en su rostro rollizo se desvaneció en un instante. Ocupó su lugar una sonrisa de alivio.

—Puede meter su bicicleta atrás.

Así lo hizo, y pronto reanudaron la marcha; en cuestión de minutos habían llegado a la carretera asfaltada.

—¡Menuda tardecita, señor! Todavía no me he recuperado. —Sentado junto a Madden delante, con su sombrero, que contenía sus pinzas para montar en bici, sostenido del revés en las rodillas, Henry Meadows parecía dispuesto a revivir su experiencia—. Cómo irrumpieron los hombres. No sé si me habré llevado alguna vez un susto igual. —Vaciló, sin saber cómo continuar—. Señor, ¿qué ha hecho, este tal De Beer? Nadie ha querido decírmelo.

—Me temo que yo tampoco puedo hacerlo. —Madden lo miró de soslayo—. Pero puede estar seguro de que es un hombre peligroso.

Silenciado por estas palabras, el empleado tragó saliva.

—¿Qué opina usted de él? —Madden encendió los faros. Aunque todavía no era de noche, la luz era tenue y plomiza.

—Nada, señor. Quiero decir que apenas hablamos. Debía de saber que vendría: me había dejado una nota en la mesa de la cocina, con las llaves. Si hubiera llegado diez minutos más tarde, ya se habría ido. Pero no se despidió ni nada; sencillamente se largó.

—Tenía prisa, ¿verdad?

—Oh, sí... de eso no hay duda. —Meadows asintió con la cabeza—. Miró el reloj un par de veces, lo recuerdo, aunque sólo estuvimos juntos unos minutos. Era como si tuviera que ir a algún sitio, que estar en otra parte.

—¿Otra parte? —Madden repitió las palabras. Pero su atención había vuelto a concentrarse en la carretera al frente, donde había aparecido un autobús, cortándoles el paso. Vio un grupo de hombres con herramientas en la cuneta, junto al vehículo, y comprendió que habían llegado a la zona en obras, donde la calzada se estrechaba. El autobús estaba parado; el chofer parecía estar esperando a que él le cediera el paso.

—Hay un aparcamiento justo ahí detrás, señor. —Meadows había visto el problema—. Es para Wood Way. Lo utilizan los excursionistas que van a las Downs.

Madden se giró, vio el espacio al que se refería y dio marcha atrás. Cuando llegó a la entrada de la superficie de grava, dio un volantazo brusco y siguió retrocediendo, esquivando una pequeña furgoneta allí aparcada. El autobús ya había empezado a avanzar.

—¿Señor? —dijo Meadows a su lado. Se había dado la vuelta en el asiento mientras Madden conducía y seguía mirando hacia atrás.

—¿Sí? —Madden tenía la mirada fija en el bamboleante autobús.

—El coche del señor De Beer... por el que me preguntaba el inspector jefe. Quería conocer el modelo, pero yo no le supe decir...

—Lo recuerdo... ¿qué pasa con él? —Madden metió primera y empezaron a avanzar.

—Era igualito que ese de ahí.

Madden pisó con fuerza el pedal de freno. Se giró, miró por la estrecha luna trasera y vio, al fondo del aparcamiento, medio oculto por las ramas colgantes de un roble, el vehículo indicado por Meadows. Volvió a dar marcha atrás y cruzó la zona rápidamente, con las ruedas derrapando sobre la grava suelta. Al acercarse al lugar, vio que el coche era un sedán Ford negro.

—Vamos. Tenemos que echar un vistazo.

Meadows estaba en el lado más próximo y al abrir la puerta para apearse soltó un grito de emoción.

—¡Es él! Es el mismo coche. Mire... ¡ahí está la maleta! La misma que vi. — Estaba señalando.

Madden ya había visto el objeto. Con bandas de bronce, y desprovisto de cualquier etiqueta, ocupaba el asiento trasero. Sin perder tiempo, con el pulso acelerándose a cada segundo que pasaba, probó las puertas y las descubrió cerradas con llave.

—¡Señor Meadows... saque su bici!

Habló en voz baja, pero el empleado reaccionó como si lo hubieran espoleado, obedeciendo de un salto. Sacó la máquina de la parte trasera del coche y se dio la vuelta para encontrar a Madden de pie en el estribo del otro vehículo, mirando a su alrededor. Sus ojos trazaron un círculo lento; primero escudriñó los árboles que bordeaban el aparcamiento por ese lado, después se giró para mirar en la otra dirección, donde el paisaje se despejaba; por fin, volvió a cambiar de postura en el angosto estribo y oteó la sierra arbolada que discurría paralela a la carretera por la que habían venido.

—No lo veo —murmuró para sí. Miró al empleado, que se hallaba cerca, presta su bicicleta, pero con la expresión anonadada de quien no sabe muy bien qué se le va a pedir a continuación.

—Necesito su ayuda, señor Meadows. —Madden se apeó del estribo—. Tiene que regresar usted a la casa de campo tan deprisa como pueda y decirle al señor Sinclair... el inspector jefe... que el coche de De Beer está aquí.

—¿Regresar? —Si la idea apabullaba a Henry Meadows, consiguió que no se notara. Había sido una jornada dura para él, pero ahora se armó de valor frente a este nuevo reto—. Sí, por supuesto... iré de inmediato. —Mientras se agachaba para colocarse las pinzas para la bici oyó un siseo y levantó la cabeza para ver a Madden, de rodillas, dejando escapar el aire de uno de los neumáticos del Ford.

—Puede usted decirle al señor Sinclair que no iré a ninguna parte.

—Sí, señor. Correcto, señor. —En los segundos transcurridos, Meadows se había quitado el abrigo, tirándolo encima del asiento trasero del coche. Pasó una pierna regordeta por encima del sillín, montó en la bicicleta y partió, patinando en la grava al principio, pero ganando velocidad después.

—¡Señor Meadows! —lo llamó Madden a su espalda.

—¿Qué ocurre, señor? —exclamó el empleado por encima del hombro.

—Pedalee como si lo persiguiera el diablo.

Madden cruzó la zona de grava con su vehículo hasta la entrada y lo dejó aparcado junto a la furgoneta. Tras apresurarse a bajar caminando por la carretera donde estaban reunidos los hombres, vio que estaban dando por terminada la jornada, recogiendo sus herramientas —picos y palas, en su mayoría— y colocando en su sitio las señales móviles. Su precipitado acercamiento no había pasado desapercibido, y cuando llegó, uno de los trabajadores, evidentemente el capataz, una figura

musculosa de poblado bigote negro, se adelantó unos pasos para salirle al encuentro.

—Me llamo Madden. Estaba con el equipo de la policía que pasó antes por aquí. Creo que los vieron ustedes. —Madden le tendió la mano.

—Harrigan —respondió el otro. Estrechó la mano de Madden—. Sí, los vi. —Hablabla con acento irlandés, receloso su tono.

—Estamos buscando al hombre que conduce ese coche. —Madden señaló a su espalda, hacia la esquina más alejada del aparcamiento, casi invisible ahora en la penumbra—. No lo verá muy bien, pero está ahí. Un Ford negro. ¿Se fijó alguno de ustedes en él cuando llegó? ¿Vieron adónde iba?

Contempló los rostros de los hombres que se habían reunido mientras hablaba. La mayoría de ellos eran hoscos, ninguno particularmente amigable.

—¿Por qué buscan a este tipo?

La pregunta provino de uno más joven que el resto. Tenía los ojos azules y el pelo rubio y rizado. Una barba de pocos días le cubría las mejillas.

—Asesinato —replicó sin rodeos Madden. Miró al capataz directamente a los ojos.

—¡Jesús! —Harrigan palideció, y los hombres a su alrededor empezaron a murmurar. El ambiente había cambiado.

—Creo que lo vi —dijo el capataz. Estaba plantado enfrente de Madden, cruzado de brazos—. Fue más o menos hace una hora. Subió por ese sendero.

Madden siguió la dirección del dedo con que apuntó.

—¿Eso es Wood Way?

—Creo que sí —asintió Harrigan.

—¿Adónde conduce?

—A las Downs. —Se encogió de hombros—. También hay granjas ahí. Al otro lado de la sierra. Y una aldea. Oak Green.

—¿Han visto a alguien más?

—¿Cogiendo ese camino, quiere decir?

Madden asintió con la cabeza.

—Un tipo llamado Sam Watkin pasó por ahí antes. Serían alrededor de las dos. Ha aparcado usted junto a su furgoneta.

—¿Alguien más?

Harrigan se lo pensó.

—Me parece que no. —Volvió a encogerse de hombros.

Madden le dio las gracias con un cabeceo y se dio la vuelta, dispuesto a marcharse. Había decidido esperar entre los árboles junto al aparcamiento, desde donde podría vigilar el Ford. Pero mientras se alejaba oyó murmurar a los hombres.

—Excepto Nell —dijo una voz, más fuerte que el resto.

Madden se quedó donde estaba. Giró sobre los talones.

—¿Quién es Nell? —preguntó en voz baja.

—Sólo una niña. —Era el mismo joven rizado que había hablado antes—. Vive en Oak Green. Vuelve del colegio en autobús todos los días. Pasó por aquí hace un minuto. Charlamos un rato con ella.

—¿Me está diciendo que subió por ese sendero?

El joven palideció al ver la expresión de su interrogador. Asintió.

—¡Dios santo! —Madden se había quedado sobrecogido—. Va detrás de la niña.

—¿Cómo ha dicho? —Fue Harrigan el que respondió primero. Miró fijamente a Madden—. ¿Quién va detrás de Nell?

—Ese hombre. Es un asesino. —Madden le agarró el brazo—. Escuche, no puedo quedarme...

Se giró mientras hablaba y empezó a correr carretera abajo alejándose de ellos, gritando por encima del hombro sobre la marcha:

—La policía está en camino. Deben esperarlos. Díganles que Lang está en el bosque. Lang... ¿me oyen? Díganles lo de la niña. ¡Díganselo!

Pero ya estaba fuera del alcance de sus oídos, y demasiado lejos para escuchar la palabra que fue la única respuesta de Harrigan:

—¡Jesús!

Madden subió la colina a la carrera, escudriñando el bosque a ambos lados del camino, buscando cualquier rastro de vida en sus oscuras profundidades; atento a cualquier posible sonido. Torturado por la idea del salvaje acto que podría estar cometiéndose a un tiro de piedra de donde él se encontraba, al amparo del creciente ocaso, había gritado el nombre de la niña sobre la marcha:

—¡Nell... Nell!

Esperaba ahuyentar a su asaltante si estaban cerca, pero lo atormentaba el temor de que ya fuera demasiado tarde: de que el horror con el que se había tropezado en Brookham se estuviera volviendo a repetir.

Sin aliento cuando llegó a lo alto de la colina, se detuvo, con el corazón desbocado, para contemplar la amplia franja de campiña cuyos perfiles seguían siendo visibles pese a la luz moribunda.

Ante él, el sendero discurría recto como una flecha pendiente abajo, en dirección a las Downs lejanas, ocultas a la vista por el velo de niebla. A su izquierda, las luces de una aldea que tomó por Oak Cireen, y a su derecha, algo alejada del camino y separada de él por un seto de espinos, una granja con las ventanas oscuras. Nada se movía en los campos: el panorama parecía desierto.

Reanudó la marcha, trotando colina abajo, mirando a izquierda y derecha, pero tras sólo unos pasos hizo una pausa, detenido por la aparición de un objeto tirado en el sendero delante de él. Todavía estaba lejos, pero pudo distinguir su forma blanca a la creciente luz crepuscular. Atenazado por el presentimiento, corrió como una exhalación cuesta abajo, aunque antes de llegar a él sabía ya que sus temores se habían hecho realidad.

Jadeando, recogió el sombrero escolar blanco con su cinta característica. El elástico debajo del ala se había roto.

—¡Nell! —Desesperado, volvió a gritar su nombre—. ¡Nell!

No hubo respuesta. Pero en el silencio, roto tan sólo por el sonido de su propia respiración, oyó un ruido lejano procedente del otro lado del seto y comprendió, después de aguzar el oído por unos instantes, que era el gañido de un perro.

—¿Quién es? ¿Quién anda ahí? —Llamó de nuevo, y esta vez fue recompensado con un ladrido.

Madden embistió contra el seto, aparentemente impenetrable al principio, hasta descubrir un hueco en el denso follaje. Al cruzarlo, se encontró en un amplio pomar; más allá de él se levantaba lo que parecía el muro de ladrillo de un jardincito. En él había una verja.

Otra vez oyó el lamento del perro, mezclado ahora con el gemido de un hombre. Provenía del jardín. Madden cruzó el huerto a la carrera y traspuso la verja abierta,

tropezando y cayendo casi al engancharse el pie con algo. Cuando miró atrás, vio una mano extendida y comprendió que un hombre estaba intentando arrastrarse fuera del pozo de un antiguo estercolero que había junto al camino. Un perro se agazapaba al borde del foso, gimoteando.

—¡Espere!

Madden se giró para ayudarlo, y al izar al hombre del pozo por los brazos vio que tenía la cabeza mojada de sangre. Pero era el estómago a lo que se aferraba cuando Madden lo tendió gimiendo en el suelo. Nerviosa por la escena, el perro, una vieja hembra de labrador, gruñó y enseñó los dientes.

—Ea, calma... —la tranquilizó Madden, y la acercó para que se echara junto al hombre herido, que seguía apretándose el estómago. Al abrir el viejo abrigo militar que llevaba puesto, Madden descubrió una mancha en expansión en su camisa.

—No se mueva —le urgió.

Pero el hombre intentó resistirse, incorporándose.

—Yo no... yo no —jadeó, pugnando por levantarse, mientras la perra gañía a su lado—. ¡Nell! —Señaló al otro lado del jardín—. ¡Nell!

—¿Dónde? —Madden miró en la dirección indicada. No podía ver nada—. ¿Qué ha hecho con ella?

Ansioso por continuar su búsqueda, vaciló. Presentía que no podía abandonar al herido. Se quitó el abrigo e intentó echárselo por encima a la figura tendida.

—No se mueva —le rogó—. Está usted sangrando.

Pero el hombre no le hacía caso.

—Yo no —repitió, convertidas sus palabras en un grito por la desesperación—. Nell... Nell... —Su dedo seguía apuntando. Madden vio la angustia reflejada en su rostro.

—No se mueva —dijo—. La encontraré.

Levantándose de un salto, cruzó corriendo el jardín y llegó a otra verja, también abierta. Al otro lado había un gran patio de establo respaldado por una granja: era la misma que había visto desde la cresta de la colina.

Resollando, se detuvo un momento al filo del empedrado para mirar a su alrededor. Había oscurecido en los últimos minutos, pero todavía podía distinguir una línea de establos a su derecha, frente a la casa. Más allá, al final mismo del patio, era visible un granero, silueteado su alto tejado contra la luna que se levantaba tras él. No había ni rastro de vida en ninguno de los edificios.

A punto de volver a echar a correr, vaciló, distraído por algo que había sentido más que visto, un cambio tan sutil que al principio no estuvo seguro de no habérselo imaginado. La percepción había ocurrido en un momento cuando la oscuridad del patio pareció agudizarse, y al escudriñar con los ojos entornados la negrura ante él vio lo que era: había un ligerísimo atisbo de iluminación procedente del interior del

granero, una arista de luz vertical en el punto donde se juntaban las puertas, tan fina que era casi como si no existiera.

Saltó hacia delante, cruzando el patio a la carrera, resonando sus pasos en los adoquines. Al llegar a las puertas, separó las pesadas secciones de madera y vio un fulgor que provenía del fondo de la cavernosa estructura.

—¡Gastón Lang!

Madden rugió el nombre a pleno pulmón.

—¡Da la cara!

Mientras avanzaba a zancadas entre las pilas de vallas que se alineaban a ambos lados del granero, llamó de nuevo:

—¡Lang! ¡Gastón Lang!

Deseando únicamente detener lo que quiera que estuviese teniendo lugar más allá de las oscuras siluetas cubiertas con lonas que podía ver frente a él ahora, sin importarle alertar al hombre que había venido a buscar, avanzó aprisa, esperando sorprenderlo a pesar de todo con la rapidez de su llegada. Al ver un camino entre los objetos amontonados enfrente de él lo tomó, mirando a un lado y a otro, pero sin tomar ninguna otra precaución en su prisa por llegar al fondo del granero, donde la luz era más brillante.

Alcanzó una silueta alta de la que se había retirado la lona y vio que era un armario. La zona iluminada en la parte anterior del granero estaba justo detrás y se detuvo al llegar, cauto ahora. La iluminación, vio, provenía de una lámpara de aceite que colgaba de un clavo en una esquina sobre un montón de paja. Su mirada barrió la zona. Vio un lavamanos antiguo y un cesto de mimbre lleno de aperos de labranza; cerca de él había una carreta con los brazos levantados.

De Lang y su víctima no había ni rastro.

O eso pensó Madden, hasta que su mirada regresó a la lámpara y vio el espejo apoyado en la pared que había debajo. Reflejada en el cristal, una imagen que le arrancó un grito de los labios:

—¡Ay, Dios!

Medio oculto en el heno yacía despatarrado el cuerpo de una niña. La falda de su túnica de gimnasia había sido levantada y mostraba sus delgadas piernas blancas.

—¡No!

Corrió a su lado, se puso en cuclillas y le buscó el pulso. Latía débilmente contra las yemas de sus dedos. Percibió una vaharada de anestésico en su aliento entrecortado.

—Pobre hija...

Aunque yacía con el cuello torcido, desde su posición pudo ver que tenía el rostro ileso. Al alargar el brazo para bajarle la falda encontró sus pantaloncitos blancos en su sitio, cuya imagen hizo aflorar lágrimas de alivio a sus ojos. Tras cubrirle las

piernas, se agachó para cogerla en brazos, atisbando su propio rostro en el espejo sobre su cabeza al hacerlo... y luego, a su espalda, la sobrecogedora imagen de una figura medio desnuda que se abalanzó de la puerta abierta del armario con un brazo levantado y cruzó de un salto la escasa distancia que los separaba.

Con un alarido, Lang atacó.

Pero Madden había visto venir el martillo y se tiró a un lado, esquivando el golpe por los pelos, dejando que su fuerza se llevara a su asaltante trastabillando más allá de él hasta el heno, donde perdió el equilibrio y se cayó de bruces, golpeándose la cabeza con el espejo, que se resquebrajó. Aturdido y sangrando por la frente, Lang soltó el martillo, y el tiempo que tardó en recuperarlo, escarbando en la paja, le proporcionó a Madden los pocos segundos que necesitaba para ponerse de pie. Cuando su agresor se giró con el brazo levantado para atacar de nuevo, cerró la distancia que los separaba, asiendo su muñeca con una mano y su garganta con la otra, y luego, con los dedos clavados en la piel del otro, lo zarandeó ferozmente, como a una rata, de un lado a otro, con tanta rabia que podría haberle arrancado la cabeza de los hombros.

Lang pugnó por contraatacar. Estaba desnudo hasta la cintura, resbaladizo su cuerpo con el sudor y la sangre que le caía de la frente, y manoteó el brazo de Madden, intentando romper la presa de hierro sobre su cuello, esforzándose por liberar la mano para poder volver a atacar con el martillo. Pero su fuerza no era rival para la de su adversario y gradualmente, debilitado por la falta de aire, se hundió de rodillas en el heno.

Madden cambió de postura sin perder tiempo, doblando la muñeca que tenía apresada tras la espalda del otro. El martillo que empuñaba Lang estaba ahora atrapado entre ellos, y Madden le soltó la garganta y volvió a apresararlo alrededor del cuello en una presa con el brazo libre. De rodillas detrás de él, vio sus rostros pegados mejilla con mejilla en el espejo, congestionado y tenso el suyo, ensangrentado y retorcido por el dolor el de Lang.

—Suéltalo.

Sin aliento a causa de la pelea, Madden le gruñó al oído, pero sus palabras no surtieron efecto. La única respuesta de Lang fue lanzar la cabeza hacia atrás salvajemente, intentando coger desprevenido a su antagonista.

—Que lo sueltes, he dicho.

Afianzó su presa sobre la muñeca del otro, retorciéndosela aún más.

La cara en el espejo lo fulminó con la mirada, y Madden aumentó la presión, arrancando un grito de labios de su cautivo.

—Suéltalo o te parto la muñeca.

Esperaba algún indicio de rendición. No hubo ninguno. Cuando sus ojos se encontraron en el espejo, Lang enseñó los dientes en un gruñido.

Con un tirón desgarrador de su mano, Madden cumplió su amenaza. El chasquido de los tendones al romperse tuvo su eco en un grito desgarrador. El martillo cayó de los dedos insensibles de Lang, que se desplomó de bruces en la paja.

Madden, pensando ahora únicamente en la niña que yacía inmóvil detrás de él, se entretuvo lo justo para recoger el martillo y arrojarlo a las sombras a su espalda. Tras cachear rápidamente a Lang en busca de más armas, encontró un pequeño cuchillo enfundado en uno de los bolsillos de sus pantalones y lo tiró detrás del martillo. Sintiendo a salvo ahora en su mente, se acercó trastabillando adonde yacía la niña y se agachó para cogerla en sus brazos. La tarea, sin embargo, le resultó imposible. Debilitado por el combate que acababa de librar, sólo pudo esperar, arrodillado en la paja junto a ella, y rezar para que el temblor que le atenazaba las piernas cesara y regresaran sus fuerzas.

El sonido de movimiento a su espalda le hizo mirar en rededor y vio que Lang había rodado sobre sí mismo hasta quedar tumbado de espaldas, con la mirada fija en la lámpara que colgaba de la pared sobre él. Su respiración era una sucesión de jadeos entrecortados y estaba musitando para sí mismo, pero en un idioma del que Madden no lograba extraer el menor significado. Volvió a agacharse sobre la niña y esta vez consiguió levantarla del colchón de heno en el que yacía. Recurriendo a todas sus fuerzas, estaba a punto de incorporarse cuando percibió que ocurría algo a su espalda. Miró a su alrededor y vio que Lang se había puesto de rodillas. Como un animal herido estaba cargando su peso sobre un brazo, con el otro colgando flojo a su lado. Sus pálidos ojos castaños brillaban amarillos a la luz de la lámpara.

—Quédate donde estás. —Sin saber qué se proponía el otro, Madden dejó clara sus intenciones—. No te acerques a nosotros. —La figura rota no le inspiraba piedad, pero la idea de infligirle más heridas lo repugnaba.

Mientras hablaba, Lang se había enderezado lentamente y ahora estaba recto de rodillas, sentado encima de los talones. Un verdugón rojo en su garganta señalaba el lugar donde la mano de Madden lo había apresado; debajo, extendida por su pecho, era visible su marca de nacimiento. De color fresa brillante a la luz de la lámpara, se mezclaba con la sangre que manaba de su frente. Al ver el estado en que se encontraba, Madden habló de nuevo.

—Se acabó, Lang. La policía llegará en cualquier momento. Saben quién eres y lo que has hecho. Será más fácil para ti si te entregas.

Sus palabras no produjeron ninguna reacción inmediata. Los ojos amarillos seguían clavados en los suyos. Madden, presintiendo el odio en sus pálidas profundidades, se preparó para lo que pudiera ocurrir a continuación. Observó cómo el otro hombre se humedecía los labios ensangrentados.

—*C'est fini, tu dis?*

Las palabras musitadas fueron apenas audibles, y antes de que Madden las

hubiera procesado debidamente, la expresión de Lang cambió. Apareció una sonrisa en su rostro, espeluznante como una calavera, que relampagueó en sus rasgos. Enseñó los dientes.

—*Bien, alors...*

Sin previo aviso, y con un brusco movimiento convulso, alargó el brazo a su espalda y desenganchó la lámpara del clavo donde colgaba. Aprovechando la inercia de su caída, la hizo girar como la hélice de un avión... una vez... dos... y luego, sin detenerse, la arrojó contra la pared del fondo del granero cerca de donde Madden estaba agachado con la niña en sus brazos. Al romperse el cristal, su grito hendió la oscuridad:

—*C'est fini!*

Con sólo un momento para reaccionar, Madden se alejó de un salto, abrazado a la niña. Juntos rodaron por el granero, lejos del infierno atronador en que se había convertido la pila de heno en cuestión de segundos. Alimentado por el aceite derramado, el fuego los persiguió, transportado por la paja esparcida por el suelo. Mientras Madden se ponía de pie tambaleándose vio cómo la sábana de lona más próxima estallaba en llamas, y a continuación todo quedó envuelto en una nube de humo ondulante. Con sólo su sentido de la orientación para guiarse caminó a tientas hacia donde sabía que debían de estar las puertas, tropezando de inmediato con una masa densamente apiñada de objetos cubiertos con lonas, que supuso que estaban allí para su almacenaje, y que formaban una pista de obstáculos a través de los cuales intentó encontrar un camino, aferrando con fuerza el cuerpo de la niña contra el suyo, procurando proteger su rostro del humo que ya inundaba el granero y del que sabía que debían escapar cuando antes, si no querían sucumbir.

El fuego les pisaba los talones, y un pedazo de madera incendiada que se cayó del techo junto a ellos sirvió como advertencia de que no habría de pasar mucho tiempo antes de que la estructura entera se desplomara sobre sus cabezas. Pero la proximidad de las llamas resultó ser también una bendición, pues irradiaban luz además de un calor abrasador, y con su ayuda consiguió encontrar el camino hasta el amplio pasillo que recordaba, sortear las filas de vallas apiladas y en llamas, cruzar las puertas abiertas de par en par y salir al patio del establo.

A la dichosa, dichosa noche.

Mareado, con la cabeza dándole vueltas, tosiendo humo y saliva, Madden se alejó trastabillando del edificio en llamas, y al hacerlo el sonido de voces alzadas llegó a sus oídos y vio un grupo de hombres, uno de ellos con una lámpara, que venían del jardín de la cocina. Sólo cuando hubo divisado el bulto que transportaban y se hubo fijado en el perro que renqueaba tras sus pasos se acordó del hombre al que había sacado del pozo. Hacía una eternidad, parecía. Varios de los hombres estaban cruzando ya el patio adoquinado hacia él: reconoció al ceñudo capataz con el que

había hablado. Pero todo aquello estaba consignado a un pasado lejano.

—¿Está bien? —La voz de Harrigan resonó por encima de las demás—. ¿La tiene? ¿Es ésa la niña?

Se agolparon alrededor de Madden para mirar a la pequeña, pero no pudo encontrar palabras con que tranquilizarlos. Un cansancio inmenso se había adueñado de él, sólo quería tumbarse y dormir. Pero sabía que no podría hacerlo mientras la niña estuviera a su cuidado, y en su mente estaba dándole vueltas a este dilema... cómo resolverlo... cuando interrumpió sus pensamientos un sonido, repentino y sobrecogedor, como el alarido de dolor de un animal.

—Por todos los santos, ¿qué...?

Harrigan giró sobre los talones, y los demás lo imitaron. Al volver la vista sobre el granero en llamas vieron saliendo por la puerta, tambaleándose, dando vueltas sobre sí misma como un demonio conjurado de los fosos del averno, una figura consumida por las llamas. Encendida como una antorcha, cruzó el patio hacia ellos, haciendo aspavientos, apenas humano, pero chillando aún de agonía hasta que, de improviso, el sonido cesó y la figura se desplomó en un amasijo humeante del que emanaba un hedor a carne carbonizada, acre y pestilente.

Mudos de asombro, los hombres se quedaron mirando. Fue Harrigan el primero en recuperar el habla.

—¿Es él? —preguntó.

Madden asintió con la cabeza. Estaba bamboleándose sobre los pies.

—Hagan algo... ayúdenlo si pueden.

Pero él le dio la espalda a la escena y corrió tan deprisa como se lo permitían las piernas anquilosadas hacia la línea de establos, adonde habían llevado al herido del jardín, y donde ya se había encendido una luz. Había sentido cómo la niña se agitaba en sus brazos un momento antes y sabía que debía ahorrarse más horrores.

Los demás se quedaron, varios de ellos intentando en vano sofocar las llamas que seguían lamiendo el cadáver, ya calcinado.

Pero no por mucho tiempo. Harrigan, tras observar sus esfuerzos durante unos instantes, de pie a un lado, sin mover un dedo, ordenó el alto.

—Olvidaos de él —gruñó—. Que vaya alguien a buscar agua. Traedla a los establos. Hará falta.

Lanzó una última mirada de reojo a los restos humeantes, informes ahora en la oscuridad.

—Que arda este bastardo.

Era tarde cuando llegaron al pueblo, más de las nueve, y Billy les pidió a los dos detectives que lo dejaran ante la verja de la casa de los Madden. Ambos estaban con el Dic de Guildford y había divisado sus rostros familiares antes en la comisaría de Midhurst. Sorprendido al verlos allí, averiguó que estaban investigando un caso de robo en Haslemere, justo en la divisoria con Surrey, cuando la noticia de lo ocurrido en la granja de los Coyne llegó a sus oídos y se acercaron en coche a Sussex para descubrir por sí mismos qué estaba pasando.

—Ya terminó todo —les había dicho—. Pronto traerán el cadáver de Lang. Pero puesto que vais a volver a Guildford podríais hacerme un favor y dejarme por el camino. Como no llegue a Highfield esta noche, no merecerá la pena seguir viviendo.

Billy no exageraba. Cuando el inspector jefe descubrió la desaparición de Madden del patio del establo, había puesto el grito en el cielo, y Billy había tenido la mala suerte de estar en la línea de fuego.

—¿Intenta decirme que dejó que se largara de allí? ¿En su estado? —Sinclair estaba lívido de ira.

Lo que Billy había querido decir era que no había dejado que nadie se largara a ninguna parte. Que con el caos que imperaba en el patio a causa del enjambre de policías y bomberos, por no mencionar a los curiosos que se habían visto atraídos al lugar y a los que hubo que ahuyentar, había sido imposible estar pendiente de todo. Que no tenía ninguna bola de cristal y era imposible que pudiera haber adivinado que a su antiguo jefe de repente se le metería en la cabeza marcharse sin decir adiós.

Pero si una decena de años en el cuerpo le habían enseñado algo a Billy, esto era que a veces lo único que podía hacer uno era morderse la lengua y quedarse callado.

—Rece para que no le haya pasado nada por el camino, sargento. —El inspector jefe echaba chispas—. Rece para que no haya tenido un accidente, o se haya salido de la carretera.

Le había ordenado a Billy que se personara en Highfield sin demora, alegando que él, Angus Sinclair, quería oír antes de que terminara esa noche que Madden había vuelto a casa sano y salvo, y que en caso de que hubiera cualquier novedad que reportar, el sargento haría bien en considerar embarcarse en otra carrera.

—Y también hará bien en recordarle que abandonar la escena de un crimen sin permiso de la policía es un delito castigado por la ley, y que él debería saberlo.

Lo que le había dado a Billy motivos para sonreír, al menos, mientras se ponía en marcha.

El inspector jefe no había abordado la cuestión de cómo se suponía que debía regresar a Midhurst, mucho menos a Highfield, pero había tenido suerte y se había encontrado con el inspector Braddock en el aparcamiento junto a la carretera. Al

enterarse de lo que sucedía, el comandante de Midhurst había regresado apresuradamente de la comisaría, y puesto que no necesitaba con urgencia su coche y a su conductor le había dicho a este último que podía llevar a Billy hasta la ciudad.

—Después de eso, se las tendrá que apañar por su cuenta, me temo.

Cualquier duda que hubiera podido albergar Billy sobre la subrepticia marcha de su antiguo mentor se había esfumado al hablar con el sargento uniformado a cargo del aparcamiento. Este había tenido unas palabras con Madden cuando partió en su coche hacía unas horas.

—Me pidió que le presentara sus excusas al inspector jefe si lo veía. Para decirle que tenía el presentimiento de que debía ir a casa.

Nada de lo cual había cogido por sorpresa a Billy cuando consideró los acontecimientos de las últimas horas. También él seguía sobrecogido por lo ocurrido; no lograba sacudirse de encima la aprensión que lo había embargado cuando uno de los obreros de la carretera, que aún permanecía en el escenario por orden de su capataz, le dijo que Madden había emprendido la persecución de Lang en solitario. Tras separarse del grupo de policías que estaban congregándose a su espalda, Billy había corrido sendero arriba por su cuenta y al alcanzar la cresta de la cordillera boscosa había visto inmediatamente el inmenso incendio que iluminaba el valle, a su derecha. Obstaculizado al principio por un seto que discurría a lo largo del camino, al final había podido pasar hasta un patio donde la escena que lo recibió le había helado la sangre en las venas.

Silueteados contra un granero en llamas había dos hombres de pie a ambos lados de una forma humeante que yacía encima de los adoquines entre ellos. Antes incluso de llegar hasta ellos Billy había sabido instintivamente que lo que estaba contemplando eran los restos de un ser humano.

—¿Quién es? —les había gritado, incapaz de contener su ansiedad. Y luego—: Policía... —cuando volvieron hacia él sus rostros interrogantes.

—Algún bastardo que intentaba asesinar a una niña —había respondido bruscamente uno de ellos, un tipo de aspecto rudo con varios días de barba en las mejillas, pero un tipo al que Billy gustoso hubiera abrazado y cubierto de besos.

Momentos más tarde, tras ser dirigido por los dos hacia un establo iluminado al lado del patio, su alivio había sido absoluto. Allí había encontrado a Madden, con la cara hinchada a la altura de la mejilla y ennegrecida por las cenizas del incendio, y con una quemadura en el dorso de la mano, sentado en el suelo cubierto de paja con una niña acunada en los brazos. Cerca de ellos, tendida en los adoquines, había otra figura, la de un hombre vestido con un abrigo militar, cuyos ojos estaban cerrados y cuya mano reposaba en la cabeza de un viejo labrador ovillado junto a él.

Un grupo de hombres toscamente vestidos los rodeaban, y Billy hubo de abrirse paso a empujones para llegar hasta su antiguo jefe, cuyo semblante se había

iluminado al verlo.

—Ah, Billy... aquí estás.

Pálidos bajo la costra de ceniza, los rasgos de Madden lucían la impronta de la extenuación. Estaba en mangas de camisa, y Billy vio que la chaqueta de tweed arropaba a la niña, cuya cabeza descansaba en su hombro.

—Está dormida, la pobre.

Billy se había ofrecido a quitarle la pequeña de encima, pero Madden parecía remiso a soltarla.

—Será mejor no despertarla. —Tenía los ojos brillantes, sin pestañear, y era evidente a juzgar por lo dilatado de sus pupilas que estaba sufriendo los efectos de la impresión.

Fue en aquel momento cuando uno de los hombres de pie a su alrededor se había llevado a Billy aparte. Un irlandés sañudo que respondía al nombre de Harrigan se había identificado como capataz de la cuadrilla de obreros.

—Le pedí a uno de los hombres que bajara a Oak Green para llamar a una ambulancia. Eso fue después de que encontráramos a Sam Watkin ahí. —Había indicado con la cabeza a la figura del abrigo—. Sam estaba arrastrándose por el jardín de la cocina, intentando llegar al patio. Lo habían apuñalado. Sí, y golpeado en la cabeza. Creo que intentó salvar a la niña. Pero se pondrá bien. Ese abrigo suyo tiene un forro inferior. El cuchillo no penetró muy adentro.

Le había dicho a Billy que él y el resto de su cuadrilla habían subido corriendo desde la carretera tras los pasos de Madden y cubierto medio camino hasta la aldea cuando divisaron el fuego tras ellos... momento en que se apresuraron a regresar.

—Tendrá que preguntarle a su amigo qué ha pasado. —Señaló a Madden—. No hemos querido atosigarlo con interrogatorios. Salta a la vista que está molido. Le puedo decir una cosa, eso sí... la niña no está... herida. —A Harrigan se le encendieron las mejillas y aparto la mirada, azorado—. Ya sabe a qué me refiero. Se despertó un momento y nos dijo que se sentía mareada, pero eso fue todo. Su hombre nos explicó que era debido al cloroformo que el otro le había administrado. Ese bastardo de ahí. —El capataz apuntó con el pulgar hacia la puerta—. Bueno, ya no se lo hará a nadie más, ¿verdad?

Mientras conversaban, el repicar de botas sobre los adoquines en el exterior había señalado la llegada del equipo principal de la policía. La aparición de uniformes azules agrupándose en el abarrotado establo había parecido tranquilizar a Madden, y Billy lo había convencido por fin para que dejara su carga al cuidado de un sargento fornido, que había envuelto a la niña en su abrigo y se había instalado con ella en un rincón.

Madden había pugnado entonces por ponerse de pie.

—No sé qué me ha dado. Échame una mano, ¿quieres, Billy?

Ayudado a levantarse, pareció tambalearse, y Billy lo había sacado del establo atestado al patio, donde el aire frío lo había reanimado.

Tras encontrar un cubo boca abajo a mano, había convencido a Madden para que se sentara.

—Tuve que partirle la muñeca, Billy. No atendía a razones.

Encorvado sobre las rodillas, mirando fijamente el suelo entre sus pies, Madden había proporcionado un informe breve y fragmentado de lo ocurrido para un público que ahora incluía a varios miembros del contingente de Midhurst. Ni una sola vez se había desviado su mirada hasta la negra figura informe, vigilada por un par de alguaciles, que yacía humeando aún en los adoquines no muy lejos de su asiento.

—Fue Lang el que prendió fuego al granero. Debía de saber que no sobreviviría. Pero quería matarnos, sin importarle las consecuencias.

Todavía no había logrado asimilar la experiencia, encontrarle sentido. Billy se había dado cuenta de eso. Pero no había habido tiempo para hablar. Justo entonces había aparecido el inspector jefe, entrando en el patio por el jardín de la cocina, y Billy le había hecho una seña. Sin aliento tras la rápida caminata desde la carretera, pero informado ya por un emisario del papel que había desempeñado Madden en el rescate de la niña, Sinclair se había quedado plantado ante ellos, sin palabras.

—¡Ay, John...!

Al ver el estado en que se encontraba su antiguo socio, le había ordenado que se quedara sentado tranquilamente y esperara la llegada de algún tipo de transporte, orden que Madden pareció encantado de acatar. Llevándose a Billy con él, el inspector jefe había cruzado entonces el patio para examinar los restos de su objetivo. El cadáver humeante de Lang yacía de espaldas con una mano levantada, engarfiados los dedos. Donde antes estuviera su rostro, ahora sólo había carne carbonizada.

—No es algo como para enseñárselo a tu tía solterona, ¿verdad? —Sinclair había fruncido los labios, repugnado por la macabra imagen—. Aunque para algunos será un consuelo, me atrevería a decir. Ahora no hay posibilidad de que aparezca en ningún puerto.

Billy le contó lo que había averiguado por Madden.

—Lang intentó matarlos a los dos.

Sinclair había encajado esta información sin hacer comentarios, para luego encogerse de hombros.

—Me pregunto cómo llegaría hasta aquí. Me refiero a este lugar en concreto.

La respuesta no había tardado en llegar. El sargento Colé se había acercado a ellos de inmediato. El detective de Sussex les informó de que había estado hablando con Sam Watkin, el hombre encontrado apuñalado en el jardín, quien poseía una información que había querido comunicar.

—Dice que oyó gritar a la niña y corrió en su ayuda. Lang estaba esperándolo

justo detrás de la tapia del jardín. Lo golpeó con un martillo y luego le asestó una cuchillada. Pero la cuestión es que recuerda haberlo visto antes merodeando por la granja, intentando entrar en el granero, manipulando el grifo de fuera para ver si funcionaba. Y si tenemos en cuenta que esta misma niña, Nell Ramsay, vuelve a casa del colegio todos los días a la misma hora, y por la misma ruta... y que Lang estaba viviendo a menos de dos kilómetros de distancia...

Colé había hecho un gesto sin decir nada.

—Pero hay más. El motivo de que Watkin estuviera aquí esta tarde era porque buscaba a un amigo suyo que había desaparecido. Un tipo llamado Eddie Noyes. Formaba parte de esa cuadrilla de obreros. Watkin trabaja para un agente inmobiliario de Midhurst. Lo había arreglado para que Noyes durmiera en el granero y justo el otro día le pidió que tuviera abiertos los ojos por si veía a algún desconocido husmeando por los alrededores, para decirle que se largara con viento fresco.

—De modo que es posible que se tropezasen y Lang lo matara. Típico de él, sin duda. —El inspector jefe hizo una mueca—. No quería que diera al traste con sus planes. Nosi ya le había echado el ojo a la niña. —Guardó silencio un momento, reflexionando. Exhaló un suspiro—. El camión de bomberos está en camino, supongo.

—Sí, señor. Envié un hombre a Oak Green para que solicitara uno.

—Díales que registren minuciosamente lo que queda del granero. No me sorprendería que encontraran otro cadáver ahí.

—América, señor. Baltimore, de hecho. Ese era su destino. Había reservado pasaje en un carguero que zarparía de Southampton mañana. Me lo dijo uno de los compañeros de Midhurst. Entraron en su coche y encontraron su billete y cantidad de material diverso en su maletín.

Billy podía decir a juzgar por la expresión de Madden que estaba teniendo problemas para seguir todo esto. A su antiguo jefe le pesaban los párpados, como quien dice, y estaba dando cabezadas. Lo más probable era que de un momento a otro fuera a tumbarse encima de la mesa de la cocina que tenía delante y se quedara dormido.

—En un carguero, dices... —Madden frunció el ceño con el esfuerzo de seguir el hilo—. No uno de los transatlánticos. Parece que estaba tomando precauciones. ¿Encontraron algún pasaporte?

—Sí, así es, señor. Francés. A nombre de Víctor Lasalle. También había una carpeta con correspondencia comercial, cartas y facturas. Retrataban a este tal Lasalle como tratante de arte. Algunas de las cartas eran de galerías y cosas así, con membretes pomposos. Todas falsas, lo más seguro, lo que explicaría el paquete que estaba esperando. Por qué tardó tanto en llegar.

Billy miró a la puerta de reajo por encima del hombro. Se preguntaba cuándo aparecería Helen. Él había llegado hacía unos minutos, caminando por el paseo de entrada en penumbra hasta la casa, donde había visto el coche de Madden aparcado junto a la puerta principal, y sintió alivio por segunda vez aquel día. El temor de que el otro hombre pudiera haber sufrido algún accidente a su regreso de Midhurst —que no estuviera en condiciones de conducir— había impregnado de preocupación el viaje del sargento.

Al ver el pasillo de la entrada a oscuras, Billy había rodeado la casa hasta la cocina, donde había una luz encendida, y encontró a Madden sentado a la mesa ante los restos de una comida, solo y dando cabezadas.

—Pasa, Billy, adelante... —Parpadeando, se había incorporado a medias. El sargento no acertaba a imaginarse qué hacía levantado todavía—. Helen está al teléfono... está intentando averiguar para mí cómo está la chica... si se encuentra bien. Y también el hombre que resultó apuñalado. Debería haberme quedado, lo sé. Pero tenía que volver a casa.

Billy había agradecido la oportunidad de tranquilizarlo. Sonriendo, había descrito la llegada de la ambulancia, justo cuando él se iba.

—Tardó en aparecer. Hay una carretera hasta la granja, pero está en mal estado; lleva siglos abandonada. Alguien había bajado a Oak Green para recoger a la madre de la niña, y ya se imaginará usted el estado en que estaba la pobre mujer. Pero la pequeña estaba bien. Ya se había despertado para entonces y le preocupaba más el tipo acuchillado, Sam Watkin, que ninguna otra cosa. Él y su perra. Resulta que todos se conocen. De modo que cuando llegó la ambulancia, Nell dijo que no montaría a menos que la acompañara el animal. Y no hubo manera de que diese el brazo a torcer. Tuvieron que claudicar. —Billy había soltado una risita—. Es una muchacha estupenda, señor, llena de energía. No se dejará abatir por lo ocurrido. Ya lo verá.

Billy añadió estas últimas palabras a su relato, sabedor de que complacerían a su antiguo mentor, y oyó gruñir de aprobación a Madden. Luego pareció vacilar.

—Helen está enfadada —dijo, tocándose el chichón en la sien. Del tamaño de un huevo de paloma, y teñido de yodo, confería un aspecto asimétrico al rostro de Madden—. Descubrió a Rob aquí, intentando averiguar qué estaba pasando, y le echó una bronca de campeonato. No le llesves la contraria, ¿quieres?

Era un comentario como Billy jamás había escuchado en boca de Madden, y seguía preguntándose cómo debía interpretarlo cuando oyó el sonido de pasos que se acercaban aprisa por el pasillo.

—Fueron a Petersfield, no a Chichester... —empezó a hablar Helen antes incluso de abrir la puerta de la cocina—. He hablado con el médico que examinó a la niña. Está casi ilesa. Un ligero caso de conmoción, nada más. La mantendrán ingresada esta noche...

Al irrumpir en la cocina reparó en la presencia de Billy y se interrumpió. Él ya se había puesto de pie, pero las palabras de saludo que estaba a punto de pronunciar se marchitaron en sus labios cuando vio el rubor de sus mejillas y la rabia en sus ojos.

—La herida de cuchillo del hombre es bastante grave... ha perdido mucha sangre... pero no fue lo bastante profunda como para dañar ningún órgano vital. — Ignorando a Billy, Helen siguió hablando para Madden—. También presenta una fractura en el cráneo. Pero el médico ha dicho que es sano y robusto, y debería recuperarse bien.

Se quedó de pie junto a la mesa mirando a su marido. Después de un momento alargó el brazo, ladeándole ligeramente la cabeza para examinar el bulto que tenía en la sien.

—¿Sabes que no puedo recordar cómo ocurrió? —le dijo Madden a Billy por debajo del brazo de Helen—. Tal vez fuera algo que se cayó del techo mientras salíamos del granero. Sencillamente, no me acuerdo.

Se le ocurrió a Billy que lo que intentaba hacer Madden era alertarlo. Que su tono desenfadado era un intento por desarmar una bomba que estaba a punto de explotar. El silencio de Helen, su negativa incluso a dirigirle la mirada, había dejado al sargento perplejo y extrañado. Demasiado tarde se dio cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir.

—¿Cómo has podido?! —Helen se encaró con él de repente—. ¿Cómo has podido permitir que ocurriera?!

Billy se quedó sin habla.

—¿Hablé contigo esta mañana! ¡Te imploré que cuidaras de él!

—Cariño... —intentó apaciguarla Madden, pero ella le apartó la mano.

—¡No tenías derecho a ponerlo en peligro! ¡No debería haberse acercado siquiera a ese hombre! ¡Tú dejaste que ocurriera!

Daba igual que sus acusaciones fueran injustas. La justicia no tenía nada que ver en todo aquello. Billy lo sabía. Su turbación, la furia que la había embargado al descubrir lo que le había sucedido a su esposo, era toda la justificación que necesitaba. La situación exigía una cabeza de turco, y no había más candidatos presentes. Pero sus palabras le llegaron al alma. Su buena opinión siempre le había importado, y sabía que su pérdida lo dejaría en la miseria.

—Pensé que podía confiar en ti. Creía que estaría a salvo mientras estuviera contigo. Así que dime, ¿cómo ha podido ocurrir esto? —Exigió una respuesta, mirándolo fijamente a la cara, negándose a liberarlo de los grilletes que eran sus ojos—. Tú, Billy... a ti te lo pregunto. ¿Cómo has podido...?

—¡Mamá, basta!

Acallada por el grito de la niña, Helen se dio la vuelta. Vio a su hija de pie en la puerta. Los ojos cuajados de lágrimas de Lucy presentaban el aspecto abotargado de

quien se acaba de despertar. El cinturón de su bata se arrastraba por el suelo a su espalda.

—¿Por qué estás siendo tan mala con Billy?

—¡Lucinda Madden! —Pillada por sorpresa, Helen pugnó por recuperarse—. Vete a la cama ahora mismo.

—¡No!

Desafiante, la pequeña entró en la cocina. Se colocó delante del sargento. Pálida por la enormidad de su rebelión, plantó cara a su madre.

—No hasta que me lo prometas —declaró, con voz trémula.

—¿Prometerte qué?

—Que no volverás a ser mala con él.

—¿Y por qué debería hacer eso?

—Porque es nuestro amigo.

Helen miró fijamente a su hija. Parecía consternada, y Billy vio, comprendió de repente, que su enfado sólo había sido un disfraz, algo a lo que aferrarse. Que saber lo cerca que había estado Madden de la muerte esa tarde había hecho hervir sus emociones, empujándola al filo de la locura. Con un esfuerzo tremendo se repuso ahora para decir:

—¿Porque es nuestro amigo? —Contempló a la pequeña figura ante ella, como si estuviera perpleja. Una sonrisa afloró a sus labios—. Pues claro que lo es. Y gracias por recordármelo, cariño. Te prometo no volver a ser mala.

Se agachó y le dio un beso a la niña.

Al incorporarse, Billy vio que las lágrimas habían empezado a rodarle por las mejillas. Madden ya se había levantado y acudió junto a ella de inmediato. Abrazándola, la apartó de la mesa y se quedaron juntos, sin hablar, aferrados el uno al otro tan estrechamente que podrían haber pasado por una sola persona.

Con los ojos como platos, Lucy miró a Billy en busca de una explicación. El sargento se llevó un dedo a los labios.

—Vayamos arriba —le susurró al oído; cogidos de la mano, de puntillas, salieron juntos de la cocina.

EPÍLOGO

No fue hasta la primavera del año siguiente cuando Angus Sinclair cerró por fin el caso de Gastón Lang y sus muchos alias. Pese a las semanas de pacientes indagaciones se había descubierto poco más con que definir la figura cuyo sombrío pasado, igual que la única instantánea granulosa proporcionada a la policía por Philip Vane, tan sólo ofrecía un atisbo del hombre que había detrás de la máscara.

—Hemos averiguado todo lo que jamás sabremos de él, señor. Creo que es hora de poner punto final a este caso.

Sinclair había ofrecido su veredicto al comisario adjunto después de que Bennett lo llamara a su despacho, junto con el superintendente Holly, para poder informarles del contenido de una carta que había recibido de Berlín.

—Está repleta de promesas... progresos en la investigación, etcétera... pero nada aparte de lo que ya nos habían dicho. «En el transcurso de esta investigación han surgido numerosas complicaciones y es posible que jamás llegue a conocerse toda la verdad». Creo que Nebe intenta decirnos que esperemos sentados.

Bennett pasó la carta por encima de la mesa a Sinclair, que la estudió un momento.

—*Reichskriminaldirektor*. —Las sílabas se atropellaron ligeramente en la lengua del inspector jefe—. Ahí tienes un trabalenguas, Arthur. —Le entregó la carta al superintendente, que estaba sentado a su lado—. Al parecer por lo menos uno de nuestros colegas berlineses sabe por qué lado está untada esta tostada. Tampoco me extraña, por cierto, señor. —Se dirigió a Bennett—. Tienen buenos motivos para no hurgar en este asunto. Yo mismo he recibido una carta sobre el mismo tema. Enseguida llegaré a ella. Pero primero, permítame resumir lo que hemos recabado a modo de información. Varias cosas se han acumulado en mi ausencia.

El inspector jefe había regresado hacía poco de Manchester, donde había pasado algún tiempo enfrascado en un complicado caso de fraude fiscal.

—La policía suiza ha excavado un poco más en el historial de Lang y ha encontrado un detalle escalofriante. Por lo menos a mí se me pusieron los pelos de punta cuando lo leí. —Sinclair hizo una mueca—. Recordará lo que nos habían dicho al principio. Que era hijo ilegítimo. Su madre era empleada del hogar en una aldea no muy lejos de Ginebra, y si la mujer sabía quién era el padre de su vástago, nunca lo dijo. En cualquier caso, murió poco después del parto y Lang fue acogido por el pastor del pueblo y su mujer, que le pusieron nombre y lo criaron como a un hijo junto con su propia pequeña, un bebé.

—Sí, lo recuerdo. —Bennett dio un sorbo a su taza de té. Había encargado que les trajeran una bandeja—. Pero luego lo enviaron a un orfanato. Nos preguntamos por qué.

Holly le dio la razón con un gruñido.

—Todavía estaban haciendo averiguaciones, creo recordar.

—Sí, el problema es que le habían perdido la pista al pastor. Se llamaba Lang, por supuesto. Su esposa había fallecido y él había desaparecido de la aldea. Más aún: resulta que ya no era religioso; había abandonado el sacerdocio.

—¿Qué hay de su hija? —Holly frunció el ceño—. Ella debía de saber algo.

El inspector jefe refunfuñó. Tenía la mirada clavada en la taza de té que había posado en su rodilla.

—Eso es parte de lo que quería contarle. —Levantó la cabeza—. Es lo que descubrió la policía suiza después de seguir la pista de Lang. Me refiero al pastor. Estaba viviendo en otra parte de Suiza, en un pueblo en las montañas, cerca de Davos. Se había convertido en un ermitaño, y al principio se mostró remiso a contestar a sus preguntas. En particular, no quería ni oír hablar del muchacho: del niño que habían criado su esposa y él. —Sinclair se encogió de hombros—. Sin embargo, poco a poco traspasaron su resistencia y al final les contó la historia.

El inspector jefe hizo una pausa. Parecía estar eligiendo sus palabras.

—Me parece claro, leyendo entre líneas, que no sabían la carga que se habían impuesto. El pastor y su mujer, digo. La maldición que habían lanzado sobre sus vidas. Cuando el muchacho se hizo mayor comprendieron que no era como los demás: que no tenía el deseo ni la capacidad de establecer esas conexiones necesarias en la sociedad humana: que estaba completamente solo en el mundo y contento de que así fuera. Pero la situación era aún más siniestra. Bastante pronto detectaron una vena de crueldad intencionada en él. Había que mantenerlo alejado de los animales domésticos, a los que gustaba de torturar, y también debían vigilarlo cuando estaba en compañía de otros niños pequeños.

Sinclair sacudió la cabeza.

—Es un tema con el que estamos familiarizados. Reaparece una y otra vez en aquellos casos relacionados con criminales violentos, sobre todo delincuentes sexuales. Las experiencias de la infancia a veces se consideran responsables de esta clase de conducta antisocial extrema. Pero en ningún caso es la norma general, y parecería haber estado ausente en este caso, donde el muchacho no recibía nada más que atenciones por parte de sus padres adoptivos. ¿Le ocurriría algo antes, se preguntarán... durante los meses que pasó con su madre? —El inspector jefe se encogió de hombros—. No tengo respuesta. De hecho, no tengo explicación que ofrecer más allá del razonamiento, un tanto escalofriante, de que como especie parecemos poseer una capacidad para la barbarie que desafía a la razón. Que estas simientes deben de anidar en todos nosotros. Y que es una lección que la historia nos enseña una y otra vez, y que por lo visto nunca aprendemos.

El inspector jefe tosió para disimular su azoramiento. No estaba seguro de por

qué había dicho lo que acababa de decir, excepto que de algún modo estaba relacionado con la conversación que había mantenido con Franz Weiss en Highfield, y aparte de eso con una comprensión aún más amplia de la que, hasta ese momento, no había sido consciente.

—Disculpen, estoy yéndome por las ramas. Volviendo al punto de antes, la pauta de comportamiento que he descrito acompañó al muchacho durante toda su niñez, marcada, en particular, por una creciente hostilidad hacia su hermanastra. No parecía haber ninguna razón para esto, aparte del hecho de no haber elegido estar juntos, y como era de esperar, la chica aprendió a devolverle el sentimiento; al hacerse mayor se alió con los demás niños de la aldea, que parecían estar unidos por su repulsa al muchacho. Este, aunque todavía era muy joven, empezó a llevar una vida solitaria, y tras haber desarrollado un interés por las aves comenzó a deambular por la campiña, pasando muchas horas fuera de casa.

El inspector jefe suspiró. Miró a sus dos oyentes.

—No se puede por menos de compadecer a los padres, que intentaban capear este temporal que se había abatido sobre ellos. Sin duda las cosas habrían sido distintas hoy en día. Podrían haber buscado la ayuda de autoridades médicas competentes. Pero llevaban una existencia rural sencilla y el pastor Lang aparentemente estaba dispuesto a considerar que todos los obstáculos que surgieran a su paso eran una expresión de la voluntad de Dios; una prueba de fe. Por lo visto estaba decidido a enderezar al chiquillo. Sin embargo, la situación llegó a un punto donde se volvió insostenible. El niño tenía doce años y era cada vez más difícil de controlar. Quizá percibiera debilidad en sus padres adoptivos; una falta de resolución. En cualquier caso, los Lang decidieron que tendría que irse y el pastor organizó su ingreso en una institución religiosa, una suerte de orfanato, en Ginebra. De lo cual informó al chico.

»“Me miró con sus ojos pálidos y no dijo nada”.

El cambio en el tono del inspector jefe cogió desprevenidos a sus oyentes.

—Es una línea del informe que nos envió la policía suiza. Creo que se le queda a uno en la cabeza. —Los miró de reojo—. Su partida estaba programada para dos semanas después. Se le aseguró que regresaría a casa por vacaciones a intervalos regulares. Todavía no había mostrado ninguna reacción. Unos pocos días antes de que tuviera que irse desapareció su hermanastra. Se organizó una búsqueda y se halló su cadáver en un barranco no muy lejos. Al parecer había sufrido una caída y se había desnucado. Presentaba algunos daños en la cara: tenía la nariz rota y los rasgos desfigurados.

—¡Santo cielo! —Holly estaba asombrado—. ¿Y lo hizo el muchacho? ¿Es eso lo que estás diciendo? ¿Pero por qué, hombre, por qué?

—¿Por rencor? ¿Por placer? —Sinclair se encogió de hombros—. Nadie puede responder a esa pregunta, Arthur. Nadie salvo Lang. Y se llevó sus secretos a la

tumba.

Bennett se quedó mirando fijamente el secante encima de su mesa.

—¿Interrogaron al muchacho al respecto? —preguntó—. ¿Era sospechoso?

—Aparentemente no. Había salido a deambular como hacía a menudo y al volver le comunicaron la noticia. O eso pretendió. Aunque se llamó a la policía, concluyeron que había sido un accidente. La niña parecía haberse caído desde cierta altura y rodado barranco abajo. No había ni rastro de agresión, sexual o de otro tipo, y no se habían visto desconocidos en la vecindad.

—¿Pero su padrastro, el pastor, pensaba que el chico era responsable?

—Eso dio a entender a la policía cuando lo encontraron. Aunque si lo creyó entonces, no sabría decirlo. Quizá se le ocurrió más tarde. En cualquier caso, no había pruebas. Baste decir que ni él ni su mujer volvieron a ver a su hijastro. La señora murió un año después y él abandonó la Iglesia poco más tarde. Les dijo a los detectives que lo entrevistaron que había perdido la fe y les explicó por qué. Dijo que el niño había nacido fuera del alcance de la misericordia de Dios, y que puesto que tal cosa no podía ser, o no en el mundo en el que él creía, no podía continuar con su sacerdocio. Había dejado de rezar, salvo para pedir la muerte.

Bennett se levantó y se dirigió a la ventana. El día era lluvioso, y examinó el cielo cubierto de nubes en el exterior.

—¿Qué fue de Lang? Me refiero al muchacho.

—Lo enviaron al orfanato, según lo planeado. Curiosamente, allí su historial fue completamente anodino. No dio problemas y fue calificado de inteligente, aunque insensible. Una vez más, no hizo amigos, y poco antes de cumplir los dieciséis años se fugó. Salió del lugar y no volvieron a verlo. No tenemos forma de saber cómo pasó los siguientes años, aunque es probable que viviera de su ingenio. Igualmente, se desconoce qué clase de vida sexual podría haber llevado durante estos años. Quizá ninguna. Hasta el asesinato por el que se le buscaba, que ocurrió cuando tenía veintitantos, no había noticias... en Suiza, al menos... de ningún crimen similar sin resolver. Claro que llevaba trabajando algún tiempo para Hoffmann, a menudo como correo, así que no se puede descartar que aprovechara sus viajes al extranjero. Por si sirve de algo, me siento inclinado a pensar que en estos primeros años, al menos, era capaz de mantener el control. La clase de vida en que había caído ya era lo bastante peligrosa. No querría añadir más riesgos. El asesinato por el que lo buscaba la policía suiza bien pudiera haber sido el primero. Pero como ya les he dicho, la información que hemos recibido de las distintas fuerzas policiales de toda Europa es imprecisa en el mejor de los casos. Sólo podemos estar seguros de que hay varios crímenes sexuales sin resolver en los países que sabemos que ha visitado, algunos de ellos no muy distintos de los ataques que eran su especialidad.

El inspector jefe se interrumpió para dejar su taza de té, sin probar, en la mesa

ante él. Bennett se quedó junto a la ventana. Pero se había girado para escuchar.

—Es tentador creer que su fijación con los asaltos faciales se remonta al asesinato de su hermanastra, y no tengo ninguna duda de que cualquier psicólogo haría hincapié en ello. La creciente ferocidad de estos episodios a lo largo de los años sugiere que estaban ganándole el pulso. Sin duda corría más riesgos. Si no se hubiera parado a atacar a esa niña cerca de Midhurst el pasado noviembre, podría haber escapado. ¡Dios santo! ¡Imagínenselo suelto por América! Qué calamidad. Me pregunto si podríamos haberlo capturado alguna vez.

Holly gruñó, conforme. El ceño del superintendente se había surcado de arrugas mientras escuchaba.

Bennett regresó a su escritorio.

—Decía usted haber recibido una carta, inspector jefe. ¿Arroja algo de luz sobre la actitud de los alemanes ante esta investigación?

—Sí, al menos para mí. —Sinclair se sacó un sobre del bolsillo y extrajo de él varias páginas manuscritas. Las extendió encima de su rodilla—. Es del inspector Probst... seguro que lo recuerdan. Quiere que se hagan públicos todos los hechos sobre este caso. Por eso me ha escrito. Es una carta que preferiría no incluir en el archivo. No hay forma de saber qué clase de relaciones acabará manteniendo con el nuevo orden en Berlín una vez se hayan calmado las aguas allí... aunque por mi parte, espero que sean mínimas... pero no me gustaría pensar que pudiera caer en manos equivocadas algún día.

—Ya veo... —Bennett había entornado los párpados—. ¿Pero no está arriesgándose al escribirle a espaldas de sus superiores?

—El riesgo está ahí, sin duda. Pero ya no está en la policía, de modo que no es una cuestión de desobedecer órdenes. Dimitió en cuanto los nazis asumieron el poder a principios de enero. «Como policía no se puede servir a las órdenes de unos criminales: sería una contradicción». —Riéndose por lo bajo, Sinclair leyó de una de las páginas—. No se muerde la lengua, ¿verdad? Claro que, tampoco hubiera durado en su puesto. Una de las primeras cosas que hicieron los nazis cuando ocuparon el poder fue purgar la policía. También aborda con gracia ese tema. Bueno, «con gracia» quizá no sea la expresión apropiada...

El inspector jefe escudriñó la hoja de papel que tenía en la mano.

—«Göring acudió en persona a la Alexanderplatz y estrechó muchas manos» —citó de la página—. «Dicen que es buena compañía; jovial; el clásico héroe de guerra con mano para el pueblo. Me miró a los ojos y vi un asesino nato. Conozco bien a los de su calaña».

Sinclair volvió a posar la hoja encima de su rodilla.

—Pero a propósito de la investigación de Lang, Probst dice que continuaron con ella hasta que el gobierno cambió de manos, escarbando en su pasado. No dice si

adivinaron que era un agente o no. Pero describe su historial como «turbio» y afirma que no era lo que parecía ser: en otras palabras, el representante de una empresa textil austríaca. Al seguir sus movimientos entre Berlín y Múnich descubrieron también sus contactos nazis, y fue en este momento, o poco después, cuando se interrumpieron las pesquisas. No está claro si Nebe actuaba por iniciativa propia u obedecía órdenes. Pero al parecer sabía en qué dirección soplaba el viento. Probst dice que la investigación ha dejado de realizarse, y seguirá así.

Se hizo el silencio mientras Bennett asimilaba lo que acababa de escuchar.

—Por supuesto, se afilió al partido, ¿verdad? Eso nos contó Vane.

—En efecto, señor.

—Y lo que menos querían los nazis era que su reputación se empañara con un caso como éste pocos meses después de haber asumido el poder.

—Estoy seguro de que esa idea se les pasó por la cabeza.

—De modo que aunque descubran algún nexo de unión con nuestros servicios de inteligencia es poco probable que deseen airearlo. El barro se pega, después de todo.

—Cierto. Y no tiene pinta de que vaya a surgir nada más por ahí, ¿no es así? El pasado de Lang sigue siendo un misterio por lo que a nuestra prensa respecta. Me da la impresión de que han renunciado a seguir indagando. Creo que sus amigos de Whitehall pueden dormir tranquilos.

—¿«Mis» amigos, inspector jefe? —Bennett le lanzó una mirada fulminante.

—Ha sido un lapsus, señor.

Sinclair encontraba divertido el tira y afloja que acaba de tener con su superior. No así Holly, que carraspeó sonoramente.

—Bueno, a mí me parece una condenada desgracia —dijo sin rodeos—. Todo este dichoso asunto. Lo peor es que nadie va a responder por ello.

En el silencio azorado que siguió a sus palabras, Sinclair volvió a guardarse la carta de Probst en el bolsillo.

—Y tampoco tenemos motivos para felicitarnos. —El superintendente estaba acalorándose—. Sólo hay una persona que pueda salir de esto con la cabeza alta: John Madden. Espero que se lo digas la próxima vez que lo veas, Angus. Y dale las gracias de mi parte.

—Así lo haré, Arthur —le prometió Sinclair. Miró con afecto a su colega—. Y antes de lo que piensas. Me voy a Highfield este fin de semana.

Una figura solitaria estaba de pie en el andén cuando el tren de Sinclair entró en Highfield. Al salir del compartimento, un destello de luz solar reflejado en unos cabellos dorados le llamó la atención. Helen Madden avanzó por el andén para saludarlo.

—John tenía pensado recibirte en persona. Pero los niños insistieron en ir de

excursión al bosque. Llevaban días encerrados en casa con la de agua que ha estado cayendo. Volverán empapados, lo sé.

El tiempo tan despacible al que hacía referencia había empezado a escampar para la hora de comer, y el tren del inspector jefe había atravesado campos iluminados por el sol y repletos de flores de primavera.

—La casa está abarrotada en estos momentos. Espero que no te parezca demasiado. Franz se alegró mucho cuando supo que venías. Pero no lo verás hasta esta noche. Se ha pasado el día entero en Londres, buscando casa.

El vestido de lana azul que llevaba puesto hacía juego con el color de sus ojos, se fijó Sinclair. El placer que le producía su compañía no había disminuido nunca con los años, y su paso se aligeró cuando Helen enganchó el brazo del suyo. Salieron adonde estaba aparcado el coche.

—Sé que has estado fuera, pero parece que hace siglos que no te vemos. Me temo que tardé una temporada en recuperarme de aquel espantoso asunto. Necesitaba tiempo para recuperarme.

Lo miró de soslayo. Estaban conduciendo paralelos al césped comunal de la ciudad.

—Pero he pensado en ti a menudo, sobre todo en el día que bajamos a Midhurst. Aquella familia... los Ramsay... nos invitaron. Y no por primera vez, pobre gente. Querían darle las gracias a John. Pero yo no me había sentido capaz de enfrentarme a ellos antes. Pensaba que sería demasiado incómodo. Pero resultó ser un día encantador. La señora Ramsay había organizado un picnic para los niños en las Downs y también habían invitado al hombre que fue apuñalado, Sam Watkin, con su familia. El cadáver que encontraron más tarde en el granero incendiado era su amigo. Eddie, se llamaba. Pero todos lo conocían, al parecer, y hablaban de él con mucho afecto, en especial la niña, Nell, y su madre. Habían estado intentando encontrarle un trabajo decente... los Ramsay, quiero decir... y John y yo vimos lo tristes que estaban por todo lo ocurrido.

Reflexionó en silencio unos momentos.

—Luego dimos un paseo hasta la granja. Los niños insistían en verla y Nell les contó toda la historia. Ni que decir tiene que estaban entusiasmados. Querían oír todos los detalles escabrosos. Era el pobre John el que no podía soportar escucharlo. No hacía más que pensar en lo que podría haber pasado. Él mejor que nadie sabía lo cerca que había estado todo de terminar en tragedia. Quienes no lo conocen piensan que es insensible y que las cosas no le afectan. Es por su forma de actuar. Pero no es así en absoluto. Todo lo contrario.

Se enjugó una lágrima del ojo y se volvió hacia él, sonriendo.

—Aunque eso no hace falta que te lo diga, ¿verdad? —Le tocó la mejilla con la mano mientras hablaba, un simple gesto que embargó de alegría el corazón del

inspector jefe, quien vio que después de todo había sido perdonado—. De eso hace meses, y pocos días después partí a Alemania.

—Sí, me enteré por John. Me llamó por teléfono. —El inspector jefe se animó—. ¿Volviste con el doctor Weiss y su familia?

—Fui a ayudarles con la mudanza. Parecía sensato, puesto que soy la única que habla alemán, y me preocupaba que Franz no pudiera apañárselas por sí solo. ¿Sabes que murió su esposa?

—John me lo dijo.

—Fue poco después de Navidad. Y otra cosa horrible había ocurrido. Tienen dos hijos, un chico estudiando en América, y una hija llamada Lotte, que estaba casada con un profesor de universidad en Berlín, un joven llamado Josef Stern. Estaba metido en política, demasiado, tal vez, y en las semanas previas a la subida al poder de los nazis se vio envuelto en un altercado callejero con unos matones de las SA, que lo apalearon espantosamente. No recuperó el conocimiento y falleció en el hospital. Así que gracias al cielo que fui. Los dos estaban destrozados, Franz y su hija, incapaces de arreglárselas, y yo me ocupé de todo.

»Tenían una casa a orillas del Wannsee, en Berlín. Está junto al lago y se pone preciosa en verano, cuando todos los árboles han echado ya las hojas. Pero no vimos el sol ni un momento mientras estuvimos allí, sólo nubes plomizas. Hay una tapia detrás de la casa, y el día que llegué encontré una estrella de David pintada de amarillo en ella. Encargué que la quitaran. Al día siguiente había vuelto, y otra vez le pedí al jardinero que la borrara. Y así siempre, un día tras otro. No vi nunca quién lo hacía: no había ni un alma en los alrededores. Pero todas las mañanas volvía a aparecer la estrella. Al final conseguí vaciar la casa y transportar todos los muebles, pero me sentí fatal mientras lo hacía. John y yo pasamos unas vacaciones allí con la familia hace dos años y sólo podía pensar en lo felices que éramos todos entonces.

Se quedó callada, y continuaron cruzando el pueblo, pasando frente a las puertas cerradas de Melling Lodge. Pronto entraban en el familiar paseo donde los tilos estaban echando brotes nuevos.

—Franz busca una casa en Hampstead. Quiere montar una consulta. Lotte vivirá con él. Tiene una hija llamada Hana, de seis años. Lucy le ha cogido mucho cariño. Qué apasionada es con la gente, mi Lucy. ¿Sabías que Billy Styles es uno de sus amigos favoritos?

Llegaron a la puerta principal. Helen había recuperado la sonrisa.

—Vino con su prometida no hace mucho para que la conociéramos. Elsie, se llama. Debe de haber sido complicado para la pobre chica. No es fácil que la exhiban a una. Para colmo de males, Lucy se pasó el día entero acechándola como una pantera, observando todos y cada uno de sus movimientos. Sabe Dios cuándo reunirá el valor necesario para visitarnos de nuevo.

Después de que Helen le enseñara su cuarto, Sinclair regresó a la planta baja diez minutos más tarde para encontrar a su anfitriona sentada en una silla de jardín en la terraza, desde donde podían verse todos los colores de la primavera en los arriates que bordeaban el césped y la fragancia de la madreselva perfumaba el aire.

Se percibía movimiento en los arbustos cerca del pie del jardín, e inmediatamente salió un hombre de ellos, empujando una carretilla. El inspector jefe miró en su dirección. Estaba a punto de decir algo cuando Helen hizo un gesto, señalando.

—Ya vienen.

Al seguir la dirección que indicaba, Sinclair vio un par de figuras fugaces que se habían materializado, como por arte de magia, al pie mismo del jardín, correteando por el huerto como duendes, dos formas separadas que sin embargo parecían unidas, tal era la sincronía con que se movían.

—Esas son las dos niñas —explicó Helen al ver el ceño fruncido del inspector jefe—. Lucy es la de la izquierda. Le conté que el padre de Hana había muerto y su respuesta ha sido no separarse de ella. Como si quisiera demostrarle que ella está ahí y no va a desaparecer. Al menos, creo que ése es su razonamiento.

Vieron cómo las dos figuras de repente giraban a un lado y emprendían la persecución del hombre de la carretilla, que estaba desapareciendo en esos momentos en otra parte de los arbustos, y cuyos movimientos el inspector jefe seguía con suma atención. Su observación se vio interrumpida nuevamente, sin embargo, por la aparición de Madden, que salió del huerto a paso vivo en ese instante acompañado de dos muchachos, en uno de los cuales Sinclair reconoció al hijo de su amigo.

—¿Quién es el otro? —le preguntó a Helen, haciendo visera con la mano. El sol estaba bajo en el cielo; la luz del atardecer se apagaba.

—El hijo de Will Stackpole, Ted. Significa mucho para mí que Rob y él sean tan buenos amigos. Le guardo mucho cariño a Will. Fue el primer chico que me besó. —El recuerdo la hizo sonreír—. Yo tendría la edad de Lucy, seis o siete. Se pasó todo un verano haciéndome ojitos. Me encanta verlos juntos ahora, a los chicos. Pero también me pone nerviosa. No dejan de crecer...

—¿Por qué tendría que preocuparte eso?

—Porque va a haber otra guerra.

Habló con tanta naturalidad que hubieron de pasar unos momentos antes de que el inspector jefe encajara lo que había dicho.

—Oh, seguro que no —respondió de forma automática—. Quiero decir, no puedes estar segura... pueden ocurrir tantas cosas... —Se quedó callado. Helen no parecía haberle oído.

—No te puedes imaginar lo mal que me sentí en Berlín. —Helen tenía la mirada puesta en las figuras que avanzaban por el césped—. Las banderas, los uniformes, los

desfiles. Y las interminables arengas. Vi un uniforme. Era negro. Negro de la cabeza a los pies. La insignia de la guerra era una calavera. ¿Te lo puedes creer?

Ocultó el rostro en las manos.

—Entonces supe...

Sinclair no dijo nada. Mientras le daba tiempo para recuperarse, saludó con la mano a Madden, que le devolvió el gesto, pero luego le hizo una seña para indicarle algún tipo de intención por su parte, que al instante quedó clara cuando los chicos y él cambiaron de dirección, encaminando sus pasos hacia el costado de la casa donde estaba la cocina.

—Van a dejar ahí los zapatos embarrados. Entrarán por el otro lado.

Helen se pasó los dedos por el pelo. Al instante siguiente la sonrisa volvía a estar en sus labios, y Sinclair vio que le había llamado la atención otra cosa.

Las dos pequeñas habían salido de los arbustos donde estaban escondidas y subían corriendo por el césped, aún cogidas de la mano, hacia ellos. La más rubia de las dos, a la que ahora reconoció como Lucy, sostenía un puñado de narcisos amarillos en la mano libre. Mientras ascendían los escalones de la terraza, Helen se levantó para recibirlas.

—Para ti, mamá —declaró sin aliento Lucy, ofreciéndole las flores goteantes. Bien salpicadas de barro, la pareja parecía tener prisa por reanudar sus locas carreras, pero Helen las frenó.

—¿Qué carámbanos habéis estado haciendo? Mira a la pobre Hana.

Le dijo unas pocas palabras en alemán a la niña de cabellos oscuros, que respondió sin aliento en el mismo idioma. Ambas chiquillas arañaban el suelo de la terraza con los pies en su ímpetu por salir disparadas.

—Es la hora del baño. —Helen se volvió hacia su hija otra vez—. Mary os espera arriba. Llévate a Hana contigo. ¡Y no le arranques el brazo...!

El aviso llegó demasiado tarde. Chillando como una sola, las dos niñas dieron un brinco y, como si estuvieran pegadas, cruzaron la terraza desbocadas y se perdieron en el interior de la casa.

—Me temo que las presentaciones tendrán que esperar.

Sinclair dejó a su anfitriona sacudiendo el agua del ramo que acababa de recibir, se levantó de su silla y se acercó al borde de la terraza. Contempló el crepúsculo. La figura que había visto antes avanzaba ahora césped arriba, empujando la carretilla delante de él. El inspector jefe no pudo contener su curiosidad por más tiempo.

—¿Quién demonios es ése? —preguntó—. ¿Y qué lleva en la cabeza?

—¿No lo adivinas? —repuso en tono burlón Helen—. Es Topper. Seguro que te acuerdas de él.

—No tuve el placer de conocerlo. Pero recuerdo bien el nombre. ¿Me equivoco al pensar que fue llamado a declarar en el juicio de Guildford... y no se presentó? —

Sinclair se giró para mirar a su anfitriona—. ¿Albergando fugitivos, doctora Madden?

Helen sonrió.

—Apareció como caído del cielo después de Navidad. John lo instaló en uno de los establos en la granja, con mantas y leña de sobra. Por suerte Tom Cooper acababa de sufrir un ataque de reumatismo por aquel entonces. Digo por suerte, porque a Topper no le gusta aceptar más caridad que algo de comer de vez en cuando. De modo que lo convertimos en una suerte de jardinero sustituto, y él parece encantado.

Hizo una pausa. La figura se había detenido justo debajo de la terraza y Sinclair observó el espectáculo del sombrero con su llamativa pluma de faisán.

Vio cómo Topper se lo quitaba y hacía una reverencia. Helen respondió con una sonrisa.

—Buenas noches, Topper. Y gracias por estas flores tan bonitas.

Tras volverse a poner el sombrero, el hombre prosiguió su camino sin decir palabra, y desapareció al otro lado de la casa.

—John dice que cualquier día de éstos cogerá el petate y se irá, pero yo espero que no. No me gusta imaginármelo vagando por ahí. Es demasiado viejo. Necesita un hogar. —Estaba contemplando los narcisos que tenía en la mano, y Sinclair vio cómo se quitaba algo de la mejilla—. Tengo fe en que le resulte difícil marcharse ahora. Quiere tanto a las niñas.

—¿Las niñas? —Sinclair miró de reojo las flores que sostenía Helen en la mano, luego a su cara, que estaba vuelta hacia el otro lado—. Ya... las niñas.

—Ay, cielos... —Helen no disimuló ahora al enjugarse las lágrimas que escapaban de sus ojos—. Lo siento, Angus. Todavía no he superado aquel asunto tan espantoso. Perdí los estribos por un momento, y no estoy segura de haberlos recuperado. Me asusta el futuro. Veo cosas horribles en el horizonte. Mira lo que ha sido del pobre Franz y su familia. ¿Cuántos otros sufrirán del mismo modo? ¿Quién los ayudará a ellos? Es como si una noche terrible se cerniera sobre todos nosotros y quiero proteger a las personas que amo y me importan, pero no sé cómo, ni siquiera si puedo...

—Querida... —Al ver su preocupación, el inspector jefe la rodeó con el brazo e intentó consolarla—. Es porque todavía estás afectada. Estas heridas tardan mucho tiempo en cicatrizar.

—Sí, por supuesto... —Le acarició la mejilla—. Querido Angus...

Recuperó la compostura.

—Debo ponerlas en agua. Entra, si quieres, o quédate a ver la puesta de sol. Me encanta cómo cambian los colores de los árboles al morir la luz. John llegará enseguida, pero te advierto que estará ocupado. En cuanto bajen las niñas tendrá que leerles algo. Lucy está intentando enseñarle inglés a Hana y cree que hacerle escuchar *El viento en los sauces* es la mejor manera. Me parece que el señor Sapo está a punto

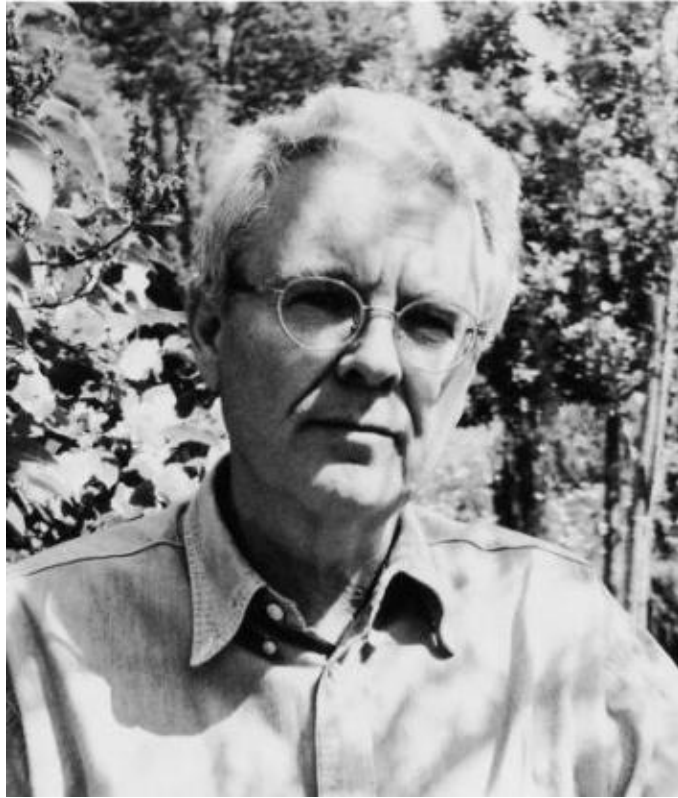
de partir en su coche, así que la experiencia puede ser escandalosa. Pero ven pronto. Quiero que estemos todos juntos.

Sinclair esperó hasta que Helen hubo entrado en la casa antes de darse la vuelta para contemplar una vez más el jardín desierto, con la cabeza llena de lo que acababa de escuchar. El día tocaba a su fin y sólo las copas más altas de Upton Hanger destellaban aún a la luz mortecina. El resto de la extensa cordillera boscosa se había sumergido ya en una penumbra abismal, y el inspector jefe no estaba dispuesto a demorarse. Un charco de claridad se había formado a sus pies, procedente de las lámparas que estaban encendiéndose en el salón, y oyó los grititos atiplados de las niñas.

Seducido por la promesa de la calidez del interior y los numerosos rostros queridos que poblaban la casa, no lo dudó más y le volvió la espalda al resto del día.

Y a la oscura noche que se aproximaba.

Fin



RENNIE AIRTH (República Sudafricana, 1935). Inició su carrera como corresponsal en el extranjero para la agencia Reuters en países como Bélgica, Suiza y Vietnam. Tras diversas experiencias en el cine y la literatura, dio un giro en su trayectoria al encontrar entre los papeles de su familia un álbum de fotografías de la Primera Guerra Mundial. Este hallazgo le movió a escribir un thriller que tuviera como personaje central a un hombre marcado por los horrores de dicha guerra: el inspector John Madden. Rennie Airth ha escrito hasta el momento cuatro novelas protagonizadas por el inspector Madden, siendo «Marea de sangre» la segunda de ellas.

Actualmente vive y trabaja en Cortona, Italia.